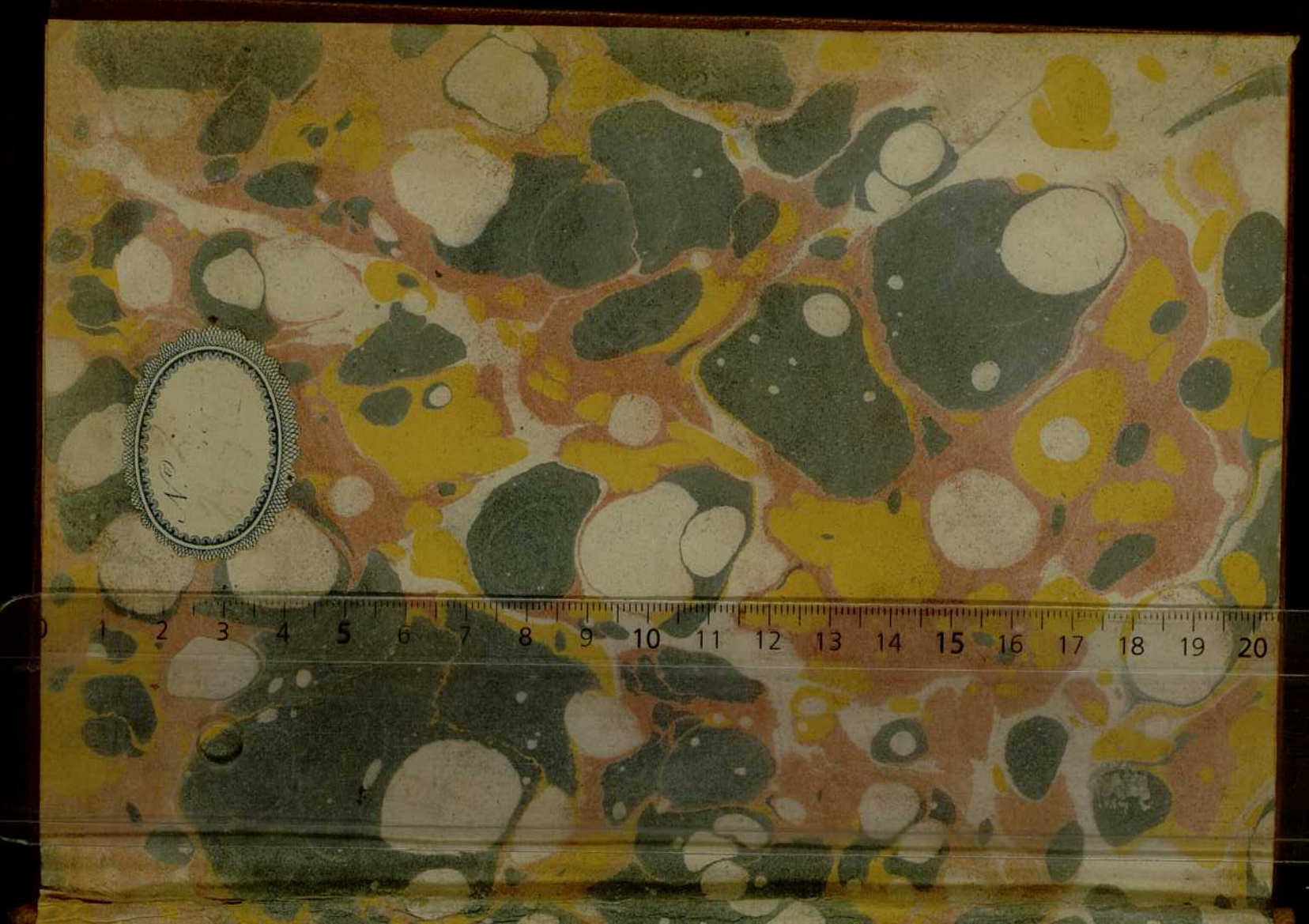
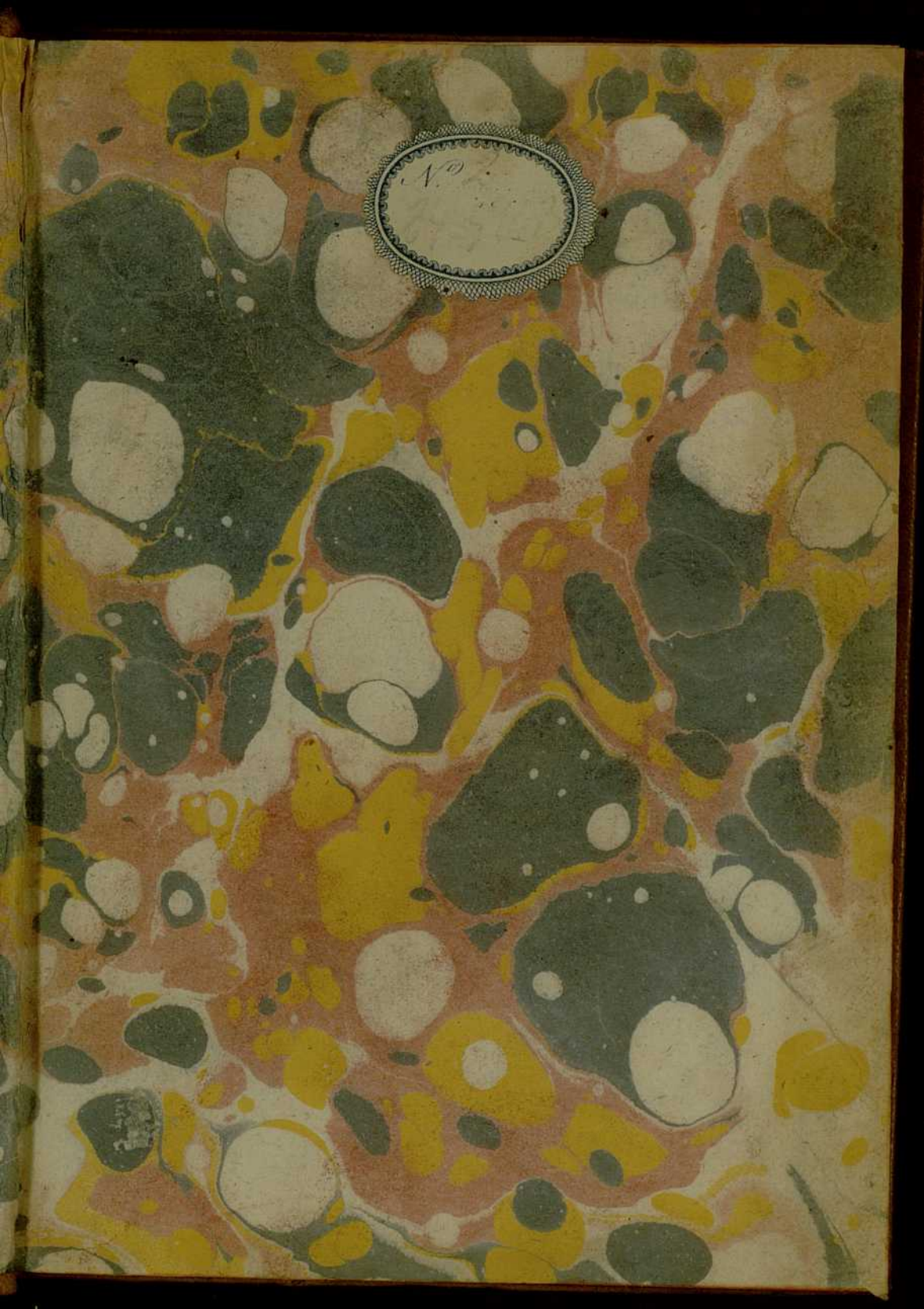
SER ON
DE
MA II

TOM. VI

A
32
361





Sect. V. Lit. A. n.º 23.

SERMONES

DE

JUAN BAUTISTA MASILLON

TOMO SEXTO.

BIBLIOTECA REAL

i 16551035

Biblioteca Universitaria
GRANADA
Sala B
Estante 32
Tabla 7
Número 264

BIBLIOTECA REAL
Sala: A
Estante: 32
Número: 361

SERMONES

DEL ILL.MO SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON.

TOMO SEXTO.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

SERMONES

DEL ILMO. SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON.

TOMO SEXTO.

R.-318

SERMONES

DEL ILL.MO SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,

Presbytero de la Congregacion del Oratorio, uno de los quarenta de la Academia Francesa,

Y

OBISPO DE CLERMONT,

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el P. D. Pedro Diaz de Guereñu, de la Congregacion de Clerigos Reglares de S. Cayetano.

TOMO VI.

QUARTO DE QUARESMA.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

Año 1774.

CON PRIVILEGIO PARA TODA LA OBRA.

EN MADRID, EN LA OFICINA DE LA VIUDA de Manuel Fernandez.

Se hallará en la Librería de Miguél Copin, Carrera de S. Geronimo y en la Portería de San Cayetano.

TABLA

DE LOS SERMONES contenidos en este sexto Tomo.

SErmon para el Domingo de Pasion: *Sobre la evidencia de la ley de Dios.* Pag. 1.

Sermon II. para el Domingo de Pasion: *Sobre la inmutabilidad de la ley de Dios.* 34.

Sermon para el Lunes de la Semana de Pasion: *Sobre el empleo del tiempo.* 59.

Sermon para el Martes de la Semana de Pasion: *Sobre la salvacion.*

Sermon para el Miercoles de la Semana de Pasion: *Sobre los disgustos que acompañan á la virtud en esta vida.* 118.

Sermon para el Jueves de la Semana de Pasion: *La Pecadora del Evangelio.* 143.

Sermon para el Domingo de Ramos: *Sobre la Comunion.* 171.

Fragmento de un Sermon para el Domingo de Ramos: *Sobre el enorme delito de las Comuniones indignas.* 200.

Sermon para el Viernes Santo: *Sobre la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo.* 213.

Ser-

Sermon para el dia de Pasqua: *Sobre las mas frequentes causas de nueſtras recaídas.* 261.
Sermon para el Lunes de Pasqua: *Sobre la falsa confianza.* 294.

ERRATAS.

Pag.	*Lin.*	*Errata.*	*Enmienda.*
54	32	tampoeo	*tampoco.*
56	22	trangresion	*transgresion.*
68	36	ma	*mas.*
78	4	fuerza	*fuera.*
80	3	modeſtia	*moleſtia.*
128	21	el bien	*al bien*
134	3	diguſtados	*disguſtados.*
150	36	placere	*placeres*
156	29	eilos	*ellos.*
170 en la nota, pag. 13		dejo	*dejò*
205	8	palaba	*palabra.*
206	32 y 33	señala	*se señala.*
209	11	de las	*de la.*
212	3	Alta	*Altar.*
216	29	os ofrece	*le ofrece.*
217	21	haverós	*haverlos.*
240	23 y 24	profetica	*profetiza.*
254	27	su	*sus.*
282	17	infieli	*infiel.*
290	16	conversiones	*conversaciones.*
292	19	miniſterio	*Miniſtro.*
297	17	yá	*yo.*
342	2 y 3	sigle	*siglo.*

SER-

SERMON
PARA EL DOMINGO
DE PASION.
SOBRE LA EVIDENCIA DE LA LEY de Dios.

¿*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*

¿Si yo os digo la verdad, por qué no me creeis? *Joan. 8. v. 46.*

HASTA ahora siempre havia confundido Jesu-Christo la incredulidad de los Judíos con sus obras, y prodigios, y oy los llama al juicio de su propia conciencia, y á la evidencia de la verdad, la que á pesar de ellos, daba testimonio de su doctrina, y ministerio. Pero asi como se cegaban acerca de la verdad de sus prodigios, acusandole de que los obraba por ministerio de los demonios, se cegaban tambien acerca de la evidencia de su doctrina, y de su mision, la que con tanta claridad estaba profetizada en

las

las Divinas Escrituras, hallando en ella obscuridades, que se la hacian dudosa, y sospechosa.

Porque, Catholicos, por mas evidente que sea la verdad, esto es, la ley de Dios, ya sea en nuestro corazon, en el que está escrita con caracteres resplandecientes, é indelebles, ya sea en las reglas que nos ha dejado Jesu-Christo, siempre queremos, ó que nuestra conciencia no vea mas de lo que quieren vér nuestras pasiones, ó que estas reglas no sean tan claras, que no se puedan hallar mitigaciones, é interpretaciones con que hacernoslas favorables.

Regularmente se oponen en el Mundo dos pretextos á la evidencia de las mas terribles verdades de la ley de Dios. Primeramente: algunos para sosegarse en orden á muchos abusos que autoriza el Mundo, nos dicen que les parece vivir seguros en este estado; que de nada les arguye la conciencia, y que si se persuadieran á que en él havia algun mal, inmediatamente le abandonarian: Primer pretexto, que oponen á la evidencia de la ley de Dios; la buena fé, y la tranquilidad de la conciencia.

Oponen en segundo lugar, que el Evangelio no está bastante claro, ni evidente, en orden á algunos puntos que los proponemos; que cada uno le interpreta á su modo, y le hace decir lo que quiere, y que lo que á nosotros nos parece tan cierto, no le parece igualmente á todo el Mundo: Segundo pretexto; la obscuridad, é incertidumbre de las reglas.

Digo, pues, que en la ley de Dios se hallan dos señales de evidencia, que confundirán estos dos pretextos, y condenarán todas las vanas escusas de los pecadores en el dia de las venganzas del Señor.

Primeramente esta ley es evidente en la conciencia del pecador. Primera reflexion. En segundo lugar: es evidente en la sencillez de sus reglas. Segunda reflexion: La evidencia de la ley de Dios en la conciencia de los hombres es la primera señal de la ley de Dios que ha de juzgar la falsa seguridad, y la buena fé de que se precian las almas

mas mundanas. La evidencia de la ley de Dios en la sencillez de sus reglas, es la segunda señal de la divina ley, que ha de juzgar las incertidumbres afectadas, y las falsas interpretaciones de los pecadores: Y de este modo, ¡ó Dios mio! vuestra santa ley juzgará al Mundo, y la conciencia del pecador quedará algun dia confundida en vuestro Tribunal, tanto con las luces de su propio corazon, como con la claridad de vuestras celestiales maximas. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

MUcho debe admirar, que la mayor parte de las almas mundanas nos alegue la buena fé, y la tranquilidad de su conciencia para justificar los abusos del Mundo, y el peligro de sus maximas. Además de que la paz, y la seguridad en los falsos, é injustos caminos, mas es castigo, que escusa, y que aún quando fuera verdad que de nada nos arguía la conciencia en aquellas costumbres, que solamente los falsos juicios del Mundo tienen por arregladas, este estado sería peor, y mas desesperado en orden á la salvacion; parece que la propia conciencia es el tribunal adonde menos debiera apelar el alma infiel, y que no hay cosa menos favorable á los desordenes del pecador, que el pecador mismo.

Bien sé que hay algunas almas obstinadas á quienes los rayos de la gracia, y de luz, casi nunca pueden hacer abrir los ojos; que viven sin remordimientos, ni inquietud en los horrores de un funesto libertinage; en quienes parece está aniquilada la conciencia, y que llega á tanto el exceso de su ceguera, que como dice S. Agustin, se precian de ella. *De cœcitate ipsa gloriantur.* Pero estos son unos exemplares raros, y terribles de la justicia de Dios para con los hombres; y si ha havido algunos en la tierra, solamente prueban hasta donde puede llegar

gar algunas veces su abandono, y el poder de la divina indignacion.

Sí, Catholicos, ya sea que afectemos rebelarnos á cara descubierta contra la autoridad de la ley, como los impíos, y libertinos, yà sea que procuremos suavizarla, y conciliarla artificiosamente con nuestras pasiones, y con interpretaciones favorables, como la mayor parte de las almas mundanas, y de los pecadores regulares, nuestra conciencia dá dentro de nosotros mismos dos testimonios á esta divina ley; un testimonio de verdad á la equidad, y necesidad de sus maximas, y un testimonio de severidad á la exactitud de sus reglas.

Dixe primeramente un testimonio de verdad á la equidad de sus maximas: Porque, Catholicos, Dios es muy prudente, y asi no puede menos de amar el orden; y es infinitamente bueno, y asi no puede menos de querer al mismo tiempo nuestro bien; luego es preciso que su ley tenga estas dos qualidades; una de equidad, y otra de bondad; de equidad para reglar todas nuestras obligaciones, y de bondad con que nos haga hallar acá en la tierra nuestra felicidad, y sosiego en la obligacion, y en la regla.

Por eso nosotros conocemos en lo intimo de nuestro corazon, que estas reglas son justas, y razonables; que la ley de Dios nada manda, que no sea conforme á los verdaderos intereses del hombre; que ninguna cosa es mas conveniente á la criatura racional, que la benignidad, la humanidad, la templanza, el pudor, y todas las virtudes, que nos manda el Evangelio; que las pasiones que prohibe la ley son la unica raíz de nuestras inquietudes, que quanto mas nos apartamos de la regla, y de la ley, mas distantes estamos de la paz, y del sosiego del corazon; y que quando el Señor nos prohibe, que nos entreguemos á las pasiones injustas, y desarregladas, solamente nos prohibe el entregarnos á nuestros propios Tiranos; y que con hacernos fieles, no ha querido mas que hacernos dichosos.

Es-

Este es un testimonio que halla la ley de Dios en lo interior de nuestros corazones. Aunque dejandonos arrastrar del encanto de los sentidos, sacudamos el yugo de sus santas reglas, no podremos conseguir el justificarnos á nosotros mismos nuestros propios desordenes. Siempre defendemos en nuestro interior los intereses de la ley contra nosotros mismos; siempre hallamos dentro de nosotros la apología de las reglas contra las pasiones; no podemos sobornar á este interior testigo de la verdad, que clama dentro de nosotros á favor de la virtud; siempre sentimos una secreta repugnancia entre nuestras inclinaciones, y nuestro conocimiento; la ley de Dios, que nació en nuestro corazon, siempre se levanta en él contra la ley de la carne, que no le es natural al hombre, y asi mantiene en él á pesar nuestro su verdad, quando no pueda mantener su autoridad, nos sirve de censor, quando no pueda servirnos de regla: En una palabra, nos hace desgraciados quando no puede hacernos fieles.

Y asi aunque algunas veces nos dejemos arrastrar de toda la amargura del rencor, y de la venganza, inmediatamente conocemos, que este cruel deleyte no es propio del corazon del hombre, que el aborrecer á otro es castigarse á sí mismo, y quando bolvemos sobre nosotros, despues del furor de la pasion, hallamos en nuestro interior un principio de humanidad, que desaprueba la violencia, que nos hace conocer, que nuestras primeras inclinaciones eran la mansedumbre, y la bondad, y que la ley de Dios, con mandarnos amar á nuestros proximos, no hizo mas que consultar los pensamientos mas rectos, y mas razonables de nuestro corazon, y ponernos de acuerdo con nosotros mismos. Mas justo sois que yo, decia Saúl á David, quando mas le aborrecia: *Justior tu es, quam ego.* (a)

(a) 1. *Reg.* 24. *v.* 28.

La bondad que naturalmente se halla en el corazon de todos los hombres, le arrancaba esta confesion, y desaprobaba interiormente la injusticia, y dureza de su venganza.

Por mas sumergidos que estemos en los brutales deleytes de los sentidos, y por mas que busquemos con ansia todo lo que puede satisfacer las insaciables inclinaciones del apetito, inmediatamente conocemos, que el desorden nos lleva á unos excesos, que no pueden ser conformes á la naturaleza; que todo lo que nos sujeta, y tiraniza pervierte el orden de nuestra primera institucion, y que el Evangelio que nos prohibe las pasiones sensuales no ha hecho mas que cuidar de la tranquilidad de nuestro corazon, y manifestarnos toda su elevacion, y nobleza. ¡Quantos siervos en la casa de mi Padre, decia el prodigo quando todavia estaba atado con las cadenas del infame vicio, viven con fortuna, y abundancia, y yo me hallo aqui sepultado en el oprobrio, é indignidad de mi pasion! Estas eran algunas reliquias del entendimiento, y de la nobleza de su alma, que aún se descubrian en lo intimo de su corazon.

Finalmente; recorred todos los preceptos de la ley de Dios, y vereis que todos tienen una conexion necesaria con el corazon del hombre, que son unas reglas fundadas en un profundo conocimiento de lo que pasa dentro de nosotros mismos, que encierran en sí el remedio de nuestros mas profundos males, y el socorro para nuestras mas justas obligaciones, y que solamente aquel Señor, que conoce lo mas intimo de los corazones, pudo dár á los hombres tales maximas. Aún aquellos Paganos, en quienes no estaba del todo apagada la luz de la razon daban esta gloria á la moral de los Christianos; se veian precisados á admirar la sabiduría de sus preceptos, la necesidad de sus prohibiciones, la santidad de sus consejos, y la prudencia, y elevacion de todas sus reglas. Se admiraban de hallar en los discursos de Jesu-Christo

una

una Philosophía mas sublime que en las Escuelas de Roma, ó de Grecia, y no podian comprehender como el hijo de Maria havia conocido las obligaciones, los deseos, y las secretas inclinaciones del corazon del hombre, mejor que Platon, y todos sus discipulos.

Decidnos ahora, que la naturaleza es nuestra propia ley, y que naciendo con nosotros la propension á los deleytes, no pueden estos ser pecaminosos: Ya he dicho muchas veces, que esta es una impiedad, que no tiene mas fundamento, que las palabras, y una vana ostentacion de libertinage, á la que interiormente está desmintiendo la verdad. Augustino no omitió diligencia alguna en el tiempo de sus desordenes para borrar de su corazon aquellas reliquias de la fé, y aquellos remordimientos de la conciencia, que continuamente le estaban llamando al camino de la verdad: En los mas horribles errores, y en las sentencias mas impías, buscaba con ansia arbitrios para vivir asegurado contra sus culpas: Su entendimiento, huyendo de la luz que le perseguia, andaba errante de impiedad en impiedad, y de desorden en desorden; y á pesar de todos sus esfuerzos, y de todas sus evasiones, la verdad, siempre victoriosa en lo intimo de su alma, se dejaba oír contra su voluntad: No podia conseguir el engañarse á sí mismo, y vivir tranquilo en sus desordenes; tenia, ó Dios mio, dice el mismo Santo, una conciencia despedazada, y como cubierta aún con la sangre de las dolorosas heridas, que en ella hacian continuamente mis pasiones: *Portabam conscisam, & cruentam animam meam.* Yo me era molesto á mí mismo; no podia sufrir á mi propio corazon; me bolvia á todas partes, y en ninguna hallaba sosiego; no sabia donde ponerle para librarme de él, y aliviar mis inquietudes: *Impatientem portari à me, & ubi eam ponerem non inveniebam.*

Esta es la pintura que nos hace de sí mismo un pecador, que añadia á la viveza de sus pasiones, la impiedad de sus pensamientos, y el abuso de sus luces: De es-

estos exemplares ha havido en todos los siglos, y aún en el nuestro se han visto algunos pecadores célebres, y públicos, que locamente se preciaban de no creer en Dios, y que pasaban plaza de Heroes en la impiedad, y en el libertinage, que al fin se han arrepentido, como Augustino, y han salido de sus desordenes; los hemos oído confesar por su propia boca, que nunca havian podido conseguir el borrar de lo intimo de su alma las reglas, y la verdad; que en medio de sus impiedades, y de sus mas execrables excesos, su corazon, que todavia era christiano, desmentia interiormente sus burlas, y blasfemias; que al mismo tiempo que se estaban preciando delante de los hombres de la fuerza de su talento, esta les abandonaba; que aquella aparente incredulidad ocultaba los mas crueles remordimientos, y los mas terribles temores; y que nunca havian estado firmes, y tranquilos en la culpa.

Sí, Catholicos, el pecado siempre es timido; á todas partes, dice el Espiritu Santo, lleva consigo un testimonio de condenacion contra sí mismo: *Cum sit enim timida nequitia, dat testimonium condemnationis.* (a) Por todas partes vais dando testimonio de vuestras inquietudes, y remordimientos interiores, á favor de la santidad de la ley que quebrantais; en todas partes, la amargura, y la tristeza, inseparables de la culpa, os dan á conocer que el buen orden, y la inocencia son la unica felicidad que os estaba destinada en la tierra; por mas alarde que hagais de una falsa serenidad, la conciencia culpada siempre se hace traycion á sí misma: *Semper enim præsumit sæva, perturbata conscientia.* (b) Siempre caminan delante de vosotros los crueles temores; la soledad os turba, las tinieblas os asustan; de todas partes os parece que

(a) *Sap.* 17. *v.* 10. (b) *Ibid.*

que veis salir fantasmas, que os reprehenden los secretos horrores de vuestra alma, y unos funestos sueños os llenan de imaginaciones tristes, y funestas: *Semper enim præsumit sæva, perturbata conscientia*: Y la culpa, á la que seguis con tanto gusto, corre despues en vuestro seguimiento, como un Buitre cruel, y se agarra de vosotros para despedazaros el corazon, y castigar el deleyte, que ella misma os ha ocasionado. ¡O Dios mio! quantos medios haveis puesto en nuestro corazon para atrahernos á Vos: Que poderosa proteccion hallan en lo intimo de nuestra alma la hermosura, y la bondad de vuestra santa ley: Primer testimonio que dá la conciencia á la ley de Dios; un testimonio de que es verdadera la santidad de sus maximas.

Pero tambien dá un testimonio de severidad à la exactitud de sus reglas: Porque tambien se engañan la mayor parte de las almas mundanas, que aunque viven esentas de los grandes delitos, se hallan no obstante en medio de todos los placeres, de todos los abusos, de todas las sensualidades, y de todas las distracciones que autoriza el Mundo, en quererse persuadir á que nada mas pide el Evangelio, y en persuadirnos á nosotros mismos, que de nada las remuerde su conciencia, y que se tienen por seguras en este estado: Digo, pues, que aún en esto procede de mala fé la conciencia mundana, y que no se engaña á sí misma; porque no obstante todas las mitigaciones con que procura justificarse, dá en lo intimo del corazon un testimonio de severidad á la ley de Dios.

Y á la verdad, Catholicos, el buen orden pide que todas nuestras pasiones se arreglen con el freno de la ley; todas nuestras corrompidas inclinaciones tienen necesidad en su principio de una regla que las gobierne, y dirija. Nosotros nos damos este testimonio á nosotros mismos: Conocemos, que nuestra corrupcion se estiende á todas las cosas, tanto á las mayores, como á las mas pequeñas: Que el amor propio inficiona todas nuestras acciones, y que siem-

siempre nos hallamos flacos, y opuestos á la ley, y á la obligacion: Y asi, conocemos que nunca debe ser favorable la regla á nuestras inclinaciones; que siempre nos ha de parecer severa, porque siempre se muestra opuesta á nosotros; que la ley nunca puede querer lo mismo que nosotros; que lo que favorece á nuestras pasiones, no puede estar destinado como remedio para curarlas; que lo que lisongea nuestros deseos no puede servir de freno que los reprima: En una palabra, que la ley, que fue establecida para destruir, y aniquilar el amor propio, no puede servirle de fomento. Y asi, tenemos dentro de nosotros mismos un conocimiento secreto, é inseparable de nuestro ser, con el que siempre nos distinguimos de nosotros mismos, con el que distinguimos nuestras inclinaciones de sus reglas, nuestros placeres de sus obligaciones, y en todas aquellas acciones dudosas en que nos determinamos á favor de nuestras inclinaciones, conocemos muy bien que nos apartamos de la ley de Dios, la que siempre es mas severa que nosotros mismos.

Permitidme, Catholicos, que yo apele aqui á vuestra propia conciencia, que es la que continuamente nos estais alegando, y á la que siempre nos remitis. ¿Estais verdaderamente tranquilos, como nos lo asegurais, entre los placeres, las distracciones, el ocio, y la sensualidad, en una palabra, en esa vida mundana, cuya inocencia estais siempre defendiendo? ¿Haveis podido conseguir hasta ahora el persuadirnos á que ese es el camino que guia á la vida eterna? ¿No conoceis que el Evangelio os pide algo mas de lo que haceis? ¿Quisierais parecer ante el Tribunal de Dios, sin tener mas que presentarle, que esos placeres, y esas diversiones, que llamais inocentes, y que componen lo principal de vuestra vida? Esto os buelvo á preguntar. ¿En aquellos momentos en que movidos mas vivamente de la gracia, os proponeis el pensar con seriedad en la eternidad, no contais en el plan que entonces os formais de una nueva vida, la privacion de esas mismas cosas, en las

que

que, como nos estais continuamente diciendo, no hallais mal alguno? ¿No empezais diciendoos á vosotros mismos, que no teniendo entonces otra cosa en que pensar mas que en vuestra salvacion, renunciareis á los excesos del juego, á los espectaculos, á las vanidades, á la indecencia de los adornos, á la distraccion de las concurrencias, y placeres; que gastareis mas tiempo en la oracion, en el retiro, en la leccion de libros devotos, y en las obligaciones de la Religion? ¿qué quereis, pues, decir con eso? ¿No estais confesando que mientras no renuncieis á todos esos abusos, que mientras no dediqueis mas tiempo á todas esas piadosas obligaciones, no pensais seriamente en vuestra salvacion, que no teneis derecho á ella, y que os hallais en el camino de la muerte, y de la perdicion?

Por otra parte; sois estremados en la severidad de vuestras censuras contra los justos: Considerad el rigor de vuestras maximas, y las burlas que haceis de su modo de vida; ¿no murmurais continuamente de aquellas personas, que quieren juntar con una pública profesion de virtud, aquellos abusos, y aquellas diversiones, de que vosotros mismos sois Apologistas? ¿No reprobais el que quieran gozar de la reputacion de la virtud, sin privarse de ninguno de los placeres del Mundo? ¿No decis que su devocion es una quimera, y una hypocresía?

Quando se trata de esto haceis presente con grande emphasis, toda la austeridad de la vida christiana: ¿No decis entonces, que es necesario renunciar absolutamente al Mundo, y no continuar viviendo como él, y que todas estas virtudes dudosas solo sirven de desacreditar la virtud verdadera? Pues yo tambien os lo quiero conceder, pero os respondo: Vuestra conciencia os dicta, que no es seguro el entregarse á Dios, quedando divididos con el Mundo, y segun nos decis, vuestra conciencia de nada os arguye en un camino, en que no se halla Dios de ninguna manera: Condenais aquellas almas engañadas, que juzgan estar seguras, hallandose divididas, al parecer,

cer, entre el Mundo, y Jesu-Christo; y al mismo tiempo defendeis vuestro modo de proceder, sin tener otra cosa con que justificarle mas que los abusos del Mundo, y el peligro de sus costumbres. ¿Os parece que el camino de la salvacion es mas austero para los que hacen profesion de la virtud, que para vosotros? ¿Os parece que en este particular tiene el Mundo algun privilegio, que se pierde luego que se intenta servir á Dios? Convenid, pues, con vosotros mismos; y, ó no condeneis una virtud mundana, ó no justifiqueis el modo de proceder del Mundo, pues todo quanto aborreceis en la virtud, no es mas que lo que el Mundo pone en ella de suyo.

Y para mejor daros á conocer la mala fé con que procedeis en este particular, oíd esta reflexion: Siempre estais haciendo gala de decirnos, que nosotros desesperamos de la humana flaqueza; que si se huviera de observar todo lo que decimos desde estos christianos Pulpitos, sería necesario retirarse á los desiertos, ó ser Angeles, mas que hombres: Pero no obstante, rendíos á la fuerza de la verdad: Si un Ministro del Evangelio os predicára aqui una doctrina opuesta en todo á la que nosotros os enseñamos, si os persuadiera las mismas maximas que vosotros estais publicando todos los dias en el Mundo, si os dixera desde este lugar de la verdad, que el Evangelio no es tan severo como se publica, que bien se puede amar al Mundo, y servir á Dios, que no hay mas pecado en el juego, en los placeres, y en los espectaculos, que el que se les quiere atribuir, que los que viven en el Mundo deben vivir como él, que todo este estilo de Cruz, de penitencia, de mortificacion, y de abnegacion de sí mismo, mas es para los Claustros, que para la Corte, y que para las personas de cierta clase; y finalmente que Dios es muy justo, y no puede atribuirnos á pecado mil cosas que ha introducido la costumbre, y de las que nosotros pretendemos que formeis escrupulo; si os predicára, buelvo á decir, estas maximas desde este santo luguar, ¿qué os pa-

re-

receria ? ¿Qué diriais de su nueva doctrina ? ¿Qué idea formariais de aquel nuevo Apostol ? ¿Le mirariais como á un hombre bajado del Cielo para anunciaros un nuevo Evangelio ? ¿Le tendriais por mas instruído que nosotros acerca de las santas verdades de la salvacion , y de las reglas de la vida christiana ? No por cierto ; os reiriais de su ignorancia , ó de su locura , y acaso os escandalizaria la profanacion que hacia de su ministerio.

¿Y es posible , Catholicos, que si se anunciaran estas maximas en presencia de los Altares , os havian de parecer blasfemias , ó extravagancias , y publicadas todos los dias en vuestras conversaciones , os han de servir de reglas sabias , y prudentes ? ¿En la boca de un Ministro del Evangelio las tendriais por discursos insensatos , y en la vuestra os han de parecer verdades sólidas , y serias ? ¿Os burlariais , ó por mejor decir , os horrorizariais de un Predicador que os las propusiese , ¿ y nos haveis de querer persuadir á que hablais con seriedad , y á que os dicta lo mismo vuestro corazon , quando nos las decis con tanta confianza?

¡Ah ! Catholicos , ¡qué de mala fé procedemos con Dios , y con qué rigor procederá el Señor , quando vengue con las luces de nuestro propio corazon el honor de su santa ley ! Nuestra aparente obstinacion por los abusos del Mundo , cuya inocencia defendemos , es una secreta persuasion , de que el Mundo , y sus abusos son un camino de perdicion. Justificamos en público lo que condenamos en secreto : Somos hypocritas del Mundo , y de sus placeres ; y por un fatal destino se pasa nuestra vida en disimular , y queremos perecer á pesar nuestro. Y á la verdad , dice un Apostol , si nuestro corazon , no obstante la ceguedad , y condescendencia del amor propio , no puede menos de condenarnos interiormente , ¿podremos esperar mas condescendencia de parte del Soberano , y terrible Juez de nuestros corazones , que de nuestro mismo corazon? *Quoniam si reprehenderit nos cor nostrum,*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

major eſt Deus corde noſtro , & novit omnia. (a)

Y asi , Catholicos , eſtudiad la ley de Dios en vueſtra propia conciencia , y vereis que no es mas favorable que nosotros á vueſtras pasiones : Consultad las luces de vuestro corazon , y conocereis que concuerdan perfectamente con nueſtras maximas : Escuchad la voz de la verdad que se levanta dentro de vueſtro corazon , y confesareis que nosotros no hacemos mas que repetiros lo que ella os eſtá continuamente gritando : Para aclarar la mayor parte de vueſtras dudas , no necesitais , dice San Aguſtin , de consultar hombres doctos : No busqueis explicaciones , y respueſtas fuera de vosotros mismos : No salgais de vueſtro interior para saber lo que debeis executar : Escuchad las decisiones de vueſtro corazon : Seguid el primer movimiento de vueſtra conciencia , y siempre os determinareis á favor de la parte que mas se conforma con la ley de Dios. La primera impresion del corazon siempre es favorable á la severidad de la regla contra la mitigacion del amor propio : Vueſtra conciencia siempre pasará mas adelante , y será mas severa que nosotros mismos ; y si acaso teneis necesidad de nueſtras decisiones, mas será para moderar la severidad , que para desengañar la falsa condescendencia : *Noli foras ire , in te ipse redi , in interiore homine habitat veritas.*

Eſte , Catholicos , es el primer modo , con que algun dia nos ha de juzgar la ley de Dios. Eſta ley , manifeſtada en la conciencia del pecador , y como nacida con él , se levantará contra él mismo. Nueſtro corazon marcado con el sello de la verdad , será el teſtigo que deponga para nueſtra condenacion. Entonces se hará contraposicion de nueſtras luces con nueſtras acciones , de nueſtros remordimientos con nueſtras coſtumbres , de nueſtros dichos con nueſtros pen-

(a) *Epiſt. Joan.* 3. *v.* 10.

pensamientos, de nueſtros secretos movimientos con nuestros procederes, y de nosotros con nosotros mismos. Y asi, cada uno de nosotros lleva su condenacion dentro de su propio corazon. No irá el Señor á buscar fuera de nosotros mismos los titulos, y memorias con que formar la sentencia de nueſtra reprobacion eterna; y el alma, dice Tertuliano, será á un mismo tiempo en el Tribunal de Dios, el reo condenado, y el teſtigo que deponga contra sus delitos: *Merito igitur omnis anima ſtabit ante aulas Dei, & rea, & teſtis; in tantum eſt rea erroris, in quantum eſt teſtis veritatis.* No tendrá que responder, continúa Tertuliano: *Nihil habens dicere.* Bien conociais la verdad, se les dirá, y la reteniais con injuſticia: Confesabais que aquellas almas, que no buscaban mas que á Dios, eran felices, y no le buscabais vosotros: *Deum prædicabas, & non requirebas.* Haciais unas terribles pinturas del Mundo, de sus moleſtias, de sus perfidias, y de sus injuſticias, y continuabais siendo su esclavo, y adorandole neciamente: *Dæmonia abominabaris, & illa adorabas.* Respetabais interiormente la Religion de vueſtros Padres, y haciais alarde de la impiedad, temiais interiormente los juicios de Dios, y afectabais no creer en él. *Judicium Dei apellabas, nec esse credebas.* En lo intimo de vueſtro corazon haciais juſticia á la virtud de los juſtos, teniais esperanza de serlos semejantes algun dia, y al mismo tiempo los despedazabais, y perseguiais con vueſtras burlas, y censuras: *Chriſtianum nomen sapiebas, & Chriſtianum persequebaris.* En una palabra, vueſtro entendimiento siempre eſtuvo de parte de Dios, y vueſtras acciones á favor del Mundo.

¡O Dios mio! haſta donde ha de llegar la ingratitud, y locura de los hombres: Vos, Señor, pusiſteis en nosotros unas luces inseparables de nueſtro ser, que al mismo tiempo que turban la falsa paz de nueſtras pasiones, y de nueſtros errores, nos eſtán continuamente llamando

al

al orden, y á la verdad; nosotros con una vanidad falsa nos preciamos de vivir tranquilos en nuestros desordenes; nos gloriamos de una paz, que aún se digna de turbar vuestra misericordia; y en vez de publicar las riquezas, que sobre nuestra alma derrama vuestra gracia, dejando en ella aún algunas disposiciones para la verdad, nos preciamos de una obstinacion, y de una ceguera, que tarde, ó temprano llegará á ser real, y por ultimo será castigo de una ingratitud, y de una ficcion tan injuriosa á vuestra gracia. Primera prueba de la evidencia de la ley de Dios; es evidente en la conciencia del pecador, pero tambien lo es segun la sencillez de sus reglas.

SEGUNDA PARTE.

Siendo el hombre obra de Dios, no puede vivir sino conformandose con la voluntad de su Autor; y haviendo Dios hecho al hombre, y en él la mas perfecta de todas sus obras, no pudo el Señor dejarle vivir entregado á su antojo, sin manifestarle su voluntad, esto es, sin manifestarle lo que debe á su Criador, lo que debe á los demás hombres, y lo que debe á sí mismo: Y asi, quando le sacó de la nada, imprimió en su ser una luz viva, que continuamente se está manifestando á su corazon, y que debe arreglar todas sus obligaciones. Pero toda la carne havia corrompido su camino; la abundancia de iniquidad, que havia prevalecido en la tierra, aunque no pudo apagar del todo esta luz en el corazon de los hombres, no les permitia el que se considerasen á sí mismos, ni que la consultasen, manteniendose en ellos solamente, al parecer, para que tuviesen menos escusa: pero Dios, cuyas misericordias parece son mas abundantes, á proporcion que se aumenta la malicia de los hombres, quiso gravar en unas piedras esta misma ley, que la naturaleza, esto es, el mismo Dios, havia

yia gravado en nueſtros corazones. Nos puso á la viſta la ley que tenemos escrita dentro de nosotros mismos, para que siempre la tuviesemos presente: Con todo eso, haviendola desfigurado el pueblo que fue su primer depositario, con interpretaciones que alteraban su pureza, Jesu-Chriſto, luz, y Sabiduría de Dios, vino finalmente á la tierra, para reſtituirla su primera hermosura, para limpiarla de las alteraciones de la Synagoga, para disipar las tinieblas que sobre ella havian derramado una falsa ciencia, y las tradiciones humanas, para descubrir toda su grandeza, para aplicar las reglas á todas nueſtras necesidades, y para que dejandonos su Evangelio, no quedase escusa ni á la ignorancia, ni á la malicia de los que quebrantan sus preceptos.

Con todo eso, el segundo pretexto que se opone en el Mundo á la evidencia de la ley de Dios es la falsa obscuridad que se atribuye á sus reglas: nos acusan de que siempre hacemos decir al Evangelio lo que queremos; todo lo disputan, para todo hallan replicas, todo lo cubren de tinieblas, y obscurecen de tal modo la ley, que el mismo Mundo quiere tener el Evangelio á su favor.

Digo, pues, que además de la evidencia de la conciencia, es tambien evidente la ley de Dios por la sencillez de sus reglas, y que asi los pecadores, que de este modo quieren juſtificar sus injuſtos caminos, serán confundidos en el dia de la quenta, tanto con el teſtimonio de su propio corazon, como con la evidencia de las santas reglas.

Sí, Catholicos, la ley de Dios lleva en sí misma la luz, como dice el Profeta, é ilumina aún los ojos de aquellos que se la quisieran ocultar á sí mismos. *Præceptum Domini lucidum illuminans oculos.* Y á la verdad, que haviendo venido el mismo Jesu-Chriſto á darnos una ley de vida, y de verdad, para reglar nueſtras coſtumbres, y obligaciones, y en la que nunca podria ser tachada de exceso la evidencia, no querria dejarnos en ella unas obscu-

curidades, que pudiesen darnos motivo de que nos engañasemos, y que favoreciesen á las mismas pasiones que havia venido á combatir. Las leyes humanas pueden muy bien estár sujetas á estos inconvenientes; como el entendimiento del hombre, que es quien las ha inventado, no puede preveerlo todo, tampoco puede precaver todas las dificultades que pueden algun dia ocurrir en el espiritu de los demás hombres acerca de la fuerza de sus expresiones, y de la misma naturaleza de sus reglas. Pero el Divino Espiritu, que es el autor de las santas reglas, que se proponen en el Evangelio, ha prevenido todas las dudas que podia oponer á su ley el espiritu humano; ha leído en el corazon de todos los hombres futuros las obscuridades que podia esparcir su corrupcion sobre la naturaleza de sus reglas; por eso las dispuso de un modo tan divino, y tan inteligible, tan sencillo, y tan sublime, que tanto los mas ignorantes como los mas doctos, no pueden menos de conocer en ellas su voluntad, y los caminos de la vida eterna.

Es verdad, que los incomprehensibles Mysterios de la Fé se ocultan bajo unas sagradas obscuridades. Pero las reglas de las costumbres se hallan claras, y manifiestas en esta divina ley; en ella se ven con evidencia las obligaciones, y no hay cosa mas clara, ni menos equivoca, que los preceptos de Jesu-Christo: Y á la verdad, era muy necesario que estas reglas fuesen claras, y perceptibles, pues en el principio solamente fueron anunciadas á unos discipulos rusticos, y en las Aldeas de Judea, y el Sermon que predicó Jesu-Christo en el Monte, en el que están incluidas todas las reglas de las costumbres de un modo tan sublime, y celestial, no tuvo mas oyentes que aquella plebe rustica, que havia seguido á Jesu-Christo al desierto.

No quiero decir, Catholicos, que no puedan ocurrir algunas dudas, y dificultades acerca de las obligaciones en algun caso particular; que la concurrencia de

mil

mil circunstancias diferentes, no pueda de tal modo obscurecer la regla, que algunas veces puedan equivocarse aún los mas doctos; ni que todo se halle de tal modo decidido en el Evangelio, en orden á las infinitas obligaciones de los estados, y condiciones, que alguna vez no se pueda padecer engaño.

Pero digo (y os suplico que atendais á estas reflexiones, porque me parecen de extrema importancia, y encierran en sí todas las reglas de las costumbres) digo primeramente, que si la letra de la ley está algunas veces dudosa acerca de algunos casos particulares de las obligaciones, nunca lo está su espiritu: Que siempre se conoce suficientemente á qué parte se inclina el Evangelio, y ázia donde nos guia la analogía, y el espiritu dominante de sus maximas; digo que estas se explican mutuamente unas á otras, y que todas se dirigen á un mismo fin; que son como otras tantas luces, que se reunen todas en un mismo punto, dando un resplandor tan grande, que es imposible el engañarse; que hay algunas reglas principales, las que siryen para resolver todas las dificultades particulares; y finalmente, que si alguna vez puede la ley parecernos equivoca, la intencion del Legislador, que es por donde la debemos interpretar, nunca deja lugar á la duda, ni al engaño.

Y asi quisierais saber, v. g. vosotros los que vivis en la Corte, en donde la ambicion es como la virtud de las personas de vuestra clase, ¿quisierais saber si es delito el desear con ansia los honores, y prosperidades de la tierra; el no estár jamàs contento con su estado; el querer adelantar continuamente; el ordenar todos los medios á este fin, y emplear en esto toda la vida? Pues la ley os responde que vuestro corazon debe estár donde se halla vuestro tesoro, esto es, en el deseo, y en la esperanza de los bienes eternos, y que el Christiano no es de esto Mundo; y asi en este punto vosotros mismos podeis resolver la dificultad.

¿Preguntais si el continuo juego, las diversiones, los espectaculos, y otros muchos placeres, que tan inocentes parecen á la vista del Mundo, se deben desterrar de la vida Christiana? pues en la misma ley se os responde que son bienaventurados los que lloran, y que son infelices los que rien, y reciben su consuelo en este Mundo: Seguid el espiritu de esta regla, y caminad al fin á que os guia.

¿Deseais saber si haviendo de vivir en el Mundo, debeis vivir como el Mundo: Si en nosotros es indiscrecion condenar á casi todos los hombres que viven como vosotros, y si para servir á Dios es necesario afectar unas singularidades, que os hacen ridiculos á vista de los demás hombres? A esto se os responde, que no debeis conformaros con este siglo corrompido, que no es posible agradar á los hombres, y ser siervos de Jesu-Christo, y que la multitud es siempre el partido de los reprobos: ¿Puede estàr mas clara la respuesta?

Dudais, si despues de haver perdonado á vuestro enemigo, estais tambien obligado á tratarle, á servirle, con vuestros bienes, y con vuestra autoridad, ¿y si no será mas justo el reservar vuestras gracias, y preferencias para vuestros amigos? A esto se os responde: llenad de beneficios á los que han querido haceros mal; hablad bien de los que os calumnian; amad á los que os aborrecen; reflexionad el espiritu de este precepto, y decidnos si no derrama sobre vuestra duda una luz, que inmediatamente la aclara, y la disipa.

Finalmente, proponed las dudas que quisieseis acerca de las obligaciones, siempre os será facil decidirlas, valiendoos del espiritu de la ley, quando no esté clara la letra, porque la letra mata, como dice el Apostol; esto es, contenerse dentro de sus limites, no tener por obligacion mas que aquello que está literalmente explicado, no pasar mas adelante en el espiritu que vivifica, es ser como los Judíos, y quererse engañar á sí mismos.

Y asi, Catholicos, quando nosotros condenamos tantos

tos abusos, como os estais permitiendo sin escrupulo, no nos digais, que el Evangelio nada dice en este particular; porque el Evangelio todo lo dice al que quiere entenderlo; el que ama la ley de Dios, no halla duda alguna en el Evangelio; para todo halla respuesta en él, el que solamente desea instruirse, y aún pasa muy adelante, y dice tanto, que sin detenerse en arreglar ciertas menudencias, arregla las mismas pasiones; sin circunstanciar todas las acciones, reprime las inclinaciones, que son su raíz; y sin ceñirse á ciertas circunstancias exteriores de las costumbres, nos propone por reglas de obligacion, la abnegacion de nosotros mismos, el aborrecimiento al Mundo, el amor á los trabajos, el desprecio de las cosas perecederas, y toda la extension de sus maximas de cruz: Primera reflexion.

Digo en segundo lugar, que nuestras dudas acerca de las obligaciones, no provienen de la obscuridad de la ley, sino del amor que aún tenemos á nuestras pasiones; que las almas mundanas son las que hallan mas estorvos, y obscuridades en las reglas de las costumbres; que nada parece claro á los que quisieran que todo fuese obscuro; que todo parece dudoso á los que tienen interés en que haya dudas; digo, pues, con San Agustin, que la buena voluntad por sí sola basta para dár inteligencia á los preceptos; que no se conocen bien las reglas, y las obligaciones, sino quando se tiene amor á ellas; que no se llega á la verdad, sino por medio de la caridad, y que el sincero deseo de salvarse, es la mejor solucion de todas las dificultades; digo que las almas fieles, y fervorosas, casi nunca tienen que oponer á la ley de Dios, y que sus dudas mas son piadosos sustos acerca de las acciones santas, que pretextos, ni dificultades para autorizar las profanas.

Los hombres no supieron dudar acerca de las reglas de las costumbres, hasta que quisieron acomodarlas á sus injustas pasiones: Todas las decisiones eran claras para

los primeros fieles; no vemos que en aquellos felices siglos, tuviesen los primeros Paſtores de la Iglesia que desatar muchas dificultades en punto de las circunſtancias de las obligaciones; los inmensos volumenes en que se deciden las dudas con infinitas resoluciones, nacieron con la corrupcion de las coſtumbres; segun fueron los fieles teniendo mas pasiones que satisfacer, tuvieron tambien mas dudas que proponer; ha sido preciso aumentar muchos volumenes para resolver las dificultades que ha formado solamente la sensualidad, siendo unas dificultades que eſtaban yá resueltas en el Evangelio, y acerca de las quales en la primera edad de la fé, huviera sido escandalo el atreverse á dudar; en nueſtros siglos, mas disolutos aún que los antecedentes, se han viſto crecer, y multiplicarse haſta un numero infinito, unos enormes volumenes de casos, y resoluciones, en ellos se hallan eſtablecidas como problemas las reglas mas incontraſtables de la moral de Jesu-Chriſto; no hay precepto acerca del qual no haya propuesto dificultades la corrupcion, y para el que no haya hallado mitigaciones una falsa ciencia; todo se ha disputado, todo se ha controvertido, y todo se ha pueſto en duda; hemos viſto al espiritu del hombre burlarse del Espiritu de Dios, y subſtituir doctrinas humanas á la doctrina que Jesu-Chriſto nos trajo del Cielo; y aunque no es mi intento condenar á todos aquellos hombres piadosos, y doctos que trabajaron tan gran cumulo de decisiones, huviera sido mejor que la Iglesia se huviera pasado sin su socorro; y no puedo menos de mirarlos como remedios que se han convertido en heridas, y como triſtes frutos de las necesidades del tiempo, de la depravacion de las coſtumbres, y de haver perdido la fuerza la verdad entre los hombres.

Las dudas, pues, acerca de las obligaciones mas nacen de la corrupcion de nueſtro corazon, que de la obscuridad de las reglas. La luz de la ley, dice San Aguſtin, se parece á la del Sol, que por mas que luzca, brille, y resplandezca, de nada sirve al que eſtá ciego: Todos los pe-

pecadores están ciegos, tienen la luz cerca de sí, los rodea, los penetra, entra por todas partes en su alma, pero ellos siempre están lejos de la luz: *Præsens est illi, sed cum cœco præsens est.* Purificad vuestro corazon, continúa este Santo Padre, quitaos la funesta venda de las pasiones, y entonces vereis con claridad vuestras obligaciones, y se aclararán todas vuestras dudas: *Removeantur iniquitates, sanetur quod saucium est, levetur pondus ab oculo, præceptum Domini lucidum.* Y asi, estamos viendo todos los dias, que quando una alma movida de la gracia, empieza á tomar medidas seguras para la eternidad, descubre entonces mil verdades que antes se havia disimulado á sí misma; segun se van minorando sus pasiones, se aumentan sus luces; se admira de haver podido estar ciega tanto tiempo acerca de unas obligaciones, que entonces parecen tan evidentes, y claras; y en vez de tener necesidad el Sagrado Director de arguirla, y defender contra ella los intereses de la ley de Dios, necesita valerse de toda su prudencia para ocultar, por decirlo asi, á esta alma arrepentida, toda la extension, y los terrores de las santas verdades; necesita sosegarla acerca del horror de sus pasados desordenes, y templar los temores, en que la precipitan la novedad, y el pasmo de sus luces: Esto sucede, no porque reciban nueva claridad las reglas, sino porque el alma se desembaraza, y sale de sus tinieblas; no porque la ley de Dios adquiera mas evidencia, sino porque los ojos del corazon se abren para recibir su claridad: En una palabra, el pecador, y no el Evangelio es quien se muda.

Otra prueba de la verdad que propongo, Catholicos, es que en aquellos puntos de la ley, en que no nos ciega ninguna pasion, ni ningun interés particular, somos equitativos, y no tenemos dudas. Un Avaro, que se oculta á sí mismo las reglas de la fé, en orden al amor insaciable de las riquezas, vé con claridad las maximas que condenan la ambicion, ó la sensualidad. Un sen-

sensual, que procura justificarse las flaquezas de sus inclinaciones, no perdona á las pasiones indignas, y á la infame codicia del Avaro. Un hombre, que en nada piensa mas que en la elevacion, y en la fortuna, y que mira los continuos artificios que tiene que practicar para conseguir como cuidados serios, y sólidos, á los que unicamente tiene por dignos de su nacimiento, y de su nombre, conoce toda la indignidad de una vida entregada á las diversiones, y placeres, y vé claramente que un hombre de distinguido nacimiento se degrada, y afrenta con la ociosidad, y la pereza. Una muger, en quien domina la pasion del juego, y que en lo demás hace una vida regular, es inexorable aún en orden á las faltas mas leves, que se oponen á una vida arreglada, y siempre está justificando la inocencia de un juego excesivo, oponiendole á otros desordenes de otra naturaleza, de los que se halla libre. Otra por el contrario, muy pagada de su persona, y hermosura, sin pensar mas que en sus deplorables pasiones, mira esta desordenada inclinacion al juego, como una especie de frenesí, y no vé en la infamia de sus conexiones mas que una inocente flaqueza, y unos afectos involuntarios, cuyo destino, dice, se halla dentro de nuestro corazon.

Examinad todas las pasiones, y hallareis, que veis, y condenais todas aquellas de que estais esentos, que conoceis las reglas que las prohiben, y que llegais á ser rigurosos con los proximos acerca de la observancia de aquellas obligaciones que no tienen conexion con vuestras propias flaquezas, y que vuestra severidad pasa aún mas allá de la regla. Los Phariseos tan instruidos, y tan severos acerca del delito de la muger adultera, y de las penas establecidas por la ley contra el horror de esta infidelidad, no veían su sobervia, su hypocresía, su odio implacable, y la secreta envidia que tenian contra Jesu-Christo; luego las tinieblas solamente están en nuestro propio corazon, y no empezamos á dudar de nuestras obli-

obligaciones, hasta que empezamos á amar las maximas que las impugnan. Segunda reflexion.

En tercer lugar: Os persuadis á que el Evangelio no está tan claro como os decimos, en orden á la mayor parte de las reglas que nosotros os señalamos; os parece que ponderamos su severidad, y que le interpretamos como queremos: Pues oíd al mismo Evangelio, Catholicos: Nosotros convenimos desde luego, en que entre todas las obligaciones que os impone, solamente creais, que os obliga la observancia de aquellas, que están señaladas en él con terminos tan claros, y precisos, que no admiten equivocacion, ni engaño: Nada mas se os pide, y en todo lo restante os damos por libres. Escuchad, pues: *El que no lleva todos los dias su Cruz, y no me sigue, no puede ser mi Discipulo*:(a) *El que no renuncia de corazon todo quanto posee, y el que no se niega tambien á sí mismo, no debe aspirar à mis promesas.* (b) *El Reyno de los Cielos padece violencia, y solamente los que viven mortificados, gozarán de él algun dia.* (c) *si no haceis penitencia, todos pereceereis* (d) *No es posible servir á Dios, y al Mundo.* (e) *Desgraciados los que viven en la alegria, y abundancia, y felices los que lloran, y padecen en la tierra.* (f) *El que ama à su Padre, à su muger, á sus hijos, á sus bienes, à su cuerpo, y à su alma mas que á mì, no es digno de mì.* (g) *El Mundo se regocijará, pero vosotros, Discipulos mios, siempre permanecereis en la tristeza de la fè, y en las lagrimas de la penitencia* (h)

Abora bien, Catholicos, ¿os parece que pretendo yo en-

(a) *Luc.* 14. *v.* 27. (b) *Ibid. v.* 33. (c) *Matth.* 11. *v.* 12. (d) *Luc.* 13. *v.* 5. (e) *Matth.* 6. *v.* 24. (f) *Luc.* 6. *v.* 25. (g) *Luc.* 14. *v.* 26. (h) *Joan.* 16. *v.* 20.

engañaros con un exceso de severidad, que añade alguna cosa al Evangelio, ó que quiero induciros á que sigais mis ideas? Yo, Señores, soy un hombre flaco, y tengo necesidad de que conmigo se use tambien de indulgencia, y si huviera de arreglar la doctrina que os predico, por la flaqueza de mi corazon, ¡ah! solamente os hablaria en un estilo de hombre; os diria, que Dios es demasiado bueno para haver de castigar unas inclinaciones, que parece nacen con nosotros; que para amar á Dios no es necesario ser enemigo de sí mismo; que los Ricos deben gozar de sus riquezas, sin privarse de nada: De este modo hablaria yo: (Porque el hombre por sí solo no puede hablar otro idioma que el de la carne, y la sangre.) Pero, Catholicos, yá os lo he preguntado otra vez, ¿en este caso respetariais mi ministerio? ¿Me tendriais por un Angel bajado del Cielo, que quisiera anunciaros un nuevo Evangelio?

El de Jesu-Christo acaba de hablaros en otro estilo; yo no os he referido mas que sus mismas divinas palabras: Estas son las obligaciones que os señala en terminos claros, y expresos; convengo en que os contengais precisamente dentro de estos limites, y que dejeis todo lo demás como dudoso, ó à lo menos como mandado con terminos menos claros, y que admiten algunas interpretaciones favorables. No conteis entre vuestras obligaciones sino estas reglas santas, é indubitables; nada mas os pedimos, no hagais mas de lo que ellas os mandan, y vereis como aún haceis mas de lo que nosotros os pedimos, y que las maximas mas comunes, y familiares del Evangelio exceden infinitamente á nuestros discursos. Tercera reflexion.

Y así, os digo en quarto lugar, que el suscitarse en el Mundo tantas dudas acerca de las mas indubitables obligaciones de la piedad christiana, consiste en que el Evangelio es un libro incognito para la mayor parte de los fieles; en que por un deplorable abuso se pasa toda la vida

en

en adquirir ciencias vanas, frivolas, é inutiles al hombre, á su felicidad, y á su eternidad, y no se lee el libro de la ley, en el que está encerrada la ciencia de la eterna salud, la verdad que nos ha de libertar, la luz que nos debe guiar, los titulos de nuestra esperanza, las prendas de nuestra inmortalidad, los consuelos de nuestro destierro, y el socorro de nuestra peregrinacion; consiste en que quando venimos al Mundo, se tiene gran cuidado de presentarnos los libros que explican las reglas de aquella profesion, á que nos destina; y el libro en que se encierran las reglas de la profesion del Christiano; esta profesion, que ha de sobrevivir á todas las demás, la que unicamente es necesaria, la unica que nos ha de acompañar en la eternidad, este libro, buelvo á decir, se entrega al olvido, y no se hace memoria de él en el plan de estudios, en que debemos ocupar nuestros primeros años; Consiste finalmente, en que, como niños, divertimos el tiempo en la leccion de historias fabulosas, y lascivas, y no nos parece digna ni aún de nuestra curiosidad, la historia de las maravillas de Dios, y de las misericordias, que ha usado con los hombres, estando llena de sucesos tan grandes, tan serios, y de tanto interés para nosotros, que debiera ser toda la ocupacion, y todo el consuelo de nuestra vida.

Despues de esto, no me admiro de que tengamos que hacer todos los dias la apología del Evangelio contra los abusos, y preocupaciones del Mundo; ni de que se nos oyga con la misma admiracion, quando anunciamos las mas comunes verdades de la moral christiana, que si predicasemos la fé, y los Mysterios de aquellos pueblos salvages, y remotos, cuyas tierras, y costumbres apenas conocemos; ni de que la doctrina de Jesu-Christo halle oy la misma contradiccion en los espiritus, que halló en el nacimiento de la fé, porque hay algunos Christianos que ignoran oy el libro de la fé, tanto como le ignoraban entonces los Paganos; que apenas saben si vino Jesu-Christo á dar le-

yes á los hombres; y que no pueden sufrir ni un solo instante sin moleſtia la leccion de eſte divino libro, cuyas reglas son tan sublimes, sus promesas de tanto consuelo, y cuya hermosura, y divina Philosophía tanto admiraban los mismos Paganos, que abrazaban la fé: Y asi, Catholicos, leed los libros santos, y leedlos con aquel espiritu de fé, de sumision, y de humildad que pide la Iglesia, y preſto sabreis tanto acerca de vueſtras obligaciones, y de las reglas de las coſtumbres, como los mismos Doctores, que os enseñan: *Super omnes docentes me intellexi, quia teſtimonia tua meditatio mea eſt.* (a)

Y á la verdad, Catholicos, os suplico me digais ¿de qué proviene que los primeros fieles adelantasen tanto la pureza de las coſtumbres, y la santidad del Chriſtianismo? ¿Se les anunciaron acaso otras maximas diſtintas de las que nosotros os anunciamos? ¿Se les predicaba otro Evangelio mas claro, ni mas exacto, que el que os predicamos nosotros? Con todo eso, entonces se predicaba á unas naciones idolatras, y disolutas, que havian venido al conocimiento de las verdades de la fé con unas preocupaciones de superſticion, y de la mas infame sensualidad, autorizadas por su mismo culto. Si el Evangelio tuviera en sí la menor obscuridad, que fuese favorable á las pasiones, sin duda que aquellos primeros Discipulos de la fé debieran haver dudado. ¿Pues de qué proviene que no proponian á los Apoſtoles, ni á sus sucesores las dificultades, que continuamente nos eſtais oponiendo vosotros para defender los abusos del Mundo, y los intereses de las pasiones? ¿De qué proviene que teniendo mas preocupaciones, y mas inclinacion que nosotros á los deleytes, comprehendieron desde luego aquellos felices fieles, hasta

(a) *Psalm.* 118.

ra qué punto se los debian prohibir, para obedecer al Evangelio?

¡Ah Catholicos! Consiste en que de dia, y de noche tenian en sus manos el libro de la ley; en que la paciencia, y el consuelo de las Escrituras era la mas suave ocupacion de su fé; en que las Cartas de los Santos Apostoles, y la relacion de la vida, y maximas de Jesu-Christo era la diaria ocupacion de aquellas Iglesias, que nacian entonces: En una palabra, en que para el que lee el Evangelio, prestó está decidido todo lo que mira á las obligaciones. Quarta reflexion.

Finalmente: digo por ultimo. Quando en el Evangelio se hallára aún alguna cosa obscura; ¿no tiene la ley de Dios toda su evidencia en la instruccion, y en el ministerio de la divina palabra? Los Pulpitos Christianos os anuncian todos los dias la pureza de las santas maximas; los Pastores las predican sobre los techos, como dice Jesu-Christo; los Sagrados Directores de las conciencias las confian al oído; los hombres llenos de zelo, y de sabiduría las derivan á la posteridad en unas obras dignas de los mejores tiempos de la Iglesia; nunca ha tenido la piedad de los fieles mas socorros; jamás ha tenido menos escusa la ignorancia; no ha havido siglo mas ilustrado, ni en que mejor se conociese el espiritu de la ley, y toda la extension de las obligaciones: yá no vivimos en aquellos siglos de ignorancia, en los que no se conocian las reglas mas que por los abusos que las havian alterado; en que las mas veces el Sagrado ministerio, no era para los fieles mas que ocasion de error, y de escandalo, y en los que bastaba para que el Sacerdote fuese tenido por docto, el que fuese mas supersticioso que su pueblo.

¡O Dios mio! parece que para que tengamos menos escusas, se aumenta el conocimiento de la verdad, que debe condenarnos segun vá creciendo la malicia de los hombres; segun se ván corrompiendo las costumbres, se ván tambien manifestando las reglas; segun se vá apagando, y

debilitando la fé, se aclara, y purifica; somos semejantes á aquellos fuegos, que al tiempo de apagarse despiden mayor claridad, y nunca manifiestan mas la fuerza de su resplandor, que quando están para extinguirse.

No quiero decir con esto, que no haya aún entre nosotros algunos directores ciegos, y algunos Profetas, que anuncian sus propios sueños. Pero este engaño solamente es de temer para aquellos que quieren ser engañados; si queremos proceder de buena fé, facilmente hallaremos una mano que nos guie por buen camino; propiamente hablando, no son los falsos directores los que nos engañan, sino nosotros que los buscamos, porque queremos perdernos con ellos; no son ellos los primeros autores de nuestra perdicion, sino solamente los que la aprueban; no nos ponen en el camino de el error, sino que nos dejan en él; y quando nosotros vamos á buscar su aprobacion, yà estamos determinados á perecer. Y á la verdad, Catholicos, que nosotros mismos conocemos muy bien el peligro, y la imprudencia de la eleccion que hacemos. Quanto mas condesciende con nuestras inclinaciones el oraculo á quien consultamos, mas desconfiamos de su talento; quanto mas respeta nuestras pasiones, menos respetamos nosotros su ministerio; y aún muchas veces le tomamos por objeto de nuestras burlas, hacemos befa de una condescendencia á que le hemos obligado; nos preciamos de haver hallado un protector acomodado á las flaquezas humanas, y con una ceguedad, de la que no se puede hablar sin lagrimas, entregamos nuestra alma, y nuestra eterna salud á un hombre á quien no solamente no tenemos por digno de veneracion, pero ni aún de atencion, ni de respeto. Nos parecemos á aquellos Israelitas que un momento despues de haver doblado la rodilla delante del becerro de oro, y haver esperado de él su salud, y libertad, le hicieron pedazos con desprecio, y le reduxeron á cenizas.

Pero sobre todo, aún quando la ignorancia, ó fla-

que-

queza de los Miniſtros, os pudiera servir de ocasion de error, teneis el desengaño en el exemplo de los Santos. Bien veis qual fue desde el principio el camino de aquellos que han conseguido las promesas, cuya memoria, y santos trabajos veneramos en la tierra; bien conoceis que ninguno de ellos llegó á la salvacion por el camino, que os pondera el Mundo como tan seguro, é inocente; bien sabeis que todos los Santos han hecho penitencia, han crucificado su carne, y despreciado el Mundo con sus deleytes, y maximas; bien sabeis que los siglos, que tan diferentes son entre sí por sus coſtumbres, nada han mudado en las de los juſtos; que los Santos de los primeros tiempos eran parecidos á los de los presentes; que aún los paiſes que mas se diferencian entre sí por sus coſtnmbres, han producido Santos, que todos se han parecido unos á otros; que los de los climas mas remotos, y mas diſtintos del nueſtro se parecian á los de nueſtra nacion; que todos han sido los mismos en todas las tribus, y en todas las lenguas; finalmente, que han sido diversos sus estados, que unos se salvaron en la obscuridad, otros en la elevacion, unos en la pobreza, otros en la abundancia, unos entre las diſtracciones de las dignidades, y cargos públicos, otros en el silencio, y sosiego de la soledad; en una palabra, unos en el muladar, y otros en el Trono; pero que la Cruz, la mortificacion, y la abnegacion de sí mismos ha sido el camino comun de todos.

De eſte modo se santificaron en todos los siglos, y en todos los Paises los Principes Religiosos, los Conquiſtadores Santos, los Cortesanos temerosos del Señor, los Magiſtrados Chriſtianos, las Virgenes recogidas, las mugeres divididas entre Jesu-Chriſto, y los cuidados del Matrimonio, los Solitarios penitentes, los Sacerdotes dedicados al Altar Santo, los Señores, y los Esclavos, que gozan oy de la feliz inmortalidad.

¿Quién sois, pues, vosotros para intentar llegar al Cielo por otros caminos, y para persuadiros á que entre

tre tantos ilustres siervos de Dios vivo, haveis de ser los unicos privilegiados? ¡Dios mio! ¡Qué luz nos haveis puesto en la verdad para que no pueda tener escusa el hombre! Su misma conciencia se la está manifestando, vuestra santa ley se la conserva, la voz de la Iglesia se la hace resonar en sus oídos; el exemplo de los Santos se la pone continuamente delante de los ojos; todo se arma contra la culpa; todo se pone de parte de vuestros intereses contra su falsa paz; de todas partes salen rayos de luz, que introducen la verdad hasta lo intimo de su alma; ningun lugar, ningun estado pueden librarle de los divinos rayos que salen de vuestro Seno, que le siguen á todas partes, y que al mismo tiempo que le iluminan le despedazan; la verdad que debiera libertarle, le hace infelíz; y por no querer amar la luz, se vé precisado á experimentar anticipadamente vuestro justo rigor.

¿Pues en qué consiste, amados oyentes mios, que no triunfe la verdad en vuestro corazon? ¿Por qué convertis en una inagotable fuente de crueles remordimientos, aquellas luces que debieran ser en vuestro interior el unico consuelo de vuestras penas? Dios, usando con vuestra alma de las riquezas de su misericordia, no permite que consigais, como muchos impíos, y obstinados, el sofocar esta verdad interior, que continuamente os está llamando al orden, y á la obligacion: ¿Pues por qué os haveis de bolver contra la felicidad de vuestra suerte? ¿Por qué haveis de hacer tantos esfuerzos para defenderos contra vosotros mismos? ¿Por qué haveis de hacer tantas diligencias para huir de la verdad que habita dentro de vosotros? Conciliad yá vuestro corazon con vuestro entendimiento, vuestra conciencia con vuestras costumbres, á vosotros mismos con la ley de Dios: Este es el unico secreto para llegar á aquella paz del corazon que buscais; á qualquiera parte que os bolvais, siempre hallareis que es preciso venir á parar en esto; la observancia de la ley es la verdadera felicidad del hombre; se engaña el que la mira co-

como yugo pesado, pues solamente ella puede dár la libertad al corazon; todo lo que favorece nuestras pasiones empeora nuestros males, aumenta nuestras inquietudes, multiplica nuestras cadenas, y agrava nuestra servidumbre; solamente la ley de Dios reprimiendolas, nos reduce al buen orden, nos sosiega, nos cura, y nos liberta. Este es el destino del hombre pecador, no puede ser felíz en la tierra, sino peleando con sus pasiones, no puede conseguir los verdaderos deleytes del corazon, sino mortificandose, pero si lo hace asi, conseguirá despues aquella eterna paz, que está preparada para los que huvieren amado la ley del Señor. Amen.

SER-

SERMON II.
PARA EL DOMINGO
DE PASION.
SOBRE LA IMMUTABILIDAD de la ley de Dios.

¿*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*

¿Si yo os digo la verdad, por qué no me haveis de creer? *Joan.* 8. *v.* 46.

NO basta haver vindicado la evidencia de la ley de Dios contra la afectada ignorancia de los pecadores que la quebrantan; es necesario tambien probar su immutabilidad contra todos los pretextos que parece autorizan al Mundo á que se exima de sus santas reglas.

No se contenta Jesu-Christo con anunciar á los Phariseos, que algun dia han de ser juzgados por la misma verdad que conocen; que por mas que se la disimulen á sí mismos, el delito de la verdad conocida, y despreciada, permanecerá siempre sobre sus cabezas. Primeramente, empieza haciendoles cargo de la evidencia de la ley, para ha-

hacerlos que atiendan á su propia conciencia; despues les acusa de haver tambien querido oponerse á su immutabilidad, de haver substituido costumbres, y tradiciones humanas á la perpetuidad de sus reglas, de que las acomodaban al tiempo, á las circunstancias, y á los intereses, y les declara que no se alterará ni un punto de su ley hasta el fin de los siglos; que se mudarán el Cielo, y la tierra, pero que su ley, y su santa palabra siempre serán las mismas.

Y este, Catholicos, es el abuso que aún reyna entre nosotros contra la ley de Dios: Os he manifestado, que no obstante las dudas, y obscuridades con que nuestros deseos disfrazan nuestras obligaciones, la luz de la ley, superior siempre á nuestras pasiones, disipa á pesar nuestro estas tinieblas, y que nunca procedemos de buena fé acerca de las transgresiones, que procurabamos justificarnos á nosotros mismos. Pero no contentandonos, como los Phariseos, con obscurecer la evidencia de la ley, nos oponemos tambien, como ellos, á su immutabilidad, y como si la ley de Dios pudiera mudarse con las costumbres de los siglos, con la diferencia de condiciones, con la necesidad de los tiempos, nos persuadimos á que la podemos acomodar á estas tres circunstancias diferentes, y hallar en ellas pretextos, ó para mitigar su severidad, ó para violar del todo sus preceptos.

Y primeramente, el corazon del hombre es inconstante; en cada siglo se vén nacer entre nosotros nuevos usos; los tiempos, y las costumbres deciden siempre de nuestros procederes; pero la ley de Dios es immutable en toda su duracion; siempre es la misma en todos los tiempos, y en todos los lugares, y por razon de este primer estado de immutabilidad, ella sola debe ser la regla constante, y perpetua de nuestras costumbres. Primera reflexion.

En segundo lugar; el corazon del hombre es vano; todo lo que nos iguala con los demás hombres, ofende

nueſtra vanidad; apetecemos las singularidades, y preferencias; creemos hallar en la elevacion del pueſto, y del nacimiento, privilegios contra la ley de Dios; pero eſta ley es inmutable en toda su eſtension, y hace iguales á todos los eſtados, y condiciones; es la misma para los grandes, que para el pueblo, para el Principe, que para los Vasallos; y por eſta segunda razon de inmutabilidad debe atraher á unas mismas obligaciones toda la variedad de eſtados, y condiciones, de donde nace tanta desigualdad acerca de las particularidades de las coſtumbres, y reglas. Segunda reflexion.

Finalmente, el corazon del hombre todo lo ordena á sí mismo; se persuade á que debe preferir sus intereses á los de la ley, y aún á los del mismo Dios; los mas leves inconvenientes le parecen razones fuertes contra la regla; pero la ley de Dios es inmutable en todos los estados de la vida, y por razon de eſte ultimo caracter de inmutabilidad, no puede haver, ni dudas, ni inconvenientes, ni aparentes necesidades, que nos dispensen de sus preceptos. Ultima reflexion.

Eſtos son los tres pretextos que opone el Mundo á la inmutabilidad de la ley de Dios, los que oy intento confundir; el pretexto de los usos, y coſtumbres; el pretexto de la clase, y del nacimiento; y el pretexto del eſtado, y de los inconvenientes; la ley de Dios es inmutable en su duracion, luego los usos, y coſtumbres no la pueden mudar; la ley de Dios es inmutable en su eſtension, luego la diferencia de clases, y condiciones en nada la alteran; la ley de Dios es inmutable en todos eſtados, luego los inconvenientes, y dudas nunca pueden juſtificar la mas leve transgresion. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRI-

PRIMERA PARTE.

UNO de los mas frequentes, y poderosos argumentos, que en otro tiempo hacian á los Paganos los primeros Apologistas de nuestra Religion, era la instabilidad de su moral, y la continua variedad de su doctrina. Como no se hallaba en su vana Philosophía la plenitud de la verdad, ni bebian sus luces, como decia Tertuliano, en aquella soberana razon, que ilumina á todos los espiritus, y es el inmutable Doctor de la verdad, sino en la corrupcion de su corazon, y en la vanidad de sus pensamientos, calificaban el bien, y el mal, segun sus caprichos, y tanto el vicio como la virtud eran entre ellos nombres arbitrarios: *Malum, ac bonum pro arbitrio, ac libidine interpretantur*, dice Tertuliano: No obstante, continúa el mismo, es caracter inseparable de la verdad el ser siempre la misma; la inmutabilidad del bien, y del mal nace de la del mismo Dios, á quien glorifican, ó ultrajan. Su sabiduría, su santidad, su justicia, son las unicas reglas eternas de nuestras costumbres; á los hombres no les toca el mudar á su arbitrio lo que ellos no han establecido, y lo que es mas antiguo que los mismos hombres: *Hæc est veritatis integritas, non mutare sententiam, nec variare judicium; non potest aliud esse, quod veré quidem bonum est, seu malum: omnia penès Dei veritatem fixa sunt.*

Y asi, no nos debe causar admiracion que no tuviese cosa fija la moral en las escuelas paganas: entregadas estas á la sobervia, y variedad del espiritu humano, la vanidad, y no la verdad era la que hacia Philosophos; las reglas se mudaban con los siglos, los nuevos tiempos traían consigo nuevas leyes; en una palabra, la doctrina no mudaba las costumbres, sino que la mudan-

za de las costumbres se llevaba tras sí la de la doctrina.

Pero lo que admira es que los Christianos, que han recibido del Cielo la ley eterna, é inmutable, que regla las costumbres, la tengan por tan mudable, como la moral de los Philosophos, y que se persuadan á que las rigurosas obligaciones, que desde el principio señalaba el Evangelio á las primeras edades de la Iglesia, se han mitigado con la relajacion de las costumbres, y que no se pueden acomodar á la flaqueza, y corrupcion de nuestros siglos.

Y á la verdad, Catholicos, el Evangelio, que es la ley de Jesu-Christo es inmutable en su duracion; vé mudarse todas las cosas, sin mudarse las obligaciones que nos prescribe, porque fundadas en las necesidades, y naturaleza del hombre, son tan comunes, como esta ley, á todos los tiempos, y á todos los lugares. Todo se muda en la tierra, porque todo participa de la mutabilidad de su origen. Los Imperios, y estados tienen sus progresos, y decadencia. Las Artes, y las ciencias caen, y se levantan con los siglos. Las costumbres se mudan continuamente con el gusto de los pueblos, y climas. Dios desde lo alto de su inmutabilidad parece que se burla de las cosas humanas, dejandolas en una eterna revolucion: Los siglos futuros destruirán lo que nosotros edificamos con tanto cuidado: Nosotros destruimos lo que nuestros Padres tuvieron por digno de una eterna duracion; y Dios, para enseñarnos el poco caso que debemos hacer de las cosas de la tierra, permite que en ella nada haya fijo, ni sólido, sino la misma inconstancia, que continuamente las está agitando.

Pero la ley de Dios, en medio de estas mutaciones de costumbres, y de siglos, siempre permanece como regla inmutable de los siglos, y costumbres. El Cielo, y la tierra pasarán, como dice Jesu-Christo, pero las palabras santas de la ley no pasarán; oy se conservan en nosotros del mismo modo que las recibieron los primeros fieles en el nacimiento de la fé; nuestros descendientes las recibi-

birán del mismo modo ; y del mismo modo, finalmente las amarán , y adorarán eternamente los bienaventurados en el Cielo. El fervor, ó el desorden de los siglos nada quita , ni pone á su suavidad , ó á su rigor ; el zelo, ó la condescendencia de los hombres no las hace mas auſteras , ni mas acomodadas ; el excesivo rigor, ó la relajacion de las opiniones , y doctrinas dejan en ella toda la prudente sobriedad de sus reglas ; y ellas forman aquel Evangelio eterno, que en el principio anuncia el Angel del Apocalipsis , desde lo alto del Cielo á todas las lenguas, y á todas las naciones : *Et vidi alterum Angelum volantem per medium Cœlum , habentem Evangelium æternum , ut evangelizaret sedentibus super omnem terram.* (a)

Con todo eso, Catholicos, quando os hacemos ver en las coſtumbres de los primeros fieles , el exacto cumplimiento con todas las obligaciones del Evangelio , su despego del Mundo , su retiro de los theatros, y de las diversiones publicas , su continua asiſtencia á los Templos, la modeſtia , y decencia de sus adornos , su caridad con los proximos , su indiferencia para todas las cosas perecederas , su continuo deseo de ir á reunirse con Jesu-Christo ; en una palabra , aquella vida sencilla , retirada , mortificada , soſtenida con fervorosas oraciones , y con el consuelo de los libros santos , y tal por ultimo , como la manda el Evangelio á todos los Discipulos de la fé , quando os hacemos presentes , buelvo á decir , aquellos antiguos modelos, para que conozcais la diferencia entre las antiguas costumbres , y las vueſtras , y lo diſtantes que os hallais del Reyno de Dios , en vez de atemorizaros al veros tan diſtintos , que apenas se puede creer que seais Discipulos del mismo Maeſtro , y que profesais la misma ley , nos re-

(a) *Apoc.* 14. *v.* 6.

reprehendeis de que continuamente os estamos molestando con la memoria de aquellos primeros tiempos, de que no hablamos mas que de la primitiva Iglesia, como si fuera posible conformar nuestras costumbres con aquellas, de las que al cabo de tanto tiempo no ha quedado señal alguna, las que oy son impracticables entre nosotros, y que estan yá universalmente abolidas por el tiempo, y por otras costumbres contrarias; decis, que es necesario acomodarse á la condicion de los hombres, que sería muy bueno, que se huviese conservado el primer fervor en la Iglesia, pero que con el tiempo todo se relaja, y que el quereros reducir á la vida de los primeros fieles, no es proponeros medios para la salvacion, sino solamente persuadiros, que nadie debe aspirar á ella.

Pero, Catholicos, primeramente os pregunto, ¿el tiempo, y los años, que tanto han alterado la pureza del Christianismo, han alterado acaso la del Evangelio? ¿acaso por haverse hecho los hombres mas sensuales, y desenfrenados, se han hecho las reglas del Evangelio mas comodas, y favorables á las pasiones? ¿La relajacion de las costumbres puede haver mitigado las maximas de Jesu-Christo? Quando profetizó en su Evangelio, que en los ultimos tiempos, esto es, en los siglos que tenemos la desgracia de vivir nosotros, casi no havria fé en la tierra, que en ella apenas sería conocido su nombre, que serían destruidas sus maximas, que las obligaciones serían incompatibles con las costumbres, y que hasta los justos casi se dejarían inficionar del universal contagio, y arrebatar del torrente del mal exemplo, ¿añadió por ventura, que entonces, para acomodarse á la corrupcion de estos ultimos tiempos, aflojaria algo en la severidad de su Evangelio, que consentiria que las costumbres introducidas por la ignorancia, y desorden de los siglos, sucediesen á las reglas, y obligaciones de su doctrina, que entonces pediria á sus Discipulos infinitamente menos de lo que les pedia en el nacimiento de la fé, y que su Reyno, que en el principio solamente se prometió á la mortificacion,

cion, se concederia entonces á la pereza, y ociosidad? ¿por ventura, os buelvo á preguntar, añadió alguna de estas cosas? Al contrario; declaró á sus Discipulos, que entonces, en estos ultimos tiempos havria mas necesidad que nunca de velar, orar, ayunar, y retirarse á los montes, para librarse de la general corrupcion; les declaró que entonces serán desgraciados los que queden expuestos en medio del Mundo; que casi no estarán seguros sino aquellos que renunciaren todas las cosas, y que huyeren de las Ciudades; y acaba, bolviendolos á exortar que velen, y oren continuamente, para que no sean comprehendidos en la general condenacion: *Vigilate itaque, omni tempore orantes, ut digni habeamini fugere ista omnia, quæ futura sunt.* (a)

Y á la verdad, Catholicos, quanto mas se aumentan los desordenes, mas atenta, y fervorosa debe ser la devocion; quanto mas cercados estamos de peligros, mas necesaria nos es la oracion, el retiro, y la mortificacion; el desorden de las costumbres de estos tiempos añade nuevas obligaciones, á las que havia en tiempo de nuestros Padres, y en vez de ser mas facil el camino de la salvacion, que en los primeros tiempos, pereceremos con una virtud mediana, quando entonces defendida esta con el comun exemplo, acaso huviera bastado para asegurarnos la salvacion.

Por otra parte, Catholicos, os pregunto en segundo lugar; ¿Estais verdaderamente persuadidos á que los rigurosos preceptos del Evangelio, aquellas maximas de Cruz, de mortificacion, de abnegacion, y de desprecio del Mundo, fueron hechas solamente para las primeras edades de la fé? ¿Creeis que Jesu-Christo destinó todos

(a) *Luc.* 12. *v.* 36.

dos los rigores de su doctrina para aquellos hombres castos, inocentes, caritativos, y fervorosos, que vivian en aquellos felices tiempos de la Iglesia? ¿para aquellos hombres, que por sí mismos se prohibian todos los placeres? ¿para aquellos primeros Heroes de la Religion, que casi todos conservaban hasta el fin la gracia de la regeneracion, que los havia hecho Christianos? ¿Os parece, Catholicos, que Jesu-Christo en recompensa de su fidelidad, y zelo los havia de agravar el yugo, guardando toda la suavidad de este para los hombres corrompidos de nuestros siglos? ¿Os parece, Catholicos, que Jesu-Christo solamente havia de haver hecho severas leyes de pudór, de modestia, y de retiro, para aquellas primeras mugeres Christianas, que renunciaban á todo por agradarle, que no pensaban mas que en el Señor, y en su Esposo, que encerradas en el retiro de sus casas, criaban sus hijos en la fé, y en la piedad, como las Electras, las Eunices, y otras Heroinas de la fé: y que oy no havia de pedir tanto á unas mugeres ociosas, sensuales, y mundanas, que estan continuamente ofendiendo nuestra vista con la indecencia de sus adornos, y que corrompen los corazones con la libertad de sus costumbres, y con los lazos que ponen á la inocencia? ¿Qué sería en este caso de la equidad, y prudencia tan ponderada de la moral christiana? ¿Se havia de pedir mas al que debe menos? ¿Las transgresiones de la ley havian de ser motivo de que estuviesen dispensados de su severidad los que la quebrantan? ¿El tener mas pasiones havia de bastar para hallarse con derecho de satisfacerlas? ¿Se havia de allanar el camino del Cielo para los pecadores, conservando al mismo tiempo toda su aspereza para los justos? ¿Los hombres havian de tener menos necesidad de las virtudes, solo por ser mas viciosos?

Aún mas; permitidme, Catholicos, que añada en ultimo lugar; si la mudanza de las costumbres pudiera mudar las reglas; si las costumbres pudieran justificar los abu-

abusos, la ley eterna de Dios se acomodaria á la inconstancia de los tiempos, y al ridiculo gusto de los hombres, y asi havria necesidad de un Evangelio para cada siglo, y para cada nacion, porque las presentes costumbres no reynaban en tiempo de nuestros padres; tampoco es verosimil que pasen á nuestra ultima posteridad, ni son comunes á todos los pueblos, que como nosotros adoran á Jesu-Christo; luego estas costumbres, ni pueden ser nuestra regla, ni mudarla; porque la regla es propia de todos los tiempos, y de todos los lugares; las nuevas costumbres no pueden formar para nosotros un nuevo Evangelio, pues aún quando nos le anunciára un Angel del Cielo, no debieramos creerle, y si pudiera seguir las mudanzas de los hombres, no sería seguro para ellos, ni tendria mas autoridad que una ley humana: y asi no se debe juzgar de las reglas, y obligaciones por los usos, y costumbres, sino que se ha de juzgar de estas por las obligaciones, y por las reglas; por lo que la ley de Dios debe ser la regla constante de los tiempos, y no servir la variacion de los tiempos de regla á la ley de Dios.

Y asi, no nos bolvais á decir, Catholicos, que yá no son los mismos los tiempos, porque la ley de Dios siempre es la misma: Que no podeis reformar unas costumbres, que están universalmente establecidas, porque no se os encarga la reforma del Universo, sino que os reformeis á vosotros mismos, y que salveis el alma, que se os ha confiado; esto es lo que se os pide; no digais tampoco que los primeros Christianos tenian, ó mas valor, ó mas gracia que nosotros, lo que sí tenian, era mas fé, mas constancia, mas amor á Jesu-Christo, y mas desprecio del Mundo, solo en esto se distinguian de nosotros.

¿No tenemos nosotros las mismas fuentes de las gracias que ellos, el mismo ministerio, el mismo Altar, y la misma victima? ¿No corren las misericordias del Señor con la misma abundancia sobre su Iglesia? ¿No tenemos aún

entre nosotros muchas almas puras, y santas, que resucitan la fé, y el fervor de los primeros tiempos, y que son unas pruebas vivas de la posibilidad de las obligaciones, y de las misericordias del Señor para con su pueblo? No digais, pues, dice el Espiritu Santo, que los tiempos precedentes eran mejores que los nueſtros: *Ne dicas quod priora tempora meliora fuere, quam nunc sunt: stulta enim eſt hujusmodi interrogatio.* (a) Siempre ha costado algun trabajo el seguir á Jesu-Chriſto; en todos tiempos ha sido preciso llevar su cruz, no conformarse con el siglo corrompido, y vivir como eſtraños en la tierra. Los Santos en todos los tiempos han tenido las mismas pasiones que vencer que nosotros, los mismos abusos que evitar, los mismos engaños que temer, y los mismos obſtaculos que superar: Si en eſto hay alguna diferencia, eſtá en que en los primeros tiempos no solamente havia que evitar las coſtumbres arbitrarias, no solamente havia que temer las burlas del Mundo contra los que se declaraban por Jesu-Chriſto, sino que tambien era preciso exponerse á los mas crueles suplicios: Era preciso despreciar el poder de los Cesares, y el furor de los tyranos; era preciso negarse á creer unas superſticiones respetables por su antiguedad, autorizadas con las leyes del Imperio, y con el consentimiento de casi todos los pueblos: En una palabra, era preciso armar á todo el Universo contra sí mismo; pero la fé de aquellos piadosos hombres era mas fuerte que los suplicios, que los tyranos, que los Cesares, y que todo el Mundo; y la nueſtra no puede resiſtir á la locura de las coſtumbres, ó á la puerilidad de una burla; y el Evangelio, que en otro tiempo podia hacer Martyres, apenas puede oy formar un fiel. Es, pues, la ley de Dios inmutable en su du-

(a) *Eccles. 7. v. 11.*

duracion, siempre la misma en todos los tiempos, y en todos los lugares; pero tambien es immutable en su estension, y la misma en todos los estados, y en todas las condiciones: Esta es la segunda reflexion.

SEGUNDA PARTE.

EL mas esencial caracter de la ley de Jesu-Christo, es reunir bajo unas mismas reglas al Judío, y al Gentil, al Griego, y al Barbaro, á los Grandes, y al Pueblo, al Principe, y á los Vasallos. En Jesu-Christo no hay accepcion de personas; la ley de Moysés, á lo menos en sus usos, y ceremonias, no fue dada mas que á un Pueblo solo; pero Jesu-Christo es Legislador universal; su ley es para todos los hombres, como su muerte; vino á hacer un solo pueblo de todos los pueblos, y á formar un solo cuerpo de todas las condiciones, y estados; este cuerpo se anima con un mismo espiritu, y se gobierna por unas mismas leyes; aunque en él se exerzan diferentes funciones, y se ocupen distintos puestos mas, ó menos honrosos, siempre es uno mismo el movimiento que rige todos los miembros; el Evangelio destruyó todas aquellas odiosas distinciones que dividian antiguamente á los hombres; esta santa ley no conoce pobre, ni rico, noble, ni plebeyo, señor, ni esclavo; no atiende en los hombres á otro titulo mas que al de la fé, que á todos los iguala; no los distingue por sus nombres, ni por sus puestos, sino por sus virtudes; y los mas grandes á su vista son aquellos que son mas Santos.

Con todo eso, hay otra ilusion muy comun contra la immutabilidad de la ley de Dios, y es el persuadirse á que se muda, y se mitiga en favor de la clase, y de la nobleza; que son menos austeras sus obligaciones para aquellas personas de elevado nacimiento, y que los obstaculos que los grandes puestos, y las costumbres ane-

xas á la grandeza, oponen á la observancia de las severas obligaciones del Evangelio, y que hacen casi imposible su practica á los Grandes, hace tambien mas inocente su transgresion. Nos figuramos, que los abusos que la costumbre ha permitido en todos tiempos á los Grandes, les están tambien concedidos por la ley de Dios, y que para ellos hay otro camino para la salvacion distinto de el del pueblo. De esto proviene la transgresion en general de todas las leyes de la Iglesia; de aqui proviene el no hacer distincion, entre los dias consagrados al ayuno, y los demás tiempos del año, y el que se mire este desorden como un privilegio que se niega á la plebe, y reservado para los grandes de el Mundo; de esto proviene el que no vivamos mas que para los sentidos, que no cuidemos mas que de satisfacerlos, que nada neguemos al gusto, á la vanidad, á la curiosidad, al ocio, á la ambicion, y que nos miremos como á nuestros propios Dioses; la misma prosperidad que facilita todos estos excesos, los escusa, y justifica.

Pero, Catholicos, buelvo á deciros, que el Evangelio es la ley de todos los hombres: Grandes, y Plebeyos, todos prometisteis su observancia en la Sagrada Fuente del Bautismo. Quando la Iglesia os admitió entre el numero de sus hijos, no propuso á los Grandes otras oraciones, ni otras reglas que observar, distintas de las del simple pueblo; todos hicisteis alli unas mismas promesas; todos jurasteis en presencia de los Altares observar un mismo Evangelio; entonces no os preguntó la Iglesia, si erais Grande, ó plebeyo por vuestro nacimiento segun la carne; sino si por vuestra regeneracion en Jesu-Christo queriais ser fiel, y obligaros á seguir su ley; en virtud del juramento que hicisteis, puso el Santo Evangelio sobre vuestras cabezas, en señal de que os sujetabais á su sagrado yugo.

Pues, Catholicos, todas las obligaciones del Evangelio se reducen á dos puntos; unas se dirigen á combatir,

y

y debilitar la corrupcion, que sacamos con nosotros al tiempo de nacer; otras á perfeccionar aquella primera gracia de Christianos, que recibimos en el Bautismo, esto es, unas para destruir en nosotros el viejo Adán, y otras para hacer que crezca dentro de nosotros Jesu-Christo; la violencia, la abnegacion, y la mortificacion son del numero de las primeras; la oracion, el retiro, la vigilancia, el desprecio del Mundo, y el deseo de los bienes invisibles son de las segundas; á esto se reduce todo el Evangelio. Ahora os pregunto, ¿en estos dos generos de obligaciones, hay alguna cosa en que os pueda dispensar la clase, ó el nacimiento?

¿Debeis acaso vosotros orar menos que los demás fieles? ¿Teneis menos gracias que pedir que ellos? ¿Teneis menos obstaculos que vencer, menos lazos que evitar, ó menos deseos que combatir? Antes bien, quanto mas ensalzados os halleis, mas se os aumentan los peligros, mas ocasiones de caida se os presentan, mas amable os es el Mundo, todas las cosas favorecen mas vuestras pasiones, y en todo hallais mas oposicion á vuestros buenos deseos. En un estado, pues, tan terrible para vuestra salvacion, ¿podreis hallar privilegios, que os la hagan mas facil, y asequible? Luego quanto mas elevada sea vuestra clase, mas necesaria os es la mortificacion; porque quanto mas se corrompe vuestro corazon con los placeres, mas indispensable os es la vigilancia, porque son mas frequentes los peligros; mas viva debe ser vuestra fé, porque todo lo que la rodea la debilita, y apaga; mas continua debe ser vuestra oracion, porque necesitais de mas abundantes gracias para defenderos; la pobreza de corazon debe ser mas heroyca, porque os es mas inevitable el amor á las cosas de la tierra; finalmente, quanto mas ensalzados os halleis, mas dificil os es la salvacion; y este es el unico privilegio que podeis esperar de vuestra elevacion. ¡O Gran Dios! Vos, Señor, continuamente nos estais avisando, que vuestro Reyno no es mas que para los pobres, y peque-

ñue-

ñuelos; hablais de lo dificil que es la salvacion para los Grandes, y poderosos, en unos terminos que parece les quitaria toda la esperanza de aspirar á ella, si no supieramos que quereis salvar á todos los hombres, y que aún es mas poderosa vuestra gracia para santificarnos, que la prosperidad para corrompernos.

Y á la verdad, Catholicos, si la elevacion, y la grandeza hicieran nuestro estado mas felíz, y favorable en orden á nuestra salvacion, sería inutil el que la Doctrina de Jesu-Christo nos enseñase á temer las grandezas, y prosperidades humanas; en vano nos diría que son bienaventurados los que lloran, y padecen aflicciones acá en la tierra; que son desgraciados los que se regocijan, y viven en la abundancia, y finalmente que el recibir la recompensa en este Mundo con los bienes, y honores perecederos que en él se disfrutan, es un pronostico casi cierto, de que no debemos esperarla en el otro. Al contrario, la grandeza, y prosperidad serian un estado digno de envidia, aún segun las reglas de la fé; sería preciso llamar felices, contra las maximas de Jesu-Christo, á los que viven entre los placeres, y la opulencia, pues además de gozar las comodidades de una fortuna alhagueña, hallarian tambien un camino para la salvacion mas suave, y mas facil que en un estado obscuro; los que padecen, y viven afligidos acá en la tierra, serían los mas desgraciados de todos los hombres, pues sería preciso añadir á todas las amarguras de su estado, las del Evangelio, mas rigurosas, y austeras para ellos, que para aquellas personas que han nacido en la abundancia. ¡Qué nuevo Evangelio sería preciso anunciaros, Catholicos, si fueran estas las reglas de la moral de Jesu-Christo!

Pero aún no he dicho bastante; aún quando la prosperidad no pidiera mas severas precauciones, por razon de los peligros de que está rodeada, pediria á lo menos mas rigurosas compensaciones, por razon de las culpas, y excesos, que son inseparables de ella. ¡Ah! Catholi-

cos,

cos, ¿conocen limite alguno las pasiones de los poderosos? ¿No son entre ellos mas vivas las envidias, mas perpetuos los rencores, mas aplaudidas las venganzas, mas crueles las murmuraciones, mas desmesurada la ambicion, y mas monstruosa la sensualidad? ¿No adelanta siempre el desorden entre los Grandes alguna cosa sobre los delitos comunes? ¿No se disponen con tal arte las mismas disoluciones, que para precaver los disgustos, que son inseparables de los excesos, se buscan en los delitos alivios contra la tristeza que deja la culpa? ¿Qué condescendencia podeis, pues, prometeros de parte de la Religion? ¿Si los mas justos son responsables de toda la ley, podrán eximirse de ella los mayores pecadores? Medid vuestras obligaciones por vuestros delitos, y no por vuestra clase: Juzgad de vosotros mismos, por los ultrajes que haveis hecho á Dios, y no por los vanos respetos que os tributan los hombres: Contad los dias, y los años de vuestras culpas, que serán los eternos titulos de vuestra condenacion, y no los años, y siglos de la antiguedad de vuestro origen, que no forman mas que unos vanos titulos, escritos sobre las cenizas de vuestros sepulcros: Examinad lo que debeis á Dios, y no lo que os deben los hombres: Si el Mundo huviera de juzgaros, podriais prometeros esas distinciones, y preferencias; pero el mismo Mundo ha de ser tambien juzgado; y el que le ha de juzgar á él, y á vosotros, no distinguirá en los hombres sino sus vicios, y virtudes; no preguntará por los nombres, sino por las obras; y asi, regulad por esta regla las distinciones que debeis esperar.

Por eso, Catholicos, no vemos que Jesu-Christo propusiese en el Evangelio á los Principes del Pueblo, y á los Grandes de Jerusalén, otras maximas distintas de las que propuso á los Plebeyos de Judéa, y á sus Discipulos, que todos eran de la infima clase del Pueblo. Del mismo modo habla en la Capital de Judéa, y en presencia de los mas ilustres sugetos de toda la Palestina, que en las

las riberas del mar, ó en el monte delante de la Plebe que le seguia: No muda sus maximas, aunque se mude la clase de los oyentes: La Cruz, la mortificacion, el desprecio del Mundo, la abnegacion de sí mismo, y el huir de los placeres, es lo que predica en Jerusalén, Corte de los Reyes, como en Nazareth, lugar el mas despreciable de Judéa; lo mismo dice á aquel Joven, que poseía tantas riquezas, que á los hijos del Zebedéo, que no tenian mas caudal, que sus pobres redes; y á las hermanas de Lazaro, que eran de distinguido nacimiento en Palestina, que á la muger de Samaria, que era de baja suerte: Sus mismos enemigos confesaban, que esto era caracter propio suyo, y se veían precisados á publicar, que enseñaba el camino de Dios con verdad, y que no hacia distincion de clases, ni de personas. *Scimus quia verax es, & viam Domini in veritate doces: Non enim respicis personam hominum.* (a)

¿Pero qué digo? El tenerse el Evangelio, aún despues de su muerte, por una doctrina bajada del Cielo, es porque prescribiendo á los Grandes, y poderosos unas maximas tristes, y penosas, tan incompatibles, al parecer, con su estado, no han dejado, con todo eso, de someterse al yugo de Jesu-Christo, y abrazar una ley, que en medio de su prosperidad, y abundancia, no les permitía mas placeres, y regalos acá en la tierra, que á los pobres, y al simple Pueblo: Y á la verdad, Catholicos, ¿por qué los primeros defensores de la Fé havian de mirar la conversion de los Cesares, y de los poderosos del Siglo, como prueba de la verdad, y divinidad del Evangelio? ¿Qué havría que admirar, en que los ricos, y poderosos abrazasen una doctrina, que los distinguiese del Pueblo, usando con ellos de mayor indulgencia, y que al mismo tiem-

(a) *Matth. 22. v. 16.*

tiempo que á otros manda llorar, ayunar, sufrir la cruz, y la mortificacion, dispensase de estos trabajos á los Grandes; y consintiese que las profusiones, los placeres, las sensualidades, los juegos, y los espectaculos, tan rigurosamente prohibidos para el comun de los Fieles, les sirviesen á ellos de una inocente ocupacion, y que el camino que para los demás es de perdicion, fuese para ellos de salud eterna? En este caso, sería la prudencia humana la que huviera fundado el Evangelio, y no la locura de la cruz, por hablar en frase de la Escritura: Nuestra Fé sería obra de los artificios, y respetos humanos, y no del brazo del todo Poderoso: Dependería de la carne, y de la sangre, y no de la virtud de Dios; y la conversion del Universo en nada excedería á las supersticiones, y Sectas.

Y á la verdad, Catholicos, si el Evangelio huviera de hacer alguna distincion, y usar de alguna condescendencia; si la Ley de Dios pudiera aflojar en algo de su severidad, ¿os parece que sería en favor de aquellos que nacen en la elevacion, y en la abundancia? ¿Os parece que havia de conservar todo su rigor para los pobres, y desgraciados? ¿Que havia de condenar á las lagrimas, á los ayunos, á la penitencia, y al desprecio de todas las cosas á aquellos infelices, que casi pasan toda su vida entre trabajos, y amarguras, y que en su miserable estado no gozan otro consuelo, que el comer escasamente el pan que ganan con el sudor de su rostro, y que havia de dispensar de sus rigurosas obligaciones á los Grandes de la tierra? ¿No havia de mandar cosa alguna trabajosa à aquellos que tienen repartidos sus dias entre la diversidad de placeres, reservando toda su indulgencia para aquellas almas ociosas, y sensuales, que no tienen mas vida que la de los sentidos; que se persuaden á que no estan en la tierra, mas que para gozar en ella de una injusta felicidad, y que no conocen mas Dios, que á sí mismos?

¡Gran Dios! ¡O qué ceguedad derrama vuestra

Divina Justicia sobre las prosperidades! Despues que han corrompido el corazon, apagan tambien todas las luces de la Fé: Rara vez sucede, que los Grandes, que tan instruidos se hallan acerca de los intereses de la tierra, de los caminos de la fortuna, y de la gloria mundana, de las ocultas maquinas, que hacen mover las Cortes, y los Imperios, no vivan en una profunda ignorancia acerca de los caminos de la salvacion: El Mundo les ha acostumbrado de tal modo á que sean preferidos, que se persuaden á que tambien han de hallar preferencia en la Religion; y porque los hombres les agradecen las mas leves expresiones que hacen en su favor, les parece, ¡ó Dios mio! que Vos los haveis de mirar con los mismos ojos que el hombre; y que en cumpliendo con algunas cortas obligaciones de la piedad, y dando algunos cortos pasos por Vos, hacen aún mas de lo que deben, como si las mas minimas obras de Religion que practican, adquiriesen nuevo merito, por razon de su clase, quando á vuestra vista no tienen otro mas que el de la Fé, y la Caridad que las anima.

Y asi, Catholicos, la Ley de Dios, inmutable en toda su estension, es la misma para todas las condiciones; para los Grandes, y para el Pueblo; y además de esto es tambien inmutable en todos los estados de la vida; no hay circunstancia por dificil que parezca, ni urgencia, ni peligro aparente, ni pretexto del bien publico, en que pueda tenerse por cosa legitima, ni necesaria el quebrantarla; esta debiera ser mi ultima reflexion, pero procuraré abreviar: Y así todo nos parece razon, y necesidad, que nos dispensa de las obligaciones, que nos impone la Ley de Dios: Las ocasiones menos peligrosas, las circunstancias de menos inconvenientes, nos sirven de pretextos para quebrantarla con seguridad, y nos persuaden á que la Ley de Dios sería injusta, y demasiado gravosa á los hombres, si en tales circunstancias no usára de condescendencia con nosotros.

La

La Ley de Dios nos manda dar á cada uno lo que es suyo, que minoremos nuestros gastos para pagar las deudas que hemos contrahido por nuestros excesos, y que no permitamos, que por nuestras locas profusiones, padezcan los infelices acreedores. Con todo eso, nos persuadimos á que el que ocupa un puesto grande, debe mantener el explendor de la publica dignidad; que es honor de el Monarcha, el que no afrentemos con exterioridades de bajeza, y miseria, el alto puesto que nos ha confiado; que somos deudores al Principe, al Estado, y á nosotros mismos, antes de serlo á los demás; y que en este caso, el honor publico debe preferirse á las reglas particulares.

La Ley de Dios nos manda sacar el ojo que escandaliza, y arrojarle de nosotros, que nos apartemos de aquel objeto, que siempre ha sido el escollo de nuestra inocencia, y contra el que nunca hemos tenido seguridad alguna; pero el ruído que podría causar el rompimiento, las sospechas que ocasionaría en el publico, los lazos de la sociedad, del parentesco, ó de la amistad, que parece hacen imposible esta separacion, nos persuaden á que no se nos manda en este caso, y que estamos seguros en un peligro, que tenemos por inevitable.

La Ley de Dios nos manda glorificar á la verdad, y no hacer traycion á nuestra conciencia, reteniendola con injusticia; esto es, no disimularla por intereses humanos, á aquellos, á quienes tenemos obligacion de manifestarsela: Con todo eso, nos persuadimos, á que deben suprimirse aquellas verdades, que serian inutiles; y que una libertad, de la que no sacariamos mas fruto, que exponer nuestra fortuna, y hacernos odiosos, sin hacer mejores á aquellos, á quienes somos deudores de la verdad, mas sería indiscrecion, que ley de la caridad, y de la justicia.

La Ley de Dios nos manda, no buscar en los cargos publicos, mas que la utilidad de los Pueblos, para lo que

unicamente se nos ha confiado la autoridad; que nos consideramos como encargados de los intereses de la multitud, como vengadores de la injusticia, y asilos contra la opresion, y la miseria; y no obstante esto, nos persuadimos á que algunas veces nos hallamos en circunstancias, en que es preciso cerrar los ojos á la iniquidad, defender los abusos, que conocemos ser insufribles, sacrificar la conciencia, y la obligacion á la necesidad de el tiempo, y violar sin escrupulo los mas claros preceptos, porque los inconvenientes que nacerian de su observancia, parece que hacen necesaria la transgresion. Finalmente, los pretextos, los intereses, los inconvenientes humanos, hacen siempre inclinar la balanza al lado de la transgresion, y que la obligacion, y la Ley de Dios, cedan siempre á la necesidad, y circunstancias del tiempo.

Ahora bien, Catholicos, quiero pasar en silencio, que el interés de la salvacion es el mayor de todos; que la vida, la fortuna, la fama, y aún todo el Universo, comparados con nuestra alma, en nada deben estimarse, y que aún quando se mudáran el Cielo, y la tierra, aún quando huviera de perecer todo el Universo, y venir sobre nosotros todos los males, siempre serían infinitamente menores estos inconvenientes, que la transgresion de la Ley de Dios.

Tambien quiero omitir, el que por lo menos la ley tiene siempre á su favor la seguridad, contra los pretextos; porque la obligacion de la ley es clara, y evidente, pero la justicia del pretexto que introduce la excepcion, siempre es dudosa; y asi, el preferir el pretexto á la ley, es dejar un camino seguro, y escoger otro, de cuya seguridad nadie puede salir por fiador.

Por ultimo, tampoco quiero detenerme en deciros, que no haviendosenos dado el Evangelio, mas que para desprendernos del Mundo, y de nosotros mismos, y para hacernos morir á todos los terrenos afectos, es un engaño el mirar como inconvenientes, ciertas consequencias

cias de esta Divina Ley, que son funestas, ó á nuestra fortuna, ó á nuestra fama, ó á nuestro sosiego, y persuadirnos que entonces no es permitido recurrir á los arbitrios que la mitigan, y que pretenden conciliar su severidad con los intereses de nuestro amor propio; no fue el intento de Jesu-Christo mandarnos obligaciones faciles, acomodadas, y que no costasen trabajo á nuestras pasiones; vino á introducir en nuestros corazones la espada, y la separacion; á dividir al hombre de sus parientes, de sus amigos, y de sí mismo; á manifestarnos un camino aspero, y dificil; y asi lo que nosotros llamamos inconvenientes, y estremos inauditos, no son en la realidad mas que el espiritu de la ley, las consequencias mas naturales de sus reglas, y el fin que se propuso Jesu-Christo, quando nos las intimó.

Aquel joven del Evangelio miraba como inconveniente el no poder ir á tributar á su Padre los ultimos respetos, y á recoger su patrimonio, si seguia á Jesu-Christo, y este era justamente el Sacrificio que el Señor le pedía. Aquellos hombres, que fueron llamados al festin, miraban como inconvenientes, uno el abandonar su casa de campo, otro su comercio; y el ultimo el dilatar la solemnidad de sus bodas; y el fin que tuvo el padre de familias en convidarlos á que asistiesen al festin, fue precisamente para que rompiesen todos estos lazos, con que aún estaban demasiado unidos á la tierra. Esthér miraba en el principio como inconveniente el haver de presentarse delante de Asuero contra la ley del Imperio, y el haverse de declarar por hija de Abrahám, y protectora de los hijos de Israél, y con todo eso, como se lo declaró el prudente Mardocheo, no havia tenido el Señor otro fin en elevarla á aquel grado de prosperidad, y grandeza, que el proporcionarla una ocasion tan importante. Todo lo que nos molesta, nos sirve de ra-

zon

zon contra la ley; y tenemos por inconvenientes las mismas obligaciones.

Por otra parte, Catholicos: ¿no es cierto que el principal merito de nuestras obligaciones, nace de los obstaculos, que nunca dejan de oponerse á su practica? ¿que el mas esencial caracter de la ley de Jesu-Christo es sublevar contra sí todas las razones de la carne, y de la sangre, y que la virtud se pareceria al vicio, si dentro, y fuera de nosotros no hallára mas que facilidades, y conveniencias? Los justos nunca han sido pacificos observadores de las santas reglas. Abél halló contradiccion en la envidia de su propio hermano: Noe en la incredulidad de sus Ciudadanos: Abrahám en las disputas de sus criados: Joseph en los peligros á que le expuso su amor á la castidad, y el furor de una muger infiel: Daniel en las costumbres de una Corte profana: El piadoso Esdras en las de su siglo: El generoso Eleazaro en los lazos del fingimiento que le aconsejaban; finalmente, registrad la historia de los justos, y vereis que en todos los siglos, quantos han seguido los preceptos, y ordenanzas de la ley, han hallado inconvenientes, en donde parecia que la misma justicia autorizaba la trangresion de las reglas; han hallado obstaculos en un camino, en donde las luces de la razon humana parecian decidir en favor del pretexto contra la ley; en una palabra, en donde la virtud parecia condenar á la misma virtud; y asi no es nuevo el que la ley de Dios halle obstaculos en todas partes; pero sí es nuevo el querer hallar en estos inconvenientes, escusas legitimas que nos eximan de la ley de Dios.

Y la razon decisiva que confirma esta verdad, es que nuestras pasiones son las que forman los inconvenientes, que nos autorizan para buscar interpretaciones favorables contra nuestras obligaciones, y contra la ley de Dios, y que los fines de la fortuna, de la gloria mundana, y del favor, solamente nos obligan á executar ciertas acciones, justificandolas á nuestra vista, no obstante la evi-

den-

dencia de las reglas que las condenan, porque aman nuestra gloria vana, y nuestra fortuna mas que las mismas reglas.

Procuremos, pues, Catholicos, morir al Mundo, y á nosotros mismos; restituyamos á nuestro corazon aquellos movimientos de amor, y preferencia que debe á su Señor: entonces todo nos parecerá posible; las dificultades se allanarán en un instante, y, ó no haremos caso de lo que ahora llamamos inconvenientes, ó los miraremos como pruebas inseparables de la virtud, y no como escusas para el vicio. ¡Que facil es hallar pretextos al que los desea! nunca faltan razones á la pasion: El amor propio es muy habil para convertir siempre en su favor, á lo menos las apariencias: Siempre muda en obligaciones nuestras flaquezas, y mira como titulos legitimos nuestras inclinaciones: Y lo mas deplorable es, dice San Agustin, que llamamos á la Religion en favor de nuestras pasiones; que en la misma virtud buscamos los motivos para quebrantar sus reglas; y que recurrimos á pretextos santos para autorizar los injustos deseos: *Et multi sunt tales, qui etiam putent ad multiplicanda delectamenta terrena, Religionem suffragari debere Christianam.*

De este modo, ¡ó Dios mio! pasamos casi toda la vida en engañarnos á nosotros mismos; empleamos las luces de la razon en obscurecer las de la fé; no gastamos los pocos dias que hemos de vivir en la tierra, mas que en buscar autoridades que favorezcan nuestras pasiones, en imaginarnos en circunstancias, en que nos parece podemos desobedecer sin temor del castigo; esto es, todos nuestros cuidados, todas nuestras reflexiones, toda la superioridad de nuestras ideas, de nuestras luces, de nuestros talentos, toda la prudencia de nuestras medidas, y de nuestros consejos, se reducen á perdernos, y disfrazarnos á nosotros mismos nuestra eterna perdicion.

Evitemos esta desgracia, Catholicos; no tengamos por

por camino seguro sino el de las reglas, y el de la ley; acordemonos de que ha de haver mas pecadores condenados por los pretextos, que parece autorizan las transgresiones de la ley, que por los delitos manifiestos con que la quebrantan. De este modo, la ley de Dios, despues de haver sido regla de nuestras costumbres en la tierra, será nuestro eterno consuelo en el Cielo. Amen.

SER-

SERMON
PARA EL LUNES
DE LA SEMANA
DE PASION.

SOBRE EL EMPLEO DEL TIEMPO.

Adhuc modicum tempus vobiscum sum.

Todavia estaré con vosotros algun tiempo. *Joann. 7. v. 33.*

LA raíz de todos los desordenes que reynan entre los hombres, es el mal uso del tiempo. Unos pasan toda la vida en la ociosidad, y en la pereza, siendo inutiles á la patria, á sus Conciudadanos, y á sí mismos: Otros en la confusion de los negocios, y ocupaciones humanas; unos parece que solamente han venido á la tierra, para gozar en ella de un indigno reposo, y libertarse con la diversidad de placeres, de la molestia que les sigue á todas partes, al mismo paso que huyen de ella: Otros solamente están en la tierra para buscar en ella unas inquietudes que los sacan fuera de sí mismos. Parece que el tiempo es un enemi-

go comun contra el que todos los hombres se han conjurado de comun acuerdo. Toda su vida no es mas que un deplorable cuidado en deshacerse del tiempo; los mas felices son los que mejor logran el no sentir el peso de su duracion; y el mayor consuelo que hallan los hombres, ó en los frivolos deleytes, ó en las ocupaciones serias, es el que se abrevie la duracion de los dias, y de los instantes, casi sin haver percibido que han pasado.

El tiempo, pues, aquel precioso thesoro que nos entregó el Señor, ha llegado á ser para nosotros un peso que nos oprime, y molesta. Tememos como la mayor de todas las desgracias, el que se nos prive de él para siempre, y al mismo tiempo tenemos por igual miseria el haver de sufrir su molestia, y duracion; es un thesoro que quisieramos poder conservar perpetuamente, y no le podemos sufrir en nuestras manos.

Con todo eso, este tiempo, de que tan poco caso parece que hacemos, es el unico medio para nuestra eterna salud; le perdemos sin sentimiento, y esto es delito; no le empleamos sino en cosas de la tierra, y esto es locura: Empleemos, Catholicos, el tiempo, que Dios nos concede, porque es corto; pero no le gastemos sino en trabajar para nuestra salvacion, porque solamente se nos ha concedido para salvarnos; conozcamos el uso que debemos hacer de él, y solamente le emplearemos en el fin para que se nos ha concedido: De este modo, evitaremos tanto los peligros de la vida ociosa, como los inconvenientes de la vida ocupada; este será el asunto de este discurso. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

TRes circunstancias determinan regularmente el valor de las cosas entre los hombres: Las grandes utilidades que se nos pueden seguir; lo poco que las hemos de poseer;

seer, y finalmente, el perder absolutamente la esperanza de bolverlas á gozar, si una vez las perdemos: Pues estos son, Catholicos, los tres principales motivos que hacen al tiempo precioso, y digno de estimacion para el hombre sabio. Primeramente, es el precio de la eternidad: En segundo lugar, es corto, y asi no puede ser excesiva diligencia alguna para aprovecharse de él; finalmente, es irreparable, y el que una vez se pierde, no tiene remedio: Es precio de la eternidad; sí, Catholicos, el hombre condenado á morir, desde el instante en que nace no debiera recibir la vida, sino para perderla en el momento en que acaba de recibirla: Pero la sangre de Jesu-Christo anuló este decreto de muerte, y condenacion, pronunciado contra todos los hombres en la persona del primer pecador; aunque somos hijos de un padre condenado á morir, y herederos de su pena, vivimos, porque el Redemptor murió por nosotros: La muerte de Jesu-Christo es la causa, y el unico derecho que tenemos á la vida; nuestros dias, y nuestros instantes son los primeros beneficios que derramó sobre nosotros desde su cruz, y el tiempo que perdemos tan vanamente es el precio de su sangre, el fruto de su muerte, y el merito de su sacrificio.

No solamente no merecemos vivir por ser hijos de Adan, sino que todas las culpas, que despues hemos añadido á la original, que sacamos con nosotros, han sido otros tantos decretos de muerte. Todas las veces que hemos quebrantado la ley del Autor de la vida, otras tantas debiamos haverla perdido en el mismo instante; todo pecador es hijo de muerte, y de ira, y siempre que la Divina misericordia, despues de alguno de nuestros pecados ha suspendido el decreto de nuestra condenacion, y de nuestra muerte, ha sido lo mismo que querernos conceder graciosamente una nueva vida para darnos tiempo de reparar el mal uso, que hasta entonces haviamos hecho de ella.

No quiero hablar de las enfermedades, de los accidentes, y de los innumerables peligros, que tantas veces han amenazado á nuestra vida, entre los que hemos visto acabar la de nuestros amigos, y parientes, y de los que siempre nos ha librado su bondad. La vida, pues, de que gozamos, es como un milagro perpetuo de la Divina Misericordia. El tiempo que se nos concede, es efecto de una infinidad de gracias de que se compone todo el curso de nuestra vida; cada instante que respiramos es como un nuevo beneficio, que recibimos de Dios, y asi pasar el tiempo, y los instantes en una deplorable inutilidad, es ultrajar á la infinita bondad que nos los concede, despreciar una gracia inestimable que no nos es debida, y poner en manos del acaso el precio de nuestra eternidad. Este, Catholicos, es el primer delito anexo á la perdida del tiempo; el tiempo es un bien precioso que se nos concede, sin tener nosotros derecho á él, y que se nos dá para que con él compremos el Reyno de los Cielos, pero nosotros le despreciamos como la cosa mas vil, y no sabemos en qué emplearle.

En el Mundo se tendria por loco á un hombre, que haviendo heredado un inmenso thesoro, le dejára perder por falta de cuidado, y atencion, y que no se aprovechára de él, ó para elevarse á los puestos, y dignidades que le sacasen de la obscuridad, ó para asegurarse una solida fortuna, que en lo succesivo le pusiese en estado de no tener que temer sus rebeses. Pues, Catholicos, el tiempo es aquel precioso thesoro que heredamos quando nacimos, y que nos concede el Señor por pura misericordia; en nuestras manos le tenemos, y en nosotros consiste el aprovecharnos de él: no se nos ha dado para que le empleemos en ensalzarnos en la tierra á dignidades perecederas, y á grandezas humanas. ¡Ah! Todas las cosas del Mundo son demasiado viles, para poder ser precio de un tiempo, que él mismo es precio de la eternidad, sino para que nos coloquemos en lo mas alto del

Cie-

Cielo al lado de Jesu-Christo, para que nos separemos de la multitud de los hijos de Adán, y seamos superiores á los Cesares, y Reyes de la tierra, en aquella sociedad inmortal de bienaventurados, en donde todos serán Reyes, y cuyo Reyno no tendrá mas limites que los de todos los siglos.

¡Qué locura, pues, el no aprovecharse de un thesoro tan precioso! ¡El gastar en diversiones frivolas un tiempo que puede ser el precio de nuestra eterna salud, y dejar que se desvanezca en humo la esperanza de nuestra inmortalidad! Sí, Catholicos, no hay dia, no hay hora, no hay instante en que, si se aprovecha bien, no podamos merecer el Cielo. La perdida de un solo dia, debiera darnos mas pena que la de la mayor fortuna; y con todo eso, este tiempo tan precioso nos molesta; toda nuestra vida no es mas que un continuo arte de perderle, y á pesar del cuidado que ponemos en disiparle, siempre nos queda bastante para no saber en qué le hemos de emplear; y el tiempo es la cosa de que menos caso hacemos en la tierra; reservamos nuestros buenos oficios para nuestros amigos, nuestros beneficios para los que dependen de nosotros, nuestros bienes para nuestros hijos, y parientes, nuestro credito, y nuestro favor para nosotros mismos, nuestras alabanzas para los que tenemos por dignos de ellas; pero el tiempo se le damos á todo el Mundo; le exponemos, por decirlo asi, á que sea presa de todos los hombres, y aún gustamos de descargarnos de él; le tenemos por un peso que carga sobre nosotros, y buscamos quien nos le alivie; y asi el tiempo, este don de Dios, el mas precioso beneficio de su clemencia, que debe ser precio de nuestra eternidad, es el estorvo, la molestia, y el yugo mas pesado de nuestra vida.

La segunda razon, que nos dá mejor á conocer lo necios que somos en hacer tan poco caso del tiempo que Dios nos concede, es que no solamente es precio de nuestra eternidad, sino que además de esto es corto, y nunca po-

podemos darnos bastante priesa á aprovecharnos de él. Porque, Catholicos, si huvieramos de vivir muchos siglos en la tierra, aunque es verdad, que todavia sería corto el tiempo para emplearle en merecer una felicidad inmortal, pero á lo menos en su larga duracion, podriamos enmendar las cortas perdidas que de él hacemos; en este caso, los dias, y los instantes perdidos, no formarian mas que un punto imperceptible en la larga succesion de siglos que huvieramos de pasar en la tierra. ¡Pero ay! que toda nuestra vida no es mas que un punto imperceptible, la mas larga dura muy poco, nuestros dias, y nuestros años están reducidos á unos limites tan estrechos que no puede verse lo que podemos perder en un espacio tan corto, y rapido; no estamos en la tierra mas que un instante, por decirlo asi; nos parecemos á aquellos fuegos errantes, que se vén en los ayres en una noche obscura; solamente nos dejamos vér, para desaparecer á un bolver de cabeza, y para bolvernos á ocultar para siempre en las tinieblas eternas; el espectaculo que damos al Mundo no es mas que un relampago que se disipa al mismo tiempo de nacer; todos los dias lo estamos diciendo nosotros mismos, ¿pues cómo hemos de hallar dias, y momentos superfluos en una vida, que toda ella no es mas que un instante? Aún mas; si de este instante separais aquel tiempo que necesariamente haveis de conceder á los cuidados indispensables de vuestro cuerpo, á las obligaciones de vuestro estado, á los sucesos inopinados, y á las inevitables correspondencias de la sociedad, ¿qué queda para vosotros, para la eternidad, y para Dios? ¿No es, pues, digno de lastima, el que no sabe en qué ha de emplear el poco tiempo que le queda, y que recurre á mil artificios, que le ayuden á no sentir su duracion?

Añadid, Catholicos, al poco tiempo que hemos de vivir en la tierra el numero de nuestros pasados delitos, los que debemos expiar en este corto intervalo; ¿qué iniquidades se han acumulado en nuestro corazon desde nues-

tros

tros primeros años? ¡Ah! Apenas baſtarian diez vidas como la nueſtra para expiar la menor parte de ellas; aún sería demasiado corto eſte tiempo; y sería preciso que la bondad de Dios supliese á la duracion de nueſtra penitencia. ¡Gran Dios! ¡Qué tiempo puede quedarme para los deleytes, y para la inutilidad en una vida tan corta, y tan llena de delitos como la mia! ¡Gran Dios! ¡Qué lugar pueden ocupar los juegos, y las frivolas diversiones en un intervalo tan rapido, quando todo entero no baſtaria para expiar el menor de mis delitos!

¡Ah! Catholicos, ¿pensamos acaso en eſto? Un reo condenado á muerte, á quien solamente se le concediese un dia para alcanzar el perdon, ¿juzgaria que podia perder algunas horas, ó algunos inſtantes? ¿Se quejaría de la duracion del tiempo que le havia concedido la clemencia del Juez? ¿Le serviría de eſtorvo? ¿Buscaría unas diversiones frivolas con qué entretener aquellos preciosos inſtantes que se le concedian para alcanzar su perdon, y libertad? ¿No se aprovecharía de un intervalo, que tan decisivo era para su deſtino? ¿No procuraría reemplazar con unas diligencias eficaces, activas, y continuas lo que podria faltar al corto tiempo que se le concedia? ¡Qué necios somos, Catholicos! yá eſtá publicada contra nosotros la sentencia; nueſtros delitos hacen cierta nueſtra condenacion; aún se nos concede un dia para evitar eſta desgracia, y para mudar el rigor de la sentencia eterna; ¿y pasamos eſte unico dia con indiferencia empleandole en unas ocupaciones vanas, ociosas, y pueriles? ¿Eſte dia tan precioso nos ha de servir de moleſtia, y enfado? ¿Hemos de buscar medios para abreviarle? ¿Apenas hemos de hallar diversiones con que entretenerle? ¿Hemos de llegar á la noche sin haver empleado el dia que se nos concedió, mas que en havernos hecho mas dignos de la condenacion que haviamos merecido?

Aún mas, ¿qué sabemos, Catholicos, si el abuso que hacemos de eſte dia, que nos concede la Divina Piedad, obli-

obligará á su justicia á abreviarle, y quitarnos alguna parte de él? ¿Quantos accidentes impensados pueden sorprehendernos en medio de esta carrera tan limitada, y cortar en la flor de nuestros años las esperanzas de una vida mas larga? ¿Quantas muertes repentinas, y extraordinarias vemos todos los dias, que son justo castigo de el mal uso que se hace de la vida? ¿En qué siglo, ó en qué Reynado se vieron jamás tantos de estos tristes exemplares? En otros tiempos estos accidentes eran raros, y extraordinarios, pero oy son unos sucesos quotidianos, ó porque nuestras culpas atraen sobre nosotros estos castigos, ó porque los causan unos excesos que fueron ignorados de nuestros Padres. Este genero de muerte es oy la mas frequente, y comun; contad si podeis, á quantos de vuestros parientes, de vuestros amigos, de vuestros Gefes ha sorprehendido de este modo la muerte, sin disposicion, sin arrepentimiento, sin haverles dejado un instante para pensar en sí mismos, en el Dios á quien havian ofendido, en sus culpas, las que no solamente no tuvieron lugar de detestar, pero ni aún tampoco de conocer, sin el socorro de los ultimos remedios de la Iglesia, los que fue preciso administrar con duda á su cadaver, y á los que se les negó el tiempo en la muerte, porque siempre abusaron de él, mientras se les concedió la vida.

Decidnos ahora, que es preciso saber divertirse, y pasar el tiempo en algo. ¿Si teneis muchos ratos desocupados en el dia, sabed que es culpa vuestra el dejarlos pasar en esta funesta ociosidad; los dias del Justo todos son llenos. ¿Hay muchos ratos desocupados en el dia? Pero decidme ¿cumplís con todas vuestras obligaciones? ¿Están bien gobernadas vuestras casas, y bien instruidos vuestros hijos? ¿Socorreis á los afligidos, visitais á los pobres, desempeñais los cargos de vuestros empleos, y dignidades, cumplis con las obras de piedad, con la oracion, y leccion de los libros Santos? El tiempo es

muy

muy corto, y vuestras obligaciones casi infinitas, ¿pues como podeis tener instante alguno desocupado en el discurso del dia? ¡ó Dios mio! ¡Quantos Santos solitarios se quejaban de que los dias pasaban con demasiada rapidez; se aprovechaban de la noche para adelantar en sus trabajos lo que les havia quitado la brevedad del dia; les pesaba de que la aurora llegase á interrumpir el fervor de sus oraciones, y canticos; no les quedaba bastante tiempo en el sosiego, y descanso de su soledad para publicar vuestras alabanzas, y vuestras eternas misericordias; y nosotros cargados de una penosa multitud de cuidados, en medio de los negocios, y ocupaciones del siglo, que consumen casi todos nuestros dias, y momentos; nosotros, que somos deudores á nuestros parientes, á nuestros hijos, nuestros amigos, á nuestros inferiores, á nuestros Gefes, á nuestros empleos, y á nuestra patria de una infinidad de obligaciones, aún hemos de hallar tiempo desocupado en nuestra vida, y el poco que nos queda, nos ha de parecer demasiado largo para emplearle en serviros, y alabar vuestro santo nombre!

Decis, que es felicidad el saber divertirse inocentemente, y ocupar el tiempo en algo. ¿Pero qué sabeis si yá se ha pasado todo vuestro tiempo, y si estais tocando aquel fatal punto en que empieza la eternidad? ¿Sois acaso dueños del tiempo para poder disponer de él á vuestro gusto? ¿Qué necesidad hay de tantas diversiones para ayudar al tiempo á que pase con brevedad, quando él por sí solo huye con tanta rapidez? ¿Os parece que no se os ha dado el tiempo para que le ocupeis en cosa alguna seria, grande, eterna, y digna de la elevacion, y destino del hombre? ¿Es posible que el Christiano, que es heredero del Cielo, no ha de vivir en la tierra mas que para divertirse en ella?

¿Pero es posible, direis, que no ha de haver algunas diversiones inocentes en la vida? Es verdad, Señores, que las hay; pero estos descansos suponen haverlos precedi-

do muchas penas, y trabajos, y toda vuestra vida no es mas que una perpetua ociosidad. Estas diversiones solamente se permiten á aquellos, que despues de haver cumplido con todas sus obligaciones, se vén precisados á conceder algunos ratos de alivio á la flaqueza humana; pero vosotros, si teneis necesidad de descansar, es de la continuacion de vuestros placeres, y de vuestras diversiones; del furor de un juego excesivo, cuya duracion, seriedad, y aplicacion, además de la pérdida del tiempo que os ocasiona, os inhabilita para que al salir de él podais dedicaros á las obligaciones de vuestro estado. ¿Qué descanso puede ser una pasion desenfrenada, que ocupa casi toda vuestra vida, que destruye vuestra salud, que descompone vuestra fortuna, y que os hace continuo juguete de la casualidad? ¿En esas casas, en donde reyna un juego perpetuo, y público, se vé orden, regla, ni disciplina alguna? ¿No están olvidadas en ellas las principales obligaciones? ¿No se advierte la mala crianza de los hijos, el desorden de la familia, y la decadencia de los negocios, ¿No son motivo de la impaciencia de aquellos, que tienen alguna autoridad sobre vosotros, escandalo de los justos, é irrision del público; ¿No son causa de las sospechas, y aún acaso tambien de lo que se habla contra vuestros procederes, contra vuestra conducta, y contra un methodo de vida, que os tiene entregados, por decirlo asi, al público, tanto á los desconocidos, como á vuestros Conciudadanos, á unas compañias que no son decentes, ni á vuestra clase, ni á vuestro sexo, y á unas familiaridades siempre injuriosas á vuestra reputacion: ¿La pasion del juego casi nunca está sola, y particularmente en las Señoras mugeres siempre es raíz, ó ocasion de todas las demás: Estas son las diversiones que teneis por inocentes, y necesarias para ocupar los ratos ociosos de vuestra vida.

¡Ah Catholicos! quantos réprobos desde en medio de las eternas llamas no piden á la divina misericordia ma

que

que un solo momento de esos en que vosotros no sabeis que hacer; y si su súplica pudiera ser atendida, ¿cómo os parece que emplearian ese precioso momento? ¿Qué lagrimas no derramarian de compuncion, y penitencia! ¡Qué oraciones, y súplicas no dirigirian al Padre de las misericordias, para mover sus paternales entrañas, á que los mirase con ojos de piedad! Con todo eso, se les niega ese unico instante, y se les responde, que yá no hay tiempo para ellos, ¿y á vosotros os sirve de estorvo el que se os concede? Dios os juzgará, Catholicos, quando esteis para morir, y en aquella hora terrible, que os cogerá impensadamente, pedireis mas tiempo, pero será en vano; prometereis á Dios que emplearéis mas christianamente el tiempo que le pedis; pero su justicia cortará sin misericordia el hilo de vuestros dias; y el tiempo que ahora perdeis, y que tanto os estorva, se os negará entonces.

Pero nuestra mayor ceguedad en este punto, Catholicos, consiste en que no solamente es corto, y precioso el tiempo, que tan insensiblemente perdemos, sino que tambien es irreparable, pues el tiempo que una vez se pierde, no tiene remedio.

Digo irreparable, porque primeramente los bienes, los honores, la reputacion, y el favor, aunque se pierdan, se pueden bolver á adquirir; y aún cada una de estas pérdidas pueden repararse por otros medios, que nos recompensen con usura; pero el tiempo perdido, y pasado inutilmente, es un medio para la salvacion, que no bolveremos á recobrar, y el que Dios separa del numero de los auxilios que nos havia dispuesto su misericordia. A la verdad, en un espacio de tiempo tan corto como el que hemos de vivir, no podemos dudar que Dios haya tenido particulares designios en orden á cada uno de nuestros dias, y de nuestros instantes, que nos haya señalado el uso que debiamos hacer de ellos, la relacion que debian tener con nuestra eterna salud, y que haya des-

tinado á cada uno de ellos gracias, y auxilios particulares para consumar la obra de nuestra santificacion; pues una vez perdidos estos dias, y estos instantes, se pierden tambien las gracias que estaban anexas á ellos; los instantes que Dios nos concede, tienen termino, y nunca buelven; está arreglado el curso de sus misericordias; á nosotros nos parece que solamente hemos perdido unos momentos inutiles, y hemos perdido con ellos unas gracias inestimables, que quedan yá separadas de aquellas que nos havia destinado la Divina bondad.

Es irreparable; porque cada dia, y cada momento debia acercarnos un grado mas ázia el Cielo; pero los dias, y los instantes, que hemos perdido, nos dejan muy atrás; y estando determinada por otra parte la duracion de nuestra carrera, llega el fin, quando aún nos hallamos muy lejos, quando yá no tenemos tiempo para andar lo que nos falta; ó quando por lo menos para ganar los instantes perdidos, y llegar á nuestro felíz termino, es preciso acelerar la marcha, caminar con pasos de gigante, andar en un dia la jornada de muchos años, hacer unos heroycos esfuerzos, y aún excederse á sí mismo; es preciso llegar á aquellos santos excesos, que son milagros de la gracia, y de los que regularmente pocos hombres son capaces, y consumar en un corto intervalo de tiempo, lo que debiera ser el penoso trabajo de una vida entera.

Finalmente, es irreparable, respecto de aquellas obras de penitencia, y satisfaccion, que podemos hacer en cierta estacion de la vida, y para las que nos hallamos imposibilitados, quando nos acometen las enfermedades propias de una edad mas abanzada; entonces no debeis decir, que Dios no pide imposibles, que la penitencia debe ser acomodada á las edades, y que la Religion no nos manda abreviar nuestros dias, con pretexto de expiar nuestras culpas, porque vosotros mismos sois los que os haveis puesto en ese estado de imposibilidad; vuestras cul-

pas

pas no pueden minorar vueſtras obligaciones ; para que el pecado se borre, es preciso que sea caſtigado. Dios os concedió tiempo, y fuerzas para poder satisfacer á esta ley inmutable, y eterna; haveis pasado este tiempo en acumular nuevas deudas, haveis consumido vueſtras fuerzas con nuevos excesos , ó á lo menos sin emplearlas en aquellos designios, que Dios tenia para con vosotros: y asi es preciso que Dios haga lo que vosotros no haveis hecho, y que despues de vueſtra muerte caſtigue los delitos , que vosotros no haveis querido expiar durante vueſtra vida.

Es decir, para recopilar todas estas reflexiones, que con cada inſtante de nueſtra vida sucede lo mismo que con el de nueſtra muerte ; nadie muere mas que una vez, y de esto se infiere, que es necesario morir bien , porque no hay arbitrio para reparar con una segunda muerte la desgracia de la primera. Del mismo modo , cada uno de nueſtros inſtantes no pasa mas que una vez ; es imposible bolver atrás , y reparar de nuevo el camino, ni las faltas de nueſtros primeros pasos; y asi cada inſtante que perdemos de nueſtra vida , es un punto fijo para nueſtra eternidad ; si este momento se pierde , nunca podrá mudarse ; será el mismo eternamente , se nos hará presente del mismo modo que pasó , y quedará señalado con este caracter indeleble ; ¿pues qué ceguedad es la nueſtra , Catholicos ? ¿Es posible que toda nueſtra vida no ha de ser mas que un continuo cuidado de perder un tiempo que nunca buelve , que se pasa con tanta rapidez , y se precipita en los abysmos de la eternidad?

¡Gran Dios! Vos que sois el diſtribuidor de los tiempos, y de los inſtantes , Vos , en cuyas manos están nueſtros dias, y nueſtros años, ¿cómo nos mirais perder , y disipar los momentos , cuya duracion vos solo conoceis , cuyo curso , y medida haveis señalado con caracteres irrevocables , unos momentos que sacais del

thesoro de vuestras eternas misericordias, para darnos tiempo para que hagamos penitencia; unos momentos que siempre os están instando á abreviar vuestra justicia, en castigo de haver hasta ahora abusado de ellos; unos momentos, que todos los dias estais negando á nuestra vista á tantos pecadores menos culpados que nosotros, á los que la terrible muerte arrebata, y sepulta en el abysmo de vuestras eternas venganzas; unos momentos finalmente, de que acaso no gozaremos mucho tiempo, y á cuya triste carrera acaso pondreis fin en el dia de mañana. ¡Gran Dios! ved ya pasada, y perdida la mayor, y mas hermosa parte de mi vida; entre todos los dias que he vivido hasta ahora, no ha havido uno que haya sido recto, que le haya dedicado á Vos, á mi salvacion, ni á la eternidad; toda mi vida no es mas que un humo, que no deja cosa alguna real, ni verdadera entre las manos del que quiere cogerle. ¡Gran Dios! ¿He de pasar los dias que me faltan en esta triste inutilidad, en esta molestia que me persigue en medio de mis placeres, y de los esfuerzos que hago para huir de ella? ¿Me ha de sorprehender la ultima hora, cargado del vacío de mis años? ¿No ha de haver en toda mi carrera otra cosa seria mas que el ultimo momento, que la ha de poner fin, y que ha de decidir de mi eterna suerte? ¡Qué vida es esta Dios mio! para una alma destinada á serviros, llamada á la inmortal compañia de vuestro Hijo, y de vuestros Santos, enriquecida con vuestros dones, y capaz con ellos de hacer obras dignas de la eternidad. ¿Qué vida es una vida que no es nada, que nada intenta, que ocupa un tiempo, que ha de decidir de todo lo que puede esperar, en inutiles ociosidades, y que solo cuenta por bien empleados los dias, y los momentos que ha pasado en diversiones?

Pero si la inutilidad se opone á lo precioso del tiempo, el desorden, y la multitud de negocios, no se opone menos al buen orden, y al uso christiano que de él de-

be-

bemos haeer; acabo de manifeſtaros los peligros de la vida ociosa, ahora es preciso exponeros los inconvenientes de una vida demasiado ocupada.

SEGUNDA PARTE.

ME parece, Catholicos, que la mayor parte de los que me oyen, eſtán interiormente respondiendo á todo lo que haſta ahora he dicho, que su vida nada tiene de ociosa, ni inutil, que apenas pueden cumplir con la obligacion, con las atenciones, y con las infinitas cargas de su eſtado; que viven entre una multitud de ocupaciones, y negocios, que los consume toda su vida; y que se tienen por felices, quando les queda un inſtante para pensar en sí mismos, y para gozar de un tiempo que les niega el eſtado de su fortuna.

Y ved aqui, Catholicos, otro modo de abusar de el tiempo, mas peligroso aún, que la inutilidad, y la pereza. Y á la verdad, el buen uso del tiempo, no consiſte precisamente en tener ocupados todos los inſtantes de la vida, sino en emplearlos bien, y segun la voluntad del Señor, que nos los concede: La vida de la Fé es una vida arreglada, y prudente; el genio, la imaginacion, la vanidad, y la concupiscencia, son unos principios falsos de bien vivir, pues por sí mismos no son mas que un desorden del espiritu, y del corazon; y la razon, y el buen orden deben ser nueſtra unica guia.

Con todo eso, la vida de la mayor parte de los hombres, es una vida siempre ocupada, y siempre inutil, una vida siempre trabajosa, y siempre vacía. Todos sus movimientos, proceden de sus pasiones: Eſtos son los principales motivos, que inquietan á los hombres, que los hacen correr ázia todas partes como locos, que no los dejan un inſtante de sosiego; y aunque con ellas ocupan todos los inſtantes, no procuran cumplir con sus obli-

obligaciones, sino entregarse á su inquietud, y satisfacer sus injustos deseos.

Pero me preguntareis, ¿en qué consiste el orden que debe arreglar la medida de nuestras ocupaciones, y santificar el buen uso del tiempo? Consiste primeramente en ceñirse á las ocupaciones propias de nuestro estado; en no apetecer los puestos que las aumentan; y en no contar entre nuestras obligaciones los cuidados, y los estorvos que nos forma, ó la natural inquietud, ó nuestras pasiones; en segundo lugar, en atender entre todas nuestras ocupaciones, como á las mas esenciales, y privilegiadas, á aquellas que se ordenan á nuestra eterna salud, por mas desasosegada que sea nuestra situacion.

Dixe primeramente, que no debemos contar entre las ocupaciones que santifican el buen uso del tiempo, aquellas que nos forma solamente la natural inquietud, ó las pasiones por sí solas.

La inquietud: Todos queremos huir de nosotros mismos, y no hay cosa mas triste para la mayor parte de los hombres, que el hallarse solos consigo mismos, y haver de tratar con su propio corazon: Como nos dejamos arrastrar de la vanidad de las pasiones, como nos hallamos manchados con mil conexiones pecaminosas, como mil deseos ilicitos ocupan todos los movimientos de nuestro corazon, quando nos consideramos á nosotros mismos, no hallamos mas que una respuesta de muerte, un funesto vacío, remordimientos crueles, pensamientos melancolicos, y reflexiones tristes; y asi buscamos en la variedad de ocupaciones, y en las distracciones continuas, el olvido de nosotros mismos: Tenemos miedo al tiempo desocupado, como ocasion de tristeza, y creemos hallar en el desorden, y multitud de cuidados exteriores, aquella felíz embriaguez, que hace que caminemos sin vernos, y que no sintamos el peso de nosotros mismos.

¡Pero ay! Nosotros nos engañamos, la tristeza solamen-

mente se halla en el desorden, y en una vida llena de inquietudes, en la que ninguna cosa está en su lugar; y viviendo de este modo, somos molestos á nosotros mismos; continuamente estamos buscando nuevas ocupaciones, y el disgusto hace immediatamente que nos arrepintamos de haverlas hallado; continuamente mudamos de situacion, para huir de nosotros mismos, y en todas partes estamos en nuestra propia compañia: En una palabra; en toda nuestra vida no hacemos mas que buscar diversos artificios, para evitar la molestia, y estos se convierten en desgraciados medios de hallarla en todas partes. Necesariamente se ha de hallar el fastidio en todas aquellas cosas, en que no se halla el buen orden, y en vez de servirnos de remedio una vida desordenada, y llena de inquietudes, ella misma es la mas universal, y mas fecunda raíz de todas nuestras molestias.

Las almas justas, que viven arregladamente, que no se gobiernan por genio, ni por antojo, que tienen bien ordenadas todas sus ocupaciones, que gastan todos los instantes del tiempo, segun la ley, y voluntad del Señor que las dirige, hallan en el buen orden, el remedio para todas sus tristezas. Aquella prudente uniformidad, en la practica de las obligaciones, que tan enfadosa parece á los ojos del Mundo, es la raíz de su alegria, y de aquella igualdad de genio, que con nada se altera. Nunca les estorva el tiempo presente, porque le tienen destinado á ocupaciones arregladas; no cuidan del tiempo venidero, porque yá tienen señaladas para él nuevas obligaciones; no tienen que sentir la ociosidad, por la variedad de ocupaciones que se suceden unas á otras; los dias les parecen instantes, porque tienen colocados cada uno de los momentos en su lugar; el tiempo no les molesta, porque yá le tienen arreglado; y en la buena disposicion de una vida uniforme, y ocupada, hallan aquella paz, y aquella alegria, que buscan en vano los demás hombres en el desorden, y en las continuas inquietudes.

La inquietud, al mismo tiempo que aumenta nuestras ocupaciones, nos entrega á la moleſtia, y al disguſto, y no por eso santifica la ocupacion del tiempo, porque si los inſtantes que no se arreglan segun la disposicion de Dios, son inſtantes perdidos, por mas ocupados que eſtén, si la vida del hombre debe ser una vida prudente, y arreglada, en la que cada ocupacion debe tener su lugar fijo, ¿qué cosa puede haver mas opueſta á eſte genero de vida, que aquellas circunſtancias, y aquellas continuas variaciones, en que la inquietud nos hace pasar el tiempo? Y asi, Catholicos, las pasiones que nos ponen en un perpetuo movimiento, no nos forman ocupaciones mas legitimas.

Bien sé, Catholicos, que solamente en cierta edad de la vida, parece que nos ocupamos en cosas frivolas, y en los placeres; que luego suceden al ocio, y á las diversiones de las primeras coſtumbres, unos cuidados mas sérios, y unas ocupaciones mas sólidas; y que despues de haver pasado la juventud en la pereza, y en los deleytes, se dedican los años mas maduros á la Patria, á la fortuna, y á nosotros mismos; pero tambien en eſto nos engañamos: Confieso, que somos deudores de nosotros mismos al Eſtado, al Monarca, y á los cuidados publicos; que la Religion pone en el numero de las obligaciones que nos señala, el zelo del servicio del Soberano, y de los intereses, y gloria de la Patria, y que eſte amor, por sí solo, sabe formar vasallos fieles, y ciudadanos dispueſtos á sacrificarlo todo por la causa comun; pero la Religion no quiere que nos arrojemos temerariamente á los cuidados publicos, por pura vanidad, y ambicion; que nos valgamos de todo genero de medios, de artificios, y pretensiones, para conseguir aquellos pueſtos, en los que siendo deudores de quanto somos al publico, no nos queda tiempo para cuidar de nosotros mismos. La Religion quiere que tengamos miedo á eſtos pueſtos tan llenos de ocupaciones, que ascendamos á ellos contra nueſtro gus-

to,

to, y temblando, quando nos llama la disposicion de Dios, y la autoridad de nuestros Superiores; y que nuestra propia eleccion, prefiera siempre la seguridad, y el sosiego de un estado privado, al peligro, y resplandor de las dignidades, y puestos distinguidos. ¡Ah, Catholicos! Hemos de vivir tan poco tiempo en la tierra, y está tan proxima la salvacion, ó condenacion eterna que esperamos, que todos los demás cuidados fuera de este, debieran sernos tristes, y pesados, y todo lo que nos distrae de este gran negocio, para el que solamente se nos ha concedido un corto numero de dias, debiera parecernos una gran desgracia: Esta no es puramente maxima de un genio mystico, sino la principal de la Fé, y el fundamento del Christianismo.

Con todo eso, la ambicion, la vanidad, y todas nuestras pasiones, son causa de que no podamos sufrir una condicion privada; lo que mas tememos en la vida, y principalmente en la Corte, es un destino, que no nos saque de nuestra esfera, y que no nos adelante á los demás; no consultamos, ni el orden de Dios, ni los fines de la Religion, ni los peligros de los puestos grandes, ni la felicidad que descubre la Fé en un estado tranquilo, y privado, en el que solamente somos responsables de nosotros mismos. Tampoco contamos con nuestros talentos, ni consultamos mas que á nuestras pasiones, y al insaciable deseo de adelantarnos á nuestros proximos: Queremos parecer en el theatro, y hacer en él un papel distinguido, siendo todo una scena, que se ha de acabar mañana, y de la que no nos ha de quedar otra cosa verdadera, mas que el trabajo pueril de haverla representado. Quanto mas rodeados están los puestos, de ocupaciones, y negocios, mas dignos nos parecen de nuestras ansias. Quisieramos serlo todo: El sosiego, de que tanto aprecio hacen las almas fieles, nos parece vergonzoso: Todo lo que nos divide entre nosotros, y el publico, todo lo que dá á los demás hombres un absoluto dere-

cho sobre nuestro tiempo, todo lo que nos precipita en un abysmo de cuidados, é inquietudes, lo que nos grangea el credito, el favor, y la estimacion, nos mueve, nos atrahe, y nos saca fuerza de nosotros mismos: Y asi, la mayor parte de los hombres, se forma inconsideradamente una vida tumultuosa, ó inquieta, que Dios no les pide, y buscan con ansia unos cuidados, en los que solamente pueden vivir con seguridad, quando el orden de Dios se los proporciona.

A la verdad, muchas veces oímos quejarse á los hombres, de las infinitas inquietudes, inseparables de sus cargos, suspirar por el descanso, envidiar la suerte de un estado tranquilo, y privado, y repetir continuamente, que ya sería tiempo de vivir para sí, despues de haver vivido tanto tiempo para otros; pero esto pára solamente en discursos; parece que gimen con el peso de los negocios, pero sentirian mucho mas el peso del descanso, y de una condicion privada; han empleado una parte de su vida en solicitar el tumulto de los cargos, y empleos, y gastan la otra en quejarse de la desgracia de haverlos conseguido. Este es el idioma de la vanidad; quisieran manifestarse superiores á su fortuna, y no lo son al menor revés, ni al mas leve contratiempo que los amenaza. De este modo, solamente nuestras pasiones nos forman estorvos, y ocupaciones, que no nos pide Dios, y nos quitan un tiempo, cuyo valor no conoceremos, hasta que hayamos llegado á aquel ultimo momento, en que se acaba el tiempo, y empieza la eternidad.

Aún mas; si en medio de las infinitas ocupaciones, anexas á vuestro estado, mirarais, Catholicos, como las privilegiadas, las que se ordenan á la salvacion, repararíais á lo menos en algun modo la distracion de aquella parte de vuestra vida, que ocupan los cuidados del Mundo, y de la tierra; pero hasta en esto es deplorable nuestra ceguedad; no hallamos tiempo alguno para pensar en nuestra eterna salud; todo el tiempo que dedicamos al ser-

servicio del Principe, á la fortuna, á las obligaciones del empleo, á los cumplimientos de nuestro estado, á los cuidados del cuerpo, y del adorno, á la amistad, á la sociedad, al descanso, y á las costumbres introducidas, todo este tiempo nos parece esencial, é indispensable; no nos atreveriamos á contar con él para nada, ni cercenar un instante; le alargamos aún mas allá de los limites de la razon, y de la necesidad; y como la vida es tan corta, y los dias tan rapidos que no alcanzan para todo, cercenamos de este tiempo los cuidados de nuestra salvacion, y entre la multitud de nuestras ocupaciones, siempre sacrificamos aquellas, que debieramos consagrar á la eternidad. Sí, Catholicos, en vez de ahorrar algun tiempo de nuestro descanso, en vez de evitar aquellas ocupaciones que multiplica la ambicion, aquellos cumplimientos que ha introducido la ociosidad, aquellos cuidados de un vano adorno, que ha hecho tan inmensos la moda, y la sensualidad; en vez de apartar cada dia algun tiempo de estos cuidados para pensar en nuestros intereses eternos, apenas dedicamos á esto algunas cortas reliquias de tiempo, que por casualidad se escapan á los cuidados de el Mundo, y de los placeres, algunos rapidos instantes que no pueden servir para el Mundo, que acaso nos sirven de estorvo, y no podriamos emplearlos en otras cosas. Mientras el Mundo nos ocupa, mientras se presentan diversiones, ocupaciones, cumplimientos, é inutilidades, nos entregamos á ellas con gusto; despues de haver acabado con todas estas cosas, y quando ya no sabemos que hacer, entonces dedicamos á algunos tibios exercicios de Religion, aquellos ratos perdidos, que nos deja el cansancio de los negocios, ó la falta de deleytes; estos ratos, propiamente hablando, mas son descanso que nos concedemos á nosotros mismos, que tiempo que gastamos en pensar en Dios; son un intervalo que ponemos entre el Mundo, y nosotros, para seguir con mas gusto en los negocios profanos, y respirar un poco de la fatiga, del disgusto, y

del

del fastidio que nos ocasionaria la vida del Mundo, y de los deleytes, si se continuára sin intermision, y llegára á aquel exceso, que es principio de la modestia, y fastidio.

Ved aqui, Catholicos, en lo que emplean el tiempo aún aquellas mismas personas que se tienen por virtuosas, particularmente entre los Cortesanos; toda su vida es una culpable preferencia que dán al Mundo, á la fortuna, á los cargos, á los placeres, y á los negocios, respecto del que mas les importa, que es su salvacion. Tienen ocupado todo el tiempo, porque le gastan con sus Gefes, con sus empleos, con sus amigos, con sus gustos, sin que nada les quede para Dios, ni para la eternidad. Parece que el tiempo se nos ha concedido primeramente para el Mundo, para la ambicion, para nuestros cargos, y para los cuidados de la tierra, y que si despues de esto nos queda algo, hacemos un gran servicio á Dios en emplearle en pensar en nuestra eterna salud.

¡Gran Dios! ¿Acaso nos haveis puesto en la tierra para otra cosa mas que para que merezcamos gozaros eternamente? Quanto hacemos por el Mundo perecerá con el Mundo; pero lo que hacemos por Vos, permanecerá siempre: Todos los cuidados de la tierra no tienen mas objeto que el agradar á unos dueños, que muchas veces son ingratos, injustos, dificiles de contentar, gentes de poco poder, y que no pueden hacernos felices; los respetos que os tributamos á Vos, ¡ó Dios mio! se dirigen á un Dueño, y á un Señor fiel, justo, misericordioso, omnipotente, y el unico que puede recompensar á los que le sirven; los cuidados de la tierra, por mas elevados que sean, siempre son agenos de nosotros, y ni aún son dignos de nuestra atencion, no fuimos criados para ellos, solamente los debemos mirar como de paso, para cumplir con los vinculos perecederos, que nos los ordenan, y con que vivimos unidos á los demás hombres; solamente los cuidados de la eternidad son dignos de la nobleza de nuestras esperanzas, y llenan la grandeza, y dignidad de nuestra suerte. Aún

mas,

mas, ¡ó Dios mio! todos los cuidados, menos los de la salvacion, son profanos, é impuros; no son mas que unas inquietudes vanas, esteriles, y casi siempre pecaminosas; y solamente pueden santificarse unidos con los cuidados de la salvacion; de este modo adquieren la realidad, la elevacion, el precio, y el merito que no tienen en sí mismos. ¿Qué mas diré? Todos los demás cuidados nos despedazan, nos inquietan, nos turban, y molestan, pero los respetos que os tributamos, dejan una verdadera alegria en nuestro corazon; nos confortan, nos sosiegan, nos consuelan, y aún suavizan las penas, y amarguras de los cuidados del Mundo. Finalmente, nosotros somos deudores á vuestra Magestad, ¡ó Dios mio! antes que á nuestros dueños, á nuestros inferiores, á nuestros amigos, y parientes; Vos, Señor, teneis el mejor derecho sobre nuestro corazon, y sobre nuestro entendimiento, que son dones de vuestra liberalidad, y asi debemos emplearlos en Vos ante todas cosas; antes fuimos Christianos, que Principes, Vasallos, hombres de republica, ó qualquiera otra cosa de la tierra.

Acaso me direis, Catholicos, que estais persuadidos á que servis á Dios, que cumplis con toda la justicia, y que trabajais para vuestra salvacion, cumpliendo con las penosas, é infinitas obligaciones de vuestro estado; está muy bien; pero es preciso cumplir estas obligaciones, caminando por el camino del Señor, gobernandose por unos motivos de fé, y por un espiritu de Religion, y de virtud. Dios solamente aprecia lo que se hace por su Magestad. Entre nuestras penas, entre nuestros trabajos, sumisiones, y artificios, solamente acepta los que ordenamos á su gloria, y no à la nuestra; y nuestros dias solamente están llenos á su vista, quando están llenos para la eternidad; todas las acciones que no tienen mas objeto que el Mundo, que el resplandor que proviene de la tierra, que una fortuna perecedera, por mas alabanzas que nos grangeen de parte de los hombres, por mas que nos ele-

ven á los mas altos grados de grandeza, y de reputacion acá en la tierra, nada son en la presencia del Señor, ó no son mas que diversiones pueriles indignas de su atencion.

¡Ah Catholicos! ¡Qué distintos son los juicios de Dios de los del Mundo! En el Mundo se llama vida felíz una vida llena de fama, en la que se cuentan grandes acciones, haver ganado victorias, haver concluido negociaciones dificiles, gobernado con acierto grandes empresas, mantenido con honor ilustres empleos, adquirido por medio de importantes servicios, y exercido con gloria, dignidades eminentes; una vida que pasa á las historias, que llena los públicos monumentos, y cuya memoria se ha de conservar hasta las mas remotas edades; esta es una vida felíz segun el Mundo; pero si en todas estas cosas hemos atendido mas á nuestra propia gloria, que á la de Dios, si no se ha tenido otro fin mas que levantar un edificio perecedero de grandeza en la tierra, por mas gloriosa que haya sido nuestra carrera á vista de los hombres, en la presencia de Dios es una vida perdida; por mas que hablen de nosotros las historias, serémos borrados del libro de la vida, y de las historias eternas; por mas que nuestras acciones sean la admiracion de los siglos venideros, no estarán escritas en las inmortales columnas del Templo Celestial. *Et in scriptura domus Israel non scribentur.* (a) Aunque representemos un grande personage en la scena de todos los siglos, serémos en los siglos eternos como los que nunca han existido; aunque nuestros titulos, y dignidades se conserven en el marmol, y en el bronce, como estarán escritas por mano de los hombres, perecerá con ellos, y solamente durará tanto como el mismo Dios, lo que su inmortal dedo huviese escrito. Aunque nues-

(a) Ezech. 13. v. 9.

vuestra vida se proponga como modelo á la ambicion de vuestros descendientes; como no tiene mas realidad que las pasiones de los hombres, luego que no haya pasiones, y que se acaben los objetos que las fomentan, se acabará esta vida, y se bolverá á reducir á la nada con el Mundo que la havia admirado.

Y sino decidme, Catholicos, ¿quereis que en aquel terrible dia en que han de ser juzgadas hasta las mismas obras justas, os pase Dios en cuenta todas las penas, todos los cuidados, y todos los disgustos, que haveis padecido por elevaros en la tierra? ¿Quereis que mire como tiempo bien empleado, el tiempo que haveis sacrificado al Mundo, á la fortuna, á la fama, y á la elevacion de vuestro nombre, y familia, como si solamente vivierais en la tierra para vosotros mismos, y que ponga en el numero de vuestras obras santas, aquellas que no han tenido mas fin que la ambicion, la sobervia, la envidia, y el interés, y que cuente vuestros vicios entre vuestras virtudes?

¿Qué podreis decir al Señor quando esteis para morir, quando éntre en juicio con vosotros, y quando os pida cuenta de un tiempo, que solamente os havia concedido para que le empleaseis en glorificarle, y servirle? ¿Le direis entonces, Señor, yo he conseguido victorias, he servido con honor, y utilidad al Principe, y á la Patria, y he adquirido grande reputacion entre los hombres? ¡Ah! No haveis sabido venceros á vosotros mismos; haveis servido con utilidad á los Reyes de la tierra, y haveis despreciado el servicio del Rey de los Reyes; haveis adquirido grande reputacion entre los hombres, y vuestro nombre es desconocido entre los escogidos de Dios; tiempo perdido para la eternidad. ¿Le direis, yo he sabido dirigir unas negociaciones muy penosas, he concluido tratados importantes, he manejado los intereses, y fortuna de los Principes, he tenido parte en los secretos, y consejos de los Reyes? ¡Ah! haveis concluido tratados, y alianzas entre los hombres, y haveis quebrantado mil veces la santa

alianza que haviais hecho con vueſtro Dios; haveis manejado los intereses de los Principes, y no haveis sabido gobernar los de vueſtra eterna salud; haveis tenido parte en los secretos de los Reyes, y no haveis conocido los secretos del Reyno de los Cielos: tiempo perdido para la eternidad; ¿le direis, yo he acomodado á mis hijos, he ensalzado á mis parientes, he sido util á mis amigos, y he aumentado el Patrimonio de mis Padres? ¡Ah! Haveis dejado bien acomodados á vueſtros hijos, y no les haveis dejado el temor del Señor criandolos, y fundandolos en la fé, y en la piedad; haveis aumentado el Patrimonio de vueſtros Padres, y haveis disipado los dones de la gracia, y el Patrimonio de Jesu-Chriſto; tiempo perdido para la eternidad. ¿Le direis, yo me he dedicado con mucha intension al eſtudio, he enriquecido al público con obras utiles, y curiosas, he perfeccionado las ciencias con nuevos descubrimientos, me he aprovechado de mis grandes talentos, y los he hecho utiles para los hombres? ¡Ah! El gran talento que se os havia confiado era el de la fé, y la gracia, y de eſte no os haveis aprovechado; fuiſteis habiles en las ciencias de los hombres, y siempre haveis ignorado la ciencia de los Santos; tiempo perdido para la eternidad. ¿Le direis por ultimo, yo he pasado la vida en cumplir con las obligaciones, y cargos de mi eſtado; me he adquirido amigos, y he sabido dár guſto á mis Gefes? ¡Ah! haveis tenido amigos en la tierra, pero no los haveis adquirido en el Cielo; no haveis dejado cosa alguna por hacer para agradar á los hombres; y nada haveis hecho por agradar á Dios; tiempo perdido para la eternidad.

O! Catholicos, qué funeſto vacío hallará la mayor parte de aquellos hombres, que han gobernado los eſtados, y los Imperios, que parece hacian mover todo el Universo, que merecieron los primeros pueſtos, que eran el asunto de todas las conversaciones, de los deseos, y esperanzas de los hombres, que ocupaban casi ellos solos to-

toda la atencion de la tierra; que llevaban sobre sí el peso de los cuidados, y negocios públicos; ¿qué vacío hallarán, buelvo á decir, en toda su vida á la hora de su muerte? quando al mismo tiempo los dias de una alma santa, y retirada, que miraron como dias obscuros, y ociosos, parecerán llenos, ocupados, señalado cada uno de ellos con alguna victoria de la fé, y dignos de ser celebrados con canticos eternos.

Meditad, Catholicos, estas santas verdades; el tiempo es corto, es irreparable, es el precio de vuestra eterna felicidad; solamente se os ha concedido para que os hagais dignos de ella; inferid de aqui lo que debeis dár al Mundo, á los placeres, á la fortuna, y á vuestra salvacion. Hermanos mios, dice el Apostol, el tiempo es corto, usemos, pues, del Mundo como si no usasemos de él; poseamos nuestros bienes, nuestros puestos, nuestras dignidades, y nuestros titulos, como si no los poseyesemos; gozemos del favor de nuestros Gefes, y de la estimacion de los hombres, como si no lo gozaramos; todo esto no es mas que una sombra, que huye, y desaparece, no contemos por verdaderos en toda nuestra vida mas que los instantes que huviéremos empleado para el Cielo. Amen.

SERMON
PARA EL MARTES
DE LA SEMANA
DE PASION.
SOBRE LA SALVACION.

Tempus meum nondum advenit; tempus autem vestrum semper est paratum.

Mi tiempo no ha llegado todavia, pero el vuestro siempre está pronto. *Joan.7.v.6.*

EL mismo argumento que oy hace Jesu-Christo á sus Parientes segun la carne, que le instaban á que se manifestase al Mundo, y fuese á Jerusalén á dár muestras de sus talentos, podia yo tambien hacer á la mayor parte de los que me oyen. Siempre está pronto el tiempo que necesitan para su fortuna, para su elevacion, y para sus placeres; nunca les falta tiempo para adquirir bienes, y fama, ni para satisfacer á sus pasiones; este es el tiempo del hombre: *Tempus vestrum semper est paratum.* Pero el tiempo de Jesu-Christo, esto es, el tiempo de trabajar pa-

para su salvacion, nunca llega, le dilatan, le difieren, esperan siempre á que llegue, y nunca acaba de llegar: *Tempus autem meum nondum advenit.*

Los mas leves intereses de la tierra los traen inquietos, y no omiten diligencia alguna para conseguirlos, porque ¿qué otra cosa es el Mundo, cuyos engañosos caminos siguen, mas que una continua inquietud, en la que las pasiones lo ponen todo en movimiento, en la que el descanso es el unico placer que no se conoce, en la que los cuidados se tienen por honór, en la que los que viven tranquilos se tienen por desgraciados, en la que todo es trabajo, y afliccion de espiritu, y finalmente, en la que todo es un continuo engaño, é inquietud?

Verdaderamente, Catholicos, que al vér á los hombres tan ocupados, tan activos, y tan constantes en los medios que practican para conseguir sus fines, parece que trabajan para unos años eternos, y para conseguir unos bienes, que deben asegurarles su felicidad; parece imposible, que con tantos cuidados, é inquietudes no se propongan otro fin mas que adquirir una fortuna, cuya duracion apenas iguala á la de los trabajos con que la han merecido; y que una vida tan rapida se pase en buscar con tantas ansias unos bienes que han de acabarse con ella.

Con todo eso, un engaño, que por poco que se reflexione, se destruye facilmente, ha llegado á ser el error de la mayor parte de los hombres. En vano nos llama la Religion á unos cuidados mas sólidos, y necesarios: En vano nos anuncia, que el trabajar por las cosas perecederas, es juntar á mucha costa unos montones de arena, que segun los vamos levantando, buelven á caer sobre nuestras cabezas; que el mas alto punto de elevacion, á que podemos llegar acá en la tierra, siempre es preludio de nuestra muerte, y puerta de la eternidad; que solamente es digno del hombre, lo que debe durar tanto como el hombre: Los cuidados de las

pa-

pasiones, siempre son penosos, y serios, y solamente los pasos que damos por el Cielo, son debiles, y flacos: Solamente á la salvacion miramos como cosa de poca importancia; trabajamos por los bienes frivolos, como si trabajasemos por unos bienes eternos; y trabajamos por los bienes eternos, como si trabajasemos por unos bienes frivolos.

Si, Catholicos, los cuidados de la tierra, siempre son activos, nada nos acobarda, ni los obstaculos, ni las fatigas, ni los contratiempos: Los cuidados de la tierra, siempre son prudentes; en nada nos engañamos en este punto, ni en los peligros, ni en los lazos, ni en las dudas, ni en la concurrencia de muchos negocios; pero no nos sucede esto con los cuidados de nuestra salvacion; no hay para nosotros cosa mas tibia, ni mas indiferente, aunque en ellos sean muy de temer los peligros; en nada procedemos con tanta imprudencia, aunque la multitud de caminos, y el numero de los escollos hagan en ellos tan frequentes los engaños: Es preciso, pues, trabajar en este negocio con actividad, y prudencia; con actividad, para no desanimarse; con prudencia, para no dejarse engañar. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

NInguna cosa debiera interesarnos mas en esta vida, que el cuidado de nuestra eterna salud. Además de ser este el importantisimo negocio, que decide de nuestra felicidad, propiamente hablando, no tenemos otro en la tierra, y las diversas, é infinitas ocupaciones anexas á nuestros cargos, á nuestra clase, y á nuestro estado, no debieran ser mas, que medios distintos para trabajar para nuestra eterna salud.

Con todo eso, este cuidado tan glorioso, al qual se or-

ordena todo quanto hacemos, y quanto somos, es para nosotros el mas despreciable de todos: Este cuidado principal, que debiera estar siempre á la frente de todos los demás cuidados, cede á todos en el exercicio de nuestras acciones: Este cuidado tan amable, al que las promesas de la Fé, y los consuelos de la gracia unen tantas dulzuras, es para nosotros el mas triste, y desabrido; y de esto proviene, Catholicos, la falta de diligencia en el negocio de nuestra eterna salud; trabajamos para ella sin cuidado, sin gusto, y sin preferir este negocio á los demás. Atended á estas reflexiones, que voy á explicar por menor.

Es un error deplorable, Catholicos, que los hombres hayan vinculado gloriosos nombres á las empresas de las pasiones, y que no hayan podido merecer para con ellos el mismo honor los cuidados de la salvacion: Los trabajos Militares, se miran entre nosotros como el mas seguro camino para adquirir honor, y fama; los artificios, y diligencias que se aplican á conseguirlos, se miran como secretos de una profunda prudencia; los proyectos, y las negociaciones, que arman á los hombres unos contra otros, y en los que muchas veces la ambicion de uno solo, es causa de la publica desgracia, se miran como efectos de una gran capacidad, y de un talento superior: El arte de levantar sobre un Patrimonio obscuro, una monstruosa fortuna, muchas veces á costa de la equidad, y de la buena fé, es la ciencia de los negocios, y se tiene por una buena conducta domestica: finalmente, el mundo ha hallado el secreto de ensalzar con honrosos titulos todos los cuidados, que se ordenan á las cosas de la tierra: Solamente las acciones de la fé, que han de permanecer eternamente, que han de componer la historia del siglo venidero, y que han de quedar gravadas para toda la eternidad sobre las inmortales columnas de la santa Jerusalén, se miran como ocupaciones ociosas, y obscuras, como

suer-

suerte de almas flacas, y cobardes, y que nada tienen que las ensalce á vista de los hombres: Y esta, Catholicos, es la primera razon de nuestra indiferencia, en orden al negocio de nuestra salvacion.: No hacemos la estimacion que se debe de esta santa empresa, y así, no nos ocupamos en ella con actividad.

No me parece que debo detenerme, en impugnar una ilusion tan indigna, aún de la razon natural: Porque ¿qué es lo que puede hacer á una obra gloriosa para el que la emprende? Sin duda, la duracion, y la inmortalidad, que con ella se promete en la memoria de los hombres. ¡Ah! Todos los monumentos de la sobervia, han de perecer con el Mundo, que los ha levantado; todo quanto hacemos por la tierra, tendrá el mismo destino que ella; las victorias, las conquistas, las empresas mas famosas, y toda la historia de los pecadores, que sirve de adorno al siglo presente, se borrará de la memoria de los hombres: Solamente las obras del justo, serán inmortales, quedarán escritas para siempre en el libro de la vida, y sobrevivirán á la total ruína del Universo: ¿Es esta la recompensa que nos proponemos en las obras que hacemos por el Mundo? Todo aquello que no puede hacernos felíces, tampoco puede recompensarnos, ni podemos tener otra recompensa que al mismo Dios; si nos mueve la dignidad de los empleos que apetecemos, los mas honrosos cuidados de la tierra, son unos juegos, á los que nuestro engaño ha apropiado unos nombres famosos: Para el que trabaja para el Cielo, todo es grande, no ama otra cosa mas que al Autor de su ser, solamente adora al soberano del Universo, no sirve sino á un dueño omnipotente, no desea mas bienes que los eternos, no se forma proyectos, sino para el Cielo; y no trabaja, sino para conseguir una corona inmortal.

¿Qué cosa, pues, puede haver mas gloriosa en la tier-

tierra, y mas digna del hombre, que los cuidados de la eternidad? Las prosperidades, son unas honrosas inquietudes, los empleos distinguidos, una ilustre esclavitud, la fama, muchas veces, es un error publico, los titulos, y dignidades rara vez son frutos de la virtud, y quando mas, solamente sirven de adornar nuestros sepulcros, y honrar nuestras cenizas. Los grandes talentos, si la fé no arregla el uso de ellos, son grandes tentaciones, la mucha ciencia, un viento que hincha, y corrompe, si la fé no corrige su veneno; ninguna de estas cosas es grande; sino por el uso que podemos hacer de ellas para nuestra eterna salud; solamente la virtud es digna de estimacion por sí misma.

Con todo eso, si nuestros competidores son mas felices, y se hallan mas ensalzados que nosotros en el Mundo, los miramos con envidia, y al mismo tiempo que su elevacion abate nuestra sobervia, aviva el ansia de nuestras pretensiones, y esperanzas; pero quando alguna vez los complices de nuestros placeres, mudados repentinamente en nuevos hombres, rompen con valor los infames lazos de las pasiones, y llevados sobre las alas de la gracia, entran á nuestra vista en el camino de la salvacion al mismo tiempo que nos dejan á nosotros atrás, tristemente descaminados, y entregados á nuestros desordenados deseos, miramos con indiferencia el prodigio de su mudanza, y en vez de envidiar su suerte, y concebir en nosotros algunos debiles deseos de salvacion, acaso no pensamos mas que en llenar el vacío que deja en el Mundo su retiro, en elevarnos á aquellos puestos peligrosos, de que ellos acaban de despojarse por motivos de fé, y de Religion, y aún acaso tambien nos hacemos censores de su virtud; juzgamos que los motivos de su conversion no han sido los infinitos thesoros de la gracia, sino otros fines particulares, atribuimos lo que es obra de Dios á unos fines puramente humanos, y nuestras deplorables censuras suelen ser la mas peligrosa tentacion de su penitencia. De este modo, ¡ó

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA Y PROVINCIAL - GRANADA

Dios mio! derramais unas tinieblas de venganza sobre nuestros injustos deseos; ¿y de qué proviene esto? De que no hacemos aprecio de la santa empresa de la salvacion, y esta es la primera causa de nuestra indiferencia.

En segundo lugar; trabajamos en orden á nuestra salvacion con mucho descuido, porque no la miramos como nuestro principal negocio, y no la preferimos á los demás cuidados: Es verdad, Catholicos, que todos queremos salvarnos, aún los pecadores mas abandonados no renuncian esta esperanza; tambien queremos que entre nuestras obras haya algunas que se ordenen á la salvacion, porque no hay pecador, cuyo engaño llegue á tanto, que crea ha de merecer la gloria de los Santos, sin haver hecho jamás alguna accion con que merecerla; pero en lo que nos engañamos es en el lugar que damos á estas obras entre las ocupaciones que dividen nuestra vida.

Y á la verdad, Catholicos, los cumplimientos, é inutilidades del trato humano, las funciones de los empleos, las ocupaciones domesticas, las pasiones, y los deleytes tienen su tiempo, y sus horas señaladas en cada uno de nuestros dias; ¿pero qué tiempo tenemos señalado para la obra de nuestra salvacion? ¿Qué lugar damos á este cuidado entre los demás? ¿Pensamos acaso en él? Y si considerais por menor todas vuestras obras, ¿qué haceis por la eternidad, que no hagais cien veces mas por el Mundo? Algunas veces empleais una corta porcion de vuestros bienes en santas liberalidades, ¿pero qué es esto, comparado con lo que sacrificais todos los dias á vuestros placeres, á vuestras pasiones, y á vuestros antojos? Acaso en el principio del dia levantais vuestro espiritu á Dios por medio de la oracion, ¿pero al salir de ella no ocupa el Mundo el lugar que tiene en vuestro corazon, y no le entregais todo el tiempo restante? Acaso asistis todos los dias exactamente á los santos Mysterios, pero dejando aparte los motivos que muchas veces os llevan á ellos, ¿no se recompensa este unico exercicio de Religion, con pasar despues to-

todo el dia en una vida ociosa, y mundana? Algunas veces soleis usar de una leve mortificacion, sufris alguna injuria, os obligais á algun exercicio devoto, pero estas son unas acciones unicas, y singulares, que salen del orden comun, y son de poca consequencia, no podreis presentar ni una sola delante del Señor, contra la qual no se presenten otras mil, que cuenta por suyas el enemigo; la salvacion no ocupa, por decirlo asi, mas que vuestros ratos desocupados, y el Mundo todo el tiempo; los instantes son para Dios, y toda la vida entera para nosotros.

Bien sé, Catholicos, que vosotros mismos estais conociendo en este punto la injusticia, y el peligro de vuestra conducta. Confesais que las inquietudes del Mundo, de los negocios, y de los placeres os tienen casi absolutamente ocupados, y que es muy poco el tiempo que os queda para pensar en vuestra salvacion; pero para sosegaros os decis que quando esteis mas tranquilos, que quando se hayan acabado ciertas dependencias, que quando alguno de vuestros hijos se halle en proporcion de manejar vuestros intereses, quando se finalicen ciertos inconvenientes, en una palabra, quando os halleis en otras circunstancias, pensareis con seriedad en vuestra salvacion, y que entonces vuestro principal negocio será el de la eternidad.

Pero os engañais, Catholicos, en mirar la salvacion como incompatible con las ocupaciones anexas al estado en que os ha puesto la providencia; ¿no podeis valeros de él, como de medio para vuestra santificacion? ¿No podeis practicar en él todas las virtudes christianas? Si es penoso, la penitencia; si teneis autoridad sobre los hombres, la clemencia, la misericordia, y la justicia; la sumision á las disposiciones del Cielo, si algunas veces no corresponden los sucesos á vuestras esperanzas; el perdon de las injurias, si en él padeceis opresiones, calumnias, ó violencias; ó la confianza en Dios, si experimen-

tais la injusticia, ó inconstancia de vuestros Gefes. ¿No hay muchas almas de vuestra misma clase, y estado, que en las mismas circunstancias en que vosotros os hallais hacen una vida pura, y christiana? Bien sabeis que á Dios se le halla en todas partes, porque en aquellos felices instantes, en que algunas veces haveis experimentado los movimientos de la gracia, conociais muy bien que todo os llamaba á Dios, que aún los mismos peligros de vuestro estado os servian de instrucciones, y remedios, que el Mundo os quitaba el gusto del mismo Mundo, que en todas partes podiais hallar el secreto de ofrecer á Dios mil sacrificios invisibles, y hallar en vuestras ocupaciones, motivos para hacer reflexiones santas, y saludables ocasiones para merecer. ¿Pues por qué no cultivais estas impresiones de gracia, y de salvacion? Vuestra infidelidad, y flaqueza, y no vuestro estado es la causa de que estas esten apagadas en vuestro corazon.

Joseph estaba encargado de todos los negocios de un gran Reyno, él solo llevaba sobre sí todo el peso del gobierno, y con todo eso, no se olvidó del Señor que havia roto sus cadenas, y justificado su inocencia. No esperó para servir al Dios de sus padres, á tener un sucesor que le dejase desocupado el tiempo, que le havia quitado su nueva dignidad, antes se valió de esta misma para servir de consuelo á sus hermanos, y de utilidad al Pueblo de Dios, mirandola como venida de su Mano omnipotente. Aquel Ministro de la Reyna de Ethiopia, de quien se habla en los Hechos de los Apostoles, era Gobernador de las inmensas riquezas de aquella Princesa, el repartimiento de los tributos, y subsidios, y toda la administracion del erario estaba fiada á su fidelidad; pero todo este abysmo de cuidados, y negocios le dejaba el tiempo suficiente para buscar en las Profecías de Isaías la salvacion que esperaba, y las palabras de la vida eterna; imaginaos en el estado de mayores negocios, é inquietudes, y hallareis justos que se han santi-

tificado en él. La Corte puede servir de asilo á la virtud, del mismo modo que los Clauſtros : Los cargos , y los empleos pueden servir tanto de socorro , como de escollo para la piedad ; y quando esperamos á mudar de ocupaciones , para convertirnos á Dios , es señal de que aún no queremos mudar nueſtro corazon.

Y asi, Catholicos , quando os decimos que la salvacion debe ser vueſtro unico negocio , no intentamos persuadiros á que renuncieis todos los demás , porque eſto sería no obedecer las disposiciones de Dios ; solamente queremos que los ordeneis todos á la salvacion , que la virtud santifique vueſtras ocupaciones , que las arregle la fé , que las anime la Religion , que las gobierne el temor del Señor , en una palabra , que la salvacion sea como el centro adonde todas se dirijan ; porque el esperar á eſtar mas desembarazados , y tranquilos , para ser mas virtuosos , además de ser una ilusion de que se vale el Demonio para retardar vueſtra penitencia , es un ultraje que haceis á la Religion de Jesu-Chriſto : Juſtificais los argumentos , que en otro tiempo hacian contra ella los enemigos de los Chriſtianos ; parece que la mirais como incompatible con las obligaciones de Principe , de Cortesano , de hombre de Republica , y de Padre de familias: Parece que creeis , como ellos , que el Evangelio no propone sino maximas funeſtas á la Republica , y que si se le huviera de creer , sería preciso abandonarlo todo , retirarse de la sociedad , negarse á todos los cuidados públicos , romper todos los vinculos de la obligacion , de la correspondencia , y de la autoridad, que nos unen con los demás hombres , y vivir como si fueramos solos en la tierra , quando solamente el Evangelio es quien nos hace cumplir con eſtas obligaciones como se debe , y quando solamente la Religion de Jesu-Chriſto puede formar Principes Religiosos , Cortesanos Chriſtianos , Magiſtrados incorruptibles , Señores moderados , Vasallos fieles , y mantener en una juſta harmonía eſta variedad de eſta-

dos,

dos, y condiciones de que depende la tranquilidad de los Pueblos, y la salud de los Imperios.

Pero para que conozcais mejor la ilusion de este pretexto: decidme, quando os halleis libres de esos negocios, y desocupados de esos cuidados exteriores, que oy os apartan de la salvacion, ¿estará libre vuestro corazon de las pasiones? ¿Se romperán los injustos, é invisibles lazos que os detienen? ¿Sereis dueños de vosotros mismos? ¿Sereis mas humildes, mas sufridos, mas modestos, mas castos, mas mortificados? ¡Ah! No son las inquietudes exteriores las que os detienen, sino el desorden interior, y el tumulto, y viveza de las pasiones. La confusion, y el desorden, no se hallan, dice San Juan Chrysostomo, en los cuidados de la fortuna, ni en los estorvos de los negocios, sino en las desarregladas inclinaciones del alma. El corazon en que reyna Dios en todas partes se halla tranquilo. *Non in rerum eventu perturbatio, ac tumultus, sed in nobis, & in animis nostris.* Vuestros cuidados terrenos solamente son incompatibles con la salvacion, porque son pecaminosas las aficiones que los gobiernan: Vuestras inclinaciones, y no vuestros cargos son los escollos; no os despojareis de estas inclinaciones, aunque abandoneis vuestros cuidados, y negocios; en ese caso serán mas vivas, y mas indomitas que nunca; además de aquella flaqueza que participan de vuestra propia corrupcion, crecerán con el tiempo, y con los años; os parecerá que haveis conseguido quanto deseabais, con proporcionaros ese sosiego, pero vereis que vuestras pasiones, mas vivas á proporcion, que no hallan en que ocuparse exteriormente, buelven todo su furor contra vosotros mismos, y os admirareis de hallar en vuestro propio corazon los mismos obstaculos, que oy os parecia estár solamente en las cosas exteriores; esa lepra, si es lícito decirlo asi, no está pegada á vuestros vestidos, á vuestros empleos, á las paredes de vuestros Palacios, de modo que abandonando todas estas cosas os podais ver libres de ella,

ella, sino que se ha apoderado de vuestra propia carne; el remedio para veros sanos no es el renunciar vuestros cuidados, sino santificarlos purificandoos á vosotros mismos; todo es puro para los que están puros; de otro modo vuestra herida os seguirá hasta el descanso de la soledad; sereis semejantes á aquel Rey de Judá, de quien se habla en el libro de los Reyes, el que aunque renunció su Corona, puso los cuidados del Reyno en manos de su hijo, y se retiró á lo mas interior de su Palacio, siempre llevó consigo la lepra con que le havia herido el Señor, acompañandole esta llaga vergonzosa aún en su retiro; la inocencia, ó la malicia de los cuidados exteriores solamente existe en nuestro corazon; solamente nosotros hacemos peligrosas las ocupaciones de la tierra; como tambien nosotros solos hacemos desabridas, y fastidiosas las del Cielo.

Y esta, Catholicos, es la ultima razon porque manifestamos tan poca ansia, por el gran negocio de nuestra eterna salud, porque cumplimos con nuestras obligaciones sin gusto, y como por fuerza. Las mas ligeras obligaciones de la virtud nos parecen duras; todo quanto hacemos por el Cielo, nos molesta, nos cansa, y nos enfada; la oracion cautiva nuestro espiritu, el retiro nos fastidia, la leccion de libros devotos cansa desde luego la atencion, el trato con los justos nos es pesado, y nada tiene que nos divierta; la ley del ayuno altera la salud; en una palabra, hallamos no sé qué tristeza en la virtud, que hace que cumplamos con las obligaciones como con unas deudas odiosas, que siempre se pagan de mala gana, y solamente quando nos vemos precisados.

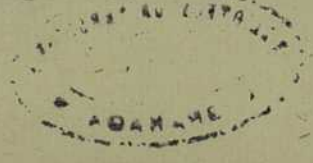
Pero primeramente, Catholicos, sois injustos en atribuir á la virtud lo que no depende mas que de vuestra propia corrupcion; la virtud no es desagradable, vuestro corazon es el que está desarreglado. No debemos atribuir la amargura al Caliz del Señor, dice San Agustin, sino á nuestro depravado gusto; todo es amargo para el

pa-

paladar enfermo; corregid vuestras inclinaciones, y os parecerá ligero el yugo; restituid á vuestro corazon el gusto que le ha quitado el pecado, y experimentareis las dulzuras del Señor; aborreced al Mundo, y conocereis quan amable es la virtud: En una palabra, amad á Jesu-Christo, y experimentareis la verdad de lo que os digo.

Mirad si los Justos experimentan el poco gusto que vosotros en las obras de piedad; preguntadles si tienen vuestra condicion por la mas felíz, y os responderán que les pareceis dignos de lastima, que se compadecen de vuestros desordenes, y trabajos, de veros sufrir tanto por un Mundo, que os desprecia, os molesta, ó no puede haceros dichosos, y seguir unos placeres, que son muchas veces mas insipidos para vosotros, que la misma virtud de quien huis; os responderán, que no trocarian su aparente tristeza por todas las felicidades de la tierra: La oracion los consuela, el retiro los conforta, la leccion espiritual los anima, las obras de piedad derraman en su alma una santa suavidad, y sus dias mas felices son los que pasan con el Señor; el corazon es quien decide de nuestros placeres, y mientras ameis al Mundo, siempre os parecerá insufrible la virtud.

En segundo lugar: ¿Quereis saber tambien en qué consiste que el yugo de Jesu-Christo sea para vosotros tan duro, y tan pesado? Consiste en que le llevais pocas veces; solamente dedicais al cuidado de vuestra salvacion algunos instantes rapidos; solamente consagrais á la piedad algunos pocos dias; aunque practicais algunas obras de Religion, las abandonais inmediatamente, y asi solamente experimentais la violencia de los primeros esfuerzos, no dejais á la gracia tiempo suficiente para aligerar el peso, y asi os privais de las dulzuras, y consuelos que derrama despues de los trabajos. Aquellos mysteriosos animales, que escogieron los Philisteos, para llevar el Arca del Señor fuera de sus fronteras, figuras de las almas infieles, y poco acostumbradas á llevar el yugo de Jesu-Christo,



to, bramaban, como dice la Escritura, y parece que gemian con la gravedad de aquel sagrado peso. *Pergentes, & mugientes.* (a) Pero los hijos de Levi, imagen natural de los justos, acostumbrados á aquel Santo Ministerio, hacian resonar los ayres con canticos de alegria, y de accion de gracias, llevandola con magestad, aún por entre las abrasadas arenas del Desierto; la ley no es peso que moleste al alma justa acostumbrada á observarla, solamente el alma mundana, poco familiarizada con las santas observancias, gime oprimida con un peso que debiera serla tan amable. *Pergentes, & mugientes.* Quando aseguró Jesu-Christo, que su yugo era suave, y ligero, nos mandó al mismo tiempo que le llevasemos continuamente; la suavidad está vinculada á la costumbre; las armas de Saúl solamente eran pesadas para David, porque no estaba acostumbrado á ellas. *Non habeo usum.* (b) Es necesario familiarizarse con la virtud para conocer sus santos atractivos; es necesario entrar muy adentro en esta tierra felíz, para hallar en ella la leche, y la miel; solamente á la entrada es donde se hallan los gigantes, y monstruos que despedazan á sus habitadores; los deleytes del pecador solamente son suaves en la superficie, no tienen de agradables mas que los primeros instantes, si pasais mas adelante no hallareis sino hiel, y amargura, y quanto mas los examineis mejor conocereis el vacío, la molestia, y la saciedad que son inseparables de ellos. Al contrario, la virtud, es un Manná escondido, y para gustar de toda su dulzura es necesario examinarla bien; pero quanto mas adelanteis en ella, mas abundan los consuelos, mas se sosiegan las pasiones, mas se allanan los caminos, mas os alegrareis de haver roto las cadenas que os oprimian, y las que arrastrabais como por fuerza, y con una interior tris-

(a) 1. *Reg.* 6. *v.* 12. (b) 1. *Reg.* 17. *v.* 39.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

triſteza. Y asi mientras os contenteis con unos simples ensayos de virtud, no experimentareis mas que repugnancia, y amargura, y como no se halla en vosotros la fidelidad del Juſto, tampoco debeis esperar sus consuelos.

Finalmente; cumplis sin guſto con las obligaciones de la piedad, no solamente porque cumplis con ellas raras veces, sino tambien porque las cumplis imperfectamente; orais, pero sin recogimiento; ayunais, pero sin espiritu de compuncion, y penitencia; no ofendeis á vueſtros enemigos, pero no los amais como á hermanos; os acercais á los Santos Myſterios, pero sin aquel fervor que hace que en ellos halle el alma inefables dulzuras; os apartais algunas veces del Mundo, pero no teneis en el retiro aquel silencio de los sentidos, y de las pasiones, sin el qual, la soledad no es mas que una triſte moleſtia; en una palabra, no llevais mas que la mitad del yugo; pues sabed que Jesu-Chriſto no eſtá dividido. Simon Cirinéo, que no llevaba mas que una parte de la Cruz, iba agoviado con su peso, y era meneſter que los Soldados le obligasen por fuerza, á que continuase sirviendo al Salvador en aquel triſte miniſterio. *Et angariaverunt ut tolleret crucem ejus.* (a) Solamente puede hallarse consuelo en la plenitud de la ley; quanto mas cerceneis de ella, os será mas gravosa, y pesada; quanto mas querais suavizarla, mas os oprimirá; por el contrario, si la añadis rigores de supererogacion, experimentareis que se aligera su peso, como si la añadierais nuevos alivios. ¿De qué proviene eſto, Catholicos? De que la observancia imperfecta de la ley tiene su origen en un corazon á quien tienen todavia dividido las pasiones; y un corazon dividido, y que mantiene dos amores, no puede ser segun la sen-

(a) *Matth.* 27. *v.* 32.

sentencia de Jesu-Christo, sino un Reyno, y theatro lleno de confusion, y desconsuelos.

¿Quereis ver una imagen natural de esta verdad, sacada de los libros santos? Rebeca quando estaba para parir á Jacob, y Esaú, dice la Escritura, que padecia unos mortales dolores, los dos hijos, peleaban ya uno contra otro en su seno. *Et collidebantur in utero ejus parvuli*, (a) y oprimida con sus males, pedia al Señor, ó que la diese la muerte, ó que la librase de ellos. No te admires, la dijo la voz del Cielo, de que sean tan crueles tus dolores, y que te cueste tanto el ser madre, porque sabe que hay dos pueblos en tu vientre. *Duæ gentes, & duo populi sunt in utero tuo.* (b) Pues esto es lo mismo que os sucede á vosotros, amados oyentes mios; ¿os admirais de que os cueste tanto trabajo el cumplir con una obra de virtud, capaz de formar en vuestro corazon el nuevo hombre Jesu-Christo? Pues sabed, que consiste en que aún conservais en él dos amores irreconciliables, Jacob, y Esaú, el amor del Mundo, y el de Jesu-Christo; teneis dentro de vosotros dos pueblos, por decirlo asi, que se hacen perpetua guerra. *Duæ gentes, & duo populi sunt in utero tuo.* Esta es la causa de vuestros dolores, y trabajos; si solamente poseyera vuestro corazon el amor de Jesu-Christo, todo se hallaría en él quieto, y sosegado, pero como aún manteneis pasiones injustas, como todavia amais al Mundo, á los placeres, y á las distinciones de la fortuna, no podeis sufrir los pensamientos que se oponen á este amor; vuestro corazon está lleno de envidias, de rencores, de frivolos deseos, y de conexiones pecaminosas. *Duæ gentes, & duo populi sunt in utero tuo.* Y esta es la causa de que siendo vuestros sacrificios imper-

(a) Genes. 25. v. 22. Idem. 1. v. 23.

fectos como los de Caín, sean triſtes, y penosos como los suyos.

Servid, pues, al Señor con todo vueſtro corazon, y le servireis con alegria. Entregaos á él sin reserva, y sin querer conservar derecho alguno sobre todas esas pasiones; observad las juſticias de la ley enteramente, y como dice el Profeta, ellas derramarán santos deleytes en vueſtro corazon. *Juſtitiæ Domini rectæ lætificantes corda.* (a) No os parezca que siempre son triſtes, y amargas las lagrimas de la Penitencia; sus triſtezas son exteriores, pero quando son sinceras tienen mil interiores alivios; el Juſto se parece á la Sagrada Zarza, solamente veis en él los cambrones, y espinas, pero no veis la gloria del Señor, que habita dentro; veis las mortificaciones, y los ayunos, pero no veis la gracia que los suaviza; veis el silencio, el retiro, el abandono del Mundo, y de los placeres, pero no veis el consolador invisible, que recompensa con usura el comercio de los hombres, porque ya les es insufrible, despues que empezaron á guſtar á Dios; veis una vida triſte, y moleſta en la apariencia, pero no veis la alegria, y la paz de la inocencia que reyna en su interior. De eſte modo, el Padre de las Misericordias, y el Dios de todo consuelo derrama sus favores á manos llenas, y no pudiendo algunas veces el alma sufrir el exceso, y plenitud de ellos, se vé obligada á pedir á su Señor, que suspenda el torrente de sus gracias, y que proporcione la abundancia de sus dones á la flaqueza de la criatura.

Amados oyentes mios, haced vosotros mismos eſta felíz experiencia; haced prueba de la fidelidad de vueſtro Dios, pues en eſte punto guſta el Señor de ser tentado; experimentad si nosotros damos un falso teſtimonio de sus mi-

(a) *Psalm.* 18. *v.* 9.

misericordias, si atrahemos á los pecadores con falsas esperanzas, y si sus dones no son aún mas abundantes que nuestras promesas; ya há mucho tiempo que estais haciendo experiencias del Mundo; nunca le haveis hallado fiel; él os ha prometido deleytes, honores, y felicidades imaginarias, y siempre os ha engañado; sois desgraciados en el Mundo, nunca haveis podido conseguir el formaros un estado á medida de vuestros deseos; pues ved si vuestro Dios será mas fiel para vosotros que el Mundo; ved si no se hallan mas que amarguras, y disgustos en su servicio; si no dá tanto como promete; si es un Señor ingrato, inconstante, ó impertinente, si su yugo es una cruel servidumbre, ó una suave libertad; si las obligaciones que nos impone son castigos de sus esclavos, ó consuelos de sus hijos, y si engaña á los que le sirven. ¡Dios mio! qué poco digno seriais de nuestros corazones, si no fuerais mas amable, mas fiel, y mas digno de ser servido, que este Mundo miserable.

Pero, Catholicos, para servir al Señor, como su Magestad quiere ser servido, es necesario estimar la gloria, y la felicidad de servirle; preferir esta dicha á todas las demás, y trabajar con sinceridad, y con madura circunspeccion. Porque asi como es un defecto muy comun la falta de diligencia en el negocio de nuestra salvacion, por padecer disgustos en él, tambien es defecto aún mas frequente, el engañarse por falta de prudencia.

SEGUNDA PARTE.

UNA empresa en que los peligros son continuos, y los engaños frequentes, en que entre los infinitos caminos que parecen seguros, no hay mas que uno verdadero, y en la que no obstante, el suceso debe decidir de nuestra suerte eterna; una empresa de esta calidad pide sin duda unos cuidados extraordinarios, y en nin-

ninguna otra se necesita de tanta circunspeccion, y prudencia. Inutil seria el probar ahora, que todas estas circunstancias concurren en la empresa de nuestra salvacion, y me persuado, Señores, á que ninguno de vosotros tiene duda en esto; lo que importa, pues, es explicar las reglas, y circunstancias de esta prudencia, que debe gobernarnos en un negocio tan peligroso, é importante.

La primera regla es, no hacer una eleccion precipitada entre la infinidad de caminos que siguen los hombres, examinarlos todos, sin atender á los usos, y costumbres que los autorizan, y no conformarse en el negocio de la eternidad, con la opinion, y exemplo comun. La segunda, una vez elegido este camino, no dejar cosa alguna á la incertidumbre de los sucesos, y preferir siempre la seguridad al peligro.

Estas son las comunes reglas de prudencia, que siguen aún los mismos hijos del siglo en la disposicion de sus pretensiones, y esperanzas temporales, y solamente se desprecian en el negocio de la salvacion. Primeramente: Nadie examina si son seguros sus caminos, ni busca otra señal de su seguridad, que la multitud que vé caminar delante de sí: En segundo lugar: En las dudas que nacen acerca de las circunstancias de cada uno de los pasos, como el partido mas peligroso para la salvacion, tiene siempre á su favor el amor propio, se le da tambien la preferencia: Estos son dos errores capitales, y comunes en el negocio de la eterna salud, los que es preciso impugnar aqui. La primera regla, es no determinarse sin reflexion, y no seguir la opinion, ni el mal exemplo en el negocio de la eternidad. En todos los pasages de los libros santos se nos representa el Justo, como un hombre cuerdo, y prudente, que piensa, que compara, que examina, que discierne, que experimenta qual es lo mejor, que no cree ligeramente á todo espiritu, que pone á sus

pies

pies la luz de la ley, para ver distintamente sus pasos, y no engañarse en el camino. Por el contrario, el pecador se pinta como un hombre insensato, que camina sin reflexion, y que en los pasos mas peligrosos, sigue adelante con confianza, como si caminara por las sendas mas llanas, y seguras. *Sapiens timet, & declinat à malo, stultus transilit, & confidit.* (a)

Ved, pues, Catholicos, el estado de casi todos los hombres, en el negocio de la eterna salud: En todas las demás cosas son prudentes, circunspectos, desconfiados, habiles para descubrir los errores, que se esconden bajo de las preocupaciones comunes, solamente en el negocio de la salvacion, no hay cosa que iguale á nuestra credulidad, é imprudencia. Sí, Catholicos, todos los dias nos estais oyendo decir, que la vida del Mundo, esto es, la vida divertida, inutil, llena de vanidad, de fausto, de regalo, aunque esenta de las culpas mas graves, que esta vida, buelvo á decir, no es vida christiana, y por consiguiente, que es vida de reprobacion, y de infidelidad; esta es la doctrina de la Religion en que nacisteis, y desde vuestra niñez siempre se os ha sustentado con estas verdades santas: Por el contrario, el Mundo defiende, que este es el unico genero de vida, que deben practicar las personas de cierta clase, que el no querer conformarse con ella, sería una especie de rusticidad, en que tendria mas parte la singularidad, y la flaqueza de espiritu, que la razon, y la virtud. Quiero convenir, en que esté aún en duda, quien tiene razon, ó nosotros, ó el Mundo, y en que no esté todavia decidida esta gran disputa: Pero no obstante, como se trata de una resolucion peligrosa, y como el engaño en este asunto, sería la mayor de

(a) *Prov.* 14. *v.* 16.

de todas las desgracias, parece que la prudencia pide, que á lo menos, nos instruyamos bien, antes de pasar mas adelante: A lo menos es natural el dudar entre dos opiniones, que se oponen entre sí, y en las que el punto de la disputa es nuestra salvacion. Pues ahora os pregunto, ¿quando os declarasteis por el Mundo, quando aprobasteis sus costumbres, sus maximas, sus usos, examinasteis primero si él tenia razon, ó si eramos nosotros los que procurabamos engañaros?

El Mundo quiere que aspiremos á los favores de la fortuna, sin perdonar cuidado, trabajo, artificio, ni ruindad alguna para conseguirlos: Vosotros seguis estas costumbres; ¿pero haveis examinado, si se opone á estas maximas el Evangelio? El Mundo mira con honor el luxo, y la magnificencia, la profusion, y delicadeza de los banquetes, y en punto de gastos, nadie tiene por excesivo, sino lo que puede ocasionar ruína en sus negocios: ¿Pero estais bien informados de si la Ley de Dios señala otro uso mas santo de las riquezas que solamente hemos recibido de su Magestad? El Mundo autoriza el continuo juego, los deleytes, y espectaculos, y se burla de los que se atreven á dudar de su inocencia: ¿Haveis hallado estas burlas en las maximas tristes, y penosas de Jesu-Christo? El Mundo aprueba ciertos caminos odiosos, y nada seguros de aumentar el Patrimonio de nuestros Padres, y no pone mas limites á la codicia, que los de las leyes que castigan las violencias, é injusticias manifiestas; ¿pero podreis asegurarnos, que las reglas de la conciencia no miran estas cosas con mas atencion, y que no examinan con mas cuidado en este particular, unos puntos, que no conoce el Mundo? El Mundo os permite aspirar á los sagrados honores, y aún suplicar á la puerta de los que reparten las gracias, y que subais por ruínes medios al trono Sacerdotal: ¿Pero haveis averiguado si las leyes de la Iglesia tratan á todas estas acciones de intrusion, y á los simples deseos

de

de delitos? El Mundo ha declarado, que una vida commoda, regalada, y ociosa, es una vida inocente, y que la virtud no es tan auſtera como nosotros la pintamos, ¿pero antes de creerle, fiados solamente en su teſtimonio, haveis consultado, si la doctrina que Jesu-Chriſto nos trajo del Cielo, se acomodaba con la novedad, y peligro de sus maximas?

¿Es posible, Catholicos, que en el negocio de vuestra eternidad, hayais de adoptar sin reflexion, unas preocupaciones comunes, solamente porque las hallais establecidas? Seguis á los que caminan delante de vosotros, sin examinar á donde va á parar aquel camino, y no os dignais de preguntaros á vosotros mismos, si acaso os engañais. ¿Es posible, que os haveis de contentar con saber, que no sois solos los engañados; que en un negocio, que debe decidir de vueſtra eterna suerte, no hayais de hacer caso de vueſtro entendimiento? ¿Que no pidais mas prendas de seguridad, que el error comun? ¿Que no dudeis, que no os informeis, que no desconfieis, y que todo os haya de parecer bueno? ¿Vosotros, que sois tan delicados, tan impertinentes, tan desconfiados, que usais de tantas precauciones, quando se trata de vueſtros intereses terrenos, solamente en eſte importantisimo negocio, os haveis de gobernar por inſtinto, por opinion, y por unas reglas nada seguras? ¿Nada haveis de poner en él de vueſtra parte, y os haveis de dejar arrastrar torpemente de la multitud, y de el mal exemplo? Vosotros, que en todos los demas asuntos os avergonzariais de pensar, como la multitud, que os preciais de un talento superior, y que dejais para el pueblo, y para los entendimientos pusilanimes las preocupaciones vulgares: Vosotros, que entre todas vueſtras prendas, de la que mas os preciais, es de la singularidad en el modo de pensar, solamente en el orden de la salvacion, pensais como todos, y parece, que solamente para eſte grande asunto no se os ha dado entendimiento. ¿Es posible,

Catholicos, que quando se os pregunta la razon de las acciones que haceis, en orden al buen exito de vuestros negocios, y de vuestras esperanzas terrenas, y los motivos que haveis tenido, para preferir unos medios á otros, los manifestais con tanta prudencia, y solidez, justificais vuestra eleccion con unas razones tan seguras, y decisivas, dais á entender haver pesado bien todas las circunstancias antes de resolveros, y quando os preguntamos de qué proviene, que en el negocio de la salud eterna prefirais los abusos, las costumbres, y maximas del Mundo á los exemplos de los Santos, que sin duda no vivieron como vosotros, y á las reglas del Evangelio, que condenan á todos los que viven como vivis, no teneis mas que respondernos, sino que sois solos, y que es necesario vivir como vive todo el Mundo? ¡Gran Dios! ¡De qué sirven los grandes talentos para gobernar unos negocios que han de perecer con nosotros! tenemos suficiente uso de razon para la vanidad, y somos niños para la verdad: Nos preciamos de prudencia en los negocios del Mundo, y somos necios para el de la salvacion.

Acaso me direis, que no sois mas prudentes, ni mas habiles que los demas hombres, que viven como vosotros; que no os atreveis á mezclaros en unas disputas que exceden vuestra capacidad; que si nos huvierais de creer, os sería preciso disputar de todo, y que la virtud no consiste en adelgazar tanto.

Pero os pregunto; ¿es necesario adelgazar para saber que el Mundo es una guia engañosa, que sus maximas se hallan reprobadas en la Escuela de Jesu-Christo, y que sus costumbres nunca pueden prescribir contra la Ley de Dios? ¿No es esta la regla mas sencilla, y mas comun del Evangelio, y la primera verdad de la ciencia de la salvacion? Para conocer la obligacion, basta caminar con sencillez; las agudezas solamente son necesarias para disimularsela á sí mismo, y para con-

ci-

ciliar las pasiones con las reglas santas: Para esto es para lo que el espiritu humano tiene necesidad de toda su industria, porque la empresa es dificil: Y esto es lo que os sucede á vosotros los que defendeis, que es una vana metaphysica el querer sujetar las costumbres á la regla: Para conocer la obligacion basta consultarse á sí mismo. Mientras Saul se mantuvo fiel, no tuvo necesidad de consultar á la Phitonisa, acerca de lo que debia hacer; la ley de Dios le instruia suficientemente; despues de su delito, fue quando para sosegar las inquietudes de una conciencia turbada, y conciliar sus injustas flaquezas con la ley de Dios, pensó en buscar en las respuestas de un oraculo engañoso, alguna autoridad favorable á sus pasiones: Amad, pues, la verdad, y presto la conocereis, porque una conciencia recta, es el mejor doctor de todos.

No es mi intento reprehender aqui las sinceras diligencias, que hace una alma sencilla, y timida, para ilustrarse, é instruirse, solamente quiero decir, que la mayor parte de las dudas, acerca de las obligaciones, en las almas entregadas al Mundo, como vosotros, nacen de un principio dominante de sensualidad, que por una parte no quisiera tocar á sus injustas pasiones, y por otra, quisiera autorizarlas con la ley, para evitar los remordimientos de la transgresion manifiesta; porque si buscarais á Dios de buena fé, y no bastára para esto vuestra instruccion, aún hay Profetas en Israél; consultad en hora buena, á los que conservan la ciencia de la ley, y de la sana doctrina, y que enseñan con verdad el camino de Dios; no propongais vuestras dudas, con aquellos colores, y disfraces, que siempre determinan la decision á favor vuestro; no consulteis para ser engañados, sino para ser instruidos; no busqueis oraculos favorables, sino oraculos seguros, y doctos; no os contenteis con el testimonio de un hombre solo, consultad repetidas veces al Señor, y por distintos organos; la voz del Cielo, es uniforme,

porque la verdad, á quien sirve de interprete, siempre es unica; si no convienen los testimonios, preferid siempre aquella eleccion, que mas os aparta del peligro; desconfiad del dictamen que os agrada, y lisongéa, y que yà tenia á su favor los votos de vuestro amor propio.

No imiteis el exemplo de Loth, que estando para separarse de Abrahám, y siendo dueño de elegir la diestra, ó la sinestra, levantó los ojos, dice la Escritura, antes de elegir, vió al rededor un pais fertil, delicioso, amable, y hermoso quanto podia desearle su corazon; dejó para Abrahám lo que le pareció menos delicioso, y escogió para sí los Países de Sodóma, sin examinar si en ellos estaria mas seguro. *Elevatis itaque Loth oculis, vidit omnem circa regionem Jordanis, quæ universa irrigabatur.....sicut paradysus Domini, & habitavit in Sodomis.* (a) Pero muy presto experimentó el castigo de su imprudencia, como dice San Ambrosio; poco tiempo despues le cautivaron los Reyes de las naciones, y aunque se libró de sus manos, apenas pudo escaparse del fuego del Cielo, que cayó sobre aquella pecadora Ciudad. *Loth amænam elegit; infirmioris itaque consilij pretium fuit, quoniam à prudentiori deflexerat.* Rara vez sucede, que las decisiones de nuestras inclinaciones se conformen con las de las reglas santas.

Con todo eso, estas inclinaciones son las que siempre deciden en el negocio de nuestra salvacion, aún quando estamos viendo otros caminos mas seguros que los que escogemos: Segunda circunstancia de nuestra imprudencia en la empresa de nuestra eterna salud. A la verdad, en quanto debemos practicar, apenas hay duda capaz de ocultarnos la obligacion precisa de la ley, en cada una de nuestras acciones: Nosotros conocemos las sendas por don-

(a) *Genes.* 13. *v.* 10. 12.

donde caminaron Jesu-Christo, y sus Santos: Todos los dias nos las estan manifestando, y nos convidan con el buen exito que ellos tuvieron, á que sigamos sus pasos: De este modo, nos dicen con el Apostol, vencieron al Mundo aquellos hombres de Dios, que nos han precedido, y alcanzaron el efecto de las promesas. Vemos que si los imitamos, todo lo podemos esperar, y que en el camino por donde vamos, todo es de temer. ¿Es posible, pues, que hayamos de estar indecisos entre esta alternativa?

Con todo eso, siempre hacemos resistencia á nuestras propias luces; siempre preferimos el peligro á la seguridad: toda nuestra vida no es mas que un continuado peligro: En todas nuestras acciones fluctuamos, no entre lo mas, ó menos perfecto, sino entre las culpas graves, y las leves: En todas nuestras acciones, no procuramos saber, si hacemos lo mejor, sino si el mal que hacemos es leve, y digno de perdon: Todas vuestras dudas se reducen á preguntarnos, si el permitirse tal placer, el contestar á tal conversacion, el abandonarse al rencor hasta tal punto, el usar de ciertos ardides, y el no abstenerse de ciertas diversiones, es culpa grave, ó leve: Siempre estais indecisos entre estos dos destinos; y vuestra conciencia, nunca puede daros testimonio, de que en semejantes ocasiones, estabais determinados á favor de aquel partido, en que no havia peligro alguno.

Bien sabeis, que una vida entregada al juego, á los placeres, á los espectaculos, y á las diversiones, aún quando no se advierta en ella culpa grave, es un partido muy dudoso para la eternidad. A lo menos no tenemos exemplar de Santo alguno que viviese de este modo, y bien sabeis al mismo tiempo, que no tendriais semejantes temores, si vuestras costumbres fueran mas arregladas, y christianas. Con todo eso, mas quereis una duda favorable á vuestro amor propio,

que

que una seguridad que os mortifica. Bien sabeis, que si una vez se pierden los instantes de la gracia nunca buelven, que no hay cosa mas incierta que el poder bolver á lograr aquellos santos impulsos, que una vez hemos despreciado: Que el diferir el negocio de la salvacion, casi siempre es perderle; y que el dedicarse á él desde oy, es asegurarse prudentemente un buen exito; bien lo sabeis, y con todo eso preferis la esperanza incierta de una gracia futúra, á la salud presente que se os ofrece: Bien sabeis, que aquel Sagrado Director, respeta vuestras pasiones; que mas es confidente de vuestras flaquezas, que juez de vuestra conciencia, y Medico de vuestros males; y que, ó no tiene la ciencia suficiente para dirigiros, ó valor para reprehenderos; bien lo sabeis, y con tanta certeza, que vosotros mismos os levantais de sus pies llenos de dudas, y de interiores remordimientos, acerca de su condescendencia: Conoceis que teneis necesidad de hacer nueva eleccion, pero vuestras pasiones temen esta mudanza, y no teneis mas razon para correr con él al precipicio, que una ciega costumbre. Sabeis, que para vuestra seguridad, debierais despojaros de aquella dignidad, á que no os elevó la mano del Señor, y la que ocupais sin vocacion, y sin merito: Lo sabeis, pero os haceis cargo de que conoceis á otros muchos, mas indignos que vosotros, y que ocupan semejantes dignidades: Esta semejanza os sosiega, y la evidencia de la obligacion no os mueve. Sabeis que el arte de aumentar las riquezas, casi siempre debe su felicidad á la codicia, y á la injusticia; que esos medios ocultos de multiplicar los bienes, tienen sus dificultades en la Religion, y que si entre los interpretes de la ley, hay algunos que los toléren, todos los demás los condenan: Lo sabeis, pero esta misma variedad de sentencias, os tranquiliza; y quando se trata de la salvacion, no os parece grave inconveniente el tener contra vosotros el partido mas numeroso, y mas seguro.

Aho-

Ahora bien, Catholicos, solamente os pido que hagais aqui dos reflexiones, y concluyo. Primeramente: Aún quando en el camino que seguis se hallára igual la balanza, esto es, aún quando fuera igualmente dudoso, si caminais á la salvacion, ó á la perdicion eterna, si tuvierais algunas reliquias de fé, debierais padecer unos crueles temores; debiera pareceros cosa terrible, el que vuestra eterna salud fuese un problema, en el que no sabeis qué partido seguir, y que se dudase con igual fundamento acerca de la felicidad, ó desgracia de vuestra eterna suerte, del mismo modo que sucede en aquellas questiones indiferentes, que ha entregado Dios á las disputas de los hombres; no debierais omitir diligencia alguna para escoger á lo menos lo mas verosimil, para elegir un estado en que á lo menos os fuese favorable la preocupacion; y en este asunto, en que todo está contra vosotros, en que la ley no os es favorable, en que no teneis á vuestro favor mas que unas leves apariencias de razon, las que no serían suficientes, para que, fiados en ellas, aventuraseis el menor de vuestros intereses temporales; ¿y haveis de vivir tranquilos en este camino con unas costumbres, que hasta ahora á nadie han salvado, y en las que no teneis mas seguridad, que el exemplo de aquellos que parecen con vosotros? Aprobais la prudencia de los que han sabido elegir camino mas seguro; confesais que son dignos de alabanza; que es felicidad el poderse vencer como ellos; que es mucho mas seguro el vivir como ellos vivieron; lo decis, y con todo eso no os parece que debeis imitarlos: ¡O insensatos! exclama el Apostol, ¿qué ilusion es la que os engaña? ¿por qué no os rendis á la verdad que conoceis?

¡Ah! Catholicos, ¿somos acaso capaces de esta imprudencia en las elecciones en que se interesa nuestro honór, nuestros adelantamientos, ó nuestras pretensiones temporales? Elegimos acaso entre todos los caminos que se presentan á nuestra ambicion, para conseguir nuestros fi-

nes

nes, los menos seguros, aquellos en que la fortuna es tarda, y dudosa, y que siempre han hecho desgraciados á los que los han seguido, dejando aquellos en que todas las circunstancias prometen un felíz suceso ? Solamente á la salvacion la tratamos como una especie de aventura, si es licito decirlo asi; esto es, como un negocio sin medidas, sin precauciones, el que abandonamos á la incertidumbre de los sucesos, y cuya felicidad solamente esperamos del acaso, y no de nuestros cuidados, y de nosotros mismos.

Finalmente: Ultima reflexion: Permitidme, Catholicos, que os pregunte, ¿por qué buscais, y nos alegais tantas razones aparentes para justificaros á vosotros mismos las costumbres en que vivis ? O quereis sinceramente salvaros, ó estais resueltos á perderos. ¿Quereis salvaros ? Pues escoged los caminos mas propios, para conseguir el fin á que aspirais; dejad los caminos dudosos, por donde hasta ahora ninguno ha llegado á él; seguid el que nos ha manifestado Jesu-Christo, que es el unico por donde podreis llegar á conseguirle; no cuideis de minorar los peligros de vuestro estado, ni os dediqueis á mirarlos por el lado menos odioso, para no temerlos tanto; al contrario, aumentad el peligro en vuestra imaginacion; nunca puede ser excesivo el temor en aquellas cosas de que debemos huir á toda costa; la salvacion es el unico negocio en que nunca pueden ser extremadas las precauciones, porque en él, el engaño no tiene remedio: Ved si aquellos que seguian las sendas dudosas por donde vosotros caminais, y que para justificarlas, nos alegaban las mismas razones que vosotros, se han conformado despues con ellas; luego que la gracia produxo en su corazon sinceros deseos de su eterna salud, miraron los peligros en que vosotros vivis ahora, como incompatibles con su fin, buscaron caminos mas sólidos, y mas seguros, substituyeron la santa seguridad del retiro á la inutilidad, y peligro

de

de las concurrencias, y tratos familiares, la oracion á las distracciones del juego, y de las diversiones, la circunspeccion de los sentidos á los adornos, y al peligro de los espectaculos, la mortificacion christiana al regalo de una vida delicada, y sensual, la modestia, y las santas liberalidades á las profusiones de la vanidad, y el Evangelio al Mundo; abrazaron lo mas seguro, y conocieron que sería locura el querer salvarse por el mismo camino, por donde los demás hombres se condenan.

Pero si estais resueltos á perecer. ¡Ah! ¿por qué quereis guardar aún ciertos respetos con la Religion? ¿Para qué os cansais en buscar todos los dias razones aparentes á vuestro favor, para conciliar vuestras costumbres con el Evangelio, y para salvar, por decirlo asi, las apariencias, que aún conservais de Discipulos de Jesu-Christo? ¿Por qué no haveis de ser mas que medio pecadores, y haveis de conservar aún para vuestras mas infames pasiones el inutil freno de la ley? Sacudid, pues, esas reliquias del yugo que os molestan, y que solo sirven de minorar vuestros deleytes, sin minorar los suplicios que os esperan; ¿por qué os haveis de perder con tantos temores? En lugar de ese Confesor condescendiente que os condena, salid de cuidados, no tengais ninguno: En lugar de esos escrupulos, que no os permiten sino unas ganancias dudosas, y que aún os privan de ciertas utilidades indignas, y claramente injustas; pero que no obstante os ponen en el numero de los logreros que no han de poseer el Reyno de Dios, abrios el camino, y no pongais mas limites á vuestra injusticia, que los de vuestra ambicion. En lugar de esas familiaridades sospechosas, en que siempre sale herida vuestra alma, quitad á la pasion ese freno inutil, é importuno, que solo sirve de estorvar lo mas abominable del delito. En lugar de esas costumbres delicadas, y mundanas, que tambien os han de condenar, nada ne-

gueis á vueſtras pasiones, y vivid como los brutos á discrecion de vueſtros deseos. Si pecadores, pereced con todos los frutos de la iniquidad, pues haveis de recoger tambien las lagrimas, y las penas eternas. Pero no, amados oyentes mios, solamente os doy eſtos consejos de desesperacion para inspiraros horror á ellos: Este es un amoroso artificio del zelo, con que fingimos persuadiros vueſtra perdicion, para que no consintais en ella: Seguid, pues, esas reliquias de luz, que todavia os manifieſtan de lejos la verdad. Con algun fin ha conservado el Señor en vosotros haſta ahora esas semillas de salvacion, y no ha permitido que se borren absolutamente; esa es una especie de derecho, que aún se reserva sobre vueſtro corazon; pero tened cuidado de no fundar en eso una vana esperanza de convertiros mas adelante; porque eſta esperanza solamente se permite á los que empiezan á trabajar desde luego: Empezad, pues, la grande obra de vueſtra eterna salud, para la que unicamente os ha embiado Dios á la tierra, y en la que haſta ahora, ni aún haveis pensado; haced eſtimacion de un cuidado que os es tan necesario; preferidle á todos los demás; no tengais otros placeres mas que el dedicaros á él; examinad los medios mas seguros, y mas propios para conseguirle, y una vez conocidos eſtos medios, abrazadlos por mas trabajo que os cueſte.

Eſta es la prudencia del Evangelio tan recomendada por Jesu-Chriſto; fuera de eſto, todo es vanidad, y engaño; vueſtro ingenio es superior, y capaz de todo; vueſtros talentos son extraordinarios, y admirables; pero si os engañais en orden á vueſtra salvacion sois como unos niños. Salomón, tan eſtimado en todo el Oriente por su sabiduría, fue un insensato, cuya locura, aún oy nos cueſta trabajo el comprehender; todo el entendimiento del Mundo no es mas que un juego, y una locura, si llega á engañarse en el punto decisivo de la eterni-

nidad; no hay en toda la vida otro punto serio, sino este; todo lo demás es un sueño, en el que importa poco engañarse; no os fieis, pues, en la multitud, porque esta es el partido de los que se descaminan; no tomeis por guias á unos hombres, que no pueden salir por vuestros fiadores; no os entregueis á la casualidad, é incertidumbre de los sucesos, porque esta es la mayor de todas las locuras, quando se trata de la eternidad; porque el querer arriesgarse algo en este punto, es perderlo todo absolutamente. Confrontad las costumbres, y los exemplos con las reglas; acordaos de que hay una infinidad de caminos, que les parecen rectos á los hombres, y que no obstante ván á parar á la muerte; que casi todos los que se condenan, es creyendo que se salvan; y que en el ultimo dia todos los réprobos se quedarán pasmados al oir pronunciar la sentencia de su condenacion, como dice el Evangelio: ¿*Quando te vidimus esurientem*? (a) porque todos ellos esperaban gozar la suerte de los justos: De este modo, si huviereis esperado vuestra salvacion, segun las reglas de la fé, en esta vida, la gozareis eternamente en el Cielo. Amen.

(a) *Matth.* 25. *v.* 37.

SERMON
PARA EL MIERCOLES DE LA SEMANA *DE PASION.*
SOBRE LOS DISGUSTOS QUE acompañan á la virtud en esta vida.

Sustulerunt ergo lapides Judæi, ut lapidarent Jesum.

Entonces los Judios cogieron piedras para apedrear á Jesus. *Joann.* 10. *v.* 31.

Stas son las demostraciones de agradecimiento que Jesu-Christo recibe de los hombres; estos los consuelos que el Cielo le franquea en el penoso exercicio de su ministerio. En una parte le tratan de Samaritano, y Energumeno; en otra cogen piedras para apedrearle: *Sustulerunt lapides Judæi, ut lapidarent Jesum.* De este modo, pasó el hijo de Dios todo el tiempo de su vida mortal, siempre hecho el blanco de la mas obstinada contradiccion, sin hallar mas que corazones insensibles á

sus

sus beneficios, y rebeldes á las verdades que los anunciaba, y sin haver jamás manifestado la mas leve señal de impaciencia, ni la menor queja.

Y nosotros, Catholicos, que somos sus mienbros, y Discipulos; ¡Ah! los mas leves disgustos, las menores repugnancias que experimentamos en la práctica de la virtud, alteran nuestra delicadeza; todo se buelve quejas, y murmuraciones, luego que nos faltan aquellos alhagos, y aquellos consuelos sensibles, que suavizan los trabajos que se hallan en el cumplimiento de la obligacion: Entonces turbados, y faltos de animo, casi estamos tentados á abandonar á Dios, y bolvernos al Mundo, como á un dueño mas amable, y comodo; en una palabra, no quisieramos hallar en el servicio de Dios, sino suavidades, y consuelos: Pero quando nuestro Divino Maestro nos llamó para que le siguiesemos, ¿no nos declaró en terminos expresos que el Reyno de los Cielos, no se debe sino por titulo de conquista, y que solamente le arrebatan los que se hacen violencia? ¿Qué significan, pues, estas palabras? que quando entramos en el servicio de Dios, no nos hemos de figurar que hemos de hallar siempre en él aquella suavidad, aquel gusto sensible, que quita toda la pena, ó que la hace amable, sino todo al contrario, que es casi indubitable, que no hemos de experimentar mas que disgustos, amarguras, y repugnancias, que han de servir de exercicio á nuestra paciencia, y de pruebas de nuestra fidelidad; que muchas veces sentiremos la pesadez del yugo, sin sentir la suavidad de la gracia que le aligera; porque la virtud se opone directamente á nuestros antiguos gustos, y á nuestras primeras inclinaciones, á las que siempre conservamos algunas desgraciadas reliquias de amor, y á las que no mortificamos sin que el corazon lo sienta; que por otra parte tenemos que sufrir las continuas inconstancias de un corazon variable, y ligero, el que es tan dificil de fijarse, que por nada, y sin motivo alguno se disgusta aún de

lo

lo que mas ha amado. Esto, Catholicos, es lo que debemos esperar quando abrazamos el partido de la virtud. Este es el tiempo de nuestros combates, y de nuestras pruebas, la paz, y la felicidad se reservan solamente para el Cielo; pero no obstante esto, digo que es cosa injusta el valerse de estos disgustos que acompañan á la virtud en esta vida, como de pretexto, ó para abandonar à Dios, quando ya hemos empezado á servirle, ó para no atrevernos á servirle, quando hemos empezado á conocerle; y las razones son las siguientes: Primeramente, porque en esta vida son inevitables los disgustos: En segundo lugar; porque los disgustos que acompañan á la virtud no son tan amargos como los figuramos: En tercer lugar; porque son mucho menos penosos que los del Mundo; En quarto lugar; porque aún quando lo fueran tanto, tienen otros alivios que faltan á los del Mundo. Examinemos estas verdades de tanta edificacion, despues de haver implorado, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

DIgo primeramente: porque son inevitables los disgustos en esta vida: ¡O Dios mio! Nosotros nos quejamos de que vuestro servicio nos disgusta, pero esta es condicion de esta vida miserable; el hombre que nació para gozar de su Dios con toda plenitud, no puede ser felíz en la tierra, en donde nunca le poseemos, sino imperfectamente; los disgustos son efecto necesario de la inquietud de un corazon que no se halla colocado en su lugar, y que no puede hallar sosiego en la tierra; que busca una cosa en que fijarse, y no la halla entre todas las criaturas que le rodean; que disgustado de todo se aficiona á Dios, pero no pudiendo poseerle segun toda su capacidad, siempre conoce que falta alguna cosa á su dicha, se inquieta por conseguirla, y nunca lo logra perfecta-

mon-

mente acá en la tierra, hallando aún en la virtud casi el mismo vacío, y los mismos disgustos, que havia hallado en la culpa, porque á qualquiera grado de gracia que sea elevada, siempre la queda mucho camino que andar para llegar á aquella plenitud de justicia, y de amor que ha de poseer todo nuestro corazon, que ha de llenar todos nuestros deseos, que ha de destruir todas nuestras pasiones, que ha de ser la ocupacion de nuestros pensamientos, y la que nunca podremos hallar sino en el Cielo.

Si fuera posible ser felices en la tierra, sin duda lo seriamos sirviendo á Dios, porque la gracia calma nuestras pasiones, modera nuestros deseos, consuela nuestras penas, pone en nosotros un principio de aquella perfecta felicidad que esperamos, y de la que no podemos gozar hasta que nos hallemos en la bienaventurada inmortalidad; entre todos los estados en que puede hallarse el hombre en esta vida, el de la justicia es sin duda el que mas le acerca á su felicidad; pero como tambien le deja en el camino que guia á ella, todavia se halla inquieto, y es en algun modo miserable.

Y asi es injusticia en nosotros el quejarnos de los disgustos que acompañan á la virtud; si el Mundo hiciera felices, tendriamos razon para sentir el no serlo, quando servimos á Dios: Parece que podriamos arguir á su Magestad de que maltrataba á sus siervos, que los privaba de una felicidad que solamente á ellos es debida, de que los exasperaba en lugar de acariciarlos, y de que el Mundo era mejor que él, por ser un Dueño mas afable, y mas fiel: Pero examinad todos los estados, preguntad á todos los pecadores, consultad uno á uno á todos los partidarios de los diferentes placeres que promete el Mundo, y de las diversas pasiones que este inspira; à los envidiosos, á los ambiciosos, á los sensuales, á los ociosos, á los vengativos; ninguno es felíz en la tierra, todos se quejan, ninguno se halla en su lugar, cada condicion tiene sus disgustos, y cada estado sus amarguras; la tierra es la patria

de

de los mal contentos, y asi los disgustos de la virtud mas son efecto de la condicion de esta vida mortal, que defectos de la misma virtud. Por otra parte: Dios tiene sus fines en dejar acá en la tierra, aún á las almas mas justas, en un estado, que es en algun modo violento, y desagradable á la naturaleza; por este medio, quiere disgustarnos de esta vida miserable, hacernos suspirar por nuestra libertad, y por aquella inmortal Patria en la que nada ha de faltar á nuestra felicidad. Yo siento en mí, decia el Apostol, una ley funesta, que se opone siempre á la ley de Dios; no practico el bien que deseo, y que quisiera executar; executo el mal que aborrezco, y que quisiera evitar; el hombre interior tiene por justa, y santa la ley de Dios, y con todo eso, el hombre carnal, y exterior, que habita en mí, se rebela continuamente contra ella. ¡Ay de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte, que es la causa de todas mis desgracias, y penas? ¡*Infelix ego homo*! ¿*quis me liberabit de corpore mortis hujus*? (*a*) Esta es la reflexion mas natural que deben producir los disgustos de la virtud en un corazon christiano, el aborrecimiento de nosotros mismos, el desprecio de la vida presente, el deseo de los bienes eternos, el ansia por ir á gozar de Dios, y por librarnos de todas las miserias inseparables de esta vida mortal.

Además; si la virtud estuviera siempre acompañada de consuelos sensibles; si siempre formára al hombre acá en la tierra un estado felíz, y tranquilo, sería una recompensa temporal. Quando nos convertimos á Dios no buscariamos los bienes de la fé, sino los consuelos del amor propio; nos buscariamos á nosotros mismos, dando á entender que buscabamos á Dios; y podriamos no proponernos mas fin en la virtud, que aquel descanso sensible en

(*a*) *Rom.* 7. *v.* 24

en que se hallaria el corazon, estando libre de las pasiones violentas, é inquietas, que continuamente le despedazan, y no la observancia de las reglas, y de las obligaciones, que nos impone la ley de Dios. El Señor no tendria sino adoradores interesados que le servirian, no por llevar su yugo, sino por descansar bajo la sombra de su voz; unos obreros que se presentarian, no tanto por trabajar en la viña, y sufrir el peso del dia, y del calor, como para gozar tranquilamente de sus frutos; unos siervos que en vez de negociar con su talento en beneficio de su Señor, le convertirian en utilidad propia suya, y solamente se aprovecharian de él para su propio provecho.

Los Justos viven de la fé; la fé, pues, espera sin poseer aún; todo es futuro para los Christianos, su patria, sus bienes, sus placeres, su herencia, y su Reyno; nada de lo presente es para ellos; este es el tiempo de las tribulaciones, y amarguras; esta vida es un destierro, y un país estraño, en donde los fieles no tienen mas consuelo que las lagrimas, y suspiros; es cosa injusta el buscar alegrias en un lugar en donde todo nos está representando nuestras desgracias, en donde todo nos ofrece nuevos peligros, en donde todo aviva el conocimiento de nuestras miserias, en donde vivimos rodeados de escollos, en donde estamos entregados á mil enemigos, en donde todos nuestros pasos pueden ser caídas, en donde todos nuestros dias están señalados con alguna nueva infidelidad, en donde entregados á nosotros mismos, y sin el socorro del Cielo, no obramos sino el mal; en donde derramamos la corrupcion de nuestro corazon sobre el poco bien que nos ayuda á hacer la gracia: Es, pues, cosa injusta, buelvo á decir, el buscar felicidad, y consuelos humanos en una mansion tan triste, y desagradable para los hijos de Dios; esta vida se compone de dias de luto, y de tristeza; los dias de paz, y de alegria vendrán despues; si con abandonar á Dios pudieramos ser verdaderamente dichosos, entonces pudiera tener escusa, al parecer, nuestra in-

inconstancia; pero ya os he dicho, que el Mundo tiene sus disgustos como la virtud; aunque mudemos de dueño, no hacemos mas que mudar de suplicio; aunque variemos en nuestras pasiones, no hacemos mas que variar en nuestras amarguras. Es verdad que el Mundo tiene mas alhagueñas exterioridades que la virtud; pero en lo interior no es mas que trabajo, y afliccion de espiritu; y asi supuesto que las penas son inevitables en esta vida, y que es preciso padecer disgustos, ó por parte del Mundo, ó de la virtud, ¿qué razon podemos tener para dudar? ¿No es mejor padecer con merito, que sufrir en vano, y no poder contar nuestros trabajos, sino entre nuestros delitos? Primera verdad: los disgustos son inevitables en esta vida.

II. Reflexion. En segundo lugar digo, que los trabajos de la piedad, no son tan amargos como nos los figuramos.

Porque, Catholicos, aunque es cierto, que el Reyno de Dios padece violencia, y que Jesu-Christo vino á introducir la espada en nuestro corazon, para hacer unas separaciones, y unas divisiones penosas á la naturaleza; que el tiempo de la vida presente es el tiempo del parto de un nuevo hombre, al que siempre acompañan penas, y dolores; y que para reconciliarnos con Dios, es preciso empezar haciendonos una guerra cruel á nosotros mismos; con todo eso no se sigue, que el destino de una alma que sirve al Señor sea digno de lastima, ni que los disgustos de la virtud sean tan amargos como se figura el Mundo. La virtud no tiene contra sí mas que las preocupaciones de los sentidos, y de las pasiones; solo tiene de triste la primera vista, y sus amarguras no llegan á tanto que debamos huir de ellas como de una condicion insufrible, y desgraciada.

Porque primeramente; por lo menos en este estado estamos libres de los disgustos del Mundo, y de las pasiones; y aún quando la virtud no tuviera mas utilidad

que

que defendernos de todas las tempestades de las pasiones, de los furores, de las envidias, de las sospechas, de las amarguras, y de la tristeza de la vida mundana; quando no ganaramos con convertirnos á Dios mas que sacudir el yugo del Mundo, hacernos superiores á sus esperanzas, sucesos, inquietudes, y continuas variedades, ser dueños de nuestro propio corazon, no depender mas que de nosotros mismos, no tener que contar sino con Dios, no cansarnos en vano corriendo trás unas fantasmas que huyen sin cesar, siempre sería digna de envidia la suerte de una alma justa; por grandes que fuesen las amarguras de la virtud, siempre serían infinitamente mas apetecibles que los placeres del Mundo, y sería mejor afligirse con el pueblo de Dios, que participar de las vanas, y pueriles alegrias de los hijos del siglo.

En segundo lugar; aún quando la virtud no nos libre de las aflicciones, y desgracias inevitables de la tierra, á lo menos las suaviza, somete nuestro corazon á Dios, nos hace besar la mano que nos castiga, y nos descubre en los golpes con que el Señor nos aflige, los remedios de nuestras pasiones, ó las justas penas de nuestros delitos. Y aún quando la virtud no tuviera otro privilegio mas que aliviar nuestros dolores minorando nuestros afectos, hacernos menos sensibles nuestras perdidas, desprendiendonos poco á poco de todos aquellos objetos que algun dia podemos perder, disponer nuestra alma para las aflicciones, teniendola siempre sujeta á Dios; aún quando la virtud no tuviera mas consuelo que este, ¿havrá motivo para quejarnos de las amarguras que la acompañan? Qué cosa hay mas apetecible en esta vida miserable, en la que casi todos nuestros dias están señalados con aflicciones, y contratiempos, en la que todo huye de nosotros, en la que nuestros parientes, nuestros amigos, y nuestros protectores, nos faltan á cada instante, y los vemos caer á nuestro lado, en la que nuestra fortuna está fundada en el ayre, y todos los dias está mudando de semblante, ¿qué

mas podemos desear, que un estado, que nos consuele en estos sucesos, que nos defienda contra estas borrascas, que nos sosiegue en estas inquietudes, y que en las continuas mutaciones que estamos viendo suceder en la tierra, nos deje por lo menos siempre los mismos?

En tercer lugar, aquellas repugnancias, y disgustos, que tanto nos alteran contra la virtud, no consisten en la realidad, mas que en reprimir unas pasiones, que nos hacen infelices, porque son la raíz de todas nuestras penas. Es verdad, que estos son unos remedios algo dolorosos, pero sirven para curar unos males, que son infinitamente mas crueles. Son unas violencias, que nos mortifican, pero que al mismo tiempo, nos libertan de una servidumbre que nos oprimía. Son unas amarguras, que mortifican las pasiones, pero que al mismo tiempo las sujetan, y tranquilizan. Son una espada, que atraviesa el corazon hasta lo vivo, pero que echa fuera de él la corrupcion, y podredumbre, de modo, que aún en el mismo dolor de la herida, hallamos la suavidad, y el consuelo del remedio. Son unas maximas, que alteran todas nuestras inclinaciones, pero que al mismo tiempo las reducen al orden, y á la regla. Y asi, las espinas, y amarguras de la virtud, siempre tienen por lo menos, una utilidad manifiesta con que se recompensan: Al mismo tiempo que nos disgustan, nos purifican; al mismo tiempo que nos punzan, nos sanan; al mismo tiempo que nos turban, nos sosiegan. No sucede asi con los disgustos del Mundo, de los que nunca nos queda mas, que la amargura de aquellas molestias, y de aquellas violencias, á que nos obligan nuestras pasiones, y no tienen mas fruto, que aumentar nuestras desgracias, al mismo tiempo que fortifican nuestras injustas pasiones; no son como las violencias mundanas, que siempre vienen á parar en nada, que para nada nos valen, que las mas veces no nos sirven mas que de hacernos odiosos á los mismos á quienes queremos agradar: Que apartan de nosotros las gracias, y los favo-

vores, que con ellas queremos merecer: Que nos dejan siempre nuestros rencores, nuestros deseos, nuestras inquietudes, y nuestras penas; son unas violencias, que siempre adelantan la obra de nuestra santificacion, que destruyen poco á poco en nosotros la obra del pecado, que nos perfeccionan, que nos adornan, que añaden todos los dias nuevo lustre á nuestra alma, nueva solidéz á nuestras virtudes, nueva fuerza á nuestra Fé, nueva facilidad á nuestras buenas obras, nueva firmeza á nuestros buenos deseos, y que traen consigo el fruto que nos recompensa, y nos consuela.

No quiero añadir, que la raíz de nuestros disgustos está en nosotros mismos mas que en la virtud: Que nuestras pasiones, son las que forman nuestras repugnancias: Que la virtud, nada tiene en sí, que no sea amable; que si no estuviera depravado nuestro corazon, con el amor á las criaturas, no hallariamos cosa mas suave, ni demas consuelo, que los placeres de la inocencia: Que nosotros nacimos para la justicia, y para la verdad; que este debiera ser nuestro primer gusto, asi como es nuestro primer destino; y que si hallamos en nosotros inclinaciones opuestas, á lo menos, no debemos acusar de ello á la virtud, sino echarnos la culpa á nosotros mismos. Pudiera añadir tambien, que acaso es la disposicion particular de nuestro corazon, la que derrama tanta amargura en las obligaciones de una vida christiana, que acaso por haver nacido con unas pasiones mas vivas, y con un corazon mas proporcionado para el Mundo, y para los deleytes, nos parece la virtud mas triste, é insufrible, que no hallando en el servicio de Dios, el mismo atractivo, que hemos hallado en el Mundo, nuestro corazon acostumbrado á el alhago, y dulzura de los placeres, no puede acomodarse á la tristeza, que falsamente se atribuye á la vida christiana: Que las infinitas distracciones en que hemos vivido, nos hace mas molesto el cumplimiento de las obligaciones; la inquietud de las conversaciones, y placeres, mas fastidio-

so el retiro; la sujecion á las pasiones, mas penosa la oracion; las frivolas maximas, de que siempre estamos preocupados, mas insipidas, y estrañas las verdades de la Fé; que no haviendose ocupado jamás nuestro entendimiento, sino en cosas vanas, en lecturas fabulosas, por no decir otra cosa, en aventuras quimericas, en fantasmas de teatro, no puede gustar de cosa alguna sólida: Que no haviendo gastado seriedad alguna en toda nuestra vida, es dificil, que no nos disguste lo serio de la virtud, y que Dios nos parezca amable, quando nosotros jamás hemos amado sino al Mundo, y sus vanidades.

Y siendo esto asi, ¡qué felicidad es el entregar á la virtud un corazon, que aún no ha inficionado el Mundo! ¡Qué felicidad entrar en el servicio de Dios con unas inclinaciones favorables, y con las reliquias de la primera inocencia! ¡Qué felicidad el empezar con tiempo á conocer al Señor, el entregarse á él en aquella primera estacion de la vida, en que el Mundo todavía no ha hecho impresiones profundas, y peligrosas; en que las pasiones, que aún empiezan á nacer, ceden con facilidad el bien, y nos hacen de la virtud como una natural inclinacion! ¡Qué felicidad, el haver podido poner freno al corazon en tiempo, y haverle acostumbrado á llevar el yugo del Señor; haver reprimido casi desde el principio las pasiones que nos hacen infelices en nuestros delitos, y que son tambien causa de todas las amarguras que experimentamos en la virtud. ¡Qué disgustos, qué penas, qué inquietudes nos escusamos de este modo! ¡Qué felicidades, y consuelos nos disponemos! ¡Qué dulzuras preparamos para el resto de nuestra vida! ¡Y que diferente es el sosiego, y la tranquilidad de nuestros años, entre una vida cuyas primicias han sido puras, y aquella que inficionada en su principio ha visto dimanar de él una amargura fatal, que ha obscurecido todas sus alegrias, y se ha derramado sobre todo el resto de ella! Luego no-

nosotros mismos, dice San Agustin, somos los que hacemos la virtud desagradable, y no tenemos razon para quejarnos de una desgracia, en que tenemos tanta parte, y atribuir á la virtud unos defectos, que son obra propia nuestra.

Pero aún quando estas reflexiones no fueran tan sólidas; aún quando fuera cierto, que no somos nosotros la primera causa de los disgustos que hallamos en la virtud, á lo menos, es indubitable, que quanto mas dilatamos nuestra conversion á Dios, mas invencible hacemos este disgusto, que nos aparta de su Magestad; que quanto mas retrocedemos, mas fortificamos en nosotros la repugnancia á la virtud: Que si la vida christiana nos presenta ahora unas obligaciones tristes, y molestas, nos parecerán mas insufribles, quanto mas vayamos envejeciendo en el Mundo, y en el gusto de los injustos placeres. Si el dilatar la conversion pudiera suavizar el trabajo, y amargura de la virtud, si resistiendo mas tiempo á la gracia, pudieramos alcanzar, por decirlo asi, un partido mas favorable, y conseguir que se nos presentase despues la virtud con mas encantos, y atractivos, y con condiciones mas suaves, y alhagueñas, aunque se arriesgára algo en la dilacion, la esperanza de suavizar nuestras penas, podría en algun modo servir de escusa á nuestra tardanza; pero la dilacion solo sirve de disponernos nuevas amarguras: Quanto mas acostumbramos nuestro corazon al Mundo, mas le inhabilitamos para la virtud; es un vaso manchado, dice el Profeta, en el que las pasiones, que hemos dejado envejecer, han impreso un gusto, y un olor de muerte, que regularmente se conserva todo el tiempo de la vida. Y asi, Catholicos, quando es preciso convertirse á Dios, despues de una larga carrera de culpas, y pasiones inveteradas, ¡qué obstaculos no ponen estos funestos disgustos! ¡Qué insensibilidad no halla el hombre en sí mismo para el bien! Aquellos corazones, que siempre han estado ocupados de el

Mun-

Mundo, y quieren consagrar á Dios las reliquias de su vida, ¡qué escudo de bronce oponen á la gracia, como dice el Profeta, y qué dureza á los santos consuelos de la virtud! Aunque les parezca justa, no puede, como ellos dicen, parecerles amable; aunque se conviertan á Dios, no gustan de su Magestad; aunque se sustenten con la verdad, es para ellos un pan de tribulacion, y de amargura; buscan el Reyno de Dios, y el tesoro del Evangelio, pero como esclavos desgraciados, condenados á buscar el oro entre la dureza de los peñascos, y en las penosas minas: Pueden sacar el agua de los pozos de Jacob; pero no tienen mas fruto que el trabajo: No gozan de la suavidad, y consuelos, que comunican la paz, y el refrigerio al alma: Quisieran hallar á Dios, y todo los aparta de él: Quisieran huir del Mundo, y á todas partes le llevan en su corazon: Buscan á los justos, y no hallan en ellos mas que una molestia, y una tristeza que les disgusta aún de la virtud: Hacen experiencia de dedicarse á la oracion, y su corazon, que está cerrado á la verdad, no se alimenta en ella, mas que con fantasmas, y quimeras: Se aplican á las obras santas, y solamente perseveran en ellas, por un vano respeto, que los cansa: Les desdice tanto la virtud, y les es tan violenta, y penosa, que parece representan en ella un personaje fingido, y aunque aspiren de buena fé á la salvacion, se vé en ellos una especie de repugnancia, y disgusto, que parece que no la desean de veras, y que conociendo que no han nacido para la virtud, quieren, á lo menos, tener sus apariencias.

Y asi, no deben los disgustos, y molestias, apartarnos de la virtud, pues á proporcion que nos vamos apartando, nos hacemos todos los dias mas violentos, é insufribles estos disgustos. Pero sobre todo, Catholicos, decidme con sinceridad: ¿Será razon, que echemos á Dios en cara, la tristeza que experimentamos en su servicio? Si nuestros esclavos, y criados, nos reconvinieran

de

de este modo, si se quejaran de la molestia que padecen en servirnos, podrian hacerlo, y tendrian motivo para quejarse: Nuestro genio, con el que tanto padecen, nuestras altanerias, y antojos, á los que tienen precision de acomodarse; nuestras horas, y nuestros momentos, á los que es preciso que se sujeten; nuestros placeres, y nuestros gustos, á los que han de sacrificar su sosiego, y libertad; nuestra indiferencia solamente, que les ocasiona tantas molestias, que les hace pasar unos ratos tan tristes, sin que siquiera nos dignemos de reparar en ello, son sin duda, motivos suficientes para que se quejen: Con todo eso, si se atrevieran á decir, que les es molesto nuestro servicio, que no hallan en él contento alguno, que no gustan de nosotros, y que todos los respetos que nos rinden, son para ellos otras tantas molestias, que no pueden sufrir. ¡Ah! Los tendriamos por locos; nos pareceria que eran demasiado felices, en tener que sufrir nuestro genio, y nuestros antojos; que se hallaban muy honrados con servirnos, y diriamos, que para eso los pagamos. ¡Ah, Catholicos! ¿No paga Dios suficientemente á los que le sirven, para que puedan sufrir los disgustos, y molestias, que pueden hallar en su servicio? ¿No somos demasiado dichosos, en que quiera aceptar nuestros servicios no obstante nuestros disgustos, y repugnancias, con que los hacemos tan tibios, y tan flacos? ¿No nos llena de bastantes beneficios, para tener derecho á pedirnos, que suframos por él algunos cortos trabajos? ¿No nos promete unos premios dignos del mayor aprecio, para suavizar los leves disgustos, anexos á sus ordenes? ¿No ha de estrañar, el que unas viles criaturas, que quanto tienen lo han recibido de él, y que esperan de él todas las cosas, se quejen de que se cansan de servirle? ¿Que unos gusanos de la tierra, cuyo mayor bien es el honor de ser suyos, se atrevan á quejarse de que no gustan de él, y digan que es cosa triste, y molesta, dedicarse á servirle, y serle fiel? ¿Acaso, Dios es un

Señor semejante á nosotros, inconstante, inquieto, indiferente, que no piensa mas que en sí mismo, y que no intenta mas que ser felíz á costa del sosiego de los que le sirven? ¡Qué injustos somos! Nos atrevemos á hacer á Dios unas reconvenciones, que en boca de nuestros esclavos las tendriamos por ultrajes. Segunda verdad: Los disgustos de la virtud, no son tan amargos como nos los figuramos.

III. Reflexion. Pero aún quando lo fueran, yá he dicho, en tercer lugar, que lo son infinitamente menos que los del Mundo; y en este punto, Catholicos, pudiera llamar al mismo Mundo por testigo, y valerme de prueba para la propia experiencia de las almas mundanas; porque si aún seguis los caminos del Mundo, y de las pasiones, ¿qué es toda vuestra vida, mas que un continuo enfado, en la que al mismo tiempo que variais en los placeres, no haceis mas que variar en los disgustos, é inquietudes? ¿Qué es vuestra vida, mas que un eterno vacío, en la que os sois molestos á vosotros mismos? ¿Qué es vuestra vida, mas que un fastidioso circulo de obligaciones, de cumplimientos, de diversiones, y de inutilidades, que dando continuas bueltas, no dejan en vosotros mas consuelo, que haver ocupado a quellos desagradables momentos, que os fastidian, y de los que no sabeis que hacer? ¿Qué es vuestra vida mas que un fluxo, y un refluxo de rencores, de deseos, de pesares, de envidias, y de esperanzas, que emponzoñan todos vuestros deleytes, y que son causa de que entre todas aquellas cosas que debieran haceros felices, no podais conseguir el vivir contentos con vosotros mismos?

¿Qué comparacion puede haver entre los furores de las pasiones, el abatimiento de una preferencia injusta, el pesar de un olvido publico, lo sensible de una mala correspondencia, y las leves penas de la virtud? ¿Qué comparacion entre las sumisiones de la ambicion, las molestias, y trabajos de las pretensiones, y es-

pe-

peranzas, las penas para conseguir, las violencias, y ficciones para agradar, los cuidados, y las inquietudes para ensalzarse, y las leves mortificaciones que nos aseguran el Reyno de los Cielos, y los disgustos casi insensibles de la virtud? ¿Qué comparacion entre las amarguras de una pasion profana, las sospechas, las envidias, los temores, los disgustos, las contradicciones, los furores, y las suaves amarguras que se hallan en el servicio de Dios? Qué comparacion entre los remordimientos funestos de la conciencia, aquel secreto gusano que continuamente nos está royendo, aquella tristeza de la culpa que nos consume, y abate, aquel peso de iniquidad, que nos oprime, aquella espada interior, que nos atraviesa, que no podemos sacar, llevandola á todas partes con nosotros, y la amable tristeza de la penitencia, que obra nuestra salvacion? ¡Dios mio! ¿Podrá quejarse de Vos el que ha conocido al Mundo? ¿Podrá parecer triste vuestro yugo, al que deja el de las pasiones? ¿No son flores las espinas de vuestra Cruz, comparadas con aquellas de que están sembrados los caminos del Mundo, y de la iniquidad?

Catholicos, todos los dias estamos oyendo á los amadores del Mundo declamar contra el mismo Mundo, á quien sirven, y quejarse de él; los vemos pesarosos de su suerte, hacer mordaces invectivas contra sus injusticias, y abusos, censurarle, condenarle, despreciarle, y tenerle por insufrible; pero ved si hallais algunas almas verdaderamente justas, que hagan invectivas contra la virtud, que la condenen, que la desprecien, que detesten la suerte de haverse entregado á un camino tan lleno de pesares, y amarguras. Todos los dias estamos oyendo al Mundo envidiar la suerte de la virtud, y confesar, que solamente los justos son felices, ¿pero ved si podeis hallar una alma verdaderamente justa que envidie la suerte del Mundo; que publique que solamente son felices los partidarios del Mundo; que alabe su destino, y su pru-

dencia, y que mire su estado como el mas desgraciado, é infelíz? ¿Qué mas diré? Es verdad, que se han visto algunos pecadores, que disgustados, y desesperados del Mundo, han tomado unas resoluciones extremas; que han perdido el sosiego, la salud, la razon, y la vida; los hemos visto abatirse, destruirse, y arruinarse; caer en tal estado de afliccion, y de melancolía, que miraban la vida como el mayor de sus tormentos; ¿pero á qué justos ha precipitado hasta ahora el disgusto de la virtud en tan terribles extremos? Es verdad, que algunas veces se quejan de sus trabajos, pero con todo eso los estiman mas que los placeres de las pasiones; es verdad, que algunas veces les parece la virtud triste, y molesta; pero con toda su tristeza les gusta mas que la culpa; quisieran algunas veces que Dios les comunicase mas consuelos sensibles; pero al mismo tiempo detestan los consuelos del Mundo; padecen, pero la misma mano que los prueba, los conforta, y nunca son tentados mas de lo que permiten sus fuerzas; sienten lo que vosotros llamais carga del yugo de Jesu-Christo; pero acordandose del peso de iniquidad bajo el qual han gemido tanto tiempo, tienen su suerte por felíz, y esta memoria los sosiega, y alivia.

Porque primeramente, Catholicos, las violencias que nos hacemos á nosotros mismos, son mucho menos molestas, que las que nos vienen por otros caminos, y que nos suceden contra nuestra voluntad; las mortificaciones de la virtud, por lo menos son voluntarias; son unas cruces que escogemos nosotros por prudencia, y de las que nosotros mismos nos formamos una obligacion. Es verdad, que se hallan en ellas algunas amarguras, pero nos sirve de consuelo el gusto de haverlas escogido; pero los disgustos del Mundo son unas cruces violentas, que nos vienen sin consultar antes nuestro gusto; son un yugo odioso que se nos impone contra nuestra voluntad; nosotros no le queremos, no le amamos, antes le aborrecemos, y con todo eso, es preciso beber toda la amargura de este Caliz; en

la virtud solamente padecemos, porque nosotros gustamos de padecer; en el Mundo padecemos mucho mas de lo que quisieramos, y todas nuestras inclinaciones se rebelan contra nuestras penas.

En segundo lugar: los disgustos de la virtud solamente son molestos à la pereza, y á la ociosidad; son unas repugnancias amargas solamente para los sentidos; pero los disgustos del Mundo, llegan á lo vivo, mortifican todas las pasiones, humillan la sobervia, abaten la vanidad, avivan la envidia, derriban la propia confianza, arruinan la ambicion, y nada hay en nosotros que no sienta su tristeza, y amargura.

En tercer lugar: los disgustos de la virtud, solamente son sensibles en los primeros pasos; los primeros esfuerzos cuestan algun trabajo, despues todo se suaviza; las pasiones que regularmente son la raíz de los disgustos de la virtud, tienen la propiedad de que quanto mas se las sujeta, se hacen mas dociles. Las mortificaciones sosiegan poco á poco el corazon, y nos dejan mucho menos que padecer en adelante; pero los disgustos del Mundo siempre son nuevos: como siempre hallan en nosotros las mismas pasiones, nos dejan siempre las mismas amarguras; los que preceden, solamente sirven de hacer mas insufribles los que se siguen; en una palabra, los disgustos del Mundo avivan nuestras pasiones, y de este modo aumentan nuestras penas; los de la virtud las reprimen, y de este modo establecen poco á poco la paz, y la tranquilidad en nuestras almas.

Finalmente; los disgustos del Mundo, son mas frequentes en los que le sirven con mas fidelidad; no los trata mejor por verlos mas aficionados à su servicio, y mas zelosos de sus abusos, y esperanzas: Al contrario, los corazones mas amantes del Mundo son regularmente los que hallan en él mas molestias, y amarguras, porque sienten con mas viveza sus olvidos, é injusticias. Su misma ansia es la raíz de todas sus inquie-

tu-

tudes; pero sirviendo á Dios, nada debemos temer sino nuestra tibieza; los disgustos de la virtud, regularmente no tienen otro principio mas que nuestra relajacion, y pereza; quanto mas se aumenta nuestra ansia por el Señor, mas se disminuyen los disgustos; quanto mas se aviva el zelo, mas se debilitan las repugnancias; quanto mayor es nuestra fidelidad en servirle, mas suavidad, y consuelo hallamos en su servicio; quando aflojamos es quando se nos hacen desagradables las obligaciones, quando se entibia nuestro fervor es quando añadimos nuevo peso al de su yugo; y si continúan nuestros disgustos, no obstante nuestra fidelidad, entonces debemos tenerlos por prueba, y no por castigo; esto no es negarnos los consuelos, sino proporcionarnos nuevo merito; no es cerrarnos Dios su corazon por haverse irritado, sino usar de su misericordia, purificando el nuestro; no es suspender sus gracias por hallarse disgustado de nosotros, sino manifestarse un Señor zeloso, que quiere hacer pruebas de nuestro amor; es remediar anticipadamente nuestras complacencias, y no despreciar nuestros respetos; solamente quiere asegurar la paz de nuestras penas, apartando de nosotros todo aquello que pudiera mezclar al hombre con Dios, á nosotros mismos con la gracia, á los socorros humanos con los del Cielo, y á las riquezas de la fé con los consuelos del amor propio. Esta, Catholicos, es la ultima verdad, con que voy á poner fin á este discurso; no solamente los disgustos de la virtud no son tan amargos como los del Mundo, sino que tienen tambien unos alivios, que no se hallan en estos.

IV. Reflexion. Dixe, Señores, que en los disgustos de la virtud, se hallan unos alivios que no tienen los del Mundo, porque aunque el Mundo hace heridas en el corazon, no nos provee de remedios para ellas; el Mundo tiene sus pesares, y no tiene con que consolarse de ellos; el Mundo está lleno de disgustos, y amarguras, pero no halla en ellas remedio alguno.

Pe-

Pero en la virtud no hay trabajo que no tenga su consuelo; y si se hallan en ella algunas repugnancias, y disgustos, tambien se hallan mil alivios, que los suavizan.

1. La paz del corazon, y el testimonio de la conciencia; ¿qué consuelo es el hallarse en paz consigo mismo; el no tener interiormente aquel importuno gusano que nos acompaña á todas partes; no verse despedazado con aquellos continuos remordimientos, que emponzoñan toda la suavidad de nuestra vida, y por ultimo verse libre del peso de la iniquidad? Es verdad, que los sentidos pueden padecer amarguras en la virtud, pero á lo menos el corazon está tranquilo.

2. La certidumbre de que no se pierden nuestros trabajos, que nuestros disgustos son para nosotros nuevos meritos, que nuestras repugnancias, al mismo tiempo que nos proporcionan nuevos sacrificios, nos aseguran un nuevo derecho á las promesas de la fé; que si la virtud nos costára menos trabajo, sería tambien menos apreciable á la vista de Dios; y que solamente nos hace tan dificil el camino para que nuestra corona sea mas brillante, y gloriosa.

3. La sumision á las ordenes de Dios, que tiene sus motivos para negarnos los consuelos sensibles de la virtud, cuya sabiduría nada hace que no tenga su causa fundada en nuestra propia utilidad, que mas consulta á nuestros intereses, que á nuestras inclinaciones, y que quiere llevarnos por un camino menos agradable, por ser para nosotros mas seguro.

4. Las gracias con que acompaña á nuestros disgustos, las que sostienen nuestra fé, al mismo tiempo que nuestras mortificaciones sujetan al amor propio; que confirman nuestro corazon en la verdad, al mismo tiempo que nuestros sentidos se disgustan de ella; que hacen que nuestro espiritu se halle pronto, y fervoroso, aunque la carne esté flaca, y enferma: De modo, que hace tanto mas solida nuestra virtud, quanto mas triste, y penosa nos parece.

Los

5. Los socorros exteriores de la piedad, que nos sirven de otros tantos nuevos alivios, en el estado de tristeza, y sequedad; los Mysterios santos en que el mismo Jesu-Christo, consolador de las almas fieles, viene á consolar nuestro corazon; las verdades de las Divinas Escrituras, que no prometiendo acá en la tierra sin tribulaciones, y lagrimas á los justos, sosiegan nuestros temores, haciendonos conocer que nuestros verdaderos placeres son los futuros, y que las penas que nos desalientan, en vez de hacernos desconfiar de nuestra virtud, deben hacer nuestra esperanza mas viva, y mas segura; finalmente, la leccion de las vidas de los Santos, los que vemos que han sido exercitados con los mismos disgustos, y con las mismas pruebas; que nosotros tenemos mucho menos motivo para quejarnos, quando otras almas mucho mas fieles, han tenido la misma suerte; que esta ha sido casi siempre la conducta de Dios para con sus siervos; y que si en esta vida podemos tener alguna prenda de su amor, es el que nos guie por el camino de sus Santos, y nos trate en la tierra como ha tratado á casi todos los justos.

6. La tranquilidad de la vida, y la uniformidad de las obligaciones, que han ocupado el lugar de las pasiones desenfrenadas, y han sucedido al tumulto de la vida mundana, que nos han proporcionado unos dias mucho mas felices, y apacibles, que los que haviamos pasado en los deleytes, y que aunque dejan todavia en nosotros alguna pena, á lo menos nos han formado un destino mas tranquilo, y sufrible.

7. La fé que nos acerca á la eternidad, que nos descubre la nada de las cosas de esta vida, que nos hace vér, que á un bolver de cabeza todo se ha de acabar, que estamos yá tocando el termino felíz, que toda la vida presente no es mas que un instante rápido, y que asi nuestras mortificaciones no pueden durar mucho tiempo; pero este corto instante de tribulacion nos asegura una eterni-

nidad gloriosa, é inmortal, que ha de durar tanto como el mismo Dios: ¡Qué consuelos estos para una alma fiel! ¡Qué desproporcion entre los trabajos de la virtud, y los de la culpa! Muchas veces, Catholicos, permite Dios, que vivamos entregados al Mundo por algun tiempo, para que conozcamos mejor esta diferencia; que nos abandonemos en los primeros años de nuestra edad, á los desordenes de las pasiones, para que llamandonos despues para sí, conozcamos por nuestra propia experiencia, quanto mas suave es su yugo que el del Mundo: Yo permitiré, dice en la Escritura santa, que mi Pueblo sirva por algun tiempo á las naciones; que se deje engañar de sus supersticiones profanas, y que sufra el yugo de los incircuncisos, para que sepa mejor distinguir mi servicio del de los Reyes de la tierra, y conozca quanto mas suave, y llevadero es mi yugo, que la servidumbre de los hombres: *Verumtamen servient ei, ut sciant distantiam servitutis meæ, & servitutis regni terrarum.* (a)

Felices las almas que no necesitan de esta experiencia para desengañarse, y á quienes no ha costado trabajo el conocer la vanidad del Mundo, y la triste suerte de los placeres, y de las pasiones injustas! ¡Ah! supuesto que por ultimo es preciso despreciarle, abandonarle, y desengañarse de él; supuesto que ha de llegar el dia, en que nos ha de parecer frivolo, molesto, é insufrible; en que no nos ha de quedar de estas necias alegrias mas que los crueles remordimientos á que vivimos entregados, la verguenza de haverlas seguido, los obstaculos para el bien, que havrán dejado en nuestro corazon, ¿por qué no hemos de precaver estos tristes pesares? ¿por qué no hemos de hacer oy lo que nosotros mismos conoce-

(a) 2. *Paralip.* 12. *v.* 8.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

mos que tenemos precision de hacer algun dia ? ¿Por qué hemos de esperar á que haya hecho el Mundo profundas heridas en nuestro corazon , para buscar despues los remedios que no podrán sanarnos , sino con mucho mas trabajo , y quando nos costará al doble el resarcir las pérdidas , que havremos padecido por nuestra desgracia?

En la realidad , nosotros no nos quejamos mas que de algunos leves disgustos que acompañan á la virtud; pero ay ! los primeros fieles que sacrificaban á las maximas del Evangelio sus bienes , su reputacion , su fortuna, y su vida ; que corrian á los suplicios para confesar á Jesu-Christo ; que pasaban sus dias en las cadenas , en las prisiones , en los oprobrios , y en los trabajos , y á los que tanto les costaba el servir á Jesu-Christo , se quejaban acaso de las amarguras de su servicio ? ¿le reconvenian de que hacia infelices á los que le servian ? No por cierto ; antes se gloriaban en sus tribulaciones ; preferian el oprobrio de Jesu-Christo á todos los vanos placeres del Mundo ; miraban con desprecio las ruedas , los fuegos, y los suplicios , consolandose con la bienaventurada esperanza , cantaban hymnos , y canticos en medio de los tormentos , y miraban como ganancia el perderlo todo por los intereses de su Señor. ¡Qué vida la de aquellos hombres desgraciados á los ojos de la carne ! Desterrados, perseguidos , y arrojados de su patria , no tenian mas asilo , que las cuevas , y cabernas ; en todas partes los miraban como á horrór del Universo ; se hacian execrables á sus amigos , á sus Conciudadanos , y á sus Parientes , pero se tenian por dichosos por ser siervos de Jesu-Christo ; creian que esto era comprar á poca costa la gloria de ser sus Discipulos , y el consuelo de poder aspirar á sus promesas : Y nosotros , Catholicos , en medio de tantas comodidades , rodeados de tanta abundancia , de tanta prosperidad , y de tanta gloria ; hallando acaso por desgracia nuestra en los aplausos del Mundo,

do, que no puede menos de estimar á los justos, la recompensa de nuestra virtud; en medio de nuestros parientes, y de nuestros amigos nos quejamos todavia de que es cosa dura servir á Jesu-Christo; murmuramos contra los disgustos, y leves amarguras que hallamos en la virtud; y casi vivimos persuadidos á que Dios pide demasiado á sus criaturas. ¡Ah! quando algun dia se comparen estos leves disgustos, que tanto ponderamos nosotros, con las cruces, las ruedas, los fuegos, y todos los suplicios de los Martyres, con las austeridades de los Anachoretas, con los ayunos, las lagrimas, y mortificaciones de los Santos penitentes, entonces nos avergonzaremos de hallarnos casi solos en la presencia de Jesu-Christo, de no haver padecido nada por él, de no havernos costado nada su Reyno, y de que llevando ante su Tribunal nosotros solos mas defectos que una infinidad de Santos juntos, no podemos con todo eso, aunque juntemos todas nuestras buenas obras, compararlas con una sola de sus mortificaciones.

Dejemos, pues, de quejarnos de Dios, quando su Magestad tiene tantas razones para quejarse de nosotros; sirvamosle del modo que quiere ser servido; si nos aligera el yugo, alabemos su bondad, que proporciona estos consuelos á nuestra flaqueza; si nos hace sentir su peso, tengamonos tambien por dichosos, de que á este precio se digne de aceptar nuestras obras, y respetos; recibamos de su mano igualmente los consuelos, y las penas, pues quanto nos viene de su Magestad, nos guia igualmente á él. Sepamos mantenernos igualmente, como el Apostol, en la pobreza, ó en la abundancia, con tal que seamos de Jesu-Christo: Lo principal no es el hallar gusto en servirle, sino el servirle con fidelidad. Porque, Catholicos, no obstante todos los disgustos, y repugnancias de la virtud, no hay otro verdadero placer, que el ser fieles á Dios, no hay otro consuelo sólido, mas que el estar unidos á su ley. No, dice el Sabio, mas vale sustentarse con pan de axen-

jos, y amarguras, temiendo á Dios, que vivir en su indignacion, en medio de los placeres, y alegrias profanas. ¿Qué alegria puede tener el que es enemigo de Dios? ¿Qué gusto puede experimentar el que no tiene en su corazon sino las inquietudes, y amarguras de la culpa? Solamente el temor de Dios, buelvo á decir con el Sabio, puede calmar nuestras molestias, suavizar nuestras tristezas, y hacernos hallar una especie de consuelo en conversar con nosotros mismos. *Et erit allocutio cogitationis, & tædij mei.* El es el que nos hace suave el retiro, y agradable la soledad de nuestras casas; el que nos hace gozar un suave consuelo, lejos del Mundo, y de sus diversiones: *Intrans in domum meam, conquiescam cum illa.* Hace que los dias pasen con brevedad, que se ocupen con gusto todos los momentos, y dejandonos mas desocupados, nos deja mucho menos tiempo de molestia, que la vida mundana: *Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tædium convictus illius.*

¡Gran Dios! ¡Quánto honor hace el Mundo á vuestro servicio! ¡Qué grande elogio del destino de los justos es la suerte de los pecadores! Como sabeis, ó Dios mio, sacar vuestra gloria, y alabanza de vuestros mismos enemigos! y que pocas escusas dejais á las almas que se apartan de Vos, pues haceis que sus mismos delitos sirvan de remedios, que los atraygan á la virtud, y os valeis de sus miserias para llamarlos á vuestras eternas misericordias. Amen.

SER-

SERMON
PARA EL JUEVES
DE LA SEMANA
DE PASION.

LA PECADORA DEL EVANGELIO.

Et ecce mulier, quæ erat in Civitate peccatrix, ut cognovit quod Jesus accubuisset in domo Pharisæi, attulit alabastrum unguenti, & stans retró secus pedes ejus, lachrymis cœpit rigare pedes ejus, & capillis capitis sui tergebat, & osculabatur pedes ejus, & unguento ungebat.

Al mismo tiempo una muger de la Ciudad, que era de mala vida, haviendo sabido que Jesu-Christo estaba comiendo en casa de un Phariseo, llevó allá un vaso de alabastro lleno de un azeyte oloroso, y poniendose detrás de él llorando, empezó á bañar sus pies con sus lagrimas, los enjugaba con sus cabellos, y los besaba, derramando sobre ellos el perfume. *Luc. 7. v. 47.*

POR unas lagrimas tan abundantes, por una confesion tan sincera, por un ministerio de tanto amor, y por unas acciones tan nuevas, y tan humildes, se conoce facilmente el dominio que sobre esta pecadora havian tenido las pasiones, y el prodigio, que en ella acaba de obrar la gracia. Mucho tiempo havia, que la Palestina la miraba co-

como verguenza, y escandalo de la Ciudad: *Mulier in civitate peccatrix*; y oy la vé la Casa del Phariseo como triunfo de la gracia, y modelo de penitencia: *Lachrymis cœpit rigare pedes ejus.* ¡O qué mutacion, y qué espectaculo!

Esta alma atada poco antes con las mas infames, é indisolubles cadenas, nada halla que la detenga, y corre sin dilacion á buscar á los pies de Jesu-Christo su salud, y libertad: Esta alma sepultada hasta entonces en los sentidos, y que solamente havia vivido para los deleytes, sacrifica en un instante los mas vivos encantos, y los mas tiernos amores. Esta alma finalmente, que hasta entonces no havia podido sufrir yugo alguno, y cuyo corazon nunca havia conocido mas regla que el desorden de sus inclinaciones, empieza su penitencia por las acciones mas humildes, y por las mas tristes sumisiones. ¡Qué admirables son ¡ó Dios mio! las obras de vuestra gracia! ¡Qué cerca tiene su remedio la mas desesperada miseria, quando llega á ser objeto de vuestras infinitas misericordias! ¡Qué cortos, y qué rapidos son los caminos por donde llevais á vuestros escogidos!

¿Pero de qué proviene, Catholicos, que unos exemplos tan grandes hagan en nosotros tan debil impresion? Proviene de dos preocupaciones, que aunque son muy opuestas en la apariencia, nacen de un mismo principio, y guian á un mismo error.

La primera; porque nos figuramos que la conversion del corazon que Dios nos pide no consiste mas que en cesar en los delitos, en apartarnos de ciertos desordenes excesivos, quando para que nos abstengamos de ellos basta el respeto humano solamente; y como la edad, las nuevas circunstancias, ó el tiempo solamente que ha mudado nuestras inclinaciones, nos ha puesto en este estado, no pasamos mas adelante; creemos que ya todo está concluido, y oimos la historia de las mas celebres conversiones que nos propone la Iglesia, como unas lecciones que no se dirigen á nosotros.

La

La segunda vá á dár en otro extremo ; nos figuramos la penitencia christiana, como un estado funesto, y por la desconfianza que produce en la humana flaqueza, parece una vida sin gusto, sin consuelo, llena de mil obligaciones insufribles para el corazon ; y acobardados con el engaño de esta triste imagen, nos mueven muy poco los exemplos de conversion, porque siempre nos hallan desanimados.

La conversion, pues, de nuestra pecadora confunde estas dos preocupaciones tan peligrosas para la salvacion. Primeramente, su penitencia no solo pone fin á sus desordenes, sino que tambien los expía, y repara. En segundo lugar, aunque es verdad que su penitencia empieza por sus lagrimas, y su dolor, causa tambien en ella nuevos placeres; con su penitencia restituye á Jesu-Christo quanto le havia quitado con sus desordenes, y en esto consiste su satisfaccion ; pero con Jesu-Christo halla en su penitencia la paz, y los consuelos que nunca havia gozado en sus extravíos, y en esto consisten sus placeres; la satisfaccion que dá, y los consuelos que recibe en su penitencia son toda la historia de su conversion, y el asunto de este discurso. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

EL oficio de la penitencia, dice San Agustin, es restablecer el buen orden en todas aquellas cosas en que el pecador havia vivido desordenado. Si no es universal, es falsa, porque el buen orden solamente resulta de la perfecta subordinacion de todos los deseos, y de todos los movimientos que se levantan en nuestros corazones; es necesario que cada cosa se halle en su lugar, para restablecer aquella divina harmonía que havia turbado el pecado ; y mientras se halle alguna cosa desordenada es en vano el trabajar para reparar lo restante ; levantais un edi-

fi-

ficio mal dispuesto, que siempre se arruina por algun lado, y en el que todo es confusion, y desorden.

Esta es la importante instruccion que oy nos dá aquella felíz pecadora, cuya conversion nos propone el Evangelio. Su pecado incluía en sí muchos desordenes: Primeramente, el uso injusto de su corazon, el que siempre havia tenido ocupado en las criaturas: En segundo lugar, un abuso culpable de todos los dones de la naturaleza, los que havia convertido en instrumentos de sus pasiones: En tercer lugar; una indigna sujecion de sus sentidos, los que siempre havia hecho servir á la liviandad, y á la ignominia; y finalmente, un universal escandalo en la publicidad de sus culpas; pero su penitencia repara todos estos desordenes; y asi todo se la perdona, porque no omite diligencia alguna en su arrepentimiento.

Digo primeramente, el injusto uso de su corazon. Sí, Catholicos, todo amor que no tiene mas objeto que la criatura infama á nuestro corazon. Es un engaño el amar por sí mismo á lo que no puede hacernos felices, ni perfectos, y por consiguiente, no nos puede dejar tranquilos, porque el amar es buscar nuestra felicidad en lo que amamos, es querer hallar en el objeto amado todo lo que falta á nuestro corazon, y es llamarle en socorro de aquel fatal vacío que sentimos dentro de nosotros mismos, pensando que él será capaz de llenarle, es mirarle como alivio de nuestras necesidades, como remedio de todos nuestros males, y autor de todos nuestros bienes; y como solamente en Dios podemos hallar todas estas utilidades, es desorden, y vileza de nuestro corazon el buscarlas en la criatura.

Y en la realidad, nosotros mismos conocemos bien la injusticia de este amor. Por mas excesivo que sea, presto descubrimos en las criaturas que no le inspiran unos defectos, y unas flaquezas que las hacen indignas de él; presto conocemos que son injustas, volubles, falsas, vanas, é inconstantes: Quanto mas las examinamos, mas

nos

nos decimos á nosotros mismos, que estaba engañado nuestro corazon, y que no era esto lo que buscaba; nuestra razon se averguenza interiormente de la flaqueza de nuestras inclinaciones; sufrimos con pesar nuestras cadenas, y nuestra pasion viene á ser nuestra molestia, y suplicio; pero aunque nos hallamos castigados con nuestro error, no por eso nos desengañamos; buscamos en la variedad el remedio de nuestra ilusion; andamos vagando de objeto en objeto, y si por ultimo nos fijamos en alguno, no es porque nos hallemos contentos con nuestra eleccion, sino por estár cansados de nuestra inconstancia.

Nuestra pecadora havia seguido el desorden de estos caminos; los injustos amores havian sido la causa de todas sus desgracias, y delitos, y aunque havia nacido para amar á solo Dios, Dios era el unico objeto á quien nunca havia amado. Pero apenas le conoció, dice el Evangelio, *ut cognovit*, quando avergonzandose de la indignidad de sus primeras pasiones, no halla otro objeto fuera de él, que sea digno de su corazon; todo la parece vacío, falso, y molesto en las criaturas; lejos de hallar en ellas aquellos antiguos encantos de que tanto trabajo havia costado á su corazon el libertarse, no vé en ellas mas que su nada, su peligro, y su vanidad; solamente el Señor la parece bueno, verdadero, fiel, constante en sus promesas, amable en sus disposiciones, magnifico en sus dones, real en su amor, benigno aún en su ira, solamente capaz de llenar toda la inmensidad de nuestro corazon, solamente poderoso para satisfacer todos nuestros deseos, solamente generoso para suavizar todas nuestras penas, solo inmortal, y digno de ser amado eternamente, y el unico de quien nunca nos podremos arrepentir de haver amado, sino por haver empezado tarde á amarle: *Dilexit multum*: Primera satisfaccion de su penitencia: su amor.

Y asi, Catholicos, el amor es el que hace verdaderos penitentes; porque la penitencia no es otra cosa mas

que la mudanza del corazon, y el corazon solamente se muda mudando de amor. La penitencia no consiste mas que en restablecerse en el hombre el buen orden, y el hombre solamente se halla bien ordenado, quando ama al Señor para quien fue hecho; la penitencia no es mas que una reconciliacion con Dios, pero esta reconciliacion será fingida siempre que no le entregueis el corazon; en una palabra, la penitencia alcanza la remision de los pecados, y estos solamente se perdonan á proporcion de nuestro amor. *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.*

Y asi no nos digais, Catholicos, quando os proponemos estos grandes exemplares, para animaros á que los sigais, que no os parece que haveis nacido para ser Santos, y que teneis un corazon, al que repugna todo lo que es virtud. ¿Es posible, amados oyentes mios, que no ha de haver sido hecho vuestro corazon para amar á su Dios? ¿No ha de haver sido hecho para el Criador que os le dió? ¿Puede el deseo de vuestro corazon ser mas que una inclinacion natural al autor de su sér? ¿Es posible, que haveis de haver nacido solamente para la vanidad, y la mentira? ¿No haveis de haver recibido un corazon tan grande, tan elevado, y al que no puede satisfacer cosa alguna de la tierra, sino para amar unos placeres que os cansan, unas criaturas que os engañan, unos honores que os importunan, y un Mundo que os molesta, y desagrada, y solamente Dios para quien fuisteis criados, y que es el autor de quanto sois, nada ha de hallar para sí en vuestro corazon? ¡Qué injustos sois para con vosotros mismos! No os conoceis, y asi juzgais que vuestros desordenes son vuestra natural inclinacion.

A la verdad, si no huvierais nacido para la virtud, ¡qué triste enigma sería vuestra suerte! ¿Pues para qué haveis nacido? Sois un abysmo de confusion entre los hombres: ¿Acaso solamente haveis nacido para estár llenos de remordimientos, y tristes inquietudes? ¿Os ha-

via de haver sacado de la nada el autor de nuestro ser, solamente para que fueseis infelices? ¿Solamente os havia de haver dado el corazon para buscar una felicidad que huye de vosotros, ó que verdaderamente no existe, ó para que seais molestos á vosotros mismos?

¡O hombre! abre los ojos, y examina el destino de tu corazon, y confesarás que esas pasiones, que tan grande repugnancia ponen en tí para la virtud, te son estrañas, y que no es ese el estado natural de tu corazon; que el autor de la naturaleza, y de la gracia, te ha formado un destino mas felíz; que naciste para el buen orden, para la rectitud, y para la inocencia; que has abusado de un natural felíz entregandole á unas pasiones injustas, y que si no naciste para la virtud, no sabemos para qué, y te haces incomprehensible aún á tí mismo.

Pero por otra parte, os engañais en mirar como inclinaciones irreconciliables con la virtud, aquella ansia por los placeres que nace con nosotros. Esta misma ansia será una disposicion favorable para la salvacion, luego que la gracia la haya santificado. Quanto mas viva inclinacion tengais al Mundo, y á sus falsos deleytes, mas tendreis despues al Señor, y á los bienes verdaderos; quanto mas amorosos, y afables seais para las criaturas, mas facilidad, y disposicion hallará la gracia en vuestros corazones; quanto mas sobervios, mas altivos, y mas ambiciosos hayais nacido, mas noblemente, y con menos temor servireis al Señor, sin respetos, ni ruindades; quanto mas faciles, ligeros, é inconstantes seais, mas facil os será desprenderos de vuestras conexiones culpables, y convertiros á vuestro Dios. Finalmente, si es licito decirlo asi, vuestras mismas pasiones os servirán de facilidades para vuestra penitencia; todo quanto sirvió de ocasion para perderos, hará la gracia que sirva de medio para salvaros: Vereis que el haver recibido un corazon tierno, fiel, y generoso, es haver nacido para la virtud, y que un corazon á quien han podido mover las criaturas, ofrece grandes diposiciones á la gracia.

Leed las historias que nos han quedado de los justos, y vereis que los que al principio se dejaron arrastrar de sus insensatas pasiones, que havian nacido con unos talentos propios para el Mundo, con las mas vivas inclinaciones á los deleytes, y mas distantes de la virtud, han sido en los que mayores maravillas ha obrado la gracia. Y sin hablar de la pecadora de nuestro Evangelio, los Agustinos, las Pelagias, las Fabiolas, aquellas almas mundanas, y distraídas, tan vivas en sus desordenes, tan poco á proposito, al parecer para la virtud, ¿qué progresos no hicieron despues en los caminos de Dios? ¿Qué otra cosa hallaron en sus primeras inclinaciones, sino los atractivos, por decirlo asi, para su penitencia? Quando el Señor quiere mudar el corazon, lo mismo que servia de principio á las pasiones, sirve tambien para las grandes virtudes. ¡Dios mio! Vos nos hicisteis para vos, y nuestras mismas flaquezas, en el orden incomprehensible de vuestra Providencia, y de vuestras misericordias para con los hombres, han de servir para nuestra santificacion eterna: De este modo reparó nuestra pecadora el mal uso que hasta entonces havia hecho de su corazon.

Pero en segundo lugar; el amor que tuvo á Jesu-Christo no fue uno de aquellos afectos vanos, y ociosos, que mas son inquietudes naturales de un corazon facil de enternecerse, que impresiones de la gracia, y que no producen mas efecto que hacer que vivamos satisfechos de nosotros mismos, y persuadirnos que nuestro corazon está mudado: Estos movimientos no prueban la verdad del amor, este solamente se prueba con los sacrificios.

Asi como el segundo desorden de su pecado fue el culpable, y casi universal abuso que havia hecho de todas las criaturas, la segunda satisfaccion de su penitencia consiste en el riguroso desprecio de todas aquellas cosas de que havia abusado en el tiempo de sus desordenes. Sus cabellos, sus perfumes, los dotes del cuerpo, y de la naturaleza, havian sido los instrumentos de sus placere, pu-es

nadie ignora, el mal uso que nos obliga á hacer de todos estos dotes una deplorable pasion, y por aqui mismo empieza su penitencia; abandona los perfumes, y aún los consagra á un santo ministerio: *Et unguento ungebat.* Desprecia sus cabellos, y solo se sirve de ellos para enjugar los pies de su libertador: *Et capillis capitis sui tergebat*: Olvida los cuidados del cuerpo, y de la hermosura, y se apagan sus ojos á fuerza de llorar: *Et lachrymis cœpit rigare pedes ejus.* Estos son los primeros sacrificios de su amor. No se contenta con abandonar unos cuidados manifiestamente pecaminosos, sino que tambien abandona aquellos que pudieran pasar por inocentes, y se persuade á que debe castigar el abuso que de ellos ha hecho, privandose de la libertad, que aún pudiera tener de usar de ellos.

A la verdad, quando el pecador abusa de las criaturas, pierde el derecho que á ellas tenia; debe privarse de todas aquellas cosas, que son permitidas á una alma inocente, por el mal uso que de ellas ha hecho; el pecado nos hace como anathemas para todas las criaturas, que nos rodean, y que el Señor havia destinado para nuestro uso; y asi hay algunas reglas para el alma infiel, que no están hechas para todos los demas hombres; el alma infiel no está comprehendida en el derecho comun, por decirlo asi, y nunca debe juzgar de sus obligaciones por las maximas generales, sino por las excepciones personales que la pertenecen.

Supuesto, pues, este principio, continuamente nos estais preguntando, ¿si es culpa grave usar de tal artificio en el adorno del cuerpo? ¿si están prohibidas ciertas diversiones públicas? No quiero que mi decision sea general para todos los hombres; pero os pregunto á vosotros, los que aún defendeis el partido de la inocencia, ¿os haveis valido algunas veces de esos cuidados, de esos placeres, y de esos artificios para fomento de las injustas pasiones? ¿No los haveis empleado algunas veces en corrom-

per

per los corazones, ó en mantener la corrupcion del vuestro? Acaso vuestra vida no havrá sido mas que un enlace fatal de pasiones, y miserias; acaso haveis abusado de todas las cosas que os rodean, y os haveis servido de ellas como de instrumentos de vuestros desarreglados deseos; acaso haveis ordenado todas las cosas á esa infelíz inclinacion de vuestro corazon; vuestras intenciones siempre se han estendido aún mas allá de vuestras desgracias; vuestra vista nunca ha sido sencilla, ni inocente, ni quisierais que respecto de vosotros lo fuese la de los demás; todos los cuidados que haveis tenido de vuestro cuerpo, han sido otros tantos delitos; y quando se trata de convertiros á Dios, y de reparar una vida llena de corrupcion, y de un total abandono, ¿quereis disputar á su Magestad unas vanidades, de que siempre haveis hecho un uso tan indigno? ¿Quereis defender la inocencia de mil abusos, que estarian prohibidos para vosotros, aún quando fueran permitidos á los demás hombres? Entrais en disputas, siempre que se os quieren prohibir las pompas pecaminosas del Mundo; quando los mas inocentes placeres, si es que hay algunos, os están yá prohibidos, y quando no debierais usar de mas adornos que la ceniza, y el cilicio? ¿Como podreis justificar unos cuidados, que son vuestra interior confusion, y que tantas veces os han hecho avergonzar en el sagrado Tribunal de la penitencia? ¿Debiera haver tanta necesidad de discursos, y disputas en un asunto en que para convenceros bastaria vuestra verguenza?

Por otra parte, la santa tristeza de la penitencia mira siempre con horrór lo que una vez ha sido para nosotros motivo de ruina; el alma arrepentida no examina, si puede usar de ello inocentemente; bastala el saber que mil veces ha servido de escollo á su inocencia. Todo lo que ha sido motivo de sus desgracias, la es tan odioso como sus desgracias mismas; detesta como á sus mismas pasiones todo aquello que las ha servido de fomen-

mento; tiene por pecaminoso todo lo que ha sido favorable á sus culpas; aún quando se la quisieran permitir todas estas cosas, atendiendo á su flaqueza, su zelo, y su compuncion, se pondrian de parte de la justicia de Dios contra la condescendencia de los hombres. No podria resolverse á permitirse unos abusos, que la harian á la memoria sus pasados desordenes; siempre temeria que los mismos pasos resucitasen en ella las primeras disposiciones, y que su corazon ocupado en los mismos cuidados, bolviese á ser el mismo; la sola imagen de sus pasadas infidelidades la turba, y asusta, y en vez de querer mantener en sí todavia las tristes reliquias, quisiera poder apartarse aún de aquellos lugares, y privarse de aquellas ocupaciones que la acuerdan su memoria; y á la verdad, ¿qué penitencia puede ser aquella, que aún nos deja amar lo que ha sido motivo de nuestros mayores delitos? ¿El que acaba de libertarse del naufragio, ¿podrá nunca huir suficientemente de los escollos en que poco antes havia perecido?

Finalmente; la verdadera penitencia nos hace hallar en todas partes materia para mil sacrificios invisibles. Asi como la sensualidad halla en todas las cosas motivo para mil injustas complacencias, la penitencia no se contenta con las mortificaciones indispensables, y precisas, sino que quanto lisongea á sus pasiones, quanto sirve de sustento á la vida de los sentidos, y todas las superfluidades, que solamente se ordenan á satisfacer al amor propio, todo esto la sirve de motivo para sus sacrificios, y en todas partes, como espada aguda, y dolorosa, hace divisiones, y separaciones amargas para el corazon, y corta hasta lo vivo todo lo que aún estaba algo unido á la corrupcion de nuestras inclinaciones. La gracia de la compuncion lleva desde luego á este punto á una alma arrepentida; la hace ingeniosa para castigarse á sí misma, y de tal modo, que todo la sirve para expiacion de sus delitos; las obligaciones, los cumplimientos, los honores,

las

as prosperidades, y las molestias de su estado, se mudan para ella en ocasion de merito; y aún sus mismos placeres son para ella actos de virtud, por la fé, y circunspeccion con que los acompaña.

Este es el divino secreto de la penitencia; acá en la tierra hace para el alma pecadora, como dice Tertuliano, las funciones de la justicia de Dios; y como esta divina justicia ha de castigar algun dia las culpas, privando al pecador eternamente de todas las criaturas de que él havia abusado, la penitencia previene este terrible juicio, imponiendose una rigurosa privacion de todas las cosas, y si la miserable condicion de la vida humana la precisa á usar de las cosas presentes, mas es para castigar, que para alhagar los sentidos, por la sobriedad, y rigor con que usa de ellas.

Fundados en este principio haveis de averiguar siempre la verdad de vuestra penitencia; en vano os parece haver salido de los desordenes de las mas abominables de las pasiones; si siempre necesitais del mismo fausto para contentar aquella natural inclinacion, que gusta de señalarse con una vana magnificencia; si usais de las mismas profusiones, por no tener valor para quitar al amor propio las superfluidades de que siempre haveis usado; si os aprovechais de los mismos encantos del Mundo, por no poder pasaros sin él; de las mismas proporciones de la fortuna, por querer siempre aventajaros á los demás; en una palabra, si no podeis desprenderos, ni separaros de nada, aún quando todas las aficiones, que aún conservais, no sean delitos manifiestos, vuestro corazon no es penitente; aunque parezcan diversas vuestras costumbres, vuestras inclinaciones son las mismas; parece que estais mudados, pero no estais convertidos. O que raros son, Catholicos, los verdaderos penitentes! ¡Quantas conversiones vemos vanas, y superficiales, y quantas almas mudas á la vista del Mundo se hallarán las mismas algun dia en la presencia de Dios!

Pe-

Pero no basta desprenderse de los atractivos de la culpa, es necesario tambien añadir las penosas satisfacciones con que se expian sus manchas. Por eso, en tercer lugar, la pecadora del Evangelio no se contenta con sacrificar sus perfumes, y sus cabellos á Jesu-Christo, sino que se postra á sus pies, los baña con un torrente de lagrimas, los enjuga, y los besa, y como el tercer desorden de su pecado havia sido la vergonzosa servidumbre de sus sentidos, empieza á reparar aquellas pecaminosas sensualidades con la humildad, y el disgusto de estos tristes ministerios.

Nueva instruccion; no basta quitar á las pasiones el cebo que las irrita, es necesario que los actos penosos de las virtudes, que las son mas contrarios, las repriman insensiblemente, y las vayan reduciendo á la obligacion, y á la regla; si gustais del juego, de los placeres, de las diversiones, y de todas aquellas cosas de que se compone la vida mundana, no basta el separar de estas diversiones, los excesos pecaminosos que en ellas puede haver: Si quereis que muera en vuestros corazones el amor del Mundo, es necesario que la oracion, el retiro, el silencio, y las obras de misericordia sucedan á esas costumbres distraidas, y no debeis contentaros con huir de los deleytes del Mundo, sino que tambien debeis huir del mismo Mundo: Si haveis fortificado el imperio de las pasiones, y de la carne, abandonandoos á las ignominiosas pasiones, es preciso que los ayunos, las asperezas, las vigilias, y el yugo de la mortificacion apague poco á poco esas llamas impuras, refrene esas inclinaciones, que se han puesto indomitas con el largo uso de la liviandad, y no solamente os separe de la culpa, sino que arranque, por decirlo asi, su raíz de vuestro corazon, porque si omitis estas precauciones, bolvereis á ser infelices; aquellas antiguas amistades, de que os havreis separado, sin haverlas abandonado absolutamente, ni desarraigado de

vuestros corazones con la mortificacion , aumentarán vuestras pasiones , y las harán mas violentas , y furiosas por haverlas detenido , y suspendido , sin haverlas combatido , y debilitado ; os harán padecer unas inquietudes , y unas borrascas , que nunca haviais experimentado aún en la culpa ; cada instante os vereis á pique de naufragar ; no gozareis de paz en esta nueva vida ; os hallareis mas debiles , mas inquietos , mas deseosos de los deleytes, mas dispuestos à caer , y mas disgustados de Dios con esta penitencia imperfecta , de lo que estabais antes en el mismo desorden ; todo os servirá de escollo ; sereis para vosotros mismos una continua tentacion ; os admirareis de hallaros con mas repugnancia que antes à las obligaciones. Y como es dificil mantenerse mucho tiempo solo contra sí mismo , os disgustareis presto de una virtud , que tanto os cuesta : y por no haver querido ser mas que un penitente tranquilo , y sin fervor, sereis unos penitentes infelices , sin consuelo , sin paz, y por consiguiente sin perseverancia. El multiplicar , y aumentar los sacrificios en la virtud , es abreviar las penas ; todo lo que se concede á las pasiones , mas es inquietud , y disgusto , que alivio de nuestra penitencia.

Finalmente , el ultimo desorden , de que estuvo acompañado el pecado de la muger de nuestro Evangelio fue un escandalo público en su modo de vida ; el escandalo de la ley , que se hallaba deshonrada en el espiritu de los Romanos , y de otros muchos Gentiles que havia en Palestina , y que siendo testigos de los desordenes de nuestra pecadora , sin duda tomaban de ellos ocasion para blasfemar el nombre del Señor , despreciar su santa ley, confirmarse en sus impías supersticiones , y tener la esperanza de Israél , y las maravillas de Dios , que se refieren en los libros santos , por ficciones inventadas para entretener á un Pueblo credulo.

Escandalo de lugar ; sus desordenes havian sido públicos , y ruidosos en el Pueblo ; esto es , en la Ciudad

dad principal, desde donde la fama de semejantes sucesos, se esparcia muy presto por toda Judéa.

Pues ved, Señores, como repara estos escandalos con su penitencia: El escandalo de la ley, renunciando las tradiciones supersticiosas de los Phariseos, que havian alterado los preceptos, y confesando á Jesu-Christo, que era el fin, y el cumplimiento de la misma ley. Porque muchas veces despues que hemos deshonrado la Religion en el espiritu de los impíos, con nuestros excesos, y escandalos, la deshonramos tambien con nuestra virtud: Nos proponemos un methodo de devocion absolutamente mundano, superficial, y Pharisaico; nos hacemos supersticiosos, sin hacernos penitentes; reemplazamos los abusos del Mundo con los abusos de la devocion; no reparamos el escandalo de nuestros desordenes, sino con el de una piedad sensual; y hacemos mas agravio á la virtud con las flaquezas, é ilusiones que mezclamos en ella, que con los excesos declarados, y manifiestos. De este modo los impíos se confirman mas en el desorden, y se apartan mas lejos de la conversion con el mal exemplo de nuestra falsa penitencia, que lo que antes se havian apartado con el de nuestros vicios.

Finalmente, el escandalo de lugar: La misma Ciudad, que havia sido theatro de su confusion, y de sus delitos, lo es de su penitencia. No và á explicar su dolor, y á derramar sus lagrimas á los lugares apartados: No busca á Jesu-Christo, valiendose de las tinieblas de la noche como Nicodemus, ò en las aldeas pequeñas distantes de la Ciudad, para ocultar al público los primeros pasos de su conversion; entra en casa del Phariseo, à vista de aquella gran Ciudad que havia escandalizado con su mala vida, y no teme tener por testigos de su penitencia á los que lo havian sido de sus delitos: Porque muchas veces en el estado de la virtud tememos las conversaciones del Mundo, siendo asi,

que las haviamos, despreciado, quando viviamos en el desorden; la vista del público, que no nos causaba respeto en nuestras culpas, nos le causa en nuestra penitencia: Nuestros vicios se manifestaban sin recelo, y nuestra virtud se oculta, y se averguenza: No nos atrevemos á declararnos abiertamente por Jesu-Christo: Nos avergonzamos de parecer distintos de nosotros mismos, y despues de havernos gloriado de la culpa, como de una virtud, nos avergonzamos de la virtud como de un escandalo.

Nuestra felíz pecadora no havia sido timida en el mal, pero tampoco lo es en el bien, sufre con una santa insensibilidad las reconvenciones del Phariseo, que en presencia de todos los convidados la dá en rostro con la infamia de sus pasadas costumbres; porque el Mundo, figurado en este Phariseo, se divierte neciamente en publicar los pasados desordenes de aquellas personas que se hallan movidas de la gracia.

En vez de edificarse con sus actuales virtudes, no cesan de hablar de su mala vida pasada; procuran minorar su merito, renovando la memoria de sus desordenes; parece que los excesos que lloran, autorizan los que nosotros amamos, y en los que aún vivimos, y que supuesto que estos penitentes se arrepienten sinceramente de haver sido pecadores, nos es mas licito á nosotros serlo: De este modo, ¡ó Dios mio! todo coopera á nuestra perdicion, y en vez de bendecir las riquezas de vuestras misericordias, quando sacais del camino de la perdicion á unas almas mundanas, y disolutas, y movernos con estos grandes exemplos á recurir á vuestra clemencia, que tan dispuesta está á recibir al pecador, que se arrepiente, siendo insensibles á su penitencia, solamente pensamos en acordarnos de sus desordenes, como diciendonos á nosotros, que no tenemos que temer aunque permanezcamos en la culpa; que algun dia nos convertiremos, y que haviendo estado aquella alma arre-

pen-

pentida, mas entregada aún que nosotros á las insensatas pasiones, no debemos desconfiar de salir algun dia de este mal estado como ella. ¡O qué estraña ceguedad es en los hombres, el hallar motivos para sus excesos, aún en los mismos exemplos de la penitencia! Estas fueron las satisfacciones de nuestra pecadora; pero no solamente es error el figurarse que la mudanza de vida consiste puramente en abandonar las primeras costumbres sin añadir á esto las expiaciones con que se reparan, sino que tambien lo es, y no menos peligroso, el mirar estas expiaciones como un estasto-triste, infelíz, y de desesperacion, y asi despues de haver hablado de las satisfacciones de su penitencia, es preciso exponeros sus consuelos.

SEGUNDA PARTE.

VEnid á mí, dice Jesu-Christo, los que os hallais cansados en los caminos de la iniquidad, venid á experimentar las dulzuras, y consuelos de mi yugo, y en él hallareis la paz, y el descanso que vuestras almas, tiranizadas bajo la servidumbre de las pasiones tanto tiempo ha que buscan en vano. *Et invenietis requiem animabus vestris.*

Esta promesa dirigida á todas las almas pecadoras, infelices siempre en el desorden, halla oy su cumplimiento en la pecadora de nuestro Evangelio. Todo quanto la havia servido de inagotable principio de inquietud en sus excesos, se convierte en un fecundo manantial de consuelos en su penitencia, y es felíz con Jesu-Christo, por los mismos caminos que havian sido el motivo de todas sus desgracias en la culpa.

Sí, Catholicos, un amor ilicito havia sido su primer pecado, y la raíz de todas sus desgracias; y el primer consuelo de su penitencia, es un amor santo á Jesu-Christo, por la diferencia que hay entre el amor divino, y nuevo, y el amor profano, que hasta entonces havia ocupado su co-

corazon. Esta diferencia consiste en el objeto, en las acciones, y en la correspondencia.

En el objeto: el desorden de su corazon la havia aficionado á unos hombres corrompidos, inconstantes, perfidos, mas disolutos que amigos verdaderos; mas cuidadosos de satisfacer sus desordenadas pasiones, que de hacerla felíz; á unos hombres, en quienes es lo mismo quedar satisfecha la pasion, que empezar á despreciar; á unos hombres, que como Amnón, miran como vil, y aborrecible al desgraciado objeto de su amor, luego que han alcanzado de él quanto deseaban; á unos hombres cuyas flaquezas, artificios, excesos, y defectos conocia; que sentia interiormente no ser merecedores de su corazon, y á los que solamente vivia aficionada mas por la desgraciada inclinacion de sus pasiones, que por eleccion libre de la razon; finalmente, á unos hombres, que todavia no havian podido fijar la ligereza, é inconstancia de su corazon. Su penitencia la une á Jesu-Christo, modelo de todas las virtudes, fuente de todas las gracias, y principio de todas las luces; quanto mas le examina, mas grandeza, y santidad descubre en él; quanto mas le ama, mas digno le parece de ser amado; á Jesu-Christo, amigo fiel, desinteresado, inmortal, á quien solamente mueven sus intereses eternos, que vino á sacrificar su vida por asegurarla una felicidad inmortal, que la distinguió de todas las mugeres de Judá, con una abundancia de misericordia, quando ella mas se señalaba con los excesos de sus miserias; que nada espera de ella, y que quiere darla mas de lo que ella misma puede esperar; finalmente á Jesu-Christo, que ha dado la tranquilidad á su corazon purificandole, que ha fijado la inconstancia, y multitud de sus deseos; que ha llenado toda la extension de su amor; que la ha dado la paz que nunca havian podido darla las criaturas.

¡O alma mia! ¡Hasta quando no has de amar en las criaturas sino tus inquietudes, y penas! ¡Te costaría acaso mas trabajo el romper tus cadenas, de lo que te cuesta el

su-

sufrirlas! ¡Te han de ser mas insufribles la virtud, y la inocencia que las infames pasiones que te tiranizan, y despedazan! ¡Ah! Todo te será mas suave que las tristes inquietudes que te hacen tan infelíz en la culpa. Esta es la diferencia en el objeto de su amor.

En las acciones: El exceso de la pasion la havia obligado á executar mil acciones contrarias á su gusto, á su honor, y á su prudencia; á sacrificar á los hombres su sosiego, sus inclinaciones, su honór, y su libertad, á unas condescendencias infames, á unas sumisiones molestas, á unos sacrificios públicos que las mas veces no tienen otra recompensa que el derecho que con ellos adquieren los hombres á pedir otros nuevos; á tanto exceso llega la ingratitud de los hombres; quanto mas dueños los haceis de vuestro corazon, mas tiranos se hacen de él; el exceso de amor que los manifestais, disminuye siempre para con ellos el merito, y os castigan el ansia, y la verguenza de vuestros excesos amorosos, tomando ocasion de ellos mismos, para dejar entibiar su reconocimiento.

Estas fueron las ingratitudes que experimentó nuestra pecadora en los caminos de las pasiones; pero en su penitencia todo se cuenta á su favor; los mas leves pasos que dá por Jesu-Christo, son atendidos, alabados, y defendidos por el mismo Jesu-Christo; aunque el Phariseo intente disminuir su merito (porque el Mundo solamente cuida de minorar el precio de las virtudes de los justos) el Salvador toma por su cuenta la defensa; ¿ves esa muger, le dice? *¿Vides hanc mulierem?* Como si quisiera decirle; ¿conoces bien el merito de los sacrificios que me ofrece, y hasta donde llega la fuerza, y el exceso de su amor? *No ha cesado de bañar mis pies con sus lagrimas, de enjugarlos con sus cabellos, de perfumarlos, y besarlos.* Todo lo cuenta, todo lo advierte, hasta un suspiro, una lagrima, y un simple movimiento del corazon; con él no se pierde cosa alguna de

quan-

quanto por él se hace; nada se oculta á la fidelidad de su vista, ó á la fineza de su corazon; el que le sirve puede estár seguro de que sirve á un Dueño muy agradecido; dá estimacion aún á los mas cortos sacrificios, *¿Vides hanc mulierem?* ¿Ves esa muger? Parece que quisiera que todos los hombres la mirasen con los mismos ojos que él, que todos los hombres fuesen unos apreciadores equitativos de su amor, y de sus lagrimas como él: *¿Vides hanc mulierem?* Ya no vé sus desordenes, olvida una vida llena de disoluciones, y culpas, y no vé mas que su arrepentimiento, y sus lagrimas.

Qué consuelo es para una alma que se convierte á Dios el poder decirse á sí misma; yo no havia vivido hasta ahora sino para la mentira, y para la vanidad; mis dias, mis años, mis cuidados, mis inquietudes, mis penas, hasta ahora todo ha sido perdido, y no subsiste, ni aún en la memoria de los hombres, para quienes solamente he vivido, y á quienes todo lo he sacrificado; mi buena fé, mis ansias, y mis cuidados, nunca han tenido otra recompensa que ingratitudes; pero quanto haga en adelante por Jesu-Christo, todo será apreciado; mis penas, mis mortificaciones, los mas leves sacrificios de mi corazon, mis suspiros, mis lagrimas, las que tantas veces havia derramado en vano por las criaturas, todo esto se escribirá con caracteres inmortales en el libro de la vida; todo esto permanecerá eternamente en la memoria de aquel fiel Señor á quien sirvo; todas mis obras, aunque mi flaqueza, y corrupcion mezclen con ellas algunos defectos, serán escusadas, y aún purificadas por la gracia de mi libertador; él coronará sus dones recompensando mis flacos meritos; ya solamente vivo para la eternidad, ya no trabajo en vano, mis dias son reales, y verdaderos, y ya no es sueño mi vida. ¡Ah Catholicos! ¡Qué gran ganancia es la virtud, y quantos motivos tiene una alma que se convierte á Jesu-Christo para consolarse en la perdida de las criaturas que le sacrifica!

La

La ultima diferencia consiste en lo seguro de la correspondencia. El amor que nuestra felíz pecadora havia tenido á las criaturas siempre havia estado acampañado de las mas crueles incertidumbres: Siempre tenemos dudas de si somos correspondidos en nuestro amor; somos ingeniosos para hacernos desgraciados, y para formarnos á nosotros mismos temores, sospechas, y zelos; quanto mas sincero es nuestro proceder, mas tenemos que sufrir; somos martyres de nuestras propias desconfianzas. Bien lo sabeis, Catholicos, y á mí no me es decente hablar aqui en el estilo de vuestras insensatas pasiones.

Pero mudando de amor es muy distinta nuestra suerte: Apenas empezó nuestra pecadora á amar á Jesu-Christo, quando ya tuvo señales ciertas de que era correspondida; oye salir de su divina boca la favorable sentencia que al mismo tiempo que la perdona sus pecados, la asegura de la bondad, y del amor del que se los perdona. *Remittuntur ei peccata multa.* No solamente olvida sus desordenes, sino que quiere que ella misma quede asegurada de que están olvidados, perdonados, y borrados; quiere precaver todas sus dudas, no deja lugar á las desconfianzas, é incertidumbres, y no puede dudar del amor de Jesu-Christo, sin dudar de la verdad de su poder, y de la fidelidad de sus promesas.

Pues este, Catholicos, es el estado de una alma verdaderamente arrepentida al salir del Tribunal de la Penitencia, en donde Jesu-Christo por el ministerio del Sacerdote acaba de perdonarla las culpas que ha borrado con su amor, y sus lagrimas; no obstante la incertidumbre que tiene de sí es digna de amor, ó aborrecimiento, la que es inseparable del estado de esta vida presente, una paz interior la dá testimonio en lo intimo de su alma de que habita en ella Jesu-Christo; experimenta un consuelo, y una alegria en lo intimo de su conciencia, que no puede menos de ser efecto de su justificacion; no quiero decir que sus antiguas infidelidades no dejen en ella

algunos sustos, y dudas, y que algunas veces vivamente penetrada del horror de sus desordenes, y de la severidad de los juicios de Dios, no la parezca que tiene motivo para desconfiar; pero el mismo Jesu-Christo, que es quien excita estas borrascas en lo intimo de su corazon, acude prontamente á sosegarlas; su voz la dice interiormente, como en otro tiempo al Principe de los Apostoles, quando caminaba asustado sobre las olas: *Alma de poca fè ¿por què dudas? ¿Modicæ fidei quare dubitasti?* (a) ¿No te he dado bastantes señales de mi proteccion, y del amor que te tengo? Acuerdate de lo mucho que he hecho por sacarte de los caminos del desorden; yo no busco con tanto cuidado á las ovejas que no amo; no las traygo desde tan lejos para dejarlas perecer á mi vista; no desconfies, pues, de mi bondad; teme solamente tu tibieza, é inconstancia. Primer consuelo de su penitencia: la diferencia de su amor.

El segundo es el sacrificio de sus pasiones; pone á los pies de Jesu-Christo sus perfumes, sus cabellos, todos los lazos de su corazon, todos los deplorables instrumentos de sus vanidades, y delitos; y no os parezca, Señores, que en esto sacrifica sus placeres, lo que sí sacrifica son sus inquietudes, y penas.

Por mas que digais, que la felicidad de los que viven entregados á las pasiones, consiste en los cuidados que estas excitan, este es un estilo de que se precia el Mundo, pero se halla desmentido por la experiencia. ¡Qué suplicio no es para una alma mundana que gusta de agradar, el penoso cuidado que tiene de una hermosura que todos los dias se vá borrando, y acabando! ¡Qué diligencias no hace, qué molestias no padece! Necesita hacerse violencia á sì misma, y sus inclinaciones, privarse de las diversiones,

y

(a) *Matth.* 14. *v.* 31.

y vencer su pereza; ¡qué furor no siente dentro de sí, quando vé que estos cuidados han sido inutiles, y advierte en otras hermosuras, encantos mas felices, que se llevan tras sí todas las atenciones! ¡Qué tiranía la de las modas! Con todo eso, tiene precision de sujetarse á ellas á pesar de otros cuidados que se las impiden, á pesar de un esposo que lo reprueba, de el Mercader que murmura, y que acaso hace que cueste muy cara la tardanza, y dilacion de las pagas. Quiero pasar en silencio los cuidados de la ambicion; ¡qué vida la que se pasa enteramente en medidas, proyectos, temores, esperanzas, sustos, envidias, sumisiones, y rendimientos indignos! Tampoco quiero hablar de los sobresaltos, que acompañan al exceso de una pasion amorosa; ¡qué temores de que esta se descubra! ¡qué medidas no hay que tomar para conservar el honór, y buena fama! ¡De quantas personas hay que guardarse! ¡Qué diligencias no hay que hacer para engañar la vigilancia de los interesados! ¡Qué peligros no hay que temer de parte de la fidelidad de aquellas personas que se escogen para ministros, y confidentes de la pasion! ¡Qué desayres qué sufrir, acaso de parte del mismo sujeto á quien se sacrifica el honór, y la libertad, de los que es imposible quejarse! Añadid á todo esto aquellos crueles momentos en que estando menos viva la pasion, nos deja lugar desembarazado para pensar en nosotros mismos, y conocer la infelicidad de nuestro estado; aquellos momentos en que nuestro corazon, que fue criado para gozar de mas solidos placeres, se cansa de sus propios idolos, y halla su suplicio en sus disgustos, y en su propia inconstancia. ¡Mundo profano, si esta es la felicidad que tanto nos ponderas, favorece con ella á tus adoradores, y esa felicidad que les concedes les sirva para castigo de la ligereza con que han dado credito á tus promesas!

Esto es lo que nuestra pecadora pone á los pies de Jesu-Christo; sus lazos, sus inquietudes, su esclavitud,

los instrumentos de sus aparentes placeres, y la verdadera raíz de todas sus penas. Pues aún quando no se hallára otro consuelo en la virtud, ¿no sería suficiente el verse libre de las mas vivas inquietudes de las pasiones? ¿El no tener pendiente nuestra felicidad de la inconstancia, perfidia, é injusticia de las criaturas? ¿El ser superior á los sucesos, hallar en nuestro corazon quanto necesitamos para ser felices, y conocer, por decirlo asi, que él basta para sí mismo? ¿Qué se pierde en sacrificar unos cuidados tristes, y crueles para hallar en recompensa la paz, y la alegria? ¿No es ganarlo todo, como dice el Apostol, el perderlo todo por Jesu-Christo? Tu fé te ha salvado, dice el Señor á la pecadora, vé en paz: *Vade in pace*: este es el thesoro que se la dá por las pasiones que sacrifica; esta la recompensa, y consuelo de sus lagrimas, y arrepentimiento, la paz del corazon que no havia podido hallar, y que el Mundo nunca la havia dado. Insensatos, dice un Profeta, ¡ay de vosotros que llevais arrastrando el peso de vuestras pasiones, como lleva el buey, quando trabaja, las coyundas del yugo que le sujeta, y caminais á vuestra perdicion por las mismas sendas de las molestias de la servidumbre, y de las violencias! *Væ qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis, & quasi vinculum plaustri peccatum.* (a)

Finalmente su culpa la havia hecho infame para con los hombres; todos miraban con desprecio la indignidad, y oprobrio de su modo de vida; vivia degradada de todos los derechos que dá la buena fama, y una vida irreprehensible, y aún se admira el Phariseo de que Jesu-Christo la sufra á sus pies.

Porque el mismo Mundo, que autoriza todo lo que guia al desorden, siempre cubre de ignominia los excesos;

(a) *Isai. 5. v. 18.*

sos; aprueba, y justifica las maximas, las modas, los placeres que corrompen el corazon, y con todo eso quiere que se concilien la inocencia, y regularidad de costumbres con su corrupcion; inspira todas las pasiones, y desaprueba sus resultas; quiere que cuideis de agradar, y luego que lo haveis conseguido, os desprecia; sus theatros lascivos resuenan con los infames elogios que en ellos se hacen al amor profano, y sus conversaciones no son mas que satyras sangrientas contra los que se dejan arrastrar de esta infeliz inclinacion; alaba las gracias, los atractivos, los talentos desgraciados que encienden las llamas impuras, y os cubre de una perpetua ignominia, luego que os vé abrasados en ellas. ¡Qué desgracia el haver de mantener en un Mundo que aún amamos, y sin el que no podemos vivir, las tristes reliquias de una reputacion, ó perdida, ó mal asegurada, y haver de presentar en todas partes con nosotros mismos la memoria, ó las sospechas de nuestros delitos!

Estas havian sido las amarguras, y oprobrios que acompañaron las pasiones, y desordenes de nuestra pecadora, pero su penitencia la restituye mas honor, y fama que la havian quitado sus delitos: Esta pecadora tan despreciada en el Mundo halla en Jesu-Christo un defensor que la admira; esta pecadora, de quien antes nadie hablaba sin avergonzarse, es alabada aún en aquellas prendas mas famosas segun el Mundo, pues alaban la bondad de su corazon, la generosidad de sus pensamientos, y la fidelidad de su santo amor: Esta pecadora, que nadie se atrevia á comparar sino con ella misma, y de cuyo escandalo no havia exemplo en la Ciudad, es mas atendida que el Phariseo; la verdad, y sinceridad de su fé, de su compuncion, y de su amor merece desde luego ser preferida á una virtud superficial, y Pharisaica. Finalmente, esta pecadora, cuyo nombre se calla como indigno de ser pronunciado, y que solamen-

mente se dá á conocer por sus delitos, sirve de honor á Jesu-Christo, de alabanza á la gracia, y de gloria al Evangelio. ¡O admirable poder de la virtud!

Sí Catholicos; la virtud nos presenta oy un espectaculo digno de Dios, de los Angeles, y de los hombres; reſtablece la fama perdida, nos hace recuperar acá en la tierra, los derechos, y honores de que eſtabamos privados, borra las manchas que huviera hecho inmortales la malicia de los hombres, nos une á los siervos de Jesu-Chriſto, y á la sociedad de los juſtos, de la que antes no eramos dignos; y aún hace que se adviertan en nosotros mil prendas apreciables, que havia como borrado el desorden de las pasiones; es mayor la gloria que nos adquiere, que el desprecio, é infamia que nos haviamos merecido con nueſtras pasadas costumbres; mientras Jonás se mantuvo infiel, fue anathema del Cielo, y de la tierra; los mismos idólatras se vieron precisados á separarle de su compañia, y á arrojarle como á hijo de infamia, y maldicion, y solamente pudo hallar asilo, y ocultar su confusion, y su oprobrio en el vientre de un monſtruo; pero apenas se arrepintió, apenas imploró las eternas misericordias del Dios de sus padres, quando se hizo la admiracion de la sobervia Ninive; los Grandes, y el Pueblo le tributaban unos respetos inauditos haſta entonces; y el mismo Principe, venerando su virtud, baja del trono, y se cubre de cilicio, y ceniza, para obedecer al hombre de Dios; las pasiones que el Mundo alaba, ó inspira, nos hicieron despreciables, la virtud que el Mundo censura, y combate, nos grangea sus respetos.

¿Pues en qué consiſte, amados oyentes mios, que no pongais fin á vueſtra infamia, y à vueſtras inquietudes con vueſtros delitos? ¿Os asuſtan las satisfacciones de la penitencia? Pues quanto mas la dilateis, mas crecen eſtas, mas deudas acumulais, mas rigores preparais à vueſtra flaqueza; si oy os desalienta la satisfaccion,

cion, ¿qué será quando haviendose multiplicado infinitamente vuestros delitos, casi no haya penas suficientes con que expiarlos? Entonces os precipitarán en la desesperacion; tomareis el funesto partido de sacudir el yugo, y de no contar con vuestra salvacion; formareis maximas para vivir sosegados en el libertinage, y mirareis como inutil una penitencia, que entonces tendreis por imposible. Quando los embarazos de la conciencia llegan á cierto punto, nos sirve de consuelo el persuadirnos que no hay remedio; miramos con indiferencia las verdades, quando nos hallamos muy distantes de lo que nos prescriben; quando nos parece que no podemos hallar remedio en la fé, le buscamos en la incredulidad; quando este Chaos llega á ser inexplicable, inmediatamente inferimos que todo es incierto; y por otra parte; ¿qué rigor, ni qué tristeza puede hallarse en unas satisfacciones, cuyo merito consiste principalmente en el amor?

¡Alma infiel! ¿temes no poder sufrir la santa tristeza de la penitencia, haviendo podido sufrir hasta ahora la interior tristeza de la culpa? ¿La virtud te ha de parecer una insufrible molestia, quando ha tanto tiempo que estás sufriendo el enojo de una conciencia despedazada, que no puede alegrarse con placer alguno? Supuesto que hasta ahora has podido sufrir las secretas inquietudes, las amarguras, los disgustos, y las tristes molestias del desorden, no temas las de la virtud. En las penas, é inquietudes inseparables de la culpa, puedes haver aprendido á sufrir las que acaso se hallan en la virtud, y mas quando la gracia suaviza, y hace amables las violencias de la piedad, siendo asi que las de la culpa no tienen mas consuelo, que la amargura del mismo delito.

¡Dios mio! ¿Es posible que yo haya andado extraviado tanto tiempo por unos caminos tristes, y penosos, bajo la tyranía del Mundo, y de las pasiones, y que no he de poder vivir con vos, bajo el tierno amor de vuestra vista, bajo las alas de vuestra misericordia, y bajo

la

la proteccion de vuestro brazo? ¿Haveis de ser vos un dueño cruel? El Mundo que no os conoce, juzga que haceis desgraciados á los que os sirven, pero nosotros bien sabemos, que sois el mejor dueño, el padre mas amoroso, el amigo mas fiel, el bienhechor mas magnifico, y que anticipais con los infinitos consuelos interiores, con que favoreceis acá en la tierra á vuestros siervos, la eterna felicidad que los haveis preparado. Amen.

NOTA.

No se pone aqui el Sermon para el Viernes de esta Semana; en los manuscritos del Ilustrisimo Señor Masillon se halla para este dia un Sermon acerca del Mysterio de la Encarnacion, y este me ha parecido mas conveniente colocarle en el tomo de los Mysterios, que es el segundo de esta obra.

Despues del Sermon siguiente se halla otro punto de un Sermon, que trata de la enorme culpa de las comuniones indignas. El Autor compuso primero su primer punto, pero haviendole parecido despues que el segundo, en que se trata de las disposiciones necesarias para comulgar dignamente, pedia ser tratado con mas estension, hizo un Sermon entero, y dejo lo que havia escrito acerca de las comuniones indignas. El público, despues de haver leído este fragmento, verá que le huviera hecho un grande agravio en suprimirle, pero será muy util leerle antes del Sermon siguiente.

SER-

SERMON
PARA EL DOMINGO
DE RAMOS.
SOBRE LA COMUNION.

Dicite filiæ Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.

Decid á la hija de Sion: mira á tu Rey que viene á tí lleno de mansedumbre. *Matth.* 21. *v.* 5.

OS oraculos de los Profetas, las apariciones del Señor á los Patriarcas, los sacrificios, y las oblaciones de la ley, sus signos, y sus figuras, anunciaban muchos siglos antes á la infiel Jerusalen, que su Salvador, y su Rey no havia de tardar en visitarla, y manifestarse á su vista. El mismo Precursor, aquel Angel del desierto, anunciado en Isaías se havia yá dejado vér en las riberas del Jordan, para disponer los caminos al Rey de la gloria, y decir á su Pueblo: *Vedle aqui*: Y Jerusalen no tenia escusa, si no le conocia, y si le recibia indignamente en su propio Reyno.

Con todo eso, esta venida tan felíz, deseada de tantos justos, esperada por tantos siglos; anunciada con tantos preparativos, y que prometia unos bienes tan grandes á los hombres, en vez de hacer renacer la alegria en aquella ingrata Ciudad, y acordarla sus antiguos dias de gloria, y de magnificencia, la pone en una universal inquietud, y en un público susto: *Commota est universa Civitas.* (a) Toda Jerusalen se conmueve al entrar oy triunfante en ella el Hijo de David. Los Sacerdotes, y los Phariseos, testigos de las aclamaciones, y canticos de alegria de la plebe, y de algunos Judios espirituales, y fieles, se hallan agitados de diversos movimientos de temor, de inquietud, de envidia, y de tristeza; se esparce entre ellos un espanto universal; les parece que es un tyrano que viene á arruinar á Jerusalen á fuego, y sangre, y á llevar cautivos á sus Ciudadanos, como en otro tiempo, y no un Rey pacifico que viene á libertarla con su presencia, y á purificarla con la efusion de su sangre. Solamente un corto numero de almas justas, y sencillas sale á recibirle fuera de las puertas de la Ciudad, y celebran el inocente triunfo con sus gritos de alegria, y con los ramos de los arboles, con que cubren, y adornan su camino.

Esto, Catholicos, es lo mismo que aún oy sucede entre nosotros: Desde el principio de esta santa carrera, no ha cesado de anunciarnos la Iglesia, que se acerca el Rey de la gloria, y que viene á darsenos á nosotros para ser nuestra Pasqua. Sus oraciones, sus purificaciones, y sus ceremonias han sido como otras tantas voces, con que nos ha avisado su venida; el haver establecido estos dias de penitencia, que yá ván á acabarse, no fue mas que para disponernos á recibirle por medio de la comunion en

(a) *Matth.* 21. *v.* 10.

en los solemnes dias en que vamos á entrar. Oy como para avivar mas nuestros deseos, y esperanzas, nos anuncia que yá por ultimo se acerca, y está para manifestarse à nosotros: *Dicite filiæ Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.* ¿Y qué impresion hace en vosotros, Catholicos, esta felíz nueva? Una impresion de turbacion, de temor, y de trifteza, por ver que llega la obligacion de la Pasqua; cada uno mira su propia conciencia, y no hallando en ella mas que habitos de culpas, y llagas inveteradas, y vergonzosas, se estremece con solo pensar que es preciso ponerse en estado de recibir al Rey de la gloria; parece que viene á nosotros armado de indignacion, y espanto, para juzgarnos, y perdernos, y no acompañado de afabilidad para salvarnos, y servirnos de sustento: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.* No hay mas que un corto numero de almas fieles que vayan á recibirle con sus deseos, y que le vean llegar con una santa alegria; y el mayor desconsuelo es que no obstante este temor, esta trifteza, y estos sustos propios de una conciencia turbada, pocos de vosotros dejareis de presentaros delante de Jesu-Christo para recibirle, creyendo que haveis cumplido con la ley de la Iglesia, haviendole recibido con unas disposiciones tan opuestas á las que nos pide. ¡Qué necios somos! ¿Quien puede ignorar que el recibir á Jesu-Christo con estas disposiciones, no es comer la carne del Señor, sino comer, y beber nuestra propia condenacion?

Por lo que es de suma importancia explicaros las disposiciones con que debeis llegar á este tremendo acto, para que no venga á visitaros Jesu-Christo, como visitó en otro tiempo à Jerusalen, para vuestra condenacion, y perdicion eterna. ¿Quales son, pues, las disposiciones con qué debeis prepararos para la obligacion de la Pasqua? Señalaré tres principales, y este será el asunto de esta instruccion. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

QUando digo que la mayor parte de los que han de recibir á Jesu-Christo en estos santos dias, no han de llegar á este grande acto con las disposiciones necesarias, y que acaso se harán culpables del cuerpo, y sangre del Señor, no es mi intento hablar de aquellas almas infames, que á sangre fria, y con pleno conocimiento ván con una detestable hypocresía á pisar la sangre de la alianza, y que tienen valor para familiarizarse con el sacrilegio: No intento hablar de aquellos monstruos, que recibiendo el mysterio de la fé en una conciencia corrompida, y poco sincera, llegan al pie de los Altares á ocultar bajo la mas santa, y terrible de todas las acciones, los horrores de una alma impura, y mas quieren ser impíos, que ser tenidos por menos religiosos. ¡Ah! para semejantes almas sería preciso valerse de rayos en vez de discursos, ó hablarlas del modo que en otro tiempo habló San Pedro á Ananías, y Saphira: Pero tengo la confianza, ó Dios mio, y Vos mismo me la inspirais, de que entre los fieles á quienes junta en este santo lugar la palabra de vuestro Evangelio, no distingue vuestra vista ninguno de estos hijos de maldicion; que no se halla aqui, como en otro tiempo bajo las tiendas de Israel, algun. Achán que se oculte entre la multitud, ni ningun anathema entre estos fieles.

Solamente hablo de aquellas almas mundanas, que despues de haver vivido todo el año entre disoluciones, y placeres se han de presentar en el Tribunal de la penitencia antes de llegar al Altar; á las que no arguirá su conciencia de ficcion, ni disimulo, y que con todo eso serán culpables del cuerpo del Señor, porque irán al Altar con todas sus desarregladas pasiones, y con una conciencia, que en vez de quedar purificada en el Sagrado baño de la penitencia, contraherá en él nuevas manchas.

Para

Para conocer, pues, Catholicos, si teneis motivo para temer el ser profanadores de los santos Myſterios, de que haveis de participar, baſta manifeſtar quales deban ser las disposiciones esenciales para comulgar santamente, y aplicandose despues cada uno á sí mismo estas reglas que ha dejado Jesu-Chriſto á su Iglesia, podrá juzgar de sí, y decidir si puede presentarse delante del Altar santo con aquella confianza que nace de una conciencia pura.

Todas las disposiciones con que nos debemos preparar para eſta santa accion, se hallan comprehendidas en eſte consejo del Apoſtol; examinese el hombre á sí mismo antes de comer de eſte pan de vida: *Probet autem seipsum homo, & sic de pane illo edat, & de calice bibat.* (a) Bien sé que el espiritu del hombre no siempre conoce lo que pasa dentro del hombre, y que muchas veces el examinarse á sí mismo solo es confirmarse mas en sus errores, y acabar de engañarse: Pero la prueba que aqui se pide no es tan dificil de hacer, y solamente deben temer el engaño los que quieren engañarse: Porque primeramente se trata de saber si eſtais sinceramente mudados; en segundo lugar, si vueſtras antiguas pasiones, no solamente no subsiſten yá en vueſtros desordenados afectos, sino tambien si á lo menos haveis comenzado á expiarlas con las lagrimas, y rigores de la penitencia: finalmente, si añadis á eſtas precauciones un sincero, y ardiente deseo de uniros con Jesu-Chriſto: Eſto es, se os pide á vosotros, y á todos los que se os parecen, y que viven entregados á las pecaminosas coſtumbres una prueba de conversion, una prueba de penitencia, y una prueba de fervor.: *Probet autem seipsum homo, & sic de pane illo edat.*

Di-

(a) 1. *Corinth.* 11. *v.* 28.

Dixe primeramente, una prueba de conversion: Y asi si no haveis recobrado con un sincero arrepentimiento la gracia de la santidad, y de la justicia, que haviais perdido por vuestras culpas; si aún os hallais en la muerte, y en el pecado, os está prohibida la mesa de Jesu-Christo. Este pan es pan de vida, y asi es preciso estár vivos á los ojos de Dios para sustentarse con él; es la mesa de sus hijos, de la que son indignos sus enemigos; es la piedra preciosa del Evangelio, la que no debe arrojarse á los animales inmundos. Ahora bien, ¿llegais al Altar con una conciencia verdaderamente purificada, y un corazon penitente, y mudado? ¿Es sincera vuestra conversion? Para poder hacer juicio de ello, permitidme que examine todos vuestros pasos.

Vais á confesar vuestras iniquidades á los pies del Sacerdote; no quiero averiguar ahora, si esa misma eleccion que haceis de Confesor es ya una prueba cierta, de que no quereis convertiros; no quiero averiguar, si vais á buscar, no digo el mas severo, porque la ostentacion de rigor no conviene á un ministerio de caridad, y no siempre el mas severo es el mas santo, ni el mas docto; sino si buscais al mas prudente, al mas instruido, y al mas habil para ganar á los pecadores; uno de aquellos hombres de cuyas manos, por decirlo asi, con dificultad se escapa el pecador, y á los que solamente buscan los que quieren con sinceridad apartarse de los vicios, y servir á Dios; uno de aquellos hombres finalmente, que acierte con los remedios en todas las circustancias de vuestras costumbres, y necesidades, que no deje duda alguna en vuestra conducta, y de cuyos pies no os levanteis con aquellas interiores dudas que siguen siempre á vuestras confesiones, y que son el triste fruto de una conciencia turbada, y nunca bien examinada. Tampoco quiero averiguar si sois jueces rectos, y severos con vosotros mismos en el examen de vuestras conciencias; si os disimulais mil transgresiones, por las que ya estais juzgados delan-

lante de Dios; si las reglas que consultais en vuestro examen, y en vuestras averiguaciones, son las luces de la fé, ó las preocupaciones del Mundo, y de vuestras pasiones; y si los cuidados que empleais para registrar los abysmos de vuestras conciencias, corresponden á la duracion, al abysmo, y confusion de vuestras culpas. Dejemos aparte estos abusos tan claros, y manifiestos, y en los que es dificil engañarse uno á sí mismo.

Pero permitidme que os haga una pregunta: Es verdad que vais á poner vuestros pecados á los pies del Confesor, ¿pero vais á dejar alli vuestras pasiones? Os levantais absueltos del Tribunal de la Penitencia, ¿pero salis de él justificados? ¿Vais á él con aquella viva compuncion, con aquella abundancia de dolor, con aquel sincero deseo de enmendar lo pasado, con aquellos fines, con aquellos proyectos, y con aquellas resoluciones reales, y verdaderas de mudar de vida? ¿Tomais inmediatamente las medidas para empezarla? ¿Buscais medios para abandonar vuestras profanas conexiones? ¿Ordenais ya anticipadamente en vuestro corazon vuestras obligaciones, vuestras tareas, vuestras conexiones, vuestros gastos, y todas vuestras costumbres, tan desordenadas hasta entonces, y tan llenas, ó de pasiones, ó de inutilidad? Estos son los cuidados, é inquietudes que ocupan á una alma arrepentida, quando está para convertirse sinceramente. Por aqui conocereis si os haveis arrepentido de veras en aquella amistad que por tanto tiempo ha sido funesta á vuestra inocencia, la que tantas veces haveis confesado, y la que nunca haveis corregido; de aquel rencór en el que nunca os haveis podido vencer, de aquella pasion al juego, que os tiraniza, que turba la paz de vuestra casa, que descompone vuestros negocios, y la que nunca dejais, no obstante las desgracias que os ha ocasionado. En una palabra, si sois una nueva criatura, si os teneis por vivos estando en la realidad muertos, y si entrando Jesu-Christo

en

en la casa de vuestra alma por medio de la Sagrada Comunion, podrá decir, como quando entró en la de Zacheo: oy ha venido á esta casa la salud: *Hodie salus huic domui facta est.* (a)

Amados oyentes mios, vosotros haveis continuado con vuestros delitos hasta el dia de vuestra penitencia; apenas haveis puesto entre vuestros desordenes, y vuestra confesion el corto intervalo de un ligero examen; al apartaros del Altar, y luego que haya pasado la solemnidad bolvereis á vivir del mismo modo que antes; no os valdreis de mas precauciones que antes en los peligros, que ya haveis experimentado, bolvereis á empezar vuestros antiguos tratos, se renovarán las conexiones, y os hallareis los mismos. No os parezca que esto es un vano pronostico, porque esto es lo que siempre os ha sucedido despues de la solemnidad de la Pasqua. ¿Pues cómo podreis persuadiros que el corto intervalo que ha pasado entre vuestras culpas, y la recaída, ha sido precisamente el instante de vuestra justificacion, y que llegasteis al Altar con aquel corazon penitente, y con la pureza de alma necesaria para comer la Carne del Cordero?

Os engañais, amados oyentes mios, vais á comer, y beber vuestra condenacion; el bolveros siempre con tanta prontitud, y certeza al primer vomito, esa continuacion de pasiones, y culpas á la que solamente interrumpe el instante de la solemnidad, y la participacion de la mesa del Señor, esa monstruosa confusion de lo santo, y profano es prueba de esta verdad. ¡O Gran Dios! ¡Qué estado es este para acercarse á los Santos Mysterios! No quiero decir que la Divina Eucharistía os ha de poner en un estado inmutable de justicia; este estado no es privilegio de la tier-

(a) *Luc. 19. v. 9.*

tierra, sino del Cielo, en donde manifestandose Dios al alma como su Soberano bien, y penetrandola con los mas vivos ardores de su amor, la pondrá en una felíz imposibilidad de ofenderle. ¡Quién ignora que la vida del hombre en la tierra es una continua tentacion! ¡Que aún los mas justos afligen muchas veces á la Iglesia con unas caídas escandalosas, y que el que está en pie siempre debe estár temeroso de caer! Pero á lo menos, quisieramos que despues del remedio, no se manifestasen en vosotros los mismos males que antes; que si no estais perfectamente curados, vuestro estado fuese á lo menos como el de aquellos convalecientes que van adelantando, y que no se distinguen de la perfecta salud mas que por algunas reliquias de flaqueza; quisieramos que el justo temor de una recaída hiciese mas exactas vuestras precauciones; quisieramos, como dice San Juan Chrysostomo, que al salir del Altar, opusierais mayor fuerza al engaño de los sentidos, que usaseis de mas vigilancia en los peligros, que apartaseis mas de vosotros los objetos que en otro tiempo han engañado vuestro corazon, y que tuvieseis mas amor á la obligacion, y á la virtud: Quisieramos, continúa este Santo Padre, que la Sangre de Jesu-Christo de la que venis á participar, introduxese consigo en vuestros corazones los pensamientos, y las inclinaciones de Jesu-Christo, y que como la Sangre de los Reyes, y Cesares al mismo tiempo que corre por las venas de sus augustos hijos, los comunica el valor, y la magnanimidad de sus mayores, y unos pensamientos dignos de su nacimiento, asi tambien la Sangre de Jesu-Christo, al mismo tiempo que corre por vuestras venas al pie de los Altares, os hiciese vivas imagenes de Jesu-Christo, y os inspirase pensamientos dignos de tan alto origen; quisieramos en una palabra, que una comunion no fuese negocio de solo un dia.

El que come mi Carne, y bebe mi Sangre, dice Jesu-

Chriſto, *queda en mí, y yo quedo en èl.* (a) No dice Jesu-Chriſto se une á mí, sino queda en mí: *In me manet*; tampoco dice, yo me uno á él, *sino yo quedo en èl*: Yo eſtablezco en su corazon una mansion fija, sólida, y durable; hago con él una alianza firme, y conſtante: *In me manet, & ego in illo.* Luego, como infiere San Agustin, el que se contenta con recibir á Jesu-Chriſto, y no le conserva de modo que permanezca en él, porque le arroja inmediatamente de su corazon, no le ha recibido espiritualmente, y ha comido, y bebido su condenacion.

Desengañemonos, Catholicos, una Comunion Santa llena al alma de tanta gracia, la une con Jesu-Chriſto de un modo tan intimo, é inefable, la dá tanta fuerza, y valor, aumenta tan claramente su fé, que eſta alma camina por mucho tiempo, como el Profeta, con el vigor, y auxilio de eſta divina Vianda. *Ambulavit in fortitudine cibi illius*, (b) y no se la vé pasar en un inſtante del mas poderoso remedio de la Religion, á las flaquezas mas indignas de una alma chriſtiana.

Y asi, si quereis saber, si vueſtras comuniones en estos dias santos son profanaciones, ó gracias, mirad el fruto que producen, qué mudanza obran en vosotros, y qué vida haceis quando salis de los terribles Myſterios; la regla es indefectible; las comuniones santas, y utiles no pueden subsiſtir con unas coſtumbres siempre igualmente mundanas, y profanas; y mientras mantengais las mismas pasiones, y vivais entregados á los mismos excesos, y siempre que al salir del Altar Santo os halleis en el inſtante siguiente el mismo que antes, temed que acaso sean vueſtras comuniones vueſtros mayores delitos delante de Dios.

Y

(a) *Joan. 6. v. 57.* (b) *3. Reg. 8. v. 19.*

Y asi, Catholicos, vosotros á quienes se dirige este discurso, y que vivis entregados á unas costumbres pecaminosas, que la obligacion de la Pasqua no ha hecho hasta ahora mas que suspender por un instante, sabed que el confesarse simplemente no es probarse; no es aquella prueba de mudanza que nos pide la Iglesia. El Ministro que temerariamente os absuelve, no os desata delante del Señor, porque no puede desatar en la tierra sino á aquellos corazones mudados con un sincero arrepentimiento, que son los que el Señor desata en el Cielo; y asi la sentencia que profiere es para vosotros una sentencia de muerte; es verdad, que pone sobre vuestras cabezas la sangre inocente, pero esta sangre es vuestro mayor delito, quando debiera ser vuestro remedio, y perecereis por la misma mano que estaba destinada á daros la vida. Este Ministro debiera pedir tiempo para examinar si están ya acabados vuestros habitos viciosos, si este paso que dais ázia la penitencia, será mas felíz que los inutiles que haveis dado hasta ahora; si vuestras promesas serán mas sinceras, si mañana bolvereis á entrar en vuestros antiguos caminos; y si os presentais en el Sagrado Tribunal, mas por cumplir con la obligacion exterior que os ordena la Iglesia, que por una sincera mudanza, que es lo que Dios os pide. Antes de exponer la gracia del Sacramento debiera pediros pruebas de la sinceridad de vuestras protestas, como son el huir de la ocasion, el absoluto, y perpetuo divorcio con los objetos de vuestras pasiones, el retiro de las culpas, y finalmente, algunas señales á lo menos de que empezabais á expiar las manchas con que todavia os presentais cubiertos en el Tribunal de la Penitencia.

SEGUNDA PARTE.

LA segunda prueba es una prueba de penitencia. No es mi intento persuadir aqui la antigua práctica de

la Iglesia, y la disciplina de aquellos fervorosos siglos, en que se mandaba, que precediesen las públicas expiaciones de la penitencia á la reconciliacion de los penitentes. La Iglesia tenia entonces sus motivos para practicar esta regla, y los ha tenido tambien despues para cesar en su observancia. Nosotros debemos suspirar al ver que han cesado sus antiguas leyes, y debemos conformarnos con sus costumbres sin meternos en reformarlas. Pero sí os digo, amados oyentes mios, que aún quando no atendieramos mas que á vuestras pasadas costumbres, y al enlace de desordenes habituales con que os presentais en el Sagrado Tribunal, los que siempre buelven á empezar de nuevo despues de esta santa solemnidad, aún quando no se atienda mas que á esto, ¿se podrá presumir que os hallais en estado de asistir con los justos á la Santa Mesa? ¿Es posible que con la misma boca con que acabais de referir los horrores de vuestra conciencia, haveis de ir inmediatamente á recibir á Jesu-Christo? ¿Y que con un corazon, en el que aún están humeando mil pasiones mal apagadas, que han de bolver á encenderse el dia siguiente, os hayais de atrever á participar de los Santos Mysterios? ¿Haveis de ir á mezclaros entre los Angeles, y á sustentaros con su pan, con la imaginacion manchada aún con las señales recientes de los delitos que acabais de manifestar al Sacerdote? ¿Es posible que al levantarse de los pies del Confesor, haveis de usar de la Comunion como de penitencia, quando debe ser su recompensa, y consuelo, como dicen todos los Santos Padres? ¿Haveis de ir por los mismos pasos desde la culpa al Altar? Y en vez de derramar lagrimas por algun tiempo con los penitentes, ¿haveis de ir desde luego á consolaros con los Justos? ¿Ignorais acaso, que asi como en la Iglesia del Cielo, solamente las virgenes inocentes, ó los que huvieren lavado sus vestidos en la Sangre del Cordero, y que huviesen venido de una gran tribulacion, tendrán derecho para rodear el Altar del Cordero, del mismo modo en la Iglesia

sia de la tierra, solamente á las almas inocentes, y puras, ó á las que huvieren lavado sus manchas en la sangre de la penitencia, y que hayan pasado por sus tribulaciones, las es permitido el acercarse al Altar santo para participar de sus Myſterios?

A la verdad, un pecador inveterado no se acercaba antiguamente al Altar, haſta que havia pasado muchos años en humillaciones, ayunos, mortificaciones, y oracion. Se purificaba mucho tiempo en los publicos exercicios de una penosa disciplina, se hacia un hombre nuevo, no veía en sí mas reliquias de sus pasados delitos, que las señales de las penitencias con que acababa de expiarlos; y puede decirse que en aquel tiempo la Divina Euchariſtía era un trabajoso pan, que no podia comer el hombre, sino á coſta del sudor de su roſtro. ¿Y es posible que porque la Iglesia haya mudado eſta disciplina por una prudente dispensacion, os ha de parecer que el confesar las culpas inveteradas, es lo mismo que caſtigarlas, y que la carne de Jesu-Chriſto no pide mas pureza en el que la recibe, que el haver manifeſtado el horror, y la infeccion de sus llagas? La coſtumbre, Catholicos, en nada ha alterado la ley: Aunque la Iglesia haya mitigado las pruebas públicas de penitencia, nunca aflojará respecto de los pecadores de quienes hablo, en las pruebas particulares: Aunque nuestros siglos hayan degenerado del fervor de los primeros, no por eso pide ahora el Cuerpo de Jesu-Chriſto menos pureza que entonces en los que se acercan á recibirle.

Eſte, Catholicos, es el fin que tiene nueſtra madre la Iglesia, en hacer que precedan eſtos quarenta dias de penitencia á la comunion de la Pasqua. Con eſto nos dá á entender, que los grandes pecadores necesitan de tiempo para probarse, para mortificarse, para llorar sus culpas, para purificarse con el ayuno, y oracion, y para disponerse de eſte modo á la participacion de los san-

tos

tos Mysterios. Los enseña que deben poner algun intervalo de penitencia entre sus desordenes, y la mesa del Señor, y que el hacerlos pasar inmediatamente desde el pecado al Altar, sería, como dice San Bernardo, consumar su iniquidad, y no llevarlos á la fuente de las gracias.

Bien sé que esta maxima puede tener sus excepciones; que en este asunto, como en todos los demas, la prudencia es la que debe aplicar, y gobernar la regla: Que en algunos pecadores suele ser la compuncion tan viva, las lagrimas tan abundantes, la conversion tan repentina, tan entera, y tan clara, que se debe abreviar el tiempo de las pruebas, y darse priesa á consolar su dolor, permitiendole que use de este celestial sustento; que aún hay algunos Pródigos penitentes tan arrepentidos de sus desordenes, y tan movidos de dolor, que apenas acaban de decir al Padre de familias: *Pequé contra el Cielo, y en vuestra presencia*: (a) quando se les puede sentar á la santa mesa, y restablecerlos en todos los derechos de que estaban privados por sus delitos.

Tambien sé, que se hallan muchas veces algunas almas sinceramente arrepentidas, y resueltas á abandonar sus pasiones, y servir á Dios, pero que al mismo tiempo son tan flacas, tan inconstantes, y tan poco á proposito para resistir en las ocasiones, que si no os dais priesa á sostener, y á fijar, por decirlo asi, su inconstancia con la gracia de los santos Mysterios, y si las dejais mucho tiempo entregadas á sí mismas, en vez de purificarse con la penitencia, se acobardarán con el disgusto; y la viveza de su compuncion, en vez de encenderse mas con la dilacion, se minorará por su propia incons-

(a) *Luc.* 12. *v.* 18.

constancia : Bien sé que las leyes de la Iglesia están llenas de prudencia, de caridad, y de condescendencia; que siendo el unico fin que en ellas se propone la salvacion de los pecadores, todo quanto se ordena á este fin con mas seguridad, es mas conforme á su espiritu; que muchas veces es preciso aflojar en sus reglas, para conformarse mas con su intencion, y saber ser flaco con los flacos para salvarlos á todos : Pero digo que la regla general es que la comunion, aún el dia de oy debe ser para los grandes pecadores, fruto, y precio de la penitencia, y no el primer paso para ella; que debe ser corona, y recompensa de sus lagrimas, y no suceder inmediatamente á sus culpas, ¿y cómo podrá dudar de estas verdades el que crea que nuestros mysterios son santos, y terribles? Esta es la regla de la Iglesia; esta la practica de todos los siglos; esta la doctrina de los santos; esto lo que queria decir el Apostol, quando encargaba á los fieles que se probasen antes de ir á comer este pan celestial: *Probet autem seipsum homo, & sic de pane illo edat.*

Pero acaso me direis, que la ley de la Iglesia insta, y no dá lugar á la dilacion, y largas pruebas : ¿Pero estais acaso verdaderamente persuadidos á que la Iglesia mira vuestras comuniones indignas, como cumplimiento de la ley de la Pasqua? ¿Os parece que se cumplen las santas leyes con sacrilegios? ¿Os parece que hace diferencia entre los profanadores, y los rebeldes? ¿Y qué el pisar los terribles Mysterios, es dár á la Iglesia una gran señal de respeto, y obediencia? Es verdad que evitais sus censuras, porque la Iglesia no juzga de las cosas ocultas, y solamente castiga las desobediencias manifiestas, y el desprecio declarado de sus leyes; ¿pero evitais por eso la sentencia del Cielo que juzga de las profanaciones interiores? ¿Os parece, que quando os manda participar del Cuerpo del Señor, intenta presentaros un veneno en lugar de un remedio, daros un pan de vida, ó un sustento de muer

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA Y PROVINCIAL GRANADA

muerte, la prenda de vuestra inmortalidad, ó el sello de vuestra reprobacion, autorizar la temeridad, y profanacion de los pecadores, ó recompensar las lagrimas de los penitentes, y mantener la inocencia de los fieles?

La Iglesia os manda participar de los santos Mysterios en estos solemnes dias, porque supone, que haveis de llegar á ellos con una conciencia pura, y unas disposiciones dignas de este adorable Sacramento: ¿Os parece, Catholicos, que no tiene razon para pensar de este modo? ¡Ah! Los primeros fieles llegaban al Altar todos los dias; todos participaban de las cosas santas con el Sacerdote que las ofrecia; formaban con él, por decirlo asi, un mismo Sacerdote, del mismo modo que formaban entre sí un solo corazon, y una sola alma; y asi cada dia se aumentaba su fé, y se fortificaba su caridad, y su valor. ¿Pues cómo podreis persuadiros á que no mandandoos la Iglesia que os llegueis al Altar mas que una vez al año, pueda suponer que no os haveis de hallar en estado de poderos presentar? Quando ha visto que en otro tiempo la Divina Eucharistía era el pan quotidiano de sus hijos, todo su consuelo en los destierros, en las prisiones, y en sus mas estremas necesidades, ¿podrá persuadirse á que un año entero de preparacion no ha de bastar para disponeros á comer, á lo menos una vez, este pan celestial? ¿Qué diferencia ha de hacer entre sus hijos, y los infieles, que no participan de sus promesas, y á los que no sustenta con su fé, con sus Sacramentos, y con sus Mysterios? Bastante motivo tiene para sentir, quando considera que la relajacion de nuestras costumbres la han precisado á señalarnos tiempo para recibir á Jesu-Christo! Nuestra fé, nuestra devocion, y nuestra propia utilidad debieran servirnos en este asunto de ley, y de precepto.

Pero por otra parte; la Iglesia que os manda llegar al Altar, os manda al mismo tiempo que lo suspendais, si no os hallais en estado de poderlo executar; quiere

que

que sus Miniſtros os dilaten la gracia de la Resureccion; permite que os señalen otro tiempo diſtinto del que tiene determinado, y que eſtiendan la obligacion de la Pasqua mas allá de los limites que tiene señalados á los demás fieles. ¡Ah! vueſtra verdadera Pasqua, amados oyentes mios, será el dia en que comulgueis dignamente; el dia felíz en que Jesu-Chriſto éntre en vueſtros corazones como Libertador, y no como Juez para acabar de purificarlos, y no para mancharse en ellos; vueſtra verdadera Pasqua será aquel gran dia, aquel dia deseado, en que os convirtais al Señor, en que abandoneis vueſtras pasiones desarregladas, y en que seais un azymo puro: Vueſtra Pasqua verdadera será en el dia felíz, en que resuciteis con Jesu-Chriſto, y en que paseis de la muerte del pecado á la vida de la gracia: La Iglesia no conoce otra: Y el fruto de eſte Sacramento no eſtá anexo al dia, ni al tiempo, sino á la inocencia, y virtud de los que le reciben.

En el libro de los Numeros se refiere, que haviendo tocado ciertos Judios un cuerpo muerto en el tiempo de la Pasqua, y haviendo contrahido consiguientemente una mancha que pedia el remedio de las purificaciones, y por precepto de la ley les prohibia el comer del Cordero Pasqual: *Quidam immundi super anima hominis, qui non poterant facere.... Phase in die illo.* (a) se quejaron á Moysés, y á Aaron de la severidad de la ley, que les prohibia celebrar la Pasqua con sus hermanos. ¿Por qué hemos de eſtar privados, los dixeron, de la celebracion de la Pasqua? ¿*Quare fraudamur, ut non valeamus oblationem offerre Domino in tempore suo inter filios Israel?* (b) Esperad, los respondió Moysés, yo consultaré al Señor: *State ut consulam Domino.* (c)

(a) *Num. 9. v. 6.* (b) *Ibid. v. 7.* (c) *Ibid. v. 20. 21.*

Dirás á los hijos de Israel, le respondió el Señor: Qualquier hombre, que se halle inmundo al tiempo de la Pasqua, no podrá celebrarla hasta el segundo mes: *Loquere filijs Israel; homo, qui fuerit immundus, faciat Phase Domino in mense secundo.* (a) Esta fue la respuesta del Señor, amados oyentes mios: Pues esta misma es vuestra regla; los que llegais á esta santa solemnidad con las antiguas manchas, de las que os mandaba la ley de Dios que os purificaseis, mientras duraban estos dias de salud, con las lagrimas de una verdadera penitencia, probaos, purificaos, y esperad con el dictamen de un Director prudente, al segundo mes para celebrar la Pasqua: *Homo, qui fuerit immundus, faciat Phase Domino in mense secundo.* Es verdad, que no gozareis de la santa alegria de acercaros al Altar con vuestros hermanos, para solemnizar con ellos el dia del Señor, y comer el Cordero sin mancha, ¿pero no es justo que padezcais la pena, y la confusion debida á vuestra infame perseverancia en la culpa, y que quedeis privados de un consuelo que es precio de las lagrimas, ó de la inocencia? *Homo, qui fuerit immundus, faciat Phase Domino in mense secundo.*

¡Ah! en este santo tiempo debierais haver empezado una vida mas christiana, debierais haveros dispuesto para la absolucion de vuestras culpas, y celebracion de la Pasqua, con la enmienda, haver seguido el espiritu de compuncion, y penitencia de la Iglesia, haver añadido á la ley comun de la abstinencia, demasiado suave para unos pecadores tan deplorables como vosotros, unos rigores superabundantes, y no, ó escusaros absolutamente de ellos, ó mezclar unas mitigaciones, que han destruído todo su fruto, y os han hecho transgresores en la presencia de Dios;

Es-

(a) Ioel.

Esta es la intencion de la Iglesia, en hacer que precedan á la solemnidad de la Pasqua estos dias de dolor, y penitencia; yá os lo avisé en su principio; no teneis de quien quejaros, sino de vosotros mismos, si la severidad de las santas leyes os separa, y aparta oy del Altar, como á un animal inmundo, que se buelve siempre á su vómito, pues no presentais mas disposiciones, que vuestras culpas, y la temeridad de acercaros.

TERCERA PARTE.

PEro, amados oyentes mios, si como yá os he dicho, fuera la abundancia de compuncion, y el ardiente, y sincero deseo de sustentaros con el cuerpo del Señor, lo que os llevára al Altar, la fuerza del amor pudiera escusar en vosotros la indiscrecion de la prontitud. Pero como la ultima preocupacion consiste en que la mayor parte de los pecadores, de quienes hablo, llega á comer, y beber su condenacion, la ultima prueba debe ser una prueba de fervor: Y asi, decidme, Catholicos, ¿qual es el motivo que lleva á la mayor parte de vosotros á la sagrada mesa en estos solemnes dias? ¿Es acaso un profundo conocimiento de vuestra flaqueza, un sincero deseo de recurrir al socorro destinado para daros fuerzas, y una santa hambre del Cuerpo de Jesu-Christo? ¡Ah! la mayor parte de vosotros siente un secreto pesar de que se acerque la solemnidad santa, teme los Mysterios christianos, estos dias tan felices para la Iglesia, estos dias de regocijo, y alegria, como si fueran mysterios lugubres, y dias de luto, y de desgracias; estais tristes, é inquietos al acercarse la Pasqua, como aquel joven del Evangelio, á quien mandó Jesu-Christo que lo renunciase todo, y le siguiese; este solo pensamiento turba, y emponzoña un mes antes todos vuestros placeres. Vemos aquellas almas infieles, de quienes voy hablando, que al fin de es-

ta santa carrera llevan arraſtrando el peso de una conciencia irresoluta, que titubeando mucho tiempo entre la obligacion, y las pasiones, buelven atrás, y difieren sus buenos deseos, y finalmente, que despues de muchas inquietudes, é irresoluciones, suavizan con la eleccion de un Confesor condescendiente, é ignorante la amargura de eſte paso, y que aún con todo eso esperan el tiempo en que la Iglesia amenaza con truenos, y rayos, y entran en la sala del feſtín como aquellos ciegos, y cojos del Evangelio, á los que fue preciso sacar como por fuerza de las plazas públicas, eſto es, de los placeres, y pasiones del Mundo, y llevarlos contra su voluntad al feſtín del Padre de familias.

¡Gran Dios! ¿Es posible, que haya de haver necesidad de rayos, y anathemas para llevar á los Chriſtianos á vueſtros Altares? ¿Es posible que la corrupcion de nueſtros siglos, y la debilidad de nueſtra fe, haya de haver obligado á vueſtra Iglesia á mandarles con graves penas, la participacion de vueſtro cuerpo, y sangre? ¿Se podría comprehender en el fervor de los primeros tiempos, que la Iglesia tendria necesidad algun dia de hacer eſte uso de su autoridad? ¿Y que eſtaban deſtinadas sus amenazas, mas para llevar á sus hijos al Altar por fuerza, que para separar de sus Myſterios á sus enemigos, y á los indignos?

Pero decidme, Catholicos, ¿la privacion del cuerpo de Jesu-Chriſto no es la pena mas terrible con que puede castigar la Iglesia á los fieles en la tierra? ¿Sin la Divina Euchariſtía sería sufrible la vida para un Chriſtiano? ¿Debiera haver necesidad de que nosotros tuviesemos precision de exortaros al frequente uso de eſte adorable Sacramento? ¡Ah! ¿Qué cosa tiene la Religion de mas consuelo, ni qué hay mas amable, y util en la virtud? Eſte es el mas suave alivio de nueſtras penas, el unico consuelo en nueſtro deſtierro, el remedio diario para nueſtras flaquezas, y el universal recurso en todas nueſtras necesidades.

Pero acaso me direis, que os aparta de la Sagrada

Me-

Mesa el contemplaros sin las disposiciones tan dignas, que para esto son necesarias. Pero sabed, que el frequente uso de la Divina Eucharistía, perfeccionará en vuestro corazon estas disposiciones, si las halla ya dibujadas en él. Si os sustentais con el Cuerpo de Jesu-Christo, aprendereis, como él mismo nos asegura, á no vivir sino en él. *Et qui manducat me, & ipse vivet propter me.* (a) Aprendereis á desprenderos mas, y mas del Mundo, á despreciar todo lo perecedero, á destruir en vosotros todo lo que no es digno de él; frequentando la sagrada mesa sentireis un nuevo gusto en la oracion, en el retiro, y en todas las obligaciones de la vida christiana; á los pies del Altar, y en la frequencia de este celestial sustento, hallareis fuerza para resistir á los peligros, para huir de las ocasiones, y para defenderos contra vosotros mismos. En una palabra; el frequente uso de la Divina Eucharistía, es quien nos pone en estado de llegar á ella dignamente, y una comunion debe servirnos de disposicion para otra. Quanto mas os aparteis, mas se aumentará la tibieza, mas crecerán las pasiones, mas se disminuirá Jesu-Christo en vuestro corazon, mas se aumenta, y fortifica el hombre de pecado. Por eso, las comuniones en el tiempo de Pasqua, son inutiles para aquellas almas mundanas, que solamente llegan al Altar en estos solemnes dias, que esperan al precepto de la Iglesia para resolverse á ello, ¡y ojalá se reduxera todo el mal á no sacar utilidad alguna de la Divina Eucharistía, y no hallasen en ella su propia condenacion!

¡O Dios mio! en otro tiempo nuestros Padres abandonaban sus hijos, y su Patria; nuestros Reyes, y nuestros Principes á la frente de sus exercitos, y de sus mas valientes vasallos, armados con la santa señal de la Cruz,

y

(a) *Joan. 6. v. 58.*

y privandose de las delicias de su Corte, impelidos de la sencillez de un santo zelo, y del ardor de una fé viva, atravesaban los mares, iban á una tierra santa consagrada con los Myſterios del Salvador, á adorar las huellas de sus pies; aqui, les decian, fue en donde curó al Paralitico de treinta, y ocho años; aqui donde resucitó á Lazaro; aqui caminaba sobre las olas, y mandaba á los vientos, y á la mar; aqui recibió el Bautismo de manos del Precursor, y santificó las aguas del Jordán; eſte es el Santo Monte donde se transfiguró; aqui reconcilió á la pecadora de la Ciudad; aqui arrojó á los que profanaban la Casa de su Padre: Al oír eſtas palabras aquellos hombres llenos de fé, derramaban sobre aquella felíz tierra lagrimas de ternura, y de Religion; no podian resolverse á desamparar unos lugares, que les acordaban las acciones, los Myſterios, y los prodigios de tan divino Dueño. Pues, Catholicos, decia en otro tiempo S. Juan Chryſoſtomo á su Pueblo, no tenemos necesidad de atravesar los mares; vosotros decis, continúa eſte Santo Padre, felices los que le vieron, y tuvieron la dicha de besar la fimbra de sus veſtidos, vosotros le eſtais viendo, le eſtais tocando, en medio de vosotros se halla el que no quereis conocer, y cuyas preciosas reliquias, y sagrados veſtigios iban á buscar, y á adorar desde tan lejos nuestros Padres; venid al Altar, eſte no es un lugar consagrado antiguamente con su presencia, aqui eſtá el mismo Salvador: Aqui, os diremos, reconcilió á un hijo Prodigo, y le hizo sentar á su mesa; aqui curó la enfermedad de una Hemorroisa, á la que ni toda la ciencia humana, ni todos los remedios del Mundo havian podido librar de su debilidad; aqui sacó á un Publicano de sus injuſticias, é introduxo la paz en la casa de su alma; aqui mantiene todos los dias á una multitud hambrienta con un pan milagroso, para que no desfallezca en los caminos de la virtud; todos los lugares que rodean el Altar, eſtán señalados con alguno de eſtos prodigios.

¡Y

¡Y es posible, que todas estas utilidades no han de avivar vuestros deseos, amados oyentes mios! No le direis en este instante con San Agustin; ¿quién hará, Señor, que vengeis à mi alma, para tomar posesion de ella, para reynar solo en ella, para hacer que yo me olvide de mis penas, de mis desgracias, de mis flaquezas, y para establecer en ella una paz solida? Porque aunque hasta ahora lo han procurado las criaturas ha sido en vano. ¡Ah! Puede ser, Señor, que la casa de mi alma, no esté suficientemente adornada para recibiros; pero venid, Señor, que con Vos tendrá todo su mayor adorno: puede ser que yo mantenga todavia en ella algunos enemigos invisibles, y secretos, ¿pero no sois vos mas fuerte que el fuerte armado? Con sola vuestra presencia se disiparán, y todo quedará en paz, luego que vos tomeis posesion de ella; puede ser que aún haya en ella algunas manchas, y arrugas que la afeen á vuestra vista, porque ni aún los mismos Angeles son puros en vuestra presencia; pero vuestra preciosa Sangre las lavará, y renovareis su juventud, y hermosura como la del Aguila; venid, Señor, y no tardeis; de todo es Dueño el que os posee; y aún en medio de los placeres, y prosperidades humanas está vacío, y nada tiene el que carece de vos.

¿Son estas, Catholicos, las santas ansias que llevan á la mayor parte de vosotros á la mesa del Señor? La obligacion de la Pasqua es un favor que debierais desear con ansia, pero le mirais como una penosa esclavitud. Este es un festín de amor, y familiaridad, y vosotros le convertis en una obligacion de puro cumplimiento. Esta es la mesa de los hijos, y vosotros llegais á ella como esclavos. ¡Ah! Si la ley de la Iglesia os dejára libertad, si se contentára solamente con exortaros por razon de la solemnidad, y de vuestras propias necesidades á que participaseis de los Santos Mysterios, se vería abandonada en estos dias santos la mesa de Jesu-Christo, y desiertos nuestros Altares; no llegais á ella como pecadores arrepentidos,

dos, sino como esclavos timidos, y forzados. Luego con razon dixe yo, que la solemnidad de la Pasqua, casi no hace conversion alguna, y que en estos felices dias se vén mas profanadores, y traydores como Judas, que verdaderos Discipulos, que celebren su Pasqua con Jesu-Christo. *Cum discipulis meis facio Pascha.* (a)

Y asi, Catholicos, si el Apostol se quejaba en otro tiempo de que las enfermedades populares, las muertes repentinas, y los sucesos desgraciados, eran justo castigo de las comuniones indignas: *Ideo inter vos multi imbecilles, & infirmi, & dormiunt multi.* (b) Si se quejaba en un siglo en que la Divina Eucharistía hacia Martyres, y no sacrilegos; si se quejaba á la Iglesia de Corintho, compuesta casi toda de Profetas, de Doctores, y de fieles, que havian recibido los dones milagrosos, y que abundaban en la gracia, y virtud del Espiritu Santo; si el Apostol no alega otra causa de las calamidades que afligian aquella floreciente Iglesia, mas que las comuniones indignas: ¡Gran Dios! ¡Qué terribles señales de vuestra indignacion, no deben atraer sobre nosotros tantos pecadores, ó temerarios, ó hipocritas, y aún acaso, tantos Ministros, ó mundanos, ó corrompidos, que todos los dias se llegan al Altar, á profanar en él vuestro adorable Cuerpo! Por eso, ¡ó Dios mio! ha tanto tiempo que nos estais castigando: Derramais sobre nuestras Ciudades, y Provincias, la copa de vuestra indignacion, y furor; vemos á los Reyes armados contra los Reyes, los Pueblos contra los Pueblos, y toda la Europa inundada de sangre; vemos que la esterilidad asola nuestros campos; que la cruel guadaña de la muerte, siega á nuestra vista nuestros Conciudadanos, y que muda nuestras Ciudades en desiertos; todos los dias estamos viendo á unos pecado-

(a) *Matth.* 26. *v.* 18. (b) 1. *Corinth.* 11. *v.* 30.

dores escandalosos, que caen á nuestro lado heridos por una mano invisible; tantas muertes improvisas, tantos accidentes funestos, y tantos escandalos como afligen vuestra Iglesia. ¿De donde pueden provenir, ¡ó Gran Dios! estos azotes tan dilatados, y crueles? ¿Dónde se forman estas nubes de furor, y venganza, que há tanto tiempo que están descargando sobre nuestras cabezas? Acaso se forman sobre vuestros mismos Altares. Sí, Catholicos, sobre esos Altares, de los que no debieran salir sino raudales de gracia para los fieles; y puede ser, Señor, que solamente esteis armado para vengar los sacrilegios, y la profanacion de los Santos Mysterios.

Pero aún no son estos, Catholicos, los mas terribles efectos de las comuniones indignas. Como la Religion no conoce delito mas enorme, tampoco hay otro cuyo castigo sea mas terrible para el pecador, que se hace reo de él. *El que come, y bebe indignamente*, dice el Apostol, *come, y bebe su propia condenacion.* (a) No dice que queda condenado, sino que *come, y bebe su propia condenacion.* Es decir, el pan de vida que recibe es un veneno, y una semilla de muerte, que se incorpora con él mismo, y se convierte en su propia substancia: De modo, que por decirlo asi, es imposible distinguir, ni separar de él, la maldicion que se ha convertido en su propio ser, y hace como parte de sí mismo: Es decir, que los Sacramentos profanados casi no dejan esperanza de remedio; el caer en este delito es lo mismo que caer en lo profundo del abysmo, de donde nunca se sale; la impiedad, la incredulidad, y la obstinacion son casi siempre las funestas resultas de este pecado; poco tardó la Iglesia de Corintho en ver en su Santa Congregacion un incestuoso, luego que huvo entre sus fieles algunos que no

(a) 1. Corinth. 11. v. 19.

discernian el cuerpo del Señor; las otras Iglesias vieron muy presto aquellos Ministros de quienes habla un Apostol, que seguian los caminos de Balaam, que corrompian todas sus sendas, que deshonraban el Evangelio con el escandalo de una vida disoluta, y de una doctrina abominable, luego que participaron á un mismo tiempo de la mesa de Satanás, y de la del Señor; el Altar Santo fue donde se formó su obstinacion, y se consumó su impiedad; ningun reparo tiene en los mas terribles excesos el que ha profanado los Mysterios Sagrados; no hay infamia que no deba esperarse de una alma familiarizada con los sacrilegios; un Sacerdote corrompido en nada guarda respeto; por eso las heridas del Santuario son siempre las mas incurables; por eso el Sacerdocio en una alma manchada es la consumacion de todas las iniquidades. ¡Gran Dios! suscitad á vuestra Iglesia Ministros fieles; amparad el zelo de los Pastores, que cuidan de elegir solamente á aquellos á quienes vos haveis separado para el Santo Ministerio; haced que cada dia vaya creciendo este espiritu de reforma, y disciplina que haveis resucitado en nuestro siglo, y salvad á vuestro Pueblo dandole Ministros que no tengan mas interés que su salvacion.

Si, Catholicos; al delito de la Comunion indigna está anexa una maldicion, que casi no puede borrarse de la frente del alma pecadora; el que comete esta culpa es un Caín, que ha derramado la Sangre inocente. Puede ser que esta alma haga algunos esfuerzos para levantarse, pero no tendrán efecto, y luego bolverá á caer; acaso saldrá de los mas infames desordenes, pero su penitencia será defectuosa, y quedará con unas costumbres tibias, con las que se perderá absolutamente: casi no hay penitencia para la profanacion de la Eucharistía; no quiero decir que no puedan las lagrimas expiar esta culpa; pero rara vez se conceden para esto; no quiero decir, que no pueda la Iglesia perdonarla; pero casi no halla pecador que se arrepienta de ella.

En-

Entre los verdugos del Calvario se halló alguno á quien la misma Sangre que acababa de derramar le mereció la gracia de la Penitencia; pero el unico profanador de la Euchariſtía, de quien se hace mencion en el Evangelio, murió como un monſtruo, y como un desesperado; aquel perfido discipulo se reconoció, pero no se arrepintió; exclamó diciendo: pequé, pero no le fue perdonado su pecado, murió en su desesperacion, y asi murió reprobado. Satanás entró en su cuerpo al mismo tiempo que la Celeſtial vianda, y tomó posesion de aquel hombre de perdicion. *Poſt bucellam introivit in eum Satanas*, (a) y su muerte fue la mas terrible, y deplorable que se refiere en todos los libros santos.

El caſtigo que executa el Señor en los que imitan su delito, es tanto mas terrible quanto mas secreto. No muda el pan de vida, en hiel de Aspid, segun la expresion de Job, para que despedaze inmediatamente las entrañas del alma sacrilega, pero la hiere con una maldicion invisible, y la señala de antemano con un caractet de reprobacion. Por eso todas eſtas almas mundanas, de quienes hablo, que despues de unas coſtumbres licenciosas, llegan en estos santos dias á la mesa del Señor, sin mas disposiciones que una confesion precipitada, caen despues de la solemnidad en unos desordenes aún mas deplorables que los pasados, y su ultimo eſtado es peor que el primero; ven que sus pasiones se aumentan, y prevalecen aún con mas imperio, y tiranía que antes; que no son tan contenidas en la culpa, y que les cueſtan menos verguenza sus confesiones; antes conservaban algunos deseos de conversion, y penitencia, los que sentian avivarse quando se acercaba el tiempo de eſta santa solemnidad; pero despues que cumplieron infielmente con la solemnidad de la Pasqua,

(a) *Joan.* 13. *v.* 27.

despues que recibieron indignamente la Santa Carne del Señor, y despues que pasaron estos solemnes dias, se acaban estos movimientos, se sosiega su conciencia, cesan las inquietudes, y se desvanecen los remordimientos, y esto es lo que todos los dias estamos viendo en este santo tiempo. Al acercarse el tiempo de la Pasqua pensaban mudar de vida; pero despues de haver recibido los Sacramentos, no buelven á pensar en esto. La Comunion derrama nuevas tinieblas sobre su alma; el pan del Cielo solo sirve de fortificar en ellos el gusto del Mundo, y de la tierra; los mysterios terribles calman todos los temores de la fé; es decir, que á su profanacion sigue el mas formidable azote con que Dios castiga los pecados en la tierra; esto es, la tranquilidad en la culpa.

Oid, Catholicos, como se queja el mismo Señor por su Profeta. *No me hables mas*, le dice, *de las solemnidades de Judá*, porque no puedo sufrirlas; mira ese Pueblo, que en estos solemnes dias viene al pie de mi Altar á participar de las santas ofrendas, te parecerá que viene á santificar la gloria de mi nombre, que me agradan sus incienſos, y sacrificios, y que estos nuevos respetos harán que me olvide de sus iniquidades, pues te engañas. ¡Ah! La santa mesa de mi Altar está llena de vomitos, é inmundicias. *Omnes mensæ repletæ sunt vomitu, sordiumque.* (a) Son unos profanos que no hacen diferencia entre lo impuro, y lo santo. *Inter sanctum, & profanum non habuerunt distantiam*, (b) y en vez de glorificarme, me afrentan, y deshonran. *Et coinquinabar in medio eorum*, (c) los adulterios, las fornicaciones, los odios, las injusticias, las rapiñas, y las calumnias se presentan con confianza en este santo lugar; las manos que les ves levantar ázia el Cielo, aún están llenas de sangre,

y

(a) *Isai.28. v.8* (b) *Eccеq.22. v.26.* (c) *Ibid.*

y de abominacion, y sus sacrificios son deteſtables á la santidad de mi viſta, porque la manchan. *Et coinquinabor in medio eorum.* (a)

Evitad eſta desgracia, Catholicos; probaos antes que os presenteis en el Altar; llegad á él con aquellos movimientos de compuncion, y amor que se merece el pan de vida; haceos unos nuevos hombres; no éntre Jesu-Chriſto en vano en vueſtras almas; conservad eſte theſoro, y defendedle contra los enemigos de vueſtra salvacion, que harán nuevos esfuerzos para quitarosle; haceos dignos de ser templos, y morada de un Dios, que tiene la bondad de entregarse á vosotros; y no llegueis á llenar la medida de vueſtras culpas, en donde debierais hallar la fuente de las gracias, y la prenda de vueſtra inmortalidad. Amen.

(a) *Ibid.*

FRAG-

FRAGMENTO DE UN SERMON PARA EL DOMINGO *DE RAMOS.* SOBRE EL ENORME DELITO de las Comuniones indignas.

PUNTO.

A idea mas terrible que nos presenta el Apoſtol de los que comulgan indignamente, es que se hacen culpables del cuerpo, y sangre del Señor: *Reus erit corporis, & sanguinis Domini.* (a) Como el sacrificio de la Cruz se renueva todos los dias por parte de Jesu-Chriſto en nueſtros Altares, tambien se renueva por parte de los pecadores, que le reciben indignamente; y asi es indubitable que crucifican de nuevo al Señor, y con unas circunſtancias mucho mas odiosas, que quando fue crucificado en el Calvario.

Por-

(a) 1. *Corinth.* 11. *v.* 27.

Porque primeramente; si los Judíos, como dice el Apostol, huvieran conocido al Señor de la Gloria, no le huvieran crucificado; sus ultrajes se dirigian al hijo de Maria, y de Joseph, á un hombre, á quien tenian por impostor, y enemigo de Moysés, y de la ley; es verdad que no tenia escusa su engaño, porque los prodigios, la doctrina, la santidad de Jesu-Christo, y el cumplimiento de las Profecías en su persona, debieran haverlos abierto los ojos, y hacerlos conocer la salud que se les embiaba; pero finalmente, le desconocieron, y no le distinguieron de los falsos Mesías, que poco tiempo antes havian turbado la Palestina, y excitado sediciones en Jerusalen; y asi quando le castigaron con un infame suplicio, creían que glorificaban á Dios, y que vengaban los intereses de su ley, y de su culto. Pero vosotros, Catholicos, los que llegais á recibirle indignamente, le conoceis; los sagrados velos con que está cubierto no le ocultan á la vista de vuestra fé; sabeis que es el Señor de la Gloria, hijo del Altisimo, esplendor del Padre, Rey inmortal de los siglos, Salvador de los hombres, cabeza, y Esposo de la Iglesia; en él reconoceis todas estas augustas qualidades, y con este conocimiento llegais á ultrajarle; le obligais á que expire en vuestro cuerpo, como en una Cruz mucho mas infame, y dolorosa para él, sin comparacion, que la primera; los golpes que le dais, se dirigen á un Dios, y no podeis tener escusa para executar una accion tan execrable.

En segundo lugar; Quando los Judios clavaron en la Cruz á Jesu-Christo, aún tenia una carne que estaba sujeta á nuestras enfermedades; podia padecer, y morir; aún estaba revestido de la semejanza del pecado; la muerte era para el Señor como un destino natural por la libre eleccion que havia hecho de vestirse de una naturaleza condenada á esta triste ley; pero oy, amados oyentes mios, le sacais del seno de la gloria, le haceis

ceis bajar desde la dieſtra de su padre para exponerle á nuevos ultrajes : El mismo Señor nos dejó dicho que no moriria mas que una vez, y que su Resureccion pondria fin á la penosa carrera de sus trabajos; y vosotros le obligais á que los padezca de nuevo ; le despojais de aquel veſtido de gloria, y de inmortalidad, de que le reviſtió su padre al salir del sepulcro para ponerle otra vez un veſtido de purpura, y de ignominia : Clavais en la Cruz una carne gloriosa, que yá no havia de gustar la muerte. ¡Ah Señor ! Al tiempo de expirar sobre la Cruz dixiſteis, que yá haviais acabado con todo, os parecia que haviais llegado al felíz termino de vueſtras penas, y trabajos, y que yá eſtaba cumplido todo quanto havia podido inventar contra Vos la malicia de vueſtros enemigos; pero, Señor, todavia os esperaban nuevos ultrajes en vueſtra misma gloria ; en nueſtros Altares os eſtaba preparado un Calvario mas ignominioso ; y vueſtra Cruz, por decirlo asi, no era mas que el principio de vueſtros dolores, y penas : *Initium dolorum hæc.* (*a*)

En tercer lugar; los Verdugos, quando le crucificaban, cumplian con las ordenes de su Padre; executaban sin saberlo el decreto de muerte, que havia pronunciado contra su hijo en la persona del primer pecador : *Morte morieris* : (*b*) Y aún servian á aquel fin que desde el primer inſtante havia tenido el mismo Jesu-Chriſto de ofrecerse á su Padre en sacrificio : Parece que aquellos asesinos no hacian mas que cooperar con la justicia de Dios que le heria, y con su propio amor que le ofrecia en sacrificio ; aquel era el tiempo en que parece que todas las manos debian bolverse contra él; pero aho-

(*a*) *Marc.* 13. *v.* 8. (*b*) *Genes.* 2. *v.* 17.

ahora, Catholicos, le afrentais al mismo tiempo que el Padre le glorifica, no le entrega á vueſtra discrecion, como le entregó entonces, le arrancais de su paternal seno, como á pesar suyo, para quitarle otra vez la vida, nadie coopera con vosotros á obrar eſte myſterio de muerte, el mismo hijo de Dios no se entrega voluntariamente como entonces; vosotros solos sois los unicos que teneis parte en eſte funeſto sacrificio, los unicos que le quereis, y los unicos que le executais: El Cielo, y la tierra se horrorizan, y el enorme delito de su sangre derramada, cae solamente sobre vosotros.

En quarto lugar; la culpa de los que le crucificaron, fue util á todos los hombres: Derramaron una sangre que lavó nueſtras manchas, sacrificaron un Cordero, cuyo sacrificio nos reconcilió con Dios, dieron muerte á un juſto, cuyo sepulcro fue glorioso, y en el que quedó vencida la misma muerte, abrieron un coſtado, del que nació la Iglesia de las naciones, y del que salieron todos los juſtos de los futuros siglos, atravesaron unas manos, de donde corrieron á millares las gracias sobre el Universo, coronaron una cabeza sagrada, que de eſte modo quedó conſtituída Reyna de los hombres, y de los Angeles, levantaron una Cruz, que triunfó despues de todo el Mundo; en una palabra, eſta fue una de aquellas felices culpas que sirvió de consumar la obra de nueſtra salvacion, y de cumplir los eternos designios de Dios para con su Iglesia: Pero quando vosotros os llegais al Altar á crucificarle, y os haceis en él culpables de su cuerpo, y de su sangre, recibiendolos indignamente, ¿qué utilidad puede sacar la tierra de vueſtro sacrilegio? ¿Qué gloria puede resultar al Señor del ultraje que le haceis? ¿Quereis saberlo? Los males públicos, las nuevas calamidades, y las desgracias de la Iglesia. ¡Ah! si el Apostol se quejaba en otro tiempo de que las enfermedades populares, las muertes, y los accidentes funeſtos eran efectos de las comuniones indignas: *Ideo inter vos dor-*

miunt multi. (*a*) Y si se quejaba en un siglo, en que cada uno derramaba su propia sangre por Jesu-Christo en vez de profanar la del Señor, en que la Eucharistia hacia Martyres, y no sacrilegos; si se quejaba á la Iglesia de Corintho, que casi toda se componia de Profetas, Apostoles, Martyres, Doctores, y fieles, que havian recibido el don de lenguas, el de milagros, y la efusion visible del Espiritu Santo; si en aquellos siglos de fé, y de fervor no señalaba el Apostol otra causa de las calamidades que afligian á la Iglesia de Corintho mas que las comuniones indignas: ¡Gran Dios! ¡Qué castigos no deben atraer sobre nosotros tantos Ministros indignos, tantas almas, ó temerarias, ó hypocritas, que en un siglo tan corrompido llegan á presentarse á nuestros Altares! No hay que dudar, Catholicos, si el Señor continúa castigandonos por tanto tiempo, si derrama sobre nuestras Ciudades, y Provincias el caliz de su furor, si vemos tantas personas, heridas como por una mano invisible, caer repentinamente á nuestro lado, si vemos tantas muertes improvisas, unas caídas tan terribles, afrentada la Iglesia por aquellos mismos que debieran ser su apoyo, y ornamento, ¿de dónde hemos de creer que nos vienen estos castigos tan dilatados, y crueles, sino de el mismo Santuario? ¿Dónde pueden haverse formado estas borrascas, y tempestades, que há tanto tiempo que están descargando sobre nuestras cabezas, sino en los mismos Altares? ¡O Dios mio! Vos solamente estais armado para vengar las Comuniones indignas, y la profanacion de vuestros Santos Mysterios. Esta, Catholicos, es la raíz de las desgracias publicas: Porque si en el Calvario no pudo el Cielo mirar sin horror el delito de los que dieron la muerte á Jesu-Christo, no obstante depender de ella

(*a*) 1. *Corinth.* 11. *v.* 13.

ella la salud de todos los hombres; si toda la naturaleza recayó, por decirlo asi, en su antiguo cahos; si todose confundió; si se rasgó el velo del Templo; si todo el Universo se manifestó herido de la mano de Dios, ¿qué otro efecto puede producir este mismo atentado, renovado mil veces en el Altar, sino el desorden de las estaciones, la confusion de la naturaleza, las inquietudes, y cismas, que despedazan la Iglesia: En una palaba; el trastorno general de todo el Universo?

En quinto lugar: Los motivos de los que le crucificaron, podian en algun modo disculpar lo enorme de su delito. Primeramente: Los Sacerdotes, y Phariséos, intentaban dar muerte á un hombre, que los havia desacreditado, que havia hecho patente al Pueblo, el engaño de sus procederes, que los havia llamado sepulcros blanqueados, y se interesaban en que su mismo acusador fuese condenado como reo, porque su suplicio debia servir de Apología á su virtud. Pero vosotros, Catholicos, le entregais al mismo tiempo que él os está perdonando, ó disimulando vuestras faltas, quando teniendo lengua no usa de ella para condenaros, quando teniendo ojos, no quiere ver los secretos desordenes, de que sois culpados: En un tiempo, en que vosotros os acercais á él para darle el perfido beso, no os amenaza, no se descubre para deciros como á aquellos sacrilegos Soldados: Ved aqui á Jesus á quien buscais. En un tiempo, en que pudiera manifestar con un publico castigo, la perfidia con que llegais al pie de sus Altares, y en el que no obstante calla, condescendiendo con vosotros, y quiere ignorar lo que sois, por no cubriros de una eterna ignominia, en presencia de vuestros hermanos, escogeis este tiempo, para hacerle el mayor de todos los ultrajes. En segundo lugar: No se dice que los que tuvieron parte en su muerte, fuesen del numero de aquellos ciegos á quienes havia dado vista, ó de aquellos cojos, y leprosos, á quienes havia curado, ó de los muertos á quienes havia

resucitado; estos, sino le defendieron contra la violencia, y autoridad de sus enemigos, á lo menos, no se hallaron presentes entre sus Verdugos, á lo menos, no se les oyó clamar, venga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos; y yá que el agradecimiento no los hizo gloriosos confesores de su nombre, á lo menos, no los confundió la ingratitud con los que le pusieron en la Cruz.

Pues ved ahora, Catholicos, la enormidad del delito del pecador que comulga indignamente: Es un ciego, á quien ha dado vista Jesu-Christo, un leproso, á quien ha curado muchas veces, un muerto, á quien ha resucitado su bondad, aún tiene sobre sí las preciosas señales de sus favores, está sellado con el indeleble caracter de sus dones: Solo este reconocimiento debiera bastar, para que viviese obligado á su libertador, y no debiera presentarse en el Altar, sino para rendirle los respetos de su amor, y de su agradecimiento: Que el infiel, á quien ha despreciado Jesu-Christo, que el barbaro, á quien por sus justos juicios, ha dejado en las tinieblas de la superstición, é impiedad, le deshonren en sus Altares, no parece tan estraño; á estos los trata el Señor con rigor, no los ha puesto entre las obejas, que deben oír su voz, parece que solo les dió la vida para que sirviesen de exemplares de su justicia: Pero un fiel, con quien se ha manifestado tan liberal; un discipulo de su Evangelio, á quien ha revelado todos sus Mysterios, comunicado sus dones, y asociado á la esperanza de sus promesas; un Christiano, que es carne de su carne, hueso de sus huesos, por la inefable union, que con él ha adquirido por medio de el Bautismo, ¿cómo puede armar contra el Señor unas manos que están consagradas con su Sangre? ¿Podrá llegar á insultar á su bienhechor en el lugar en donde mas señala por sus beneficios? ¡Ah! De esto es de lo que el mismo Señor se queja por su Profeta: Si un enemigo mio, dice, si un infiel, que no me conociera, y que casi no huviera recibido de mí beneficio alguno, me cargara de

opro-

oprobrios, lo sufriera con paciencia: *Si inimicus meus maledixisset mihi sustinuissem utique.* (a) Pero vosotros, que no haviais de formar conmigo mas que un solo cuerpo, y una alma; vosotros, que erais del numero de mis discipulos, y amigos: *Tu vero homo unanimis, dux meus, & notus meus.* (b) Vosotros, á quienes miraba yo con especialidad, en la carrera de mis trabajos; á quienes distinguia entre los demás discipulos, con mil particulares demonstraciones de amor; ¿vosotros pagais mis favores con ultrajes? *Tu vero homo unanimis, dux meus, & notus meus*: Por eso en la Cruz intercedió por sus verdugos: *Padre mio, perdonadlos*, decia estando para espirar, *porque no saben lo que hacen.* (c) Pero en el Altar no puede ver pisada su Sangre, sin pedir venganza contra los que la profanan.

En sexto lugar: Aunque el Cordero sin mancha fue condenado á morir desde el principio del mundo, con todo eso, puede muy bien decirse, que quando le crucificó la perfidia de los Judios, en algun modo, aún no havia rescatado á los hombres: La sangre que derramaba aún no havia lavado sus iniquidades; pero vosotros que llegais á crucificarle en el Altar, profanais una sangre que mil veces ha lavado vuestras manchas; pisais una carne, que ha sido el sagrado conducto por donde haveis recibido todas las gracias, una carne que ha sido medianera de nuestra reconciliacion, una carne que todavia conserva las señales gloriosas de la victoria que consiguió para vosotros de la muerte, y del infierno, una carne que recibida en vuestro pecho debiera ser la raiz, y la prenda de la immortalidad de la vuestra, una carne que se ha abierto el camino del Cie-

(a) *Psalm.* 3. *v.* 13. (b) *Ibid. v.* 14.
(c) *Luc.* 27. *v.* 24.

Cielo, y por la qual solamente teneis derecho de entrar en él, una carne que fue formada para vosotros, que fue clavada en una Cruz por vosotros, que peleò y venció por vosotros: ¡Ah! En las hiſtorias eclesiaſticas se refiere, que un Religioso Emperador besaba con respeto las gloriosas heridas, que unos Santos Obispos havian recibido por la confesion de la Fé de Jesu-Christo, las que aún se manifeſtaban en sus cuerpos, siendo asi que no havian sufrido los tormentos, por aquel Emperador, siendo asi que no havian recibido aquellas iluſtres señales de valor, por defensa de su gloria, y de su Imperio: ¿Y es posible, amados oyentes mios, que eſtando viendo en el Altar la carne de Jesu-Chriſto, señalada aún con las preciosas cicatrices de las heridas que recibió por vosotros, y que aún conserva las gloriosas señales de la victoria que alcanzó de vueſtros enemigos; ¿éſtas señales tan amorosas, no han de excitar vueſtro respeto, ni han de despertar vueſtro conocimiento? ¿Y en vez de darlas el beso de paz, y de amor, haveis de despedazar vosotros mismos eſta sagrada carne, haciendo en ella mas profundas, é ignominiosas heridas que las primeras? ¿No sois los hijos mas desnaturalizados, y los mas ingratos de todos los pecadores?

En septimo lugar: El delito de los Judíos no tuvo mas resultas que la perdida de la vida natural del Salvador, y la confusion de ver descender haſta el horror del sepulcro, á aquel á quien los Cielos, y la tierra no podian contener. Pero aqui no solamente le privais de la vida natural en quanto eſtá de vueſtra parte, sino tambien del fruto de su muerte, eſto es, de la vida de la gracia que queria introducir en vueſtras almas: Quitais la vida á todos sus dones, á su caridad, á su fé, y á su esperanza, porque no nacen en vosotros, y le dais una muerte universal; no haceis ya que descienda á un sepulcro de piedra, en el que haſta entonces nadie havia eſtado, sino á vueſtro corazon, á un sepulcro lleno de huesos, y podre-

dredumbre; á vuestro corazon donde halla los espiritus impuros, que son dueños de él; no baja, como bajó en otro tiempo á los infiernos, acompañado de las señales gloriosas de su victoria, para dár libertad á los cautivos, y romper las cadenas de los que estaban esperando su venida, sino que baja á vuestro corazon con un aparato triste, y lugubre, para quedar él mismo cautivo en él, para verse en él hecho la befa de sus enemigos; para sufrir sus burlas, é improperios; para verlos sentados sobre el trono de vuestras almas, mientras él mismo, que las rescató á tan gran precio, que las sacó de las nada, que tantos derechos tiene sobre ellas, y que debiera estár alli como su soberano dueño, se vé tratado como un vil esclavo sin hallar donde reclinar su cabeza.

En octavo lugar: En el Calvario estuvo acompañada su muerte de mil gloriosas circunstancias, y en un Mysterio de tanto abatimiento no dejaron de manifestarse su poder, y Divinidad; toda la Naturaleza le reconoció por su Autor; el Centurion confesó que era hijo de Dios, los muertos resucitaron, él mismo resucitó al tercer dia, y reparó con la gloria de este Mysterio, toda la ignominia que pudo tener su muerte á la vista de los hombres; pero la muerte que padece en el Altar á manos del pecador sacrilego, es un mysterio de ignominia para el Señor; en él nada hay que repare el agravio que padece su grandeza, y magestad, nada hay que le consuele en sus ultrajes, nada que suavice la hiel, y el axenjo de su Caliz; la naturaleza le deja padecer sin hacer demonstracion alguna, los asistentes le ven morir en vuestras manos sin compadecerse, por decirlo asi; los muertos que descansan debajo del Altar, y que estan depositados dentro de este santo edificio no interrumpen su sueño; las piedras del Templo no se rompen, ni exclaman á su modo; el velo que cubre los Mysterios Santos queda inmobil; todo se mantiene en un profundo silencio, todo mira con indiferencia la nueva crucifixion del Señor; en vez de hallarse Centu-

turiones, que confiesen que es hijo de Dios, los mundanos, que ven al alma pecadora acercarse al Altar, y que saben que la relajacion de sus costumbres, desmiente la devocion de este acto, toman ocasion para blasfemar del nombre del Señor, para desacreditar la virtud, y á los que la practican, y para decir como el Phariseo, si este Jesus fuera Profeta, conoceria sin duda, quien es esta muger que se llega á tocarle, y recibirle. Finalmente, Jesu-Christo no baja al cuerpo del pecador para resucitar en él, sino para morir en él para siempre; para ver en él la corrupcion; y para sellar en él con el sello eterno la muerte, y reprobacion de aquella alma.

Por eso, Catholicos, el unico profanador de la Eucharistía, de quien se hace mencion en el Evangelio, muere como un miserable, y como un desesperado; se reconoce, y no se arrepiente; llora pero no expía su culpa; exclama, pequé, pero no se le perdona su pecado; muere en la desesperacion, y reprobado; su alma quiere salirse en fuerza de su dolor, y sus entrañas, impacientes de tener cautivo á todo un Dios en un lugar de tanto horror, se abren como para franquearle un nuevo camino, y librarle de la corrupcion; con todo eso, Judas no creyó haver hecho traycion á su Señor; no miraba á JesuChristo mas que como á un hombre justo; quando recibió su cuerpo, solamente creyó recibir un symbolo de su amor, y quando fue al Templo à arrojar el precio de su perfidia, no se quejó de haver hecho traycion, y profanado el cuerpo de un Dios, sino solamente de haver entregado la Sangre inocente; y con todo eso, esta ignorancia no le libra del suplicio mas terrible, y deplorable de que se hace mencion en los libros santos. Los verdugos se convirtieron; entre los que crucificaron á Jesu-Christo huvo algunos á quienes la misma Sangre que acababan de derramar, mereció la gracia de la Penitencia; pero Judas que le crucificó en la Cena, fue reprobado como Anathema; ni su Apostolado, ni los prodigios que havia hecho, ni

el

el tiempo que havia pasado en compañia del Salvador; nada bastó para mudar la sentencia de su reprobacion, y no se le concedió tiempo para arrepentirse.

Sí, Catholicos, Jesu-Christo Señor nuestro, no se ha manifestado tan zeloso de la honra de su cuerpo natural, como de la de su cuerpo Eucharistico; perdonó los atentados cometidos contra el primero, pero no ha hecho la misma gracia á los segundos; se contentaba con tener para sí una habitacion pobre, y humilde, muchas veces no tenia donde reclinar su cabeza; al tiempo de nacer se contentó con habitar entre viles animales, pero quando quiere celebrar su cena, avisa que se le disponga un lugar decente, espacioso, y adornado. *Cœnaculum grande ſtratum.* (a) Previene, y quiere que todo se halle dispuesto, y que corresponda á la magnificencia, y santidad de este Sacramento. Juzgad, pues, Catholicos, qual será el delito de las comuniones indignas; en ellas renueva el pecador el espectaculo de la Cruz con unas circunstancias infinitamente mas ignominiosas para Jesu-Christo, que las del Calvario. ¡Ah! Si aquella agua de los zelos, y sospechas de que se habla en el Levitico, se convertia en agua maldita para el alma adultera, si no podia permanecer en su estomago sin romper sus entrañas, y sin hacerla padecer los mas crueles dolores, ¡Gran Dios! la Sangre de vuestro Hijo recibida en un cuerpo manchado, ¿podrá mantenerse en él sin herirle con la misma maldicion, y sin que el pecador expire al pie del mismo Altar á donde vá á cometer su sacrilegio? Si el Arca no pudo estár antiguamente al lado de Dagon sin echarle por tierra, y hacerle pedazos, la verdadera Arca de la Alianza, Jesu-Christo Señor nuestro, podrá permanecer dentro de un idolo abominable, y de una alma corrompida, sin confundirla, y reducir á cenizas el infame cuerpo que le encierra. Si an-

(a) *Marc.* 15.

tiguamente salió de lo intimo del Santuario un fuego vengador, para abrasar á los temerarios que iban á ofrecer incienſos con un fuego eſtraño, ¿no debieran salir del Alta en que reside el Rey de la Gloria, unas vengadoras llamas que consumiesen á los pecadores que llegan á ultrajar la Mageſtad de su Dios? Si en otro tiempo nadie podia acercarse al monte donde el Señor daba su ley, sin ser atravesado con rayos, Jesu-Chriſto desde su Altar, desde aquella Myſteriosa Montaña, en donde es Legislador de su Iglesia, debiera sin duda arrojar rayos, para vengar su gloria, y caſtigar la insolencia del profanador que llega á ultrajarle en el lugar de su descanso; pero executa unos caſtigos mas secretos, y terribles, de los que aquellos no fueron mas que unas debiles figuras. No enciende su juſticia el fuego vengador en el Santuario, sino en el lugar de los suplicios en donde nunca se ha de apagar; no caſtiga al pecador con una muerte visible, sino con una invisible anathema; no caſtiga despedazando las entrañas del alma sacrilega, sino cerrando sus propias entrañas para no compadecerse de ninguna de sus necesidades, abandonandola, y entregandola á toda la corrupcion de su propio corazon: Sin duda, Catholicos, que no os asuſtan eſtas desgracias, porque os persuadis que no se dirigen á vosotros; os persuadis á que no sois del numero de aquellos desdichados, que han de ir á comer, y beber su condenacion en los solemnes dias que se acercan; os parece que no haveis de llegar al Altar haſta despues de haver purificado vueſtras conciencias en el baño de la Penitencia; veamos, pues, si baſta eſta precaucion para evitar una Comunion indigna, y si el numero de pecadores, que en eſta auguſta solemnidad se hacen reos del Cuerpo, y Sangre de Jesu-Chriſto es mayor de lo que pensamos; para conocer eſto baſta explicar quales son los requisitos necesarios para comulgar santa, y utilmente, y aplicandose despues cada uno las reglas que ha dejado Jesu-Chriſto á su Iglesia, podrá juzgarse á sí mismo, y ver si tiene que temer quando llegue á presentarse al Altar.

SR-

SERMON

PARA EL VIERNES SANTO.

SOBRE LA PASION DE NUESTRO Señor Jesu-Christo.

Consumatum est.

Yá está todo acabado. *Joan. 19. v. 30.*

ESTAS son las ultimas palabras con que el Salvador, al tiempo de expirar oy en la Cruz, consuma su sacrificio; estos los ultimos suspiros que recogen de su boca moribunda, las Santas Mugeres, y el Discipulo amado; estas las ultimas instrucciones que reciben de su Divino Maestro: De este modo se ausenta de la tierra, y deja á sus amados Discipulos igualmente consternados por el dolor de perderle, y por el profundo Mysterio de estas ultimas palabras. Ya está todo acabado. *Consumatum est.*

Y á la verdad, qué pudieron entender por estas palabras? ¿A qué tristes pensamientos no se abandona su espiritu timido, y cobarde en aquel terrible instante? Puede ser que el Sol que se eclipsa, la tierra que se estremece, y se cubre de luto, los sepulcros que se abren, los muertos que resucitan, y toda la naturaleza que parece trastornarse, y confundirse, puede ser que les persua-

diese que Jesu-Christo les anuncia, que todo iba á fenecer con su muerte ; que el Mundo no podia sobrevivir á la muerte de su Autor ; que el atentado cometido en su persona no podia expiarse sino con la entera ruina del Universo ; quanto le havian oído decir en el discurso de su vida acerca de la proximidad del ultimo dia no contribuiria poco á confirmarlos en este funesto pensamiento ; puede ser que creyesen que todo se iba á acabar: *Consumatum est.*

Pero nosotros, Catholicos, sabemos, que quando llegue el fin de los siglos no ha de parecer el hijo del hombre, abatido, y cargado de oprobrios en una Cruz como oy le estamos viendo, sino sentado sobre una nube de gloria, rodeado de Angeles, y precedido de poder, terror, y magestad : Procuremos, pues, aclarar la santa obscuridad de estas ultimas palabras, pues sin duda encierran en sí grandes instrucciones, y toda la doctrina de la Cruz.

En primer lugar ; muchas veces havia declarado el Señor por sus Profetas, que no le agradaban los sacrificios de Cabritos, y Toros, despreciaba lo imperfecto de estas hostias, y no las huviera sufrido, á no descubrir en ellas las futuras, y significativas señales del sacrificio de su hijo ; estas eran unas toscas figuras, que suspendian su justicia, pero no podian satisfacerla ; la muerte de Jesu-Christo perfeccionó todos los defectos de aquellos antiguos sacrificios, y la justicia de su eterno Padre no tiene yá mas que pedir al hombre. Primera consumacion.

En segundo lugar ; los subditos del Padre de familias no le havian hasta entonces ofendido mas que en las personas de sus siervos : Jerusalen solamente havia dado la muerte á los Profetas, que la havian sido embiados, y aún no estaba llena la medida de sus culpas ; y asi era preciso que se derramase la sangre del hijo, y del heredero, y que de este modo se consumase la iniqui-

quidad de aquel ingrato Pueblo. Segunda consumacion.

Finalmente; los justos de los antiguos tiempos, que antes havian glorificado á Dios, muriendo por la verdad, no sacrificaron mas que una vida triste, y desgraciada, expuesta á las tentaciones de los sentidos, y de la carne, y un cuerpo sujeto á la maldicion de la muerte: Pero Jesu-Christo renuncia la vida mas feliz, incapaz de ser manchada con pecado alguno; ofrece una alma que nadie podia quitarle, si él no la quisiera entregar, y gustando voluntariamente la muerte de que estaba esento por razon de su propia naturaleza, dá á su Padre la mayor señal de amor, que hasta entonces havia dado justo alguno. Tercera consumacion.

Es decir; que la muerte del Salvador encierra tres consumaciones, las que nos explicarán todo el mysterio de este grande sacrificio, cuyo espectaculo renueva oy nuestra Madre la Iglesia honrando su memoria; una consumacion de justicia por parte de su eterno Padre; una consumacion de malicia por parte de los hombres; y una consumacion de amor por parte de Jesu-Christo. Estas tres verdades serán el asunto de este discurso, en la historia de las ignominias del hombre de Dios; en ellas hallaremos instrucciones sólidas, y verdades, que el Mundo no conoce, porque el Mundo no conoce á Jesu-Christo, y veremos que la Cruz es la condenacion del pecador, y la consumacion de su ingratitud.

Pero con todo eso, ó Cruz adorable, Vos sois el unico asilo que nos queda: oy está pendiente de Vos nuestra esperanza, nuestra salud, nuestro remedio, nuestro Evangelio, y nuestra ley, todo está unido á vuestro sagrado leño; Vos nos conservais la divina prenda de nuestra paz, y de nuestra reconciliacion con Dios; Vos sois, oy especialmente, un trono de misericordia, adonde podemos llegar con confianza, y asi nos postramos á vuestros pies, diciendo con toda la Iglesia: *O Crux, Ave &c.*

PRI-

PRIMERA PARTE.

NO sería Dios sabio, santo, justo, ni aún bueno, si pudiera dejar al pecado sin castigo, dice San Agustin; Dios es deudor á su gloria de la venganza de los ultrajes que le hace el pecador, rebelandose contra ella, á su sabiduria del restablecimiento del buen orden que turba el pecador con sus transgresiones, á su bondad de la correccion de los delitos que el pecador autorizará con su exemplo, mientras no recibe el castigo á su santidad de no comunicarse á una criatura manchada, y de hacerla infelíz abandonandola; en una palabra á todas sus perfecciones es deudor del castigo el pecado.

Pero su justicia que pide el castigo del pecador, aún quando le executa, no halla en él con que poder satisfacerse, y desagraviarse; esta victima no es digna del Señor; el hombre puede ofenderle, pero no puede reparar la ofensa, porque ¿quién es el hombre, dice Job, comparado con Dios? Y asi era preciso que en lugar del hombre se sostituyese una victima de infinito precio; que no pudiendo la tierra producir criatura alguna, capaz de aplacar á su Dios, y de reconciliarle con el hombre, se bajasen los Cielos, y nos embiasen un justo que sirviese de reconciliador á la tierra; y que una hostia por sí sola capaz de glorificar al Señor con sus abatimientos, aún mas de lo que el hombre le havia ultrajado con su desobediencia se pusiese entre sus rayos, y nuestros delitos, y atraxese sobre sí sola todos los castigos, que su justicia havia destinado contra nosotros. Este fue el designio de la sabiduria, y bondad de Dios, en el grande sacrificio que os ofrece su hijo por todos los hombres.

Y para mejor conocer esta verdad, os suplico que advirtais, Catholicos, que el pecado incluye en sí tres desordenes; uno en el entendimiento por la falsa idea

que

que se forma el pecador de la accion prohibida ; otro en el corazon que se rebela contra la ley , y no quiere sujetarse á su Dios; y otro en los sentidos, que salen de su uso natural, y arraſtran á la razon ázia sus objetos , quando debieran seguirla. Oy expia el Salvador en su agonía eſtos tres desordenes con unas penas proporcionadas á cada uno de ellos. Primeramente; la juſticia de su Padre se propone el contriſtar su espiritu , figurando en él los mas vivos horrores de la culpa : En segundo lugar se propone humillar su alma, cubriendola con toda la ignominia del pecado : Finalmente ; se propone reducir su cuerpo al ultimo desfallecimiento , dejandole que padezca anticipadamente los dolores debidos al pecado: La narracion sencilla de eſta hiſtoria baſta para darnos pruebas suficientes de eſtas verdades. El asunto por sí mismo merece tanto vueſtra atencion , Catholicos, que no hay necesidad de que yo os la encargue.

Haviendo llegado la hora en que Jesu-Chriſto debia pasar de eſte Mundo á su Padre , despues de haver dado á los suyos las ultimas señales de su amor , en la inſtitucion de la nueva Pasqua , y de haveros fortificado contra el escandalo de su Pasion con la gracia de aquel celeſtial suſtento , y con las mas afectuosas inſtrucciones , que un buen Señor , y Padre puede persuadir en aquellos ultimos inſtantes ; no ignorando cosa alguna de quanto le havia de suceder , sale acompañado de sus Discipulos como una victima que vá por sí misma al lugar en donde ha de ser sacrificada ; vá al huerto de las Olivas á tratar por la ultima vez con su Padre del gran Myſterio de la Redencion de los hombres ; como aún se hallaban flacos sus Discipulos , quiso escusarlos el espectaculo de sus congojas , y agonía , se separa de ellos , poſtra en la tierra su roſtro , y aceptando en la presencia de su Padre toda la amargura de su Caliz , le dice : Padre juſto , ved yá que por ultimo ha llegado el dia de vueſtra gloria , y de mis oprobrios ; las victimas , y ho-

lo-

locauſtos de la ley no eran dignos de vueſtra Mageſtad; pero me haveis formado un cuerpo, cuyo sacrificio, y cuyos tormentos satisfarán á vueſtra juſticia; yo no vine al Mundo sino para hacer vueſtra santa voluntad, y la ley de muerte, que desde el principio haveis pronunciado contra mí, ha sido siempre el mas ardiente deseo de mi corazon.

Apenas aceptó el alma santa del Salvador, el sangriento miniſterio de nueſtra reconciliacion, quando empezó la juſticia de su Padre á mirarle como á un hombre de pecado: Desde entonces no mira en él á su hijo querido, en quien havia pueſto toda su complacencia, no vé en él mas que una hoſtia de expiacion, y de ira cargada con todas las iniquidades del Mundo, la que no puede menos de sacrificar á toda la severidad de su venganza, y desde entonces empieza á caer sobre aquella alma pura, é inocente todo el peso de su juſticia; aqui fue donde Jesu-Chriſto, Jacob verdadero, eſtuvo luchando toda la noche con la indignacion del mismo Dios, y en donde consumó anticipadamente su sacrificio, y de un modo mucho mas doloroso, porque su alma santa vá á expirar, por decirlo asi, á impulsos de los golpes de la juſticia de un Dios irritado, pero en el Calvario solamente será entregado al poder, y furor de los hombres.

Porque en primer lugar; la juſticia de Dios aflige al alma de Jesu-Chriſto, figurando en ella los mas vivos horrores del pecado, y para mejor examinar eſta primera circunſtancia de su agonía, reparad, Catholicos, en que lo que regularmente disminuye en nosotros el horror del pecado, es primeramente, una falta de luz: Nueſtra alma sepultada toda en los sentidos, casi no conoce mas que las cosas sensibles; nos mueve muy poco el horror del pecado, que mata el alma, y la separa eternamente de Dios; nos atemoriza el miedo de la eternidad de suplicios, que la eſtán deſtinados, pero no la infamia, y el horror de la transgresion, por la que se ha-

hace merecedora de estos suplicios: Al contrario, nos parece que la pena excede á la ofensa, y que Dios es demasiado severo, pues castiga unas infidelidades transitorias con unas penas eternas; Y asi, miramos al pecado que borra de nuestras almas el sello de nuestra salvacion, y el caracter, y señal de hijos de Dios, y que nos hace enemigos suyos, le miramos como una flaqueza, una inclinacion natural, un efecto de la edad, y una ley de la complexion, y como no conocemos ni la eterna verdad, à la que ultraja el pecado, ni la justicia que arma contra sí, ni el buen orden que destruye, ni la caridad, á quien apaga, ni la santidad, á quien afrenta, ni los bienes eternos, de que nos priva, ni toda la estension de los funestos males en que nos precipita, le tememos poco, porque no le conocemos.

Pero el alma santa del Salvador, llena de gracia, de verdad, y de luz, vé todo el horror del pecado; vé su desorden, su injusticia, y su fealdad inmortal; vé sus deplorables resultas, y que de esta fatal raíz nacen, y se derraman en la tierra, la muerte, la maldicion, la ignorancia, la sobervia, la corrupcion, y finalmente todas las pasiones. En este doloroso instante se le presenta la duracion de todos los siglos, desde la sangre de Abél, hasta su consumacion, vé una tradicion continuada de delitos en la tierra: Recorre la funesta historia del Universo, y nada se oculta á los secretos horrores de su tristeza; vé las mas monstruosas supersticiones establecidas entre los hombres, borrado el conocimiento de su Padre, ensalzados á divinidades los infames delitos; vé que los adulterios, los incestos, y las abominaciones tienen sus Templos, y Altares, que la impiedad, y la irreligion es el partido de los mas moderados, y prudentes. Si se buelve ázia los Siglos Christianos, descubre en ellos los males futuros de su Iglesia, los cismaticos errores, las disensiones, que havian de romper el precioso mysterio de su unidad, la profanacion de sus Altares, el in-

digno uso de sus Sacramentos, la extincion casi absoluta de la fé, y las costumbres corrompidas del Paganismo restablecidas entre sus Discipulos : Esto es lo que se le presenta á aquella alma santa.

Vé con particularidad la historia de cada pecador, desde el fatal instante, en que empezó á mancharse su alma hasta el dia de oy ; nada se le oculta de los horrores de vuestra vida pecaminosa, Catholicos ; vé esa infame pasion, que os ha acompañado en todas las edades, y que ha inficionado todo el curso de vuestra vida; vé lo inutiles que han sido sus gracias en vuestro corazon, y el desprecio que haveis hecho de sus luces ; vé que vuestra sangre, vuestro nacimiento, vuestras riquezas, vuestros talentos, que son beneficios de su mano liberal, se han hecho por el desorden de vuestro corazon la raíz, y motivo de todas vuestras culpas ; vé los secretos abysmos de vuestras conciencias, que tanto temeis manifestar en estos dias de salud, aquellas turbaciones, é inquietudes de una verguenza mal entendida, que os hacen titubear entre la obligacion, y los vanos temores; vé vuestra alma en el mismo estado, en que oy se halla, acaso combatida con los deseos de mudar de vida, agitada con los mas vivos remordimientos, y sin atreverse con todo eso á romper sus cadenas, cansada de la culpa, y sin tener valor para declararse por la virtud, fastidiada del Mundo, y sin poder vivir sin él, desgraciada en su infidelidad, y no obstante siempre infiel : ¿Qué mas diré? Compungida con la solemnidad de estos santos dias, y acaso limitando todo el fruto de estos santos mysterios, y de las verdades que ha oído, durante esta santa carrera de penitencia, á la profanacion de las cosas santas, y á celebrar una Pasqua que acabará de llenar la medida de todos los demás delitos.

Estos son los horrores con que aquella alma santa se vé cargada delante de su padre. Todas las venganzas que ha havido en el Universo, despues que se derramó la sangre

gre de Abél, todas las monstruosas impurezas, desde que los hijos de Dios hicieron infames alianzas con las hijas de los hombres; todas las execrables impiedades, desde que la posteridad de Caín empezó á edificar Ciudades, y á hallar en el yerro, y en el bronce idolos dignos de sus respetos; todas las blasfemias, desde que los hijos de Noé intentaron levantar un edificio contra el Cielo; todos los atentados cometidos contra la paternal piedad, desde que Chán se atrevió á burlarse de la mysteriosa embriaguez del Santo Patriarca; en una palabra, no huvo monstruosidad en la tierra, tanto en los siglos pasados, como en los futuros, que no se manifestase en aquel funesto instante á aquella alma inocente; humilla su sagrada cabeza bajo esta terrible Cruz; las culpas de todos los hombres se hacen como culpas propias suyas; lleva sobre sí un Mundo de iniquidades, mucho mas pesado, que el que mantiene con la fuerza de su palabra; porque como dice la Escritura sagrada, sobstiene el Universo como jugando; pero aqui se queja por su Profeta, de que los pecadores han agravado su yugo, que han puesto sobre sus hombros el peso de sus delitos, y que no ha podido sufrirle: La falta de zelo es la segunda causa que minora en nosotros el horror al pecado; nos mueven muy poco los ultrajes, que se hacen á Dios, porque le amamos poco; porque el amor es la medida del dolor; solamente nos mueven nuestros propios intereses, nuestra gloria, nuestros placeres, y nuestra fortuna, porque no amamos mas que á nosotros mismos. La gloria de Dios es para nosotros una pura especulacion, que no pone cosa alguna real, y verdadera en nuestros corazones, y asi, con tal que aquellas personas, que dependen de nosotros, sean fieles en sus ministerios, atiendan con solicitud á nuestros intereses, respeten á nuestras personas, y cuiden de agradarnos, hacemos poco caso de que vivan sin orden, sin regla, y sin temor de Dios.

Pero el alma santa del Salvador, que solamente busca

la gloria de su Padre, y que le ama con un amor inmenso, y mas abrasado, que el de todos los Cherubines, siente vivamente los ultrajes, que se hacen á su suprema grandeza. El dolor de David por las prevaricaciones de la tierra, la amargura, y zelo de Elías por los escandalos de la idolatria de Israel, la triſteza, y lagrimas de Jeremías por las infidelidades de Jerusalen, no eran mas que unas debiles imagenes de la triſteza del alma del Salvador; quanto mayor era el amor que tenia á su Padre, mas padece al ver los delitos de todos los hombres, y como el exceso de su amor no tiene limites, tampoco los tiene el de su dolor, y martyrio.

¡Ah! Nosotros algunas veces quisieramos saber si verdaderamente nos hemos convertido á Dios, y si nos hallamos en su amiſtad, y gracia: Es verdad que ninguno puede saber si es digno de amor, ó de odio; pero si eſto pudiera averiguarse en eſta vida, sería preguntandonos á nosotros mismos, si nos afligen, y atraviesan el corazon los escandalos que eſtamos viendo todos los dias, si las conversaciones de los impíos, las disoluciones mundanas entre que vivimos, los males de la Iglesia, la profanacion de los Templos, y Altares, la publica libertad, y la depravacion de las coſtumbres, llenan nueſtro corazon de amargura; porque miramos con indiferencia los desordenes de nueſtros proximos, y los ultrajes que hacen al Señor, cuyas criaturas son, y si guſtamos de vivir entre ellos, es indubitable que no amamos. Al que ama á Dios, le mueven los intereses de su gloria; y el amor que no siente los ultrajes hechos al objeto amado, no es mas que una culpable indiferencia, que tiene mas semejanza con el odio, que con el amor.

Finalmente; la ultima causa que minora en nosotros el horror al pecado es la falta de santidad. Como hemos nacido pecadores, nos familiarizamos al tiempo de nacer con la idea del pecado; miramos la culpa con ojos pecadores, por decirlo asi, y no nos parece tan horrible

co-

como en sí es, porque nunca nos asusta el ver lo que se nos parece. Pero el alma santa del Salvador nada halla en su agonía que pueda asegurarla contra el horror del pecado. Aquella alma mas pura, y mas santa que todas las inteligencias celestiales, se vé como manchada repentinamente con todas nuestras culpas, de modo, que está viendo con los ojos de su divina pureza, que cargan sobre sí las vergonzosas liviandades de los pecadores, con los ojos de su clemencia, se vé manchada con sus odios, y rencores; con los ojos de la mas viva Religion se vé obscurecida con sus impiedades, y blasfemias; en una palabra, con los ojos de la misma virtud se vé tiznada con todos sus vicios.

Entonces esta alma santisima se mira con un horror inexplicable; entonces no puede sufrir la vista de sí misma, y empieza á desfallecer, y á experimentar una mortal tristeza: *Cœpit contristari, & mœstus esse.* (a) Quisiera apartar á lo menos su inocente vista de este terrible objeto, pero la justicia de su Padre la obliga à que le considere, y le mire. Esta justicia es una luz rigurosa que la sigue á todas partes, y que no la permite apartar un solo instante su interior vista de la ignominia que la cubre; y sin duda alguna huviera expirado con el rigor de este tormento, si la misma justicia de su Padre no la huviera reservado para padecer otros mas dilatados, y para un sacrificio mas público.

Vosotros los que me estais oyendo, mirad al Alma Santa de Jesu-Christo que está para expirar en fuerza del dolor, y de la pena; miradla herida con todo el horror que inspira el pecado quando se contempla con la luz de Dios; mirad la imagen del dolor con que debeis ir al Tribu-

(a) *Matth. 26. v. 37.*

bunal de la Penitencia, quando os llegueis en estos dias de salud para aplacar la justicia de Dios por vuestras culpas: Jesus en su agonía es el modelo de los Penitentes, y con todo eso llegais al Sagrado Tribunal, con los ojos enjutos, con un corazon tranquilo, y mas pesaroso de la verguenza que le ha de costar el confesarse, que de la multitud, y enormidad de las caídas que ha de confesar; con todo eso, nos referireis la terrible historia de vuestra vida del mismo modo que se suelen contar los sucesos indiferentes, y necesitaremos valernos de toda la fuerza de la divina palabra, para despertaros de vuestro letargo, y para arrancar de vuestras almas algunas leves expresiones de compuncion; nos será preciso disputar, persuadir, condescender, y aún aflojar en las reglas, para que recibais los remedios; y si queremos abrir vuestros ojos para que veais el deplorable estado de vuestras conciencias, y obligaros á que saqueis el ojo que os escandaliza, como dice la Escritura, y apartaros de la ocasion en que pereceis, resistireis, os quejareis, nos acusareis de que perturbamos vuestras conciencias, y de que inducimos á los pecadores á desesperacion. ¡O Dios mio! ¿Es este el modo de aplacaros? ¿Son estas las santas angustias de la Penitencia? Quando vuestra gracia hace en una alma arrepentida aquellas vivas, y rigurosas impresiones, que preceden á la conversion, los Angeles de la Iglesia, los Ministros de la reconciliacion ¿tienen otros ministerios que practicar, como oy el Angel Consolador, que embiais á vuestro hijo, mas que confortar al pecador en la tristeza de su penitencia, consolarle en sus temores, enjugar sus lagrimas, y moderar su dolor, y en vez de avivar su tibieza, ó humillar su sobervia, y rebelion, suavizarle la amargura de su Caliz, y la confusion de su abatimiento?

Esta, Catholicos, es la segunda circunstancia de la agonía del Salvador; la infamia con que su Padre le cubre, y el abatimiento que le pide su justicia para expiar la sobervia del pecado; esto es, para reparar el segundo desorden. Por-

Porque primeramente, se vé humillado, y abatido de sus discipulos que fueron testigos de sus temores, y angustias; su alma santa se acobarda en su presencia con la vista de la muerte; el mismo Señor, que tantas veces los havia animado á sufrir, contradice oy su doctrina con su exemplo; se vé obligado á confesar publicamente en su presencia su tristeza, y su miedo; implora su socorro, y les pide que no le abandonen en su angustia, y en el exceso de su pena. *Sustinete hic, & vigilate mecum.* (a)

¡Ah Catholicos! ¿Podrá Pedro conocer por estas señas al Christo Hijo de Dios vivo? ¿No retrataba ya interiormente la gloria de su confesion? ¿No empieza ya desde entonces con sus dudas, y temores á negar á su Divino Maestro? Pues esta es toda la confusion que se halla obligado á sufrir el Salvador; no se contenta con cargarse con nuestras culpas, sino que tambien toma sobre sí su infamia; y nosotros queremos que nuestra penitencia nos dé estimacion para con los hombres; aún en los pasos que damos para nuestro arrepentimiento, procuramos adquirirnos la pública estimacion; evitamos como imprudencia, y exceso de zelo todo lo que pudiera abatirnos; limitamos nuestra virtud á las obligaciones, que aprueba el Mundo; asi como haviamos buscado la estimacion de los hombres en nuestros desordenes, la buscamos tambien en nuestra penitencia; y muchas veces la misma vanidad, que nos havia hecho pecadores nos hace tambien penitentes.

En segundo lugar; le sirven de abatimiento los socorros que recibe de un Angel; es tan grande su congoja, el temor de la muerte hace en su alma una impresion tan sensible, ó por mejor decir, carga su Padre la mano sobre él con tanto rigor, que es preciso que baje un Angel del

(a) *Ibid. v.* 38.

del Cielo para consolarle, para fortalecerle, y para ayudarle como Simon Cirineo en el Calvario para que lleve aquella invisible Cruz: *Appuruit illi Angelus de Cœlo, confortans eum.* (a) ¡O Angel del Cielo, no era en otro tiempo ese tu Ministerio; antes, no te atrevias á acercarte al Señor sino para servirle, y adorarle, y oy se humilla hasta tener necesidad de tí; el mismo Señor que mantiene todas las cosas con la fuerza de su palabra, no puede confortarse á sí mismo; entre tus manos se halla debil, acobardado, y casi expirando, sin hallar fuerza sino en un remedio tan vergonzoso para su gloria; no quiere Jesu-Christo que le consuelen sus discipulos; pero al mismo tiempo no reusa el ministerio de un Angel consolador, para enseñarnos que en nuestras aflicciones, no debemos buscar nuestro consuelo en los vanos discursos de los hombres, que parece se interesan en nuestras desgracias, sino en la piedad, y sencillez de los Ministros del Señor, de estos embiados del Cielo, que nos manifiestan la prudencia, y la justicia de sus ordenes; para enseñarnos que el Señor es zeloso, particularmente de las almas que padecen; que manchamos la gloria de nuestros trabajos, si buscamos otros consuelos mas que los de la fé, y de la Religion; que todo el merito de una alma afligida consiste en el silencio; que el referir á los hombres nuestras penas para que se compadezcan de ellas, es revelar el secreto que Dios nos comunica, por decirlo asi, y perder el derecho de conversar, y consolarnos con su Magestad.

Finalmente; se vé abatido con el sueño, y huida de sus Discipulos; no mueve á estos el espectaculo de su agonía; miran con indiferencia á su buen Señor luchando con la muerte, y se entregan descuidados al sueño; se vé

(a) *Luc.* 22. *v.* 43.

vé precisado el Salvador á reprehenderles su indiferencia: ¿Es posible, les dice, que no haveis de poder velar conmigo una hora entera? *¿Sic non potuistis una hora vigilare mecum?* (a) El solo es el que padece; hasta sus amados Discipulos parece que se ponen de parte de la justicia de su Padre.

¡O, Catholicos! nosotros somos tan delicados acerca de la fidelidad de nuestros amigos, que la menor indiferencia nos ofende, y el mas leve defecto de cuidado nos altera, y continuamente nos estamos quejando de que los que mas nos deben, son los que mas se oponen á nuestros intereses, pues aprendamos de Jesu-Christo á no esperar de las criaturas, mas que el ser pagados con ingratitudes. Aún los hombres tienen alguna razon para olvidarse de nuestros beneficios, ó dejar resfriar su agradecimiento; la vanidad, el antojo, el propio interés, tienen regularmente mas parte que la amistad en los buenos oficios que por ellos hacemos; aunque los favorezcamos, no buscamos mas que nuestro propio interés; pero Jesu-Christo quando escogió á sus Discipulos, solamente consultó al amor que los tenia; y la ingratitud de estos es de tanto mayor abatimiento para el Señor, quanto mas sincero era el afecto que los tenia.

Estos son todos los abatimientos que padece el Salvador en su agonía: pero era tambien preciso, que expiase los injustos placeres, en que consiste el tercer desorden del pecado; y asi el violento dolor que padece su alma al ver el suplicio que le prepara su Eterno Padre, es la tercera circunstancia de su agonía: Es indubitable que el esperar un tormento que se vé presente, y que no se puede evitar, es siempre una pena mas cruel que el mismo tormento, y que es una muerte mil veces mas dolorosa

(a) *Matth. 6. v. 4.*

la que se padece con el miedo, que con el mismo dolor; la justicia, pues, del Eterno Padre, presenta con distincion á la vista de Jesu-Christo todo el aparato de la Cruz; la noche del Pretorio, las salivas, las bofetadas, los azotes, las burlas, y el fatal madero; estas funestas imagenes le crucifican anticipadamente; en su Pasion, los tormentos se han de suceder unos á otros; no será á un mismo tiempo escarnecido, azotado, coronado de espinas, atravesado con la lanza, y crucificado; pero aqui todo sucede á un mismo tiempo; se reunen todos sus dolores, y su alma toda entera se vé sumergida en un mar de tribulacion, y amargura; en el Calvario toda la naturaleza se ha de desordenar, é interesarse á favor suyo; hasta sus mismos enemigos le han de reconocer por hijo de Dios; pero aqui padece entre las tinieblas, y el silencio, y sus mas amados discipulos le abandonan.

Y así, esta alma santa, no pudiendo sufrir yá el peso de sus males, y manteniendose por otra parte en su cuerpo, porque asi lo pedia el rigor de la Divina Justicia, triste hasta la muerte, y sin poder morir, mirando como imposible el poner fin á sus penas, y tambien el sufrirlas, parece que está luchando con la congoja, y dolores de su agonia, entre la vida, y la muerte, y el triste fruto de estos penosos esfuerzos, es un copioso sudor de sangre, que corre hasta la tierra. *Et factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.* (a) Padre justo, ¿era acaso preciso, que fuese sangriento el sacrificio interior de vuestro hijo? ¿No basta el que sus enemigos hayan de derramar su preciosisima Sangre? ¿Es posible, que vuestra Justicia se haya de dar priesa, por decirlo asi, á verla derramada?

Ved aqui, Catholicos, hasta donde el mismo Dios, cu-

(a) *Luc.* 22. *v.* 4.

cuya infinita bondad confesamos, estiende los rigores de su venganza, contra su propio hijo, al verle cargado con nuestras culpas. ¡Qué motivo este, para que nosotros reparemos con rigurosas penitencias, los desordenes de nuestras primeras costumbres, y para que no empleemos la vida, sino en expiarlos! Y no obstante esto, los mismos trabajos de Jesu-Christo, sirven de pretexto á nuestra impenitencia: Nos persuadimos, á que haviendo el Señor sufrido por nosotros todas las penas, casi no nos queda que hacer, y que nos serían de muy poca utilidad sus trabajos, si tuvieramos necesidad de padecer como él. ¡O Salvador mio! ¿Es posible, que Vos haveis de haver sido el hombre de dolores, solamente para darnos motivo de que nosotros seamos delicados, y sensuales? ¿Pueden vuestros trabajos contradecir vuestra doctrina? ¿Puede ser vuestra cruz la dispensa de vuestros preceptos, ni vuestra dolorosa muerte la mitigacion de vuestro Evangelio?

¿Os parece, Catholicos, que el precio que dió á nuestros trabajos su misma Sangre, los havia de hacer inutiles? Es verdad, que Jesu-Christo lo padeció todo por nosotros: Es decir, que todos nosotros estabamos condenados á padecer, y que si el Señor no huviera padecido, no serian aceptados nuestros trabajos; y asi, ofreciendo su propia vida, dispuso á la Justicia de Dios, para que aceptase el corto sacrificio de nuestra penitencia: El merito de su Sangre, uniendo nuestras lagrimas, y mortificaciones á las suyas, las dió un precio digno de Dios. Despues que Jesu-Christo murió por el hombre, y en lugar del hombre, puede el hombre padecer por Dios, y yá el hombre no es indigno de Dios. Este es el precio de la Sangre de Jesu-Christo; y es locura pensar, que su Cruz nos haya dispensado de padecer, siendo ella misma la que nos hizo utiles nuestros trabajos.

Con todo eso, despues de haver sacrificado al Mundo, y á las pasiones, la mejor parte de nuestra vida,

nos asusta el mas leve sacrificio en la penitencia: Despues de haver padecido infinitos trabajos por el Mundo, por la fortuna, y por los deleytes, nos quejamos de tener que padecer un instante por Jesu-Christo: Su yugo nos parece pesado, nuestras pasiones nos havian sido molestas, y penosas, y nuestra virtud, nos es commoda, y tranquila; y sin haver experimentado otros rigores, en una nueva vida, mas que el haver salido de ciertas costumbres desordenadas, que acaso no nos eran decentes, yá nos parece que todo está hecho, y que nada mas nos pide el Señor. ¡Qué poco conocemos la Justicia de Dios, Catholicos! *No hay remision*, dice el Apostol, *sin efusion de sangre.* (a) La penitencia es un sacrificio sangriento, es decir, que la carne rebelde, debe experimentar sus dolores, y que el pecador no puede aplacar á su Dios, hasta que el exceso de su arrepentimiento, le haya puesto en agonías de tristeza, y hasta que hayan expirado sus pasiones, con los golpes de su penitencia, y trabajos. ¡O Salvador mio! Nosotros os adoramos en vuestra agonía, como modelo de verdaderos penitentes, y este es el trabajo que nos debe costar el reconciliarnos con vuestro Padre. Luego con razon decia yo, que la agonía de Jesu-Christo, era una consumacion de Justicia por parte de su Eterno Padre, pues le hace que padezca todos los horrores, toda la infamia, y todo el dolor que merece el pecado; pero tambien su muerte, es una consumacion de malicia por parte de los hombres; y esto voy á manifestar en la continuacion de esta historia.

SE-

(a) *Hebr. 9. v. 22.*

SEGUNDA PARTE.

DE dos modos se consuma oy la malicia de los hombres, en la muerte de Jesu-Christo: Primeramente, se consuma en ella esta malicia, porque en este caso llegó á su mas alto punto, y porque los Judios llenan la medida de sus Padres, con el mas horroroso de todos los delitos: En segundo lugar, se consuma en ella esta malicia, porque halla en ella su expiacion, y su remedio: Estas dos consumaciones profetizaba el Angel á Daniél, quando le anunció la muerte de Jesu-Christo: Entonces se consumará la prevaricacion, le decia, con la malicia de los que le han de dar la muerte. *Ut consumetur prævaricatio.* (a) Se acabará el pecado, y hallará su muerte en esta misma accion: *Et finem accipiat peccatum, & deleatur iniquitas.* (b) Nada tiene de estraño esta doctrina, despues que nos enseñó el Apostol, que Jesu-Christo condenó al pecado con el mismo pecado, y que se sirvió de la mas grande malicia de los hombres, para obrar en ellos la mayor misericordia.

Digo, pues, que la malicia de los hombres llegó oy á su mas alto grado, ya se atienda á la flaqueza, ó perfidia de los discipulos, que niegan al Salvador, ó á la mala fé de los Sacerdotes, y Doctores que le juzgan, ó á la inconstancia del Pueblo, que pide su muerte, ó á la cobardia de Pilatos, que le condena, ó finalmente, á la inhumanidad de los Verdugos que le crucifican: Prosigamos la historia de sus dolores, é id reflexionando conmigo sus circunstancias.

Primeramente: En la flaqueza, ó perfidia de los discí-

(a) *Dani. 9. v. 24.* (b) *Ibidem.*

cipulos, que, ó le niegan, ó le abandonan: Apenas, dice el Evangelio, bolvió Jesu-Christo en sí, de aquella triste agonía, y acababa de hablar con sus Discipulos, *quando llega Judas, uno de los doce, à la frente de una tropa de Soldados armados con espadas, y palos, que van con orden de los Principes de los Sacerdotes, y de los ancianos, á prender á Jesu-Christo.* (a) ¿Quien huviera creido, Catholicos, que un discipulo elevado por eleccion del mismo Jesu-Christo, á la sublime dignidad del Apostolado, compañero de sus viajes, confidente de sus secretos, testigo de su inocencia, de su santidad, y prodigios, honrado hasta entonces con su confianza, que poco antes se havia alimentado con su precioso cuerpo, y sangre, se pusiese á la frente de sus verdugos, y fraguase él mismo todo el proyecto de su muerte? ¿Qué tristeza sería para el corazon de Jesu-Christo el ver á un amigo, á un Apostol, destinado á hacerle conocer, y adorar de todos los hombres, y á morir por él, y por su doctrina, ser el principal autor de su muerte? ¡Ah! Catholicos, el que una vez se ha unido á Jesu-Christo, con una nueva vida, como aquel discipulo, el que ha conocido el engaño del Mundo, y las grandes verdades de la Fé, si despues se hace infiel como él, no conoce limites en su infidelidad; no hay mal de que no sea capáz, el que ha inutilizado la gracia, que le sacó de el desorden; el grado de virtud á que havia sido elevado, es la medida del abysmo, que se abre á sí mismo en la recaída; y no hay exceso, que no se pueda esperar, de los que despues de haver caminado algun tiempo por el camino de Dios, buelven al siglo, y se declaran otra vez contra Jesu-Christo.

Reparad, hasta qué exceso llega la perfidia de este infiel

(a) *Matth. 26. v. 47.*

fiel discipulo: No llega con la cara descubierta á apoderarse de la persona de su Maestro, sino que oculta su infame designio con las mas tiernas señales de amistad. Da un beso sacrilego á Jesu-Christo: Un beso, dice San Leon, que atraviesa el corazon de su Divino Maestro, de un modo mas doloroso, que la lanza del Soldado, que le atravesó en el Calvario; se vale de la mas expresiva demostracion de paz, para señal del mas infame delito; tiene la osadía de arrimar aquellos impíos labios, que acaban de decir á los Sacerdotes: *¿Qué me haveis de dar, y yo os le entregarè?* á aquellos labios sagrados de el que puede reducir á cenizas al pecador, solamente con el aliento de su boca; y no obstante esta perfidia, no oye de ella sino palabras de paz, y de clemencia: Le trata como á amigo: *Amice*, dá muestras de ignorar su intento, *ad quid venisti?* Como para darle á entender, que aùn tiene tiempo para arrepentirse, y que no debe desesperar: ¡Infiel discipulo! ? No se hace pedazos tu corazon en este lance? ¿No se mueve á amar á tan Divino Maestro? ¿Puedes sufrir la afabilidad de su vista, tan felíz para los discipulos infieles? ¿Puedes sufrir la Magestad de su Persona, el resplandor de su Divino rostro, y el agrado de sus palabras, sin caer á sus pies muerto de dolor, y sin pedirle con un torrente de lagrimas, que se olvide de tu traycion?

¿Quantos imitadores de este traydor discipulo se hallan en esta santa solemnidad? ¿Quantos perfidos se acercan á Jesu-Christo al pie del Altar, con un corazon resuelto á hacerle traycion, y cuyo beso de paz, que le han de dar quando participen del adorable Sacramento, no será mas que una pura ficcion, y solo porque por razon de su clase se hallan muy expuestos á la vista de los hombres, y serán muy notados si dejan de cumplir con esta obligacion, que no será mas que un puro cumplimiento, y por no dar motivo, dejandolo de hacer, á la murmuracion, y á las publicas reflexiones? ¿A quantos indignos Christia-

tianos los dirá tambien el Señor, quando los vea acercarse al Altar Santo, ¡ó infieles! Es posible, que haveis de entregar al hijo del hombre con un beso? ¿Os valeis de la mas preciosa señal de mi amor, para cargarme de nuevos ultrajes? *¿Osculo filium hominis tradis?*

Ved yá, Catholicos, al Salvador del Mundo en manos de un traydor, y de una tropa de furiosos Miniſtros: Aqui empieza la hiſtoria publica de sus afrentas: Se apoderan de él, le atan, y le llevan arraſtrando como á un malhechor: Pedro se pone immediatamente en eſtado de defenderle, pero el Salvador le manda, que buelva á embaynar su espada, enseñandonos con eſto, que las armas que ha de dejar á su Iglesia, son unas armas espirituales; que la mas segura defensa de sus Miniſtros, es la paciencia, la oracion, y la santidad; que pudiendo él mismo valerse de legiones de Angeles para deſtruir á sus enemigos, se contentaba con pedir por ellos á su Eterno Padre; que su doctrina, no se havia de propagar, ni defender, sino con las maximas de la caridad, del amor, y de la humildad, que ella misma enseña; y finalmente, que la espada que nos ponia en la mano, solamente eſtaba deſtinada á deſtruir las pasiones, y no á los pecadores: Por eso Pedro tardó muy poco en contradecirse, porque el zelo indiscreto, que regularmente es efecto del genio, no puede durar mucho, y al primer peligro descubre toda su ilusion, y flaqueza: Por eso no sigue, sino á lo lejos, á su Divino Maeſtro, á quien aquella tropa insolente lleva arraſtrando á la presencia del Pontifice, y ved como toda aquella obſtentacion de zelo, y de valor, llega muy preſto á parar en una infame cobardía. El que sigue á Jesu-Chriſto á lo lejos, y como forzado, no dura mucho tiempo en su servicio: No hay cosa mas peligrosa, que equivocar el zelo con el genio; muchas veces nos parece que defendemos á Jesu-Chriſto, y no intentamos mas que satisfacernos á nosotros mismos; y algunas veces, los indiscretos defensores de la verdad, la hacen

mas

mas agravio con sus escandalos, y caidas, que sus mismos enemigos, aún quando se declaran contra ella.

Y á la verdad, yá estoy oyendo á aquel cobarde discipulo protestar publicamente en la casa de Cayfás, que no conoce á Jesu-Christo: Una muger le hace temblar; una simple pregunta le hace apostata, y perjuro; hasta tres veces asegura, que no es discipulo de Jesus, y en presencia de su Divino Maestro, atado, afligido, burlado, y calumniado, añade este nuevo dolor al de sus cadenas. ¡Gran Dios! ¡Qué caída esta! El primero entre todos los Pastores, la columna de todas las Iglesias, el Apostol de la Circuncision, el discipulo, á quien el mismo Jesu-Christo llamó bienaventurado, y á quien el Padre celestial havia revelado el mysterio de su hijo!

Pedro á la frente del rebaño, y quando habla en nombre de todos los demás Discipulos, confiesa generosamente á Jesu-Christo, pero cae luego que se halla solo, y separado de los fieles, á quienes huviera debido mantener, juntar, y confortar en esta triste ocasion. Los Pastores solamente están seguros, quando se hallan rodeados de sus ovejas; el guardar á estas les sirve tambien de guarda para ellos, pero luego que se apartan de ellas, y las abandonan, en todas partes hallan que temer. En medio de su rebaño es en donde el Señor los reviste de fortaleza, los llena de luz, y de bendiciones, porque alli los mira como á Ministros suyos, y alli es en donde les ha prometido sostenerlos en los penosos cargos de su ministerio; fuera de alli no los conoce, son unos hombres flacos, comunes, sin fuerza, sin constancia, y sin dignidad; y como entonces no son utiles á su Iglesia, los mira con indiferencia el Señor; en las mismas funciones que constituyen su obligacion hallan tambien toda su seguridad, y fortaleza.

Pero esta caída, aunque tan infame, no puede hacer que Jesu-Christo aparte de su corazon á aquel infiel Discipulo, y aún le tiene por digno de su vista; mira

con un especial cuidado, lleno de amor, y bondad á aquel cobarde Apostol, por entre las calumnias de los Sacerdotes, las imposturas de los falsos testigos, los ultrages de los sacrilegos que le insultan, y los descompasados gritos, de los que piden su muerte; fija en él sus divinos ojos, y con un mudo lenguage, al que aún daban mas energía sus afrentas, le dice: ¿Es esta la fidelidad que tantas veces me havias prometido? Cobarde Discipulo, si yo tuve poder para librarte de la violencia de los vientos, y borrascas, ¿cómo puedes temer el que no le tenga para defenderte contra toda la fuerza de los hombres? Mas me ha abatido tu caída, que todos los ultrages de que me ves cargado: ¡Ah ingrato! tu acabas de jurar que no me conoces, pero yo todavia te conozco á tí, todavia estoy viendo en tí la cabeza de mi Iglesia, y el Pastor de mi rebaño; por mas indigno que seas de mi amor, aún te amo, y esas lagrimas que ves correr de tus ojos, son á un mismo tiempo fruto del amor que te tengo, y expiacion de tu pecado.

Apenás recibió el Señor el ultrage, quando se olvidó de él: ¿Y quantas veces, Catholicos, al mismo tiempo de salir nosotros de la culpa, nos ha mirado Jesu-Christo, como á este Apostol infiel, con ojos de misericordia? ¿Quantas veces ha excitado en nuestro corazon remordimientos vivos, y penetrantes, nos ha abierto los ojos para que veamos la indignidad de nuestra vida, y aún acaso tambien nos ha hecho derramar lagrimas de enfado, de tristeza, y de disgusto de nosotros mismos? Pero estas no han sido mas que unas lagrimas pasageras, unos movimientos instantaneos, una tristeza, en que tenia mas parte el amor propio, que el aborrecimiento al pecado. Nuestra afliccion proviene de un secreto pesar de no poder hallar nuestra felicidad en los placeres de los sentidos; quisieramos vivir felices, y tranquilos en la culpa, y nos entristecemos, porque no lo podemos conseguir; nos pesa de no podernos formar un estado fijo, é inalterable en la ini-

iniquidad ; nos disgustamos de nuestras inquietudes, y no de nuestros desordenes; el vacío, y no el horror de la injusticia de nuestros sensuales deleytes, es quien nos molesta; y nuestro disgusto no proviene de ser enemigos de Dios, sino de que somos molestos á nosotros mismos. De este modo se consuma oy la malicia en la ingratitud de los Discipulos, que entregan al Salvador, ó que le niegan.

Pero en segundo lugar; se consuma tambien con la mala fé de los Sacerdotes que le condenan ; porque primeramente, no les mueve el arrepentimiento de Judas; se presenta á ellos, llevando pintada en su rostro la desesperacion, para declararles que pecó, quando entregó la sangre inocente. Nunca se ha visto testimonio menos sospechoso : El mismo enemigo de Jesu-Christo es quien depone á favor de su inocencia : Un traydor que todavia no ha disfrutado el premio de su traycion, es el que vá á restituir su funesto precio : Un infelíz, que entonces nada espera de su Maestro, y que viendole abatido, ultrajado, y yá pronto para ser condenado á muerte, no espera el que algun dia haya de conocer su arrepentimiento : Solamente la fuerza de la verdad es la que arranca de su alma la confesion de su culpa ; ¿pues qué cosa puede haver mas favorable para Jesu-Christo, que esta retractacion ? No obstante, aquellos Jueces de iniquidad, que se havian servido de su flaqueza, cierran los ojos á su arrepentimiento. Ese es negocio tuyo, le dicen : *Tu videris*. A ellos no les importa el condenar á un inocente; á ellos no les importa derramar la sangre del justo, y llenar su medida con el mayor de todos los delitos. ¡O Dios mio ! ¡qué terrible sois quando obstinais los corazones!

Estos Magistrados, que eran los principales entre los Judíos, havian resistido hasta entonces á los milagros, y á la doctrina de Jesu-Christo. La salud del Paralitico, la conversion de la Pecadora, la vista que dió al Ciego de nacimiento, y la resureccion de Lazaro, havian sido para ellos unas instrucciones inutiles. Aún el mismo Judas que

muere desesperado, no los mueve, ni asusta; el continuo abuso de las gracias guia siempre á la obstinacion; vosotros, los que ha tanto tiempo que estais resistiendo á Dios, llegareis á un estado, en que, ni las muertes mas funestas, ni las verdades mas terribles, ni las mas santas solemnidades, ni las conversiones mas publicas no os moverán; y puede ser que yá os halleis en este estado. Yá vivis tranquilos en vuestras culpas á fuerza de ahogar vuestros remordimientos, de resistir á vuestras propias luces, y de oponeros á la verdad, de la que la buena crianza, y un buen natural havian dejado bastante semilla en vuestros corazones: No hay cosa que os despierte de vuestro letargo; ni las verdades que os anunciamos, ni los mysterios que nos veis celebrar; el libertinage, que en otro tiempo no era en vosotros mas que un exceso de la edad, y del temperamento, ha degenerado en una monstruosa Philosophía; la culpa os mueve casi tan poco como la virtud; los deleytes de las pasiones os hallan casi tan indiferentes, como los santos atractivos de la gracia. Ofreceis á Dios, y al Mundo un disgusto, y una insensibilidad, á que os ha reducido el cansancio de las pasiones, el que es infinitamente mas terrible para la salvacion, que los mismos excesos del desorden; ¡Qué distantes os hallais del Reyno de Dios, y qué felices seriais, si pudierais conocerlo!

En segundo lugar; admirado el Principe de los Sacerdotes del silencio de Jesu-Christo acerca de las acusaciones que le imputan, descubriendo, segun parece, en su paciencia, en su mansedumbre, y en la magestad de su rostro alguna cosa mas que humana, le dice: En el nombre de Dios vivo te mando que nos digas si tu eres el Christo hijo de Dios: Pero hombre, si deseas sinceramente conocer la verdad, ¿para qué preguntas al mismo Jesu-Christo acerca de la santidad de su ministerio? Pregunta al Bautista á quien tuviste por Profeta, y que confesó que este era Christo; pregunta á unos prodigios que

na-

nadie hasta entonces havia hecho, y que dán testimonio de que el Padre Eterno es quien le embia; pregunta á los testigos de su vida, y verás que el engaño nunca ha estado acompañado de tantas señales de inocencia, y santidad; pregunta á las Escrituras, tu que eres el mas sabio de todos, y mira si Moysés, y los Profetas dieron testimonio de él; pregunta á los Ciegos, á quienes ha dado vista, á los muertos que ha resucitado, á los leprosos que ha sanado, al Pueblo que ha sustentado, y á las ovejas de Israel que ha traido á su rebaño, y todos te dirán que Dios nunca ha dado tanto poder á los hombres: Pregunta al Cielo, que tantas veces se ha abierto sobre su cabeza, para enseñaros que este era su hijo querido; y si no bastan estos testigos, pregunta al mismo infierno, y sabrás de los Demonios que le obedecen, saliendo de los cuerpos de los hombres, que ese es el Santo de Dios; pero tu no buscas sinceramente la verdad; no quieres mas que poner lazos á su inocencia, y como sucede muchas veces, particularmente á los poderosos que viven preocupados de sus pasiones, aunque consultas, no quieres ser desengañado; finges que quieres averiguar la verdad, pero te pesaria de hallarla.

Con todo eso, el Salvador para enseñarnos que las pasiones, y preocupaciones de los hombres, no deben servir de embarazo para que demos la gloria debida á la verdad, particularmente quando estamos obligados á publicarla por razon de nuestro caracter, que somos deudores de ella aún á aquellos que quieren servirse de ella contra nosotros, y que no siempre debemos esperar á que sea recibida favorablemente, confiesa que es el Christo prometido en los Profetas, y anunciado á sus Jueces, que han de ver al hijo del hombre sentado á la diestra de Dios, que vendrà con Magestad, rodeado de las nubes del Cielo: Que fue lo mismo que decirles: Vosotros no me quereis reconocer en mi abatimiento, pero algun dia me conocereis, quando me veais sobre una nube de gloria, cer-

ca-

cado de poder, de terror, y mageſtad ; ahora me estais mirando como á reo, pero entonces seré vueſtro Juez, y de todas las naciones juntas; aunque eſtá cargado de cadenas, y oprobrios, habla como que es Dios, y al mismo tiempo nos dá á entender que en el siglo venidero todo mudará de semblante; que el pobre, y el afligido se sentarán en tronos de luz, y de gloria; que eſtos hombres juſtos, á quienes ahora se pisa, y cuya pobreza de espiritu, y falta de talento, al parecer, tanto se desprecia, resplandecerán entonces en medio de los ayres, como aſtros puros, y juzgarán con Jesu-Chriſto á todo el Universo; quando al mismo tiempo los Grandes, y poderosos, los que ahora juzgan la tierra, y que parecen en ella arbitros de la fortuna, y deſtino de los Pueblos, é Imperios, eſtos Heroes tan ponderados del Mundo, que ahora resplandecen con una gloria puramente humana; serán despreciados, degradados, abatidos, y mirados como oprobrio de los hombres, y eſtarán confusos con su sobervia, y con sus culpas.

Con todo eso, una respueſta tan terrible, y tan propia para aplacar el furor de aquellos Jueces, es para el Salvador respueſta de muerte; indignado el Pontifice rompe sus Sacerdotales veſtiduras, y con eſta accion profetica sin saberlo, como dice San Leon Papa, que yá queda despojado para siempre de la dignidad de su Sacerdocio, del que Jesu-Chriſto, nuevo Sacerdote, và á tomar posesion á la dieſtra de Dios Padre, en el verdadero Santuario, en donde siempre permanecerá vivo para interceder por nosotros : Blasfemó, exclama el Pontifice, ¿qué necesidad tenemos de teſtigos ? Eſte Juez corrompido sirve de acusador; aqui se falta á todas las reglas de la equidad; no espera el dictamen de los demás, sino que se le inspira; no hay en toda aquella asamblea, que en otro tiempo havia sido la mas venerable del Mundo, quien se atreva á declararse protector de la inocencia; todos se conforman cobardemente con la pasion de la ca-

be-

beza: No hay siquiera un Gamaliel, que con consejos de moderacion procure á lo menos suspender la iniquidad de esta sentencia, ¡qué pocas veces hay quien se atreva á ponerse solo de parte de la razon, y de la justicia! y sin haver deliberado antes, se levantan en medio de la iniqua asamblea unas voces tumultuosas, que pronuncian que Jesu-Christo es digno de muerte: *Reus est mortis.* (a)

¡O Salvador mio! en esta sacrilega sentencia adorais el decreto que entonces pronuncia contra Vos vuestro Eterno Padre; de su eterna boca estais oyendo salir aquellas irrevocables palabras de vuestra condenacion: digno es de muerte: *Reus est mortis.* Caifás no hace mas que prestar su perfida voz al Celestial oraculo: Por eso, Señor, vos no os quejais de su injusticia; callais como un Cordero que vá á ser sacrificado, y respetais en la injusticia de su decreto las justas, y adorables ordenes de vuestro Padre.

Aprendamos, pues, Catholicos, á no quejarnos de los hombres, ni de los injustos tratamientos que de ellos recibimos; miremos á nuestros enemigos, como que sirven á los designios de Dios, y á nuestra eterna predestinacion; distingamos entre los golpes que nos tiran sus pasiones la sabiduría, y la mano invisible de aquel Soberano Señor que los gobierna, y acordemonos de que desde el punto que los hombres se declaran nuestros perseguidores, son mas dignos de nuestro respeto; porque desde entonces son Ministros de la Divina Justicia para con nosotros, y no hacen mas que executar sus ordenes en la tierra.

Pero vamos mas adelante; todos los pasos que desde ahora irá dando el Salvador serán nuevas ignominias: Y asi

(a) *Matth. 26. v. 66.*

asi en tercer lugar: oy se consuma la malicia de los hombres en la inconstancia del pueblo que pide su muerte. Al salir de la Casa de Caifás, en donde Jesu-Christo acababa de pasar una noche tan ignominiosa, y cruel, entregado á la insolencia, y brutalidad de los Ministros, y siervos del Pontifice, expuesto él solo por toda la noche á unos oprobrios, cuya sola memoria hace que se extremezca nuestra fé, y arranca lagrimas á la devocion, abandonado de todos sus discipulos, esperando al dia, solamente para ver empezar con mas publicidad la historia de sus afrentas á vista de toda Jerusalén, es llevado al Pretorio por medio de las calles de aquella Ciudad ingrata, é inconstante, seguido como un malhechor, de un tropel de malvados que le insultan: ¡ó qué mudanza! poco antes le haviamos visto entrar en Jerusalén, al ruido de las públicas aclamaciones, y como un Rey triunfante, que iba á tomar posesion de su imperio, pero oy, ¡qué nuevo aparato! cargado de confusion, de todas las maldiciones de este mismo pueblo commovido, y que pide su muerte con terribles gritos. ¡O Dios mio! con este exemplo queriais que aprendiesen vuestros siervos, á no fiarse de la gloria del Mundo, y de la estimacion de los hombres tan poco constante, y solida, y mucho mas á no sacrificar la obligacion, y conciencia á sus vanos juicios, y á que se unan á vos solo, que siempre nos estais viendo como en la realidad somos, y cuyos juicios permanecen eternamente.

A la verdad, á qué exceso no llegó aquel ingrato pueblo, con su inconstancia, y ceguedad? ¿Qué delitos no cometió en un solo delito? Primeramente, una monstruosa injusticia: le proponen que dé libertad á Jesu-Christo, ó á un grande malhechor á quien sus públicos delitos havian hecho digno de muerte: ¡Qué paralelo! ¡El Salvador de los hombres comparado con un malhechor, y un homicida! Con todo eso, los públicos votos, los Sacerdotes, los Ancianos, los Doctores, la multitud, delante del Tribunal de un Juez infiel, en presencia de toda

Ju-

Judéa, y en el mas ruidoso suceso de que jamás se havia hablado en Jerusalén, dán la preferencia á Barrabás.

¡Ah Catholicos! nosotros sentimos tanto la mas leve preferencia que nos humilla; nueſtra sobervia hace subir en eſte caso nueſtro resentimiento al mas alto punto; por poco que nos veamos olvidados, por poco que ensalcen á nueſtros competidores, ó iguales, nunca hallamos bastante mal que decir de la injuſticia de los hombres, murmuramos de la eleccion de nueſtros Superiores, y minoramos el merito de los que nos son preferidos; aprendamos, pues, de Jesu-Chriſto á no confiar en la juſticia de los hombres; que solamente lo que se hace por Dios es lo que nunca queda sin recompensa; y que si en los servicios que hemos hecho á la Patria, no hemos tenido mas motivos que la ambicion, es muy juſto que seamos caſtigados con nueſtra misma ambicion; la verdadera virtud mas piensa en hacerse digna de las gracias, que en conseguirlas.

En segundo lugar; un ciego furor: Un Magiſtrado Gentil, no se atreve á pasar adelante en la condenacion de Jesu-Chriſto; declara, que sus manos no quedan manchadas con la sangre de eſte juſto, y aquel furioso pueblo pide que su sangre venga sobre él, y sobre toda su posteridad; consiente, y desea que eſta maldicion se perpetúe eternamente sobre sus descendientes. *Sanguis ejus super nos, & super filios noſtros.* (a) El suceso corresponde á sus deseos; y siendo el dia de oy oprobrio de todo el universo, vagos, fugitivos, despreciados, sin Altar, sin lugar fijo, sin sacrificio, llevan sobre su frente el delito de eſta sangre que derramaron.

De eſte modo, los juicios injuſtos son principio de maldicion en las familias: Dios pide haſta la quarta generacion la sangre que temerariamente derramó la injuſticia de

(a) *Matth. 29. v. 33.*

uno solo de sus mayores, sentado en los tribunales, y abandonado á las pasiones agenas. Estas casas heridas con una mano invisible, sirven de espanto al Mundo por su decadencia; y los nietos, llevan hasta el fin sobre su frente la iniquidad de sus Padres.

En tercer lugar; una infame ingratitud. En otro tiempo movidos de los beneficios que havian recibido de Jesu-Christo, quisieron levantarle por su Rey, y oy dicen publicamente, que no tienen mas Rey que al Cesar; desprecian al hijo de David, aquel Rey, cuyo Reyno ha de ser eterno, y no quieren que reyne sobre ellos. *Nolumus hunc regnare super nos; non habemus Regem, nisi Cæsarem.* (a)

No es este, Catholicos, hablo principalmente con los que habitais en los Palacios de los Reyes, ¿no es este el estilo en que hablais todos los dias á Dios en lo intimo de vuestros corazones? Quantas veces le haveis dicho en secreto, resistiendo á sus santas inspiraciones, todavia no queremos que reyneis sobre nosotros; todavia no es tiempo de serviros, ni de abandonar el Mundo, y nuestros desordenes; es necesario esperar á una edad mas abanzada; la edad en que nos hallamos es propia para nuestros adelantamientos, y para conseguir los puestos que nos son debidos; nosotros no podemos servir á otro Dios que al Cesar, á la Corte, y á nuestra fortuna: Esta, Catholicos, es vuestra unica divinidad; nuestro Religioso Principe quiere que Dios solo reyne sobre él; pone á sus pies su Cetro, su Corona, y su Imperio; todos sus respetos se dirigen solamente à Dios; y al mismo tiempo, vosotros estais ordenando á él todo vuestro culto; aprended á lo menos á merecer sus gracias, imitando sus virtudes.

En quarto lugar; la malicia de los hombres se consu-

(a) *Joan. 19. v. 16.*

suma tambien en la cobardía de Pilatos, que contra su misma conciencia, y contra lo mismo que está conociendo, no se atreve á declarar á Jesu-Christo inocente; y notad al mismo tiempo, en la conducta de aquel corrompido Magistrado, todos los pasos de una indigna cobardía, que sacrifica la conciencia, y la obligacion á la fortuna. Primeramente, conoce que á él no le corresponde sentenciar todas las acusaciones que se producen en juicio contra Jesu-Christo; que no hallandose instruido en la ley, no puede mezclarse en un negocio que unicamente parece miraba á la Religion de los Judíos, y cuyo juicio estaba reservado al Sumo Sacerdote; con todo eso, por no disgustar á los principales Judíos, se mete á juzgar sin autoridad, y sin conocimiento; sin conocimiento, porque ignora la ley; y sin autoridad, porque el Señor no ha establecido á los Magistrados seculares por jueces de la verdad, y de la doctrina; su tribunal es asilo, y defensa de la Iglesia, pero no es su regla, ni su ley; deben ayudarla con su autoridad, pero no con sus decisiones, ni votos; deben dejar á aquellos sugetos á quienes el Señor ha confiado el deposito de la fé, el cuidado de conservarla, y de impugnar los errrores que pueden oponerse á ella. En segundo lugar, no le dicen á Pilatos: Si dais por libre á Jesus, sereis injusto, y pondreis un perpetuo horror á la memoria de vuestra Magistratura; sino que le dicen: no sereis amigo del Cesar. *Si hunc dimittis non es amicus Cæsaris.* (a) No le amenazan con que se opondria á la justicia, porque esto le movia muy poco; sino con que perderia su fortuna á la que amaba mas que á la justicia. No hay cosa mas peligrosa para un Magistrado, que los fines particulares de ambicion, y fortuna; luego que estos fines se apoderan de su corazon, ya no es

(a) *Joan* 19. *v.* 12.

protector de las leyes, sino Miniſtro de las pasiones humanas; y luego que es conocida su fiqueza, facilment se dispone de su autoridad, y de sus sentencias.

En tercer lugar: Pilatos se informa de los Judíos, esto es, de los enemigos declarados del Salvador: ¿Quál es el delito de que le acusan? ¡Pueblo insensato! Tú podias responder, que havia dado vista á los ciegos, salud á los Paraliticos, pies á los cojos, anunciado la salud á los hijos de Israél, y que siempre se havia ocupado en hacer bien; le acusan de haver querido sublevar al pueblo, y de haver intentado hacerse Rey; porque quando se quiere condenar á un inocente siempre se le acusa de que es enemigo del estado, porque en este asunto, quando faltan delitos, bastan las acusaciones: ¡O insensatos! ¿Donde están las armas, y las riquezas del Hijo de Maria para dirigir una empresa tan ardua? ¿De un hombre, *que no tiene donde reclinar su cabeza*; (a) *y que no se atreveria à apagar un tizon*? (b) Y asi aunque no vé Pilatos en estas disposiciones, mas que unos clamores frivolos, y populares, y no acusaciones serias, quiere atender á los intereses de su fortuna, á costa de un inocente, y se hace el mismo cargo que Caifás, que es mejor que perezca un inocente, que el que toda la nacion se rebele contra el Cesar en el tiempo de su Prefectura. ¡Qué digno es de lastima, el que se halla en estado de tener que adelantar á costa de su propia conciencia! Pocas veces sucede, que no se acobarde en unas circunstancias tan delicadas; rara vez prevalece el amor de la equidad sobre el amor que nos tenemos á nosotros mismos; estimamos mucho la reputacion de integridad, pero no queremos que nos cueste cosa alguna; entonces nos figuramos pretextos, como Pilatos, para desfigurarnos á nosotros mismos nuestra propia cobardía; con tal que no

(a) *Matth. 8. v. 20.* (b) *Isai. 42. v. 3.*

no seamos los primeros autores de la opresion, no hacemos caso de haver contribuido á ella con nuestro voto, y nos mueven muy poco los intereses de la justicia, quando en algun modo se oponen á los nuestros.

En quarto lugar: Aquel infiel Magistrado pregunta á Jesu-Christo: ¿Eres Rey? ¿*Rex es tu*? (a) Y el Salvador le responde: que su *Reyno no es de este Mundo.* Porque aunque era descendiente de los Reyes de Judá, y legitimo heredero del Trono de David, quiso instruir á los Reyes, y Grandes de la tierra, y enseñarles que su verdadero poder, y grandeza no es de este Mundo; que sus Coronas están en el Cielo; que no havrán sido en la tierra mas que unos Reyes de theatro, en la corta, y rapida scena de su vida, si no se presentan en su Tribunal con la justicia, y la piedad, las que solo les pueden hacer reynar eternamente; que todos los pomposos titulos, que acá en la tierra los distinguen de los demás hombres, perecerán con ellos; y que entonces en presencia de aquel tremendo Juez en donde estarán como reos, despojados de todo el esplendor perecedero que los rodea, se les preguntará como preguntaba oy Pilatos á Jesu-Christo: ¿*Rex es tu*? ¿Eres Rey? No se os pregunta ¿si descendeis de una sangre ilustre, si haveis ocupado los primeros puestos de la tierra, si haveis tenido el mando de Exercitos, ó si haveis reynado sobre Provincias, é Imperios? Nada de esto subsiste ya; todo esto no era mas que una vana decoracion, y una scena perecedera; y solamente parecia grande, y brillante á aquellos á quienes engañaban sus sentidos, á los que confundian el tiempo con la eternidad, y no juzgaban mas que por las vanas apariencias: ¿pero acaso sois grandes en mi presencia, y en la de mis escogidos? ¿*Rex es tu*? ¿En qué os distinguis aqui de los demás

(a) Joann. 18. v. 36.

más hombres? ¿Haveis reynado sobre vueſtras inju ſtas pa siones? ¿Os haveis vencido á vosotros mismos? ¿Os haveis diſtinguido entre los demás hombres con la inocencia de vueſtras coſtumbres, y con la grandeza de vueſtra fé, tanto como con lo elevado de vueſtra clase? Vueſtras pasiones, las que siempre han llegado al ultimo exceso, por no tener en vueſtra elevacion mas freno que vueſtros insensatos deseos, os han hecho mas viles á mi viſta, que el mas infimo pueblo; ¿por qué otras señales podeis aqui ser conocidos, sino por las diſtinciones de vueſtros delitos, é ignominias? ¿*Rex es tu*? ¡Ah! Entonces la mayor parte de los Grandes confundidos, confesarán que su grandeza, y su Reyno solamente era de eſte Mundo; que solamente fueron grandes por algun tiempo, para ser mas despreciados, é infelices en la eternidad; que para ellos todo ha perecido con el Mundo; y que de todo lo que eran no les ha quedado mas que la eterna desesperacion de haver abusado de ello.

Pero eſtas grandes inſtrucciones, aunque admiran á Pilatos no le mudan: acababa de decirle el Salvador, que solamente los que son hijos de la verdad oyen su voz, que los amadores de la vanidad, y de la mentira no entienden su doctrina, que para entender lo santo, y sublime de sus maximas, es necesario amarlas; y que solamente el amor á la verdad es el que dá su inteligencia: ¿Qué es verdad? le pregunta inmediatamente aquel Magiſtrado infiel: ¿*Quid eſt veritas*? (*a*) Y sin esperar la repueſta de Jesu-Chriſto, nos dá á entender que los Grandes, rara vez miran como negocio serio el conocimiento de la verdad; que las conversaciones que acerca de eſto tienen, mas son discursos ociosos, que deseos de inſtruirse; que aunque consultan algunas veces, no es tanto por saber sus obliga-

(*a*) *Ibid. v.* 38.

gaciones, como por hallar quien autorice su pasion; que nunca llegan á ellos las verdades amargas, porque nadie los tiene tanto amor, que quiera desagradarlos; y que los mismos favores que hacen á los que los engañan, son causa de que merezcan ser engañados.

La santidad, y grandeza de las respuestas de Jesu-Christo, es para Pilatos, un estilo nuevo, que le admira, y espanta: Declara al Pueblo, que no halla culpa alguna en este hombre; pero con todo eso, no absuelve al inocente: Se contenta con pedir, que le den libertad, ó que le escusen á él la pena de condenarle: Continúa fluctuando entre la obligacion, y su fortuna, y queriendo conciliar la equidad, y la pasion; pero en punto de obligacion, todos los arbitrios son peligrosos: El querer componerlo todo, es querer perderlo todo: El intentar mitigaciones quando está clara la ley, no es salvar la regla, sino nuestras pasiones; qualquiera composicion entre la mentira, y la verdad, siempre se hace á costa de la verdad; y el Evangelio principalmente, es una doctrina, que propone reglas, y no arbitrios.

Finalmente: Ultima injusticia de Pilatos: Atemorizado tambien con los sueños de su muger, piensa en embiar á Jesu-Christo á Herodes, con pretexto, de que siendo Galiléo el Salvador, correspondía á aquel Principe juzgar su causa: Pero si le tiene por inocente, ¿por qué le ha de embiar á otro, que acaso le condenará, sin informarle al mismo tiempo de su inocencia? Herodes le recibe en medio de su Corte; pero tampoco debe esperar Jesu-Christo hallar allí defensores, y discipulos de su doctrina: Jesu-Christo calla, no alaba á Herodes, no pondera la magnificencia de su Corte, el numero de sus victorias, ni la prosperidad de su Reyno, y por eso es despreciado: Los Grandes quieren ser alabados, miran con desprecio á la sinceridad, que no se atreve á tributarlos falsas alabanzas; y si alguna vez parece que amparan, y protegen la piedad, no gustan regularmente en

los

los justos, sino de las flaquezas de su virtud; esto es, de su adulacion, y condescendencia: Herodes espera de Jesu-Christo algunas señales, y prodigios, y con esta esperanza dá muestras de alegria al verle llegar: Aunque esperaba algun milagro, no era para aprovecharse de su doctrina, sino para pasar el tiempo con alguna novedad; porque los Principes, y Grandes, quando más, miran á la Religion, como un espectaculo que los divierte, y no como asunto serio, en que deben pensar. No pudiendo Herodes sacar del Salvador ni una sola palabra, le pone una vestidura blanca, como á loco, y en este estado de abatimiento, entre las burlas, é irrisiones de todo un Exercito, le buelve á embiar á casa de Pilatos: Sale del Palacio de Herodes, sin obrar en él prodigio alguno, sin hacer alli ninguna conversion, y sin darse á conocer. La Corte regularmente, no es lugar proporcionado para los triunfos de Jesu-Christo: En ella se hace burla de sus maximas, y aunque éstas se hallen autorizadas con un grande exemplo, este solo sirve de que el vicio sea mas comedido, pero no por eso halla la verdadera virtud mas apasionados.

Pero bolvamos con el Salvador al Pretorio, y veamos por ultimo consumada la malicia de los hombres, en la barbaridad con que los Soldados despedazan su adorable carne. Pilatos, cada vez mas convencido de la inocencia del Salvador, pues ni aún el mismo Herodes havia hallado en él motivo para condenarle, pero siempre mas cobarde, y mas timido, impone á Jesu-Christo la infame pena de los azotes, la que solamente estaba destinada para los esclavos: Con este castigo espera satisfacer el odio de los Judios, y conservar al mismo tiempo la vida al inocente: Entrega á Jesus al furor de los Soldados; y aqui, Catholicos, es necesario, que vuestra fé supla á mi discurso. De poco servirá el haceros enternecer, al oír los trabajos del Salvador; mejor sería, que contemplaseis á Jesu-Christo quando está padeciendo, como modélo de

vues-

vuestras costumbres, y motivo de vuestra penitencia. Aquellas bestias feroces se arrojan sobre su sagrado Cuerpo, y le despojan; el que estaba vestido de la luz como de propio adorno, se vé cubierto de su propia confusion, y con la profunda verguenza de su desnudez repara ¡ó Mugeres del Mundo! vuestros escandalos, y vuestras indecencias. Descargan sobre sus virginales carnes un diluvio de golpes: Todo su Cuerpo está cubierto de una asquerosa llaga: La barbaridad de los verdugos llega á cansarse de dar golpes en aquel Cuerpo formado por el Espiritu Santo, y antes falta la fuerza á aquellos sacrilegos, que la paciencia á ese Cordero Divino. Aunque le ven, que apenas puede mantener las reliquias de su Cuerpo desgarrado, le desatan de la infame columna, le cubren con un vestido de purpura, ponen en sus manos, acostumbradas á arrojar rayos, una debil caña, aprietan sobre su sagrada cabeza una corona de agudas espinas, cubren su rostro con un ignominioso velo, y se arrodillan para burlarse de él, con sus infames, y satyricos respetos. ¡Ah! No presentemos á nuestro dolor las indignidades, que la relacion de esta historia ofrece á nuestra memoria; apartemos la vista de las sacrilegas bofetadas con que le ultrajan, de las infames salivas con que cubren su glorioso rostro, al que no miran los Angeles sin temblar, y el que havian deseado ver tantos Reyes, y Profetas. ¡Padre justo! Aqui era donde haviais de glorificar á vuestro hijo como en el Thabór, y rodearle de una nube de gloria, para libertarle de tan indignos ultrages. Pero yá no le conoceis, y os estais glorificando con su misma confusion.

Entretanto, aquella terrible señal de Imperio con que le han coronado, traspasa su augusta cabeza; de todas partes cae la sangre sobre su rostro celestial; yá están borrados aquellos divinos rasgos, que le hacian el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres; aquellas miradas terribles, y poderosas, que poco antes tenian

fuerza para convertir á los discipulos infieles, ó para derribar en tierra á los sacrilegos en el huerto de las Olivas, yá están apagadas; aquella cara que será en el Cielo la alegria de los Bienaventurados, no es mas que una masa asquerosa, y ensangrentada, de la que aún los mismos Verdugos apartan la vista con horror; y ved aqui el espectaculo, que el barbaro Juez presenta á los Sacerdotes, y al Pueblo, que todo estaba junto al rededor de su Palacio: Jesu-Christo es presentado en este estado deplorable fuera del Pretorio: *Mirad este hombre*, les dice: *Ecce homo.* (a) Santos Reyes, descendientes de la sangre de David: Profetas inspirados que le anunciasteis á la tierra; ¿es este aquel que tanto deseabais ver? Mirad este hombre: *Ecce homo*: Ved aqui yá finalmente al libertador prometido á vuestros Padres tantos siglos antes: Mirad el Gran Profeta que Judéa debia dar á la tierra; mirad al deseado de todas las naciones, la esperanza de todo el Universo, la verdad de vuestras figuras, el cumplimiento de vuestro culto, la esperanza de todos los justos, el consuelo de la Synagoga, la gloria de Israel, la luz, y la salud de todos los Pueblos: *Ecce homo*: Mirad este hombre, ¿le conoceis por estas infames señales?

Pero dejemos á estos furiosos que pidan como especial favor, que su sangre cayga sobre ellos, y sobre sus hijos: Dejemosles, que con los desprecios que hacen del Salvador, cumplan las profecías, y justifiquen su ministerio, negandose á creerle, y permitidme que yo le manifieste aqui á otros asistentes, esto es, á vosotros mismos, Catholicos. *Ecce homo*, mirad este hombre, si sois del numero de sus Discipulos, mirad vuestro consuelo: ¿Os atrevereis á murmurar en las aflicciones con que Dios os castiga? Mirad á Jesu-Christo tan infamemen-

(a) *Joan.* 19.

mente herido, y maltratado por vosotros: Mirad este hombre: *Ecce homo*: Si la injusticia os ha despojado de vuestros bienes, y degradado de vuestros honores, y titulos, mirad al sucesor de tantos Reyes, despojado de todas las señales de su grandeza, degradado hasta parecer inferior á los mas viles Esclavos, y no conservando de todos sus gloriosos, é inmortales titulos mas que el de hombre, que es el que todavia le dán, y cuya figura casi le han borrado las heridas, y la sangre con que estaba cubierto: ¿Qué teneis que decir? Mirad este hombre: *Ecce homo*: Si la calumnia os infama, atended á las falsedades que le imputan: ¿Os atrevereis en adelante á quejaros? Mirad este hombre: *Ecce homo*: Si algunas veces se cansa vuestra flaqueza de las obligaciones de la vida christiana, si decis interiormente que la virtud no es tan aspera como os la pintamos, mirad vuestra respuesta; mirad, si haveis padecido hasta derramar sangre; estudiad en esta imagen la medida de vuestras obligaciones; un hombre como vosotros es el que os presento, y que se hizo hombre solamente por vosotros: *Ecce homo*: Mirad este hombre; pero mirad en él vuestra obra, y la consumacion de vuestra iniquidad, é ingratitud; si sois pecadores, ved aqui el cuerpo que afrentais quando manchais el vuestro; ved aqui la augusta cabeza que coronais de espinas, siempre que las imaginaciones lascivas, representadas con complacencia, hacen en vuestras almas impresiones peligrosas: Ved aqui los escarnios que repetis, quando os burlais de la virtud de los justos: Ved aqui la sagrada carne que despedazais, quando manchais la reputacion de vuestros proximos; en una palabra, mirad aqui vuestra condenacion, y vuestra obra: Mirad este hombre: *Ecce homo*. ¿Es posible que no os ha de mover este espectaculo? ¿Quereis que otra vez buelva á subir al Calvario? ¿Quereis juntar vuestras voces con las de los pérfidos Judios, y pedir otra vez que sea crucificado? ¿Os parece, Catholicos, dice San Agustin, que se consuma oy la malicia de

los que le clavan en la Cruz ? Pues os engañais , porque aún es mayor la vueſtra , si inutilizais el fruto de su Cruz con vueſtras infidelidades ; si despreciais en su gloria al que los Judíos solamente despreciaron en su abatimiento ; si crucificais de nuevo , despues de su resureccion , al que resucitó para nunca mas morir : *Videtur consumata nequitia hominum , qui crucifixerunt filium Dei , sed eorum major eſt , qui oderunt præcepta veritatis , pro quibus crucifixus eſt filius Dei.* (a)

TERCERA PARTE.

¿QUién pudiera , Catholicos , acabar aqui la hiſtoria de sus trabajos , y despues de haveros manifeſtado al Señor , entregado á la juſticia de su Padre en su agonía , á la malicia de los hombres en el Pretorio , manifeſtarle en el Calvario en manos de su mismo amor , y haceros ver que su muerte es una consumacion perfecta de él.

Porque , Catholicos , solamente debemos buscar en su corazon las razones , y motivos de su suplicio ; ni la perfidia del Discipulo , ni la envidia de los Sacerdotes , ni la inconſtancia del Pueblo , ni la cobardía de Pilatos , ni la inhumanidad de los Verdugos , le dán la muerte; se entregó por mí , dice el Apoſtol , y si no me huviera amado , no huviera padecido ; huviera sido en vano que los Reyes , y Pueblos de la tierra conspirasen contra Christo , porque si su amor no se huviera pueſto de acuerdo con ellos , huvieran quedado confundidos todos su consejos , y huvieran sido inutiles sus esfuerzos.

Pero haviendo amado Jesu-Chriſto á los suyos , dice-

(a) S. Auguſt. *enarrat. in Psalm.* 7.

ce el Evangelio, los amó hasta el fin, del mismo modo, que un padre amoroso, cuyo cariño á sus hijos se aumenta quando está para morir; consuma, pues, su amor muriendo; y este amor divino que abrasa su corazon es el unico fuego, que enciende la hoguera en que vá á sacrificarse.

Es tan ingenioso este amor, que halla el secreto de ofrecerse continuamente en sacrificio, aún despues de su muerte; que celebra la preparacion de su muerte, figurandola en unos signos mysticos; que se dispone á su sacrificio, celebrandole anticipadamente con los suyos; que aplica el precio de su sangre, dandosela á beber de antemano; que recompensa á sus Discipulos de su pérdida, perpetuandose en sus manos bajo el velo del adorable Sacramento; que no pudiendo morir sin abandonarlos, ni permanecer con ellos, sin privarlos de los dones de su espiritu; muere para embiarlos el consolador, y se queda al mismo tiempo con ellos, hasta la consumacion de los siglos, para no dejarlos huerfanos, y para que su corazon no se vea oprimido de trifteza.

Es tan desinteresado su amor, que quiere padecer él solo, y pide que dén libertad á sus Discipulos: *sinite hos abire*: (a) Reusa hasta las lagrimas, que quieren derramar al verle padecer; mas le mueve, y mas se compadece de los males que amenazan á Jerusalen, que del cruel suplicio que le dispone aquella infiel Ciudad; finalmente, este nuevo Isaác, cargado con el vergonzoso leño de su Cruz sube á la montaña mysteriosa, en donde ván á sacrificarle su amor, y su obediencia; y como las mugeres de Jerusalen, al ver este espectaculo, no pudieron menos de llorar, las dice: *Hijas de Jerusalen, no lloreis por mì, llorad sì por vosotras mismas, porque*

(a) *Joan.* 18. *v.* 8

que llegará el dia en que serán tenidas por felices las que no tuvieren hijos. (a) Su amor le oculta el funesto objeto de su Cruz en que ha de ser clavado, y no le deja ver mas que las calamidades que amenazan á aquella ingrata Ciudad: *No lloreis por mì*, os dice oy Catholicos, cargado con su Cruz, y yendo á consumar su sacrificio: *Llorad sí por vosotros mismos*: No os enternezcais al ver el espectaculo de mis trabajos, enterneceos sí al considerar el triste estado de vuestras almas, y las eternas desgracias que os están preparadas: *Nolite flere super me, sed super vos ipsas flete.* Yo podré triunfar de la muerte, ¿pero acaso triunfareis vosotros de ese pecado de costumbre, que ha tanto tiempo que está dando la muerte á vuestra alma, que turba vuestro sosiego, y que aunque os deja desear vuestra conversion, siempre opone á ella un obstaculo invencible? *Nolite flere super me, sed super vos ipsas flete.* Yo podré salir glorioso del sepulcro para nunca mas morir, ¿pero saldreis vosotros de ese profundo abysmo, en que ha tantos años que estais sepultados, ó permanecereis hasta el fin en esos inutiles esfuerzos con los que solamente parece que os levantais en el corto tiempo que dura esta solemnidad, para bolver á caer despues con mas infamia, y cobardía? *Nolite flere super me, sed super vos ipsas flete.* A mí no me será dificil romper las cadenas con que me haveis atado, y atar con ellas todo el Universo al pie de mi Cruz; ¿pero rompereis vosotros los infames lazos que aprisionan vuestro corazon? Esos lazos que se han hecho mas fuertes con la edad, y las pasiones, los que en estos santos dias presentareis al pie de mis Altares, y en los que la gracia de mis Sacramentos no harán mas que apretar los nudos con el delito de la profanacion de que os hareis reos, por re-

ci-

(a) *Luc.* 23. *v.* 28. 29.

cibirlos con un corazon impenitente; no lloreis por mí, llorad sí por vosotros mismos: *Nolite flere super me, sed super vos ipsas flete.*

Es tan generoso su amor, que clavado en la Cruz ruega por los mismos que le crucifican; recoge las pocas fuerzas que le deja la barbaridad de los Verdugos, para escusar su culpa con su eterno Padre; levanta su moribunda voz, y dice: *Padre mio, perdonadlos, porque no saben lo que hacen*: (a) Ofrece toda su sangre para lavar su delito; y la misma Cruz en que le han clavado es el sagrado Altar en que quiere reconciliarlos con su Padre, ¡ó Salvador mio! Vos morís por vueſtros enemigos, ¡y hemos de esperar nosotros á que llegue la muerte para perdonar á nueſtros proximos.

Su amor es tan victorioso, que aún quando estaba para expirar se forma un Discipulo; aunque está amarrado su cuerpo, no eſtá atada su palabra; buelve su misericordiosa viſta á uno de aquellos malhechotes que expira á su lado; sus ojos yá casi muertos, y apagados aún tienen poder para triunfar de los corazones: Eſte Rey tan infamemente degradado, todavia promete Reynos; ¡felíz malhechor, que recoges oy las primicias de su sangre! y que sin haver sido teſtigo de sus obras, descubres su grandeza en su su sufrimiento! pero felices tambien los pecadores que me escuchan; oy todo lo debemos esperar de su misericordia; el momento en que expirá, es el mas favorable para los mayores pecadores, á vosotros os corresponden sus ultimos suspiros, y las primicias de su sangre.

Finalmente, es tan atento, y respetuoso su amor, haſta su ultimo suspiro, que encarga el cuidado de su

(a) *Luc.* 23.

su afligida Madre al amado Discipulo, y el Discipulo á su Madre: *Mulier ecce filius tuus, deinde dicit Discipulo, ecce Mater tua.* (a) Mira por la ultima vez aquella dolorosa Madre, la vé al pie de su Cruz, anegada en un mar de tribulaciones, y amargura, y sus ojos casi apagados ván á acabar de morir sobre ella; ¡quales serian estas reciprocas miradas de Maria Santisima, y su hijo que agoniza! ¡Qué dolorosos, y secretos los testimonios de su reciproco amor en esta triste separacion! ¡Qué espada de dolor atravesaria entonces el alma de aquella afligida Madre! ¡Qué sacrificios invisibles! ¡Qué inexplicables dolores no padeceria en aquel instante! ¡Y quanto la costaria á Maria Santisima el ser Madre de su Dios! pero en medio de sus angustias adora la mano que la hiere, ofrece aquella hostia inocente que expira, á la justicia de su Padre, se pone de parte de los intereses de todos los hombres, que necesitaban este grande sacrificio, y nos enseña que las grandes aflicciones tienen grandes utilidades, y que los motivos de la fé, son un manantial inagotable de consuelos para las almas afligidas.

Finalmente; no teniendo yá Jesu-Christo mas que hacer por nosotros en la tierra, estando consumado todo, tanto por parte de la justicia de su Padre, como por parte de la malicia de los hombres, y tambien por parte de su amor; haviendose ofrecido ya el grande sacrificio, y cumplido las antiguas figuras, haviendo yá llenado Jerusalen la medida de sus Padres; estando manifiestos todos los oraculos de los Profetas, establecido el verdadero culto, vengada la gloria de su Padre, acabada la carrera de su ministerio, y no pudiendo dejar á los hom-

(a) *Joan. 19. v. 26. 27.*

hombres mayores mueſtras de su amor, declara que todo eſta acabado : *Consumatum eſt.* Inclina la cabeza ; embia ázia el Cielo un fuerte clamor ; expira , y entrega á su Padre el espiritu que de él havia recibido. Dejemos que se eclipse el Sol , que se cubra de tinieblas la tierra , que se rompan los peñascos , que se abran los sepulcros , que se confunda toda la naturaleza, que haſta los mismos enemigos del Salvador le confiesen , y reconozcan ; yo no quiero proponeros aqui eſtos grandes espectaculos : El unico prodigio en que debemos pensar, es Jesu-Chriſto, á quien acaba de sacrificar su amor por nosotros: Miradle , pues, que expirando en la Cruz , no se propone otro premio de sus trabajos mas que á vueſtras almas: Muere vueſtro Salvador , y muere por vosotros; muere en tiempo para que vosotros no murais eternamente ; muere porque os ama ; muere porque no le amais ; ¿debiera tener limites en eſte punto vueſtro amor , vueſtro dolor , y vueſtro agradecimiento ? ¿No sois unos anathemas si no amais á Jesu-Chriſto crucificado?

Oy le dicen los que asiſten á su muerte en el Calvario. *Baja de la Cruz , y creeremos en tì.* (a) Pero nosotros debemos hablar en muy diferente eſtilo. Por lo mismo que eſtais en esa Cruz , ó Salvador nueſtro , por lo mismo que oy expirais en ella por nosotros , y que preferis ese trono de ignominia, á la dieſtra de vueſtro Padre , para ser en el nueſtra hoſtia , y nueſtro Pontifice , por eso mismo , todo nueſtro consuelo conſiſte en creer en Vos , en adoraros como á nueſtro reconciliador , y consagraros la vida que nos queda : No bajeis de ese sagrado leño , en el que os manifeſtais como la unica esperanza de vueſtro pueblo ; llevadnos á él con Vos , como nos lo haveis prometido ; quanto mas cargado de oprobrios os manifeſtais , mas se aumenta nueſtra fé , mas se confirma nueſtra esperanza , y mas se in-

(a) *Matth.* 27. *v.* 42.

flama nuestro amor. ¿Podrán acaso sernos inutiles tantas penas, y trabajos como padecisteis por nosotros? ¿Haviais de haver rescatado nuestras almas á tanta costa, si quisierais dejarlas perecer? ¿Haviais de haver muerto con tanta ignominia, si al mismo tiempo que participamos de vuestra Cruz, no huvieramos de participar algun dia con Vos, de la gloria de vuestra inmortalidad? Amen.

SER-

SERMON
PARA EL DIA
DE PASQUA.

SOBRE LAS MAS FREQUENTES causas de nueſtras recaídas.

Chriſtus resurgens ex mortuis jam non moritur, mors illi ultrá non dominabitur.

Haviendo resucitado Jesu-Chriſto de entre los muertos, yá no muere, y la muerte no tiene imperio sobre él. *Rom. 6. v. 9.*

LA victoria que oy alcanza Jesu-Chriſto de la muerte, y del pecado, le asegura para siempre el premio de sus trabajos, la consumacion de su obra, la duracion de su Iglesia, la fidelidad de sus Discipulos, la vida inmortal de su cuerpo glorioso, la conquiſta del Universo, el triunfo de la cruz, y la salvacion de todas las naciones de la tierra.

Yá no veremos en él aquellas señales de mortalidad que deja en el sepulcro, y de las que se cargó solamente para dar entera libertad al cuerpo myſtico que ha de subir con él al Cielo, para glorificar eternamente la san-

tidad de su Padre. Quanto en él havia de mortal, y terreſtre quedó clavado en la Cruz; murió una vez para nunca mas morir: Nunca se le quitará el poder que oy le dá su eterno Padre; su nuevo Reyno nunca se acabará; y su vida gloriosa, y resucitada no tendrá mas limites que los de los siglos eternos, y la gloria del mismo Dios: *Chriſtus resurgens ex mortuis jam non moritur.*

Eſta, Catholicos, es la mayor gloria de la Resurreccion de Jesu-Chriſto, y la señal que principalmente le diſtingue de todos aquellos, á quienes el Señor havia resucitado, ó por sí mismo, ó por el miniſterio de sus Profetas, porque eſtos podian bolver á morir; y eſte es el principal motivo de que nos le proponga S. Pablo por modelo. *Jesu-Chriſto resucitado de entre los muertos ya no muere.* ¿Pero de qué proviene, Catholicos, que nueſtra resureccion de la muerte del pecado á la vida de la gracia en eſtos santos dias por medio de la participacion de los Santos Myſterios es tan poco conſtante, y durable? ¿De qué proviene que la gracia de eſte santo tiempo no hace mas que unas conversiones inconſtantes, que nueſtra nueva vida nunca dura mas que un inſtante, y que nueſtras antiguas pasiones esperan con impaciencia el fin de la solemnidad para recuperar su antiguo Imperio?

Averiguemos, Catholicos, las razones de una desgracia tan comun, y tan deplorable: El conocer el mal, es lo mismo que haver hallado su remedio; el no perseverar vosotros en la nueva vida, y en la gracia en que acaban de eſtablecceros los Sacramentos, conſiſte, primeramente, en que no evitais con baſtante cuidado, todo lo que la puede debilitar, ó hacerosla perder; en segundo lugar, en que os olvidais de todo lo que haveis prometido para conservarla; finalmente, en que no cuidais de reparar vueſtras culpas con la satisfaccion, sin lo qual no puede ser permanente vueſtra nueva vida.

Y eſtas, Catholicos, son las tres causas mas frequentes de nueſtras recaídas despues de eſta santa solemnidad;

la

la primera, el desprecio de las precauciones; la segunda el quebrantar las santas resoluciones; y la ultima el omitir las satisfacciones: Manifeſtemos eſtas tres verdades implorando la asiſtencia del Espiritu Santo, por medio de la intercesion de Maria, cantando con la Iglesia. *Regina cœli, &c.*

PRIMERA PARTE.

NO ignoro, Catholicos, que una de las mas frequentes causas de nueſtras recaídas, despues de eſta santa solemnidad, es el no haver sido verdadera, y sincera nueſtra penitencia; no nos enmendamos, porque no nos hemos convertido; no se mudan nueſtras coſtumbres, porque no se ha mudado la voluntad; y los Sacramentos dejan en nosotros todas nueſtras pasiones, porque aunque las hemos presentado á los pies del Sagrado Tribunal, ha sido sin un verdadero proposito de acabar con ellas; no hablaré oy de eſta causa tan comun, porque ya he hablado de ella en otras ocasiones; además de que eſta causa solamente mira á aquellos pecadores á quienes no ha resucitado la gracia de eſte santo tiempo, que han hallado una nueva muerte en los Sacramentos, en vez de haver hallado en ellos nueva vida; y asi los delitos en que despues caen, no son recaídas, sino continuacion de los mismos desordenes.

Supongo, pues, Catholicos, que la mayor parte de los que me oyen, han querido convertirse á Dios sinceramente en eſte santo tiempo; que se dispusieron con un corazon contrito, y humillado, para recibir la gracia de los Sacramentos; y que consiguieron eſta nueva vida, y la resurreccion prometida á los que ya eſtaban muertos con Jesu-Chriſto, por medio del dolor de una sincera penitencia; supongo que las santas verdades que han oído en eſtos dias de salud, que las nuevas luces que han nacido en sus co-

corazones, que los movimientos de gracia formados en sus almas por la virtud del Espiritu Santo, que la moleſtia de sus pasiones, los disguſtos del Mundo, la nada de los deleytes, el humo de las esperanzas, la interior triſteza del pecado, supongo, buelvo á decir, que todas eſtas cosas juntas han formado en vueſtro interior, una nueva resolucion de romper por ultimo las cadenas, con que tanto tiempo haveis eſtado atados, y de buscar en el servicio de Dios, y en unas coſtumbres mas puras, la paz, y los consuelos que nunca ha podido daros el Mundo.

Digo, pues, que la primera causa de vueſtras recaídas, despues de eſtos actos de penitencia, que parecian prometeros una vida absolutamente nueva, es el desprecio de las precauciones de necesidad, y de las de pura seguridad.

Llamo precauciones de necesidad, el huir de ciertas ocasiones, que de su naturaleza son siempre funeſtas á la inocencia, y en las que eſtamos viendo una caída inevitable; la presencia, y frequencia de aquellos objetos á que todavia tienen inclinacion nueſtras injuſtas pasiones; los placeres, y las compañias, en las que no se tiene otro fin mas que la culpa; las llanezas, y libertades en que es segura la pérdida de la gracia; en una palabra, ciertas circunſtancias incompatibles con nueſtra salvacion.

Y ved aqui, Catholicos, la causa de que regularmente se desvanezcan vueſtros proyectos de conversion, y mudanza de vida. Nos proponemos á nosotros mismos ser mas cuidadosos, y fieles en eſtas ocasiones de que acabo de hablar; nos persuadimos, á que aunque nos hallemos en ellas, eſtando con unas disposiciones mas santas, será menor el peligro; nos proponemos á nosotros mismos mil razones especiosas para no apartarnos del peligro, como son la buena correspondencia; porque si rompieramos abiertamente con tal amiſtad, sería dár que decir al público, y no queremos exponernos á eſto; la obligacion; porque eſtas conexiones, y eſtas amiſtades son indispensables, y la prudencia dicta que no se abandonen

por-

porque esto seria motivo de escandalo, y queremos evitarle; la fortuna; porque seria arruinar nuestros negocios, y no es razon abandonarlos; la falsa imposibilidad; porque decimos que no está en nuestra mano, y Dios no nos pide imposibles; finalmente, nos valemos hasta de la misma Religion; y nos figuramos, que acaso ganaremos para Dios, á los que otras veces nos han apartado de su Magestad, y no nos parece mal el hacer la experiencia.

Pues, Catholicos, el Mysterio de Jesu-Christo resucitado nos dá unas reglas admirables, y unas instrucciones de mucha importancia para convencer estos vanos pretextos: No obstante, que despues de su resureccion, y de su nueva vida, no tenia que temer el furor de sus enemigos, con todo eso, no se presenta en medio de Jerusalén, no se deja ver sino de sus Discipulos, no se manifiesta sino en lugares solitarios, y retirados, y como si la nueva vida que recibió al salir del sepulcro estuviera aún sujeta á la muerte, no quiere exponerla á la malicia de los Judíos, para enseñarnos que no debemos tentar á Dios, y que el exponer la gracia á los peligros ciertos, es lo mismo que haverla ya perdido.

Y á la verdad, Catholicos; no quiero deciros, que es temeridad el persuadirse á que Dios os ha de defender en las ocasiones de que él mismo os manda huir, pues su proteccion seria premio de vuestra temeridad, y sus gracias serian la recompensa de la transgresion de sus ordenes.

Tampoco quiero deciros, que es pecado el no evitar todo lo que hasta aquí os ha servido de motivo de culpa, y que puede tambien serlo en adelante; es pecado, porque amar el peligro, es amar todo lo que se ordena á la culpa: es pecado, porque no temer la recaída, es no hacer caso de la gracia que nos ha levantado; es pecado, porque no querer apartarse de las ocasiones, es amar todavia todo lo que es funesto para la inocencia; es pecado, porque bolver á mirar con gusto lo que ha sido causa de todas nuestras desgracias, es no estár arrepentidos de haver sido pecadores; es pe-

ca-

cado, porque no poder perder de vista todo lo que aviva las pasiones, es tenerlas todas en el corazon; es pecado finalmente, porque el buscar uno mismo las ocasiones de pelear, es estár determinado á perecer.

Finalmente; tampoco quiero deciros, que vuestra propia experiencia debiera serviros de prueba en este asunto, que mil veces disgustados de vuestra pasion, y del infelíz objeto que la havia encendido en vuestros corazones, enfadados de sus inconstancias, llenos de remordimientos, y resueltos por ultimo á romper sus injustas cadenas, solamente su presencia ha bastado para haceros olvidar vuestros disgustos, y proyectos; un instante de peligro ha renovado vuestros lazos; todas vuestras resoluciones se destruyeron contra ese fatal escollo; y en la misma ocasion siempre haveis sido el mismo.

Pero decis, que hallandoos con unas disposiciones mas santas, será menor el peligro.

Pues yo os digo de parte de Dios, que qualquiera disposicion que nos conduce al peligro es profana, y pecaminosa; que quantos mayores deseos de una nueva vida ha obrado en nosotros la gracia, mas debemos temer el exponer su obra, y las misericordias del Señor para con nuestra alma; que la primera disposicion que pone en nosotros el Espiritu de Dios, es la desconfianza de nuestra flaqueza; y finalmente que el haver culpa en los peligros, no es porque haya intencion de caer en ellos, sino por la imprudencia, y temeridad de buscarlos.

Decis que el romper esa amistad repentinamente, sería un golpe que llamaria la atencion del público, y que daria motivo á unas sospechas de que hasta ahora haveis procurado libertaros.

Pues yo os digo de parte de Dios, que solamente vosotros ignorais lo que piensa el público, y que esas sospechas que quereis evitar, se fundan mas en vuestra concurrencia, que lo que se fundarian en vuestro retiro, y de este modo haceis mas dificil el rompimiento,

to, y mas inevitable el escandalo; y finalmente, que un hombre que se halla en medio de las llamas, no examina tanto por donde se ha de libertar, que la prontitud de la huida se adelanta á todas las reflexiones, y que basta el conocer que vamos á perecer para no omitir diligencia alguna para salvarnos.

Decis que no podeis romper esas indispensables conexiones, porque están fundadas en la buena correspondencia, y en la obligacion.

Pero yo os digo de parte de Dios, que vuestra primera obligacion es obedecer á su Magestad, y salvar vuestras almas; que ninguna conexion incompatible con la salud eterna puede subsistir; que nadie está obligado á condenarse á pesar suyo; y finalmente, que se puede mantener una buena correspondencia fundada en la regla, y en la virtud; pero que es necedad querer mantener la que se funda en el desorden, y en el vicio.

Decis que sería arruinar sin remedio vuestra fortuna, y negocios, y que Dios á nadie manda que llegue á este extremo.

Pues yo os digo de parte de Dios, que su Magestad quiere que lo perdamos todo por salvar nuestras almas; que la mayor fortuna de un Christiano, consiste en adelantar para su salvacion; que el que tiene la gracia todo lo posee; que el querer mas arriesgar la salvacion, que perder una fortuna de barro, es haver perdido lé fé; y finalmente, que el que ha hallado á Dios nada puede perder, á no ser que pierda al mismo Señor.

Decis que Dios no nos pide mas que lo que está en nuestras manos.

Pues yo os digo de su parte, que siempre depende de nosotros lo que su Magestad nos pide; que siempre nos hace posible lo que mira en nosotros como necesario; que la falsa imposibilidad de nuestras obligaciones siempre consiste en los pretextos de nuestras pasiones, y nunca en la obligacion; y finalmente, que los obstaculos no prueban

mas que el que es dificil salvarse, pero no el que sea lícito perderse.

Decis finalmente, que quisierais inspirar á aquellas personas que os engañaron en otro tiempo, los santos deseos que Dios os comunica, y que la parte que han tenido en vuestros desordenes las hará mas sensibles á vuestra persuasion, y á vuestro exemplo.

Y yo os digo de parte de Dios; ¿quién os ha constituido Guias, y Pastores de vuestro hermano? ¿Aún no estais vosotros bien seguros, y ya pensais en alargar la mano á los demàs? ¿Apenas sois Neophitos en la fé, y ya quereis ser Apostoles? ¿Os ha permitido acaso el Señor, que expongais vuestra salvacion con pretexto de que no perezca vuestro proximo? ¿Os pide Dios que empezeis corrigiendo las pasiones agenas, ó llorando las vuestras propias? Un leproso que quisiera curar la lepra de su hermano, no le purificaria, ni haria más que mancharse á sí mismo; un zeloso que busca los peligros, no mira verdaderamente por la salud agena, ni es mas que un pecador que mira con indiferencia la suya propia. ¿Quién sois vosotros, para querer ya servir de instrumentos á las misericordias del Señor para con las almas? Los unicos exercicios de un pecador son las lagrimas, el silencio, el retiro, y la oracion: Esperad á que el Señor os destine á emprender su obra; preparad la eficacia á vuestros discursos, con una larga serie de buenos exemplos; edificad por largo tiempo á vuestros proximos antes que os atrevais á exortarlos; comprad á costa de un largo retiro el derecho de poderlos ver sin peligro; y tened presente, que los complices de vuestras pasiones, no pueden servir tan presto mas que de escollos á vuestra penitencia.

Pero acaso fundais vuestra seguridad en que ya os haveis apartado de todos estos peligros de que hablamos, y de todas aquellas ocasiones en que es inevitable la culpa; en que aquellas, entre las quales vivis ahora, mas son distrac-

tracciones precisas del Mundo, que peligros verdaderos; en que hacen muy poca impresion en vueſtros corazones; en que respecto de vosotros, el largo uso que de ellas haveis hecho, les ha quitado lo que puede servir de veneno para otros; en que á no condenarse á un perpetuo retiro, es imposible privarse de ciertas concurrencias, y de ciertos placeres; en que siempre salis de eſtas concurrencias del mismo modo que entrafteis en ellas, y en que si alguna vez os dejais arrebatar de sus alhagos, mas es por vuestra flaqueza, que porque en esas cosas se halle algun veneno; eſta es la segunda ilusion, la que es un principio indefectible de recaída, y segundo genero de precauciones que despreciamos despues de la penitencia; las precauciones de pura seguridad.

Pero, Catholicos, una alma que se convierte á Dios, desde los desordenes del Mundo, y de las pasiones, debe mirarse como un enfermo, que padece en todas sus facultades; tiene corrompido el corazon con mil habitos viciosos, lleno el espiritu de preocupaciones, y tinieblas, manchada la imaginacion con mil imagenes impuras, debilitada la voluntad con un largo cautiverio, desordenados los sentidos con el largo uso de los placeres, rebelde, é indomita la carne con una vida sensual, que ha fortificado su imperio, todo eſtá enfermo, flaco, y desfallecido en una alma, que ha sido mucho tiempo esclava del pecado, y que ha poco que llegó á la felíz libertad de la juſtificacion; y la gracia que ha curado sus heridas, aún ha dejado en ella sus señales, y flaquezas, eſto es, las cicatrices dispueſtas á abrirse en la primera ocasion.

Digo, pues, que en eſte nuevo eſtado de juſticia, no puede conservarse la gracia, sino con infinitas precauciones; que eſtando todavia medio apagadas las pasiones, los objetos menos peligrosos, pueden bolverlas á encender; y que no eſtando aún mas que medio reſtablecidas vueſtras fuerzas, un soplo es capaz de traſtornaros, y echaros por tierra.

Y con todo eso, al acabar de recibir los Sacramentos,

con que la gracia os ha formado nuevas criaturas, quereis vivir como los justos firmemente establecidos, y que nada tienen que temer: Puede ser que huyais de las ocasiones, que en otro tiempo os han engañado, pero no temeis las que todavia os pueden engañar; la culpa os asusta, pero el peligro no os mueve; os formais un plan de vida, del que solamente desterrais vuestras pasadas desgracias, pero conservais en él todo lo que puede llevaros á ellas por otros caminos; como es el juego, los espectaculos, la ociosidad, la familiaridad del trato, la libertad en las conversaciones, la sensualidad en los banquetes, los cuidados de la ambicion, y la amargura de las envidias: Nada mudais en lo principal de vuestra vida, solamente quereis separar de ella el desorden, pero dejais la raíz, los atractivos, y los caminos, que indefectiblemente guian á él; á esto se reducen solamente todos los proyectos de una nueva vida: Os parece que el convertirse consiste precisamente en no recaer; que el vivir en gracia, no es mas que no vivir en pecado; y no sabeis que la mudanza del corazon, es una entera renovacion de todo el hombre, y una mudanza universal de vida.

Pues reparad en que Jesu-Christo despues de su Resureccion, nada conserva de su vida mortal, y terrestre; en él todo es nuevo, y todo está mudado; aún sus mismas heridas se han convertido en rayos de gloria, y señales de inmortalidad; yá no es aquel hombre de dolor cargado con nuestras enfermedades, y miserias, sino un Rey glorioso, que lleva en triunfo los Principados, y Potestades. En una palabra, su Resureccion es una vida absolutamente nueva, un ministerio nuevo, y una nueva justificacion: Pues este es el modelo de una vida resucitada.

Verdaderamente, Catholicos, es ilusion, querer que sin mudar en nada vuestras costumbres, hayais de conservar la gracia; porque, primeramente, si nuestras mas santas resoluciones, hallan escollos solamente en la inconstancia de nuestro corazon, si somos para nosotros mismos

mos una tentacion continua, si nos cuesta tanto trabajo el defendernos de nuestros propios disgustos, de las repugnancias que nos abaten, de los temores que nos desaniman, del genio que domina en nosotros, de la inconstancia que nos arrastra, en una palabra, ¿si todo quanto hay en nosotros es pecado, ó raíz de pecado, podemos estar seguros entre unos peligros, que nosotros nos buscamos, quando no lo estamos de nosotros mismos? ¿Un enfermo, que tiene yá el veneno en su pecho, podrá por eso temer menos al ayre que es contagioso, y funesto para la salud mas robusta? ¿Y podremos persuadirnos, á que hay peligros inocentes para nosotros, siendo un continuo peligro para nosotros mismos?

En segundo lugar, lo pasado debiera serviros de prueba para lo por venir; muchas veces, y en las mismas circunstancias que ahora, haveis formado la resolucion que formais oy, de vivir mas christianamente. Todos los años por este santo tiempo, os arrepentis de vuestras culpas, y determinais vivir mas christianamente: ¿Pues en qué consiste, que despues de haver empezado el edificio, nunca hayais podido acabarle? ¿De qué proviene, que las pruebas que haveis hecho, nunca han sido felices? ¿Y que despues que tantas veces haveis confiado en vuestra fidelidad, al dia siguiente os hallais tan infiel como antes? Procurasteis apartaros de los grandes escollos en que acababais de perecer, evitasteis ciertas ocasiones, en que era indefectible la caida para vosotros: ¿Pues de qué proviene, que no obstante todas estas precauciones, que son las que solamente os parecen esenciales, siempre hayais buelto á caer? Consiste, Catholicos, en que aunque haveis procurado evitar las culpas, no haveis hecho caso de aquellas cosas, que podian guiaros á ella, y os haveis persuadido á que podiais llegar á Dios, por el mismo camino que os lleva á la perdicion.

Quiero concederos, que oy sean vuestras resoluciones mas fervorosas que antes; que vuestro corazon esté mas com-

compungido; y que la actual mudanza de vida, promete mas seguridad que las anteriores; pero es inutil el que parezcan distintas las disposiciones, si las resultas son las mismas. Lo que nos hace perseverar en la gracia, no es el fervor de los movimientos que nos lleva á ella, sino la fidelidad de las precauciones, que en ella nos mantiene; no es la compuncion que empieza, sino la vigilancia que prosigue: Las primeras impresiones de la gracia, particularmente en ciertos corazones, siempre son vivas, y fervorosas; quando empezamos á gustar de Dios, como nos hallamos cansados, y disgustados del Mundo, se apodera de nosotros este afecto, y nos saca fuera de nosotros mismos: Quanto mas dominio havian tenido sobre nosotros las pasiones, mas nos mueve, y enternece la gracia. El corazon acostumbrado á los mas vivos movimientos, no conoce sino los excesos, y asi, las primeras lagrimas del pecador que ha de recaer, son muchas veces mas vivas, y abundantes, que en el pecador que persevera en la culpa.

Es decir, que no debemos juzgar de nosotros mismos, por ciertos fervores, que se experimentan, quando se toma la resolucion de entablar una nueva vida: La vida christiana, no consiste en los movimientos instantaneos, sino en una fidelidad constante, y permanente; no es una llamarada de un corazon facil de enternecerse, sino una disposicion permanente de fé, y de compuncion; no es una centella, que immediatamente se disipa, sino una luz resplandeciente, que con dificultad se apaga con los vientos de las tentaciones, y que nos manifiesta por mucho tiempo la verdad, y los caminos de la vida eterna.

Acaso me respondereis, que vuestro estado os hace inevitables estas ocasiones; que estando precisados por razon de vuestro nacimiento, ó de vuestra clase, á vivir en medio del Mundo, y de la Corte, no podeis formaros unas costumbres distintas de las de los demás; que es preciso seguir las costumbres, que yá haveis hallado establecidas, contestar á ciertas proposiciones, por no pa-

parecer ridiculos: Y en una palabra, que si fuerais dueños de vosotros mismos, os sería facil el establecer un methodo de vida á medida de vuestro deseo, pero que teniendo precision de tratar con todos los que os rodean, necesitais condescender con ellos, y cumplir con las obligaciones, y costumbres anexas á vuestro estado.

A esto os respondo, Catholicos, que los peligros en que nos coloca la providencia, y las obligaciones de nuestro estado, dejan de ser peligros respecto de nosotros: Que Pedro obedeciendo á Jesu-Christo, estaba mas seguro sobre las olas, por donde le mandaba caminar, que Jonás en el Navio, á donde le havia llevado su infidelidad: Que Daniél en medio de los Leones carniceros, tenia menos que temer, que el otro infiel Profeta, en el camino real de Bethél, en donde le despedazaron los Osos; que la seguridad no consiste precisamente en el estado en que nos hallamos, sino en estar colocados en él por la mano de Dios; y que asi es preciso hacer distincion entre los peligros anexos á nuestro estado por disposicion de la providencia, y los que busca nuestro gusto, y nuestras inclinaciones; y que si queremos proceder de buena fé, confesaremos, que los peligros que nos engañan, no son regularmente, los que son inseparables de nuestro estado, sino los que nosotros nos buscamos por nuestro propio gusto.

Tambien os respondo, que en nuestros cargos, en nuestro estado, y en los cuidados publicos, casi se hallan mas ocasiones de virtud, que de ruína; y que si quereis cumplir con todas las obligaciones, sufrir todas las molestias, aguantar los contratiempos, estudiar sus revoluciones, é inconstancias, y ordenar á Dios los disgustos, y las violencias, hallareis en la vida del Mundo, y de la Corte, mas lecciones, y mas medios para la salvacion, que en la de los claustros, y desiertos; pero entre vuestras obligaciones, no contais mas que los peligros que amais, y que realmente no se hallan en ellas; y mirais vuestras verdaderas obligaciones, como exercicios arbitrarios,

rios, de los que podeis escusaros quando querais.

Acaso, os fiais de que esos peligros, esas familiaridades, y esos publicos placeres, entre los quales vivis, no hacen impresion alguna en vueſtros corazones, y que a si no puede haver ley que os lo prohiba.

Pero yo pudiera responderos primeramente, que muchas veces esas empresas son tanto mas peligrosas, quanto son mas insensibles; que procuramos abſtenernos de aquellos excesos manifieſtos, que no podemos disimularnos á nosotros mismos, pero nos dormimos acerca de aquellos, que no hacen mas que debilitar al corazon, inspirarnos pensamientos vagos de amor, introducir el veneno, disponernos para todas las pasiones, llenarnos de imagenes vanas, y frivolas, alimentar nueſtro espiritu con maximas amorosas, y lascivas, y que muchas veces aquella falsa inocencia, que solamente consiſte en conservar al corazon libre de una pasion particular, no es mas que una profunda corrupcion, mas universal, y peligrosa.

Tambien pudiera responderos, que muchas veces la insensibilidad que experimentamos en las mas peligrosas ocasiones, y por la que nos persuadimos, á que eſtamos fuera de peligro, no es señal de que salimos de él inocentes, sino de que entramos en él mas corrompidos: La demasiada impresion que en nosotros han hecho los peligros, es la causa de nueſtra insensibilidad; el largo uso que hemos hecho de los placeres, les ha quitado para nosotros el privilegio de movernos vivamente, sin haverlos quitado la propiedad de corrompernos: Nos manchan, é inficionan, sin que lo sintamos; nos sucede lo que á un cuerpo hinchado yá con la primera picadura de una serpiente, que no siente el dolor de la segunda; no es tan grande el mal, quando aún tenemos facultades para sentirle, eſta es una señal, de que hay alguna cosa sana en el corazon, y asi, la insensibilidad que nos asegura, mas es hinchazon que proviene de la corrupcion, que una fuerza que nazca de la virtud; toda nueſtra

tra inocencia la fundamos en la saciedad de los placeres.

Finalmente, pudiera responderos: Os preciais de que no hay cosa que haga impresion en vueſtros corazones, y que siempre os hallais insensibles en los peligros, contra los que tanto declamamos: ¿Pero de qué proviene, que quando llegais á manifeſtarnos vueſtro corazon en el tribunal de la Penitencia, y á confesar á nueſtros pies unas culpas, que os cubren de confusion, nos alegais tanto vueſtra flaqueza para asegurar vueſtros desordenes? ¿De qué proviene, que entonces os quejeis tanto de la facilidad de vueſtro corazon, que á pesar vueſtro se os huye, y desordena? ¿De qué proviene, que entonces nos pondereis tanto la desgracia de vueſtro temperamento fragil, del que decis que no sois dueños? ¿De qué proviene, que entonces nos confeseis, que en todo hallais peligro, que el objeto que para otros sería inocente, es culpable para vosotros, atendida la corrupcion de vueſtros corazones, que jamás podeis resiſtir; que concedeis á la complacencia, lo que haveis negado á la inclinacion; que sería preciso retiraros á un desierto para vivir seguros; que todas vueſtras buenas resoluciones, no han durado mas que haſta el primer peligro en que os haveis viſto; y que aunque podeis responder de la sinceridad de la buena fé de vueſtras promesas, no os atreveis á responder de vosotros mismos? Ponderais vueſtra flaqueza, quando se trata de escusar vueſtras culpas pasadas; y quereis que os tengamos por fuertes, quando solamente se trata de evitar los peligros, que pueden conduciros á ellas.

¡Gran Dios! ¿No debieran baſtar mis propias desgracias para inſtruirme? Mil veces he intentado seros mas fiel, pero ha sido en vano; siempre he experimentado, que son inutiles los deseos, mientras queremos exponernos á las borrascas, y escollos; todos mis proyectos de fidelidad, han venido á parar siempre en nuevos naufragios. *Veni in altitudinem Maris, & tempeſtas de-*

mersit me. (*a*) ¡O Dios mio! Vos solo sabeis, que yo soy el mas flaco de los hombres; yo me he preciado neciamente de desafiar los peligros á cara descubierta, quando interiormente me estaba avergonzando de mi flaqueza, y confusion. *Deus tu scis insipientiam meam, & confusionem meam.* (*b*) Sacadme, Señor, de entre estos objetos, en donde apenas me he levantado de mi caída, quando immediatamente me haveis visto bolver á caer; sacadme de este cieno, por donde no puedo caminar sin hundirme en él mas cada dia. *Eripe me de luto, ut non infigar.* (*c*) No dejeis á mi corazon en las manos de mi inconstancia; conozco, que no obstante todas las promesas que os he hecho de ser vuestro, al primer peligro que se presente, bolveré á ser infiel; fijad, pues, las inconstancias de mi alma, y libradme de su propia instabilidad. *Intende animæ meæ, & libera eam.* (*d*) Mas peligro hay en poder olvidaros por un instante, despues de haveros amado, que en no amaros todavia: Temo por ultimo, que la continua inconstancia de mi vida, fije vuestra indignacion sobre mi cabeza; que mis suspiros, y promesas, tantas veces quebrantadas, sean á vuestra vista, como burlas, y ultrajes, y que las olas que ha tanto tiempo que me combaten, me sepulten por ultimo ellas mismas en un eterno precipicio. *Non me demergat tempestas aquæ, neque absorbeat me profundum.* (*e*) Y esta es la segunda causa de nuestras recaídas, el violar las resoluciones.

SEGUNDA PARTE.

JEsu-Christo resucitado de entre los muertos, yá no muere, porque su Resureccion es el cumplimiento de to-

(*a*) *Psalm.* 68. *v.* 3. (*b*) *Ibidem.* 6. *v.* 20.
(*c*) *V.* 25. (*d*) *V.* 19. (*e*) *Ibidem.*

todas sus promesas: Havia prometido á su Padre, que le glorificaría si le libraba de la muerte, que daría á conocer su nombre en toda la tierra, y que le formaría en todas partes adoradores en espiritu, y verdad: Havia prometido á sus discipulos reveſtirlos con la virtud del Altisimo, darlos una fuerza, y una sabiduría, á la que no podría resiſtir el Mundo entero, y hacerlos dueños de la vida, y de la muerte: Los havia prometido la conquiſta del Universo, las llaves del Cielo, y del Infierno, la conversion de los Pueblos, y de los Cesares, el triunfo de la Cruz, la ruína de los Idolos, el eſtablecimiento de la sabiduria, y de la salud de la tierra. Muy grandes eran eſtas promesas, pero apenas resucitó, quando empezaron á cumplirse; y si el milagro de su Resureccion juſtifica la verdad de sus promesas, se puede muy bien decir, que el cumplimiento de sus promesas, es la prueba mas decisiva del milagro de su Resureccion.

Ved aqui, Catholicos, la segunda inſtruccion que nos ofrece eſte Myſterio. Nosotros hemos hecho à Dios mil promesas, al tiempo de llegar al Sagrado Tribunal de la Penitencia, en donde hemos hallado una nueva vida, ¿pero las cumplimos despues que hemos resucitado? ¿Puede decirse de nosotros, como de Jesu-Chriſto, que el milagro de nueſtra resureccion, y de nueſtra nueva vida, prueba la sinceridad de nueſtras pasadas promesas, y que el cumplimiento de nueſtras promesas es el teſtimonio mas seguro del milagro, y de la verdad de nueſtra resureccion? Segunda causa de nueſtras recaídas, las promesas, y resoluciones quebrantadas.

Sí, Catholicos, quando movidos de un deseo de una vida mas chriſtiana, y quando cansados de el Mundo, y de nueſtras pasiones fuimos á deteſtarlas en eſtos dias de salud á los pies de Jesu-Chriſto, nos propusimos á nosotros mismos mil medios para conservar la gracia, sin los quales nos parecia imposible poder perseverar en los ca-

minos de Dios: formamos mil proyectos acerca de nuestro methodo de vida, señalamos por menor el remedio para cada uno de nuestros males, la huida para ciertos peligros, la resistencia para ciertas complacencias, el retiro para ciertas distracciones, la modestia para ciertas indecencias, el silencio, y la circunspeccion para ciertas conversaciones, la caridad para ciertas antipatías, la moderacion, y el arreglo para ciertas superfluidades, el uso de la oracion, y los exercicios devotos para la ociosidad, la mas exacta frequencia de los Sacramentos para nuestra pereza; finalmente, conociendo entonces todas nuestras necesidades, y sintiendo vivamente todas nuestras heridas, que aún arrojaban sangre, dispusimos para cada una su particular remedio; y penetrados de las misericordias que Dios usaba con nosotros, que aún se dignaba alargarnos su mano á lo profundo del abysmo en donde haviamos caído, agradecidos á su paciencia, á la que no havia podido irritar la duracion de nuestras culpas, á su sabiduría que havia hecho que nuestras mismas pasiones sirviesen á nuestra salvacion, formamos mil resoluciones de fidelidad, las que sellamos con nuestros suspiros, y lagrimas.

Con todo eso, estas resoluciones tan esenciales para nuestra salvacion, casi no han existido mas que en la imaginacion que las formó, semejantes á aquellos vastos proyectos que divierten el tiempo de un espiritu ocioso, y en los que no se ama mas que la idea, nos hemos divertido con la novedad; nos figurabamos que no nos havia de costar trabajo alguno el cumplirlos, porque haviamos hallado una especie de deleyte en formarlos, y que haviamos de amar la realidad, del mismo modo que haviamos amado el sueño, y las chimeras; puede ser tambien que nos hayamos mantenido fieles en ellos por algun tiempo; los primeros dias, nos defendió un genero de verguenza que nos costaba el faltar á nuestras obligaciones, casi al mismo tiempo que acababamos de jurar el ser fieles al pie

del

del Altar, pero no duró mucho tiempo nueſtra fidelidad; poco á poco llegamos á persuadirnos que nueſtras resoluciones eran escrupulos, que era un yugo inutil el que nos haviamos impueſto á nosotros mismos, que es necedad el quererse imponer como obligacion lo que en la realidad no lo es, que bien podemos salvarnos sin vivir sujetos á eſtas leyes, que el zelo que nos las inspiró era bueno, pero que no nos conociamos á nosotros mismos, si creíamos que havia de durar siempre, que no hay necesidad de cavilaciones para servir á Dios, que la salvacion no eſtriva en menudencias, y que muchas veces sucede, que por querer hacer mucho, nada se hace; de eſte modo se olvidan las resoluciones, se desvanecen las promesas, no nos acordamos del nuevo plan de vida que haviamos formado, y miramos eſta nueva infidelidad á las promesas, como un eſtado de libertad en que sacudimos un yugo que ya empezaba á pesarnos, y como la adquisicion de una libertad de que nos haviamos privado inutilmente.

Eſta es la principal causa de las recaídas despues de eſta santa solemnidad: Primeramente, nueſtras resoluciones abrazaban los unicos medios para nueſtra perseverancia, y es chimera el pensar que se ha de perseverar, si despreciamos los unicos medios á que eſtá vinculada nuestra perseverancia; señalaſteis cierto tiempo para la oracion, porque conociais que si vueſtro corazon carecia de eſte socorro, se desmayaba para la virtud, y renacia en él el amor al Mundo; se resfriaba para la piedad, y pueſto en los peligros no hallaba en sí mas que su propia flaqueza; os impusiſteis ciertas mortificaciones, porque vueſtra propia experiencia os ha enseñado, que condescendiendo en todo con los sentidos, eſte genero de vida de pereza, y sensualidad ponia en vosotros unas disposiciones inevitables para la culpa; os propusiſteis hacer algunos sacrificios del honor mundano, de la sobervia, y de la vanidad, porque haviais experimentado, que por poco que condes-

cen-

cendieseis con estas inclinaciones, ya no estabais á tiempo de poderlas sujetar, y que siempre pasabais mas adelante de lo que haviais pensado. Despreciais estos medios, abandonais el tiempo que haviais destinado á la oracion, tan necesaria para confortar vuestra flaqueza, os dispensais de esos sacrificios tan utiles á vuestra fé, ¿pues còmo quereis que no se apague en vosotros la vida de la gracia, si todo la debilita, y si no hay en vosotros cosa alguna que la sustente, y preserve?

Por otra parte, lo que hace mas peligrosa la infidelidad á las resoluciones que haviamos formado, y que siempre se siga á ellas la recaída en nuestros primeros desordenes, es que estas resoluciones no solamente comprehenden los medios generales de perseverancia comunes á todos los fieles, sino que tambien, quando Dios os los inspiró en los primeros instantes de vuestra conversion, os dió á conocer, que estos eran los unicos caminos por donde cada uno de vosotros en particular podia conservar la gracia recibida, los unicos remedios eficaces para vuestros propios males, y los medios personales con que queria gobernaros en vuestra nueva vida; y asi quando los quebrantais salis de los caminos por donde queria guiaros la gracia, no os conformais con los designios de la misericordia de Dios acerca de vuestra salvacion, destruis la obra de vuestra justificacion, os formais un nuevo plan de vida que no siendo el que en el principio os havia propuesto el Espiritu de Dios, no puede ser sino edificio del amor propio fundado sobre arena movediza, y que os prepara unas tristes ruinas.

Además de esto, acostumbrandoos á quebrantar vuestras santas resoluciones, os formais una peligrosa costumbre de obrar contra lo mismo que conoceis, de resistir á la voz de vuestro corazon, y de aseguraros contra vosotros mismos; vais perdiendo aquella delicadeza de la conciencia tan necesaria para mantenerse en la virtud, perdeis aquel amor á la devocion, que continuamente nos está reprehen-

hendiendo hasta las faltas mas leves, y que nos sirve de freno contra la culpa, os acostumbrais á defenderos contra los juicios de vuestro propio corazon, y de este modo, ó vuestra conciencia queda tranquila, ó á pesar de sus inquietudes vivis tranquilos vosotros; esto es, ó llegais á conseguir una falsa paz, ó sufris con indiferencia vuestros remordimientos, é inquietudes; de este modo, acostumbrandose la conciencia á violar sus resoluciones santas, se dispone poco á poco á renovar sin remordimientos sus culpas, porque nunca perseveramos mucho tiempo fieles á Dios, quando no lo somos á nosotros mismos.

No quiero añadir por ultimo, que la infidelidad que quebranta las resoluciones tomadas en el principio de una nueva vida, es un desprecio formal de la gran misericordia de Dios, que havia producido en nosotros estos deseos de salvacion. Casi sentis el que su bondad os manifieste tan claramente vuestras obligaciones; envidiais la suerte de aquellos que se forman una conciencia mas comoda, y tranquila; os pesa de tener un corazon tan delicado, que hace que nada os perdoneis á vosotros mismos, y que os arguye aún de las cosas, á vuestro parecer, mas indiferentes; quisierais poder llegar á persuadiros, que muchas omisiones acerca de las quales sentis vivisimos remordimientos, no son mas que vanos escrupulos; mirais la luz, que pone en vuestros corazones la misericordiosa mano de Dios como una luz importuna, enemiga del reposo, y felicidad de vuestra vida; quisierais ser como otros muchos, á quienes casi no se manifiesta la verdad; bolveis á Dios con desayre sus propios beneficios, y sus gracias son para vosotros unos favores que os molestan. La gracia, pues, busca los buenos corazones; una alma á quien cansan los beneficios de Dios, cansa tambien muy presto á sus misericordias; el Señor aborrece al corazon perverso que tiene por molestos sus beneficios, al corazon ingrato que le pesa de haverlos recibido, al

co-

corazon corrompido que quisiera vivir en la culpa sin remordimientos. Estos son los corazones que Dios vomita, y arroja; los corazones inconstantes, é infieles, tan vivos en sus promesas, como tranquilos en el instante siguiente, en sus transgresiones.

Ahora me podreis decir, Catholicos, si en esta explicacion hay alguna cosa que se os parezca: Acordaos de aquellos felices instantes, en que, movidos de la gracia, fuisteis á humillaros á los pies del sagrado Tribunal, y á formar el plan de una nueva vida, ¡qué sincero pesar manifestabais entonces de vuestras pasadas culpas! ¡Qué amorosos propositos de conservar en adelante una eterna fidelidad! ¡Con qué compuncion os quejabais á Dios de haverle conocido tan tarde! ¡Quantas veces le dixisteis, que aquel instante de penitencia era el mas felíz de toda vuestra vida, y que en la realidad jamás haviais estado tranquilos en la culpa! ¡O alma infieli y despues de tanto aparato de reconciliacion, te olvidas de tus promesas quando bastaban tus lagrimas, y suspiros para hacerlas sagradas, aún quando el respeto debido al Señor, á quien las hacias, no te detuviera para no quebrantarlas! ¡Ah! Os preciais de ser fieles con las criaturas vanas, amados oyentes mios; la fé que prometeis en un empeño profano, y pecaminoso, es muchas veces la unica razon de que no os atrevais á faltar á él; no obstante vuestros remordimientos, y disgustos, la falsa gloria de ser tenidos por constantes, y fieles en vuestras pasiones, en las que la fidelidad no es mas que una vergonzosa flaqueza, os mueve, y os obliga; os preciais neciamente de una constancia, y de una grandeza de animo, que no es mas que una profundisima, y desesperada corrupcion, ¿y no os avergonzais de ser pérfidos para con Dios? La buena fé, quando tratais con vuestro Señor, y Padre, no os parece una virtud tan digna de aprecio? y la grandeza de animo para con su magestad no es gloria que os interese, ni mueva? ¡Ah! en otro tiempo se queja-

ba

ba el Señor por su Profeta, de que el pecador no le distinguia del hombre, y oy me contentaría yo, con que procedieseis con el Señor, como con los hombres; tratad á lo menos con Dios, como tratais con las criaturas; preciaos á lo menos de ser en la Religion, lo que acaso haveis sido en las pasiones profanas, é insensatas esto es, sinceros, constantes, generosos, fieles, incapaces de hacer traycion á vuestra Fé, y á la Religion de vuestras promesas: ¿No es cosa gloriosa, el servir con constancia á tan grande Dueño? ¿No es nobleza de animo, fortaleza, y elevacion, el conservarle la fidelidad que se le ha jurado? ¿No sería un valor mas noble, preciarse de constancia, y grandeza para con aquel Señor, con quien el acertar á ser fieles, es la mayor grandeza?

¡Ah Catholicos! Nosotros miramos como faltas leves el quebrantar las santas resoluciones, que nos inspira la gracia; aún aquellas personas, que ha mucho tiempo que viven dedicadas á las obras de virtud, caen frequentemente en estas infidelidades sin escrupulo, y esta es la raiz de todas nuestras desgracias; de este modo se apaga la fe, se retira la gracia, se disgusta Dios, y nos abandona su justicia; de este modo contristamos al Espiritu Santo, y apartamos de nostros su verdad, y su luz, resistimos á nuestra propia conciencia, nos burlamos de Dios, y nos abrimos nuestro propio precipicio: De este modo nos hacemos unas debiles cañas, que se mueven á todos vientos, y unas nubes vacías, y sin agua, que continuamente están mudando de camino, y de este modo nos formamos un habito de nuestra propia inconstancia, para sentir en nosotros mil buenos deseos, y ahogarlos para empezar mil empresas, y abandonarlas, para tener mil deseos de obrar mejor, y permanecer siempre los mismos, para pensar en mil precauciones, que luego abandonemos: De este modo toda nuestra vida no es mas, que una continua alternativa de culpas, y arrepentimientos, de relaxacion, y de zelo, de distraccion,

y de retiro: De este modo, siempre vivimos inciertos de nosotros mismos, sin poder formarnos un estado fijo, ni en la culpa, ni en la piedad, incapaces de sufrir, ni la libertad del desorden, ni la sujecion de la virtud; fluctuando siempre entre nuestra inconstancia, cansandonos immediatamente de todos los estados, y prometiendonos siempre hallar en aquel en que no estamos, la tranquilidad, y el sosiego que nos falta: De este modo se pasa la vida, deja de acusarnos la conciencia, y se disipan las disposiciones para el bien; Dios se cansa, la eternidad se acerca, llega el instante decisivo, y nos sorprehende en estas tristes alternativas: Nos hallamos en el termino, antes de havernos determinado á seguir algun partido, se acaba nuestra carrera, antes de havernos declarado, salimos de la vida antes de haver determinado para quien queriamos vivir, dejamos de ser, antes de haver decidido á quien perteneciamos; y todos estos pensamientos de pena, y arrepentimiento, que acompañan nuestra muerte, no son mas, que la ultima inconstancia de nuestra vida.

¡Gran Dios! Nuestra propia flaqueza debe hablaros aqui por nosotros: Esta grande inconstancia, de que estamos formados, y que es la raíz de todas nuestras desgracias, debe ser el principal motivo, para que useis con nosotros de vuestras misericordias: Vos conoceis ¡ó Dios mio! la fragilidad de nuestro barro, pues fuisteis quien le formó, y no os haveis olvidado, de que nosotros no somos mas, que un polvo despreciable, al que mueve qualquier soplo, y que no puede tener consistencia acá en la tierra. *Quoniam ipse cognovit figmentum nostrum, recordatus est quoniam pulvis sumus.* (a) Vos, Señor, sabeis que vuestro espiritu, que forma en nosotros los san-

(a) *Psalm.* 101. *v.* 14.

santos pensamientos, y los movimientos de salud, casi no puede fijarse en la mutabilidad de nuestro corazon, que para nosotros no es mas que un espíritu rapido, y pasagero, y que apenas ha formado en nosotros los buenos deseos, quando inmediatamente otros nuevos objetos borran estas santas impresiones, de modo, que ni aún señal queda de ellas: *Quoniam Spiritus pertransibit in illo, & non subsistet, & non cognoscet amplius locum suum.* Pero sea ¡ó gran Dios! mas abundante vuestra misericordia, que nuestra flaqueza: Es verdad, que un Padre siente la inconstancia de sus hijos, pero crece su amor, segun se aumentan los peligros, á que los expone la instabilidad de su edad. *Quomodo miseretur Pater filiorum misertus est Dominus timentibus se.* (a) No desprecieis, pues, unos corazones mas flacos, que culpables, mas inconstantes, que corrompidos, mas incapaces de solidéz, y de virtud, que á proposito para la maldad, y la culpa, y que, aún quando se dejan arrastrar de los objetos de los sentidos, y de las pasiones, siempre tienen un interior deseo de bolverse á Vos, y de reparar con una nueva fidelidad, estos instantes de flaqueza, y complacencia. Ultima raíz de nuestras recaídas, la omision de las satisfacciones. Seré muy breve.

TERCERA PARTE.

NO perseveramos, Catholicos, en el servicio de Dios despues de esta santa solemnidad, porque nuestra nueva virtud, nunca es una satisfaccion perfecta, por nuestros antiguos delitos. La Resureccion de Jesu-Christo lo repara todo: Repara la gloria de su Padre, con la des-

(a) *Ibid. v.* 15.

truccion de los Idolos, el escandalo de su muerte, con la inmortalidad que adquiere para sí mismo, el abatimiento de su Miniſterio, con el explendor de su nueva vida, las dudas, y cobardias de sus discipulos, con la efusion del Espiritu Santo, que los muda en nuevos hombres, la reprobacion de los Judios, con la vocacion de todos los Pueblos, finalmente, la obscuridad de las Escrituras, con el cumplimiento de las Profecías; todo queda reparado, dice el Apoſtol, con la Resureccion de Jesu-Chriſto, todo queda colocado en su lugar, todo se reſtituye al buen orden. *Per ipsum inſtaurare omnium.* (a) Y asi, despues de haver muerto una vez nunca mas buelve á morir: Pero nosotros, nunca reparamos, sino muy imperfectamente, con nueſtra nueva vida, los desordenes de la antigua; y eſta es la ultima causa de nueſtras recaídas, el omitir las satisfacciones.

Dixe primeramente; las satisfacciones de la Penitencia; despues de una vida sensual, entregada á los deleytes, y á la embriaguez de los placeres, no nos castigamos; no se vé en nosotros, ni retiro, ni auſteridad, ni trabajo; queremos salir de la culpa, porque eſtamos cansados de ella, porque es un yugo, que ya no podemos llevar, porque es un gusano consumidor, que nos eſtá continuamente royendo; queremos salir de la culpa, porque nueſtra vida, es una vida llena de inquietudes, y zozobras, que no nos es conveniente, porque nos hallamos en ciertas circunſtancias, en que no nos agrada el Mundo, porque yá no dice bien en nosotros lo frivolo de las pasiones; queremos salir de la culpa, porque clama la conciencia, porque apura la verdad, porque la eternidad espanta, porque la muerte está

(a) *Ephes.* 1. *v.* 10.

tá á la puerta, y porque Dios nos avisa; queremos salir del pecado, buelvo á decir, pero no nos proponemos en la virtud, mas que el placer de vivir esentos de la culpa, la felicidad de estar libres de sus remordimientos, é inquietudes, y el consuelo de vivir en paz con nosotros mismos; miramos la virtud, como termino de la trifteza, y trabajos, que experimentabamos en el vicio, como una vida suave, y tranquila, á la que ni agitan las pasiones, ni perturban los remordimientos, ni debilitan los excesos, ni destruyen los placeres; nos buscamos à nosotros mismos, quando nos convertimos à Dios; sacudimos el yugo del pecado, pero no nos imponemos el de Jesu-Christo; apartamos las amarguras de las pasiones, pero no queremos ni aún gustar de las de la penitencia; nos despojamos de la ignominia del hombre antiguo, pero no nos revestimos de la mortificacion del nuevo; salimos del cautiverio de Egypto, pero no entramos en los trabajosos caminos del Desierto: En una palabra; queremos que el haver sido pecadores no nos cueste mas trabajo, que la felicidad, y el gusto de dejar de serlo.

En segundo lugar; las satisfacciones de la justicia. No examinamos bien lo que debemos al proximo: Nos contentamos con apartarnos de ciertos vicios abominables, que nos eran molestos, pero no pensamos en llegar à ciertos puntos, que tendrian consequencias sensibles, y nos precisarian à unas resoluciones desagradables; sucede que os hallais en un puesto, en que vuestro nombre sirve de pretexto à mil abusos, en que los subalternos corrompidos, se enriquecen con vuestra sombra à costa de la equidad, en el que venden las gracias, en el que hacen comprar la justicia, en el que piden lo que no se les debe, en el que ponen precio al derecho de acercarse à vuestras personas: Vosotros estais conociendo estos mysterios de iniquidad, pero bolveis la ca-

be-

beza por no verlos de muy cerca; temeis la molestia de haverlos de examinar, y haver de separar de vuestro lado unas personas, que os son tan necesarias, y aún puede ser tambien, que el precio de sus injusticias, llegue hasta vuestras manos: Esa nueva vida, nada muda en el methodo, que ha tanto tiempo que teneis establecido; la mudanza de vuestras costumbres, nada muda en vuestros negocios exteriores; el publico no experimenta beneficio alguno de vuestra falsa virtud; sois mejores para vosotros, pero siempre permaneceis los mismos para los demás; los que haveis ocupado los puestos de la Milicia, ¿quantas vejaciones, y quantos saqueos han sucedido, que huvierais debido evitar? ¿Quantas veces la libertad del Soldado ha sido efecto de vuestro descuido, ó de vuestra condescendencia? Os convertis à Dios, ¿pero aliviais con eso à tantos Pueblos que han padecido por vuestra culpa? ¿Reparais los ultrajes de que haveis sido causa, ó protectores? ¿Restituis el consuelo, y la paz á tantos hombres como haveis hecho infelices? ¿Enjugais tantas lagrimas como haveis hecho derramar? No, Catholicos, vuestra virtud no llega á tanto, y sus limites no pasan de vosotros mismos. Los que os haveis valido del credito que teneis con los Ministros para entablar ciertos negocios gravosos al público, que haveis hecho un infame trafico de vuestro favor, y valimiento; que haveis vendido torpemente las lagrimas de vuestros hermanos, que haveis recibido con vuestras manos el precio de su Sangre, y el de la miseria de mil infelices; que haveis sustentado vuestro juego, vuestro luxo, y vuestros placeres con ese dinero de iniquidad, y sobre vosotros solos ha caído toda la maldicion de las públicas desgracias, con todo eso, quando llegais á participar de los Sacramentos, os parece que con un solo golpe haveis borrado todos los horrores de vuestra vida pasada; unos males que apenas bastarian todas vuestras riquezas, y lagrimas para repararlos, los poneis

quan-

quando mas, entre vueltros escrupulos, y dudas; y en vez de temblar por las resultas de unas culpas casi irreparables, con qualquiera leve mortificacion que os impongais, os parece que haveis hecho mucho mas de lo que debeis; finalmente, los que no conoceis limites en vueſtros gaſtos, y profusiones, los que vivis en medio de vueſtra abundancia, como si fuera inagotable la fuente de vueſtras rentas, ó como si fuera vueſtro todo el Universo, no obſtante, eſtár padeciendo por vueſtra profusion, y magnificencia mil acreedores desgraciados; no obſtante eſtár el Mercader, y el Artesano llevando solos el peso, y la incomodidad de vueſtro fauſto; eſtos solos son los que sienten el mal eſtado secreto de vueſtros negocios; los negais su hacienda, al mismo tiempo que os eſtais concediendo á vosotros mismos aún mucho mas de lo que es vueſtro, les arrebatais su pan, y todo lo que necesitan, al mismo tiempo que no quereis abſteneros de las locuras, y superfluidades de vueſtra abundancia.

Eſtos son los abusos en que nada modera vueſtra virtud: una nueva vida no minora el gaſto, y la devocion en nada os incomoda. Orais con tranquilidad al mismo tiempo que murmuran el oficial, y el Mercader; gozais con guſto la fama de la virtud al mismo tiempo que no mereceis ni aún la de la humanidad, y la juſticia; llegais con confianza á la santa mesa á comer en ella el pan del Cielo, al mismo tiempo que vueſtras excesivas profusiones quitan el alimento á vueſtros proximos; os alabais á vosotros mismos, quando mil infelices os eſtán maldiciendo, y el unico fruto que de vueſtra mudanza saca la virtud es verse cargada del odio, y maldiciones, que solamente son debidas á vosotros. Sí, Catholicos, de eſto provienen tantas murmuraciones contra la devocion, de eſto las públicas conversaciones tan ponderadas del Mundo, las que se esparcen con tanto enfasis, y aún acaso con tanta razon, contra los que se tienen por juſtos, diciendo que la verdadera virtud consiſte en no agraviar á nadie, en

dar

dar á cada uno lo que es suyo, en pagar las deudas, en no querer cada uno sino lo que le pertenece; que estos virtuosos hacen escrupulo de mil impertinencias, y no le hacen de retener los bienes agenos; que no se atreverian á faltar á un Jubileo, y no hacen caso de faltar en las cosas mas esenciales; en una palabra, que su devocion se reduce á ciertas menudencias, pero nunca toca en los puntos principales: Confieso, Catholicos, que este estilo no es propio para un pulpito christiano; pero me aflige el que nosotros demos motivo á los pecadores para que hablen de este modo, y ocasion al Mundo para que se burle de la virtud, de tal modo que parece tiene de su parte la razon, y la justicia.

Finalmente; las satisfacciones del escandalo: hablo de aquel escandalo que ocasionamos con la malicia de nuestras conversiones, y con el exceso, y frequencia de nuestras murmuraciones, de tal modo que el mismo Mundo, no obstante ser tan indulgente con el vicio, al ver nuestros excesos en este punto, nos infama para con el público, y hace que nuestra reputacion sea odiosa á la sociedad; tantos desordenes ocultos como publicamos, tantas conjeturas maliciosas que damos por hechos ciertos, tantas sospechas de que hacemos confidentes á otros, y todos estos excesos, que apenas podrian repararse con lagrimas, y con un perpetuo silencio, se reparan, con no hacer al público confidente de estas venenosas noticias; pero al mismo tiempo las confiamos á un corto numero de personas, escogemos cierto numero de oyentes, y nos contenemos en presencia del público, para hablar con mas libertad en secreto; finalmente, confirmamos al Mundo en aquella preocupacion tan generalmente recibida, y tan injuriosa á la virtud; esto es, que los virtuosos aunque se privan de todos los desordenes, reservan para sí el derecho de murmurar, y que se desquitan de la molestia de la virtud con el gusto de murmurar de los vicios agenos.

De esto proviene, Catholicos, que no perseveremos en

en los caminos de Dios, y que nunca sea nueſtra penitencia una verdadera satisfaccion de nueſtras culpas. Porque como no pagamos á Dios nueſtras deudas, tampoco su Mageſtad nos las perdona; no debeis esperar gracias de Dios, mientras no deis satisfaccion á su juſticia; la penitencia solamente es sincera, quando es verdadera y real la satisfaccion: En una palabra, la conversion que no es absoluta no es conversion, y asi no debeis admiraros de que inmediatamente bolvais á ser pecadores, pues nunca haveis sido mas que falsos juſtos:

Y asi si quereis no bolver á caer, antes bien perseverar en el servicio de Dios, huid de los escollos que os he señalado en eſte discurso. No despreciels unas precauciones en que consiſte toda la seguridad de vueſtra conciencia; no quebranteis unas resoluciones que son el unico apoyo de vuestra flaqueza; no omitais las satisfacciones que encierran en sí el unico remedio de vueſtras culpas. ¡Ah Catholicos! es una felicidad tan grande el sèr de Dios, el haver arruinado aquel muro de separacion que havia tantos años que nos apartaba de su Mageſtad, el haver buelto á entrar en el seno paterno de su misericordia, despues de haver andado tanto tiempo descaminados, y lejos de su presencia, por las triſtes sendas del Mundo, y en los desordenes de las pasiones, el haver finalmente reſtablecido la paz, y la serenidad en la conciencia, despues de haver sufrido toda la vida el peso, la inquietud, y la triſteza de la culpa.

Es tan grande felicidad el vivir para aquel Señor que nos crió, el servir á un Dueño tan fiel, y benefico, despues de haver sufrido tanto tiempo el yugo del Mundo injuſto, é ingrato, el amar al unico objeto que puede hacer felices á los que le aman, despues de haver entregado nueſtro corazon sucesivamente á mil criaturas que nunca han podido ni curar su inquietud, ni fijar su inconſtancia; y finalmente el trabajar por un objeto real, y verdadero, despues de haver perdido tantos cuidados, y trabajos por seguir unos sueños, y unas quimeras:

Es tan grande felicidad el haver hallado á Dios, y

el vivir para la eternidad, despues de haver vivido tanto tiempo para la vanidad, el prometernos una mejor suerte en la otra vida, despues de que á costa de nuestra propia experiencia nos hemos desengañado de que no podemos ser felices en esta, y el salvar nuestra alma, haviendo vivido hasta ahora como si no la tuvieramos; todo esto es una felicidad tan grande, que aún quando tuvierais todos los Cetros, todas las Coronas, y el Imperio del Universo, nada teniais sino teniais á Dios; y aún quando estuvierais en el muladar como Job, si teneis á Dios, todo lo teneis; pues teneis la paz de la vida presente, y la esperanza de la futura.

¡Gran Dios! ¡Oy es el dia de vuestra gloria, y de vuestros triunfos! Mirad á este Reyno, en el que es tan antigua la fé como sus Reyes, con ojos de misericordia, santificando á los Grandes, y poderosos que deben ser protectores de la virtud, y servir de exemplo á los pueblos. No se buelva vacía á Vos vuestra palabra, ¡ó Dios mio! No permitais que la indignidad del ministerio de quien os haveis servido para anunciarla la quite su virtud, ni debilite su fuerza, y su eficacia, ni que salga oy de este augusto Templo sin llevar consigo en triunfo como Vos los Principados, y Potestades: ¡Gran Dios! Consolad mi ministerio, y recompensad mis trabajos; yo no os pido, Señor, mas de lo que Vos pediais á vuestro Padre; yo he anunciado vuestro nombre, y vuestras verdades á los mismos á quienes Vos me haveis embiado; no he pronunciado otras palabras mas que las que Vos mismo haveis puesto en mi boca; santificadlos, pues, en la verdad, consumad en ellos vuestra obra, y no permitais que ninguno de ellos perezca.

¡Gran Dios! Salvad al Rey, (a) haced que reyne en el Cielo, un Principe que os ha hecho reynar en la tierra; un Soberano tan benigno, un corazon tan religioso, una

(a) *Luis XIV.*

una alma tan grande á la vista de los hombres, y tan humilde, y sencilla en vuestra presencia; un espectaculo tan grande en el Theatro del Universo, y á vuestros pies un adorador tan humillado, y sincero; el Mundo no habla mas que de su gloria, pero yo no quiero hablar aqui sino de su salvacion; bien sabeis, ¡ó Dios mio! que mas le mueven vuestras eternas misericordias, que toda su Gloria, y Grandeza.

¡Gran Dios! salvad á su augusto hijo, (a) formad de este Principe que es á medida del corazon de los hombres, un Principe á medida de vuestro corazon: Santificad á sus augustos hijos, (b) haced que se derive en ellos vuestro santo temor con la gloria de sus antepasados; sea siempre la Sangre de San Luis fecunda en Santos, como lo es en Heroes: Escribid sus nombres en el libro de la vida, con caracteres mas resplandecientes, é inmortales que en nuestras Historias.

Santificad á esa ilustre Princesa, (c) que tiene en sus entrañas la esperanza del estado, y que es el amor, y las mas suaves delicias de nuestros Pueblos; derramad la abundancia de vuestras bendiciones sobre toda la familia Real, haced que crezca, y se multiplique de generacion en generacion, que dé á los Pueblos Principes de una sangre tan generosa, y christiana; estended los terminos de la fé, dilatando los de sus dominios, é Imperios; y si merecen ser oídas las súplicas de un pecador, y de un indigno Ministro, recibid, ¡ó Gran Dios! estas ultimas expresiones de mi corazon, y no manchen en vuestra presencia el merito de mi oracion, las secretas miserias que en él descubris. Amen.

(a) *Luis Delphin de Francia, hijo unico de Luis XIV.*

(b) *Los Duques de Borgoña, de Berri, y el de Anjou, que fue despues Phelipe V. Rey de España.*

(c) *Adelayda de Saboya, Duquesa de Borgoña, que estaba entonces en cinta de su primer hijo.*

SERMON
PARA EL LUNES
DE PASQUA.
SOBRE LA FALSA CONFIANZA.

Nos autem sperabamus, quia ipse esset Redempturus Israel.

Nosotros esperabamos que él era el que havia de redimir à Israél. *Luc.* 24. *v.* 21.

POR mas que Jesu-Christo havia advertido á sus discipulos durante el tiempo de su vida mortal, que era inutil contar con una recompensa, que no se procurase merecer con la cruz, y los trabajos, nunca halló docilidad en sus espiritus esta verdad tan poco favorable á la naturaleza, y siempre que el Salvador havia intentado desengañarlos del error contrario, no entendian sus palabras, dice el Evangelio, y estas se ocultaban á su vista. Esta misma es oy la disposicion de los dos discipulos, á quienes se digna Jesu-Christo de manifestarse en el camino de Emaus: Esperaban que su Maestro havia de libertar á Israél del yugo de las naciones, que los havia de hacer sentar

tar sobre doce tronos terrenos, sin que les costase trabajo alguno el ascender á ellos, y sin que el mismo Salvador tuviese necesidad de padecer para triunfar de sus enemigos.

Además del error que les hacia mirar á Jesu-Christo como á un libertador temporal, advierto en ellos otro, que no me parece menos peligroso, y que oy es entre nosotros mas comun, y es aquella falsa confianza que los persuade, que sin que ellos cooperen por sí mismos, y dejando solamente á Jesu-Christo que gobierne la obra de su redempcion, han de recibir el efecto de las magnificas promesas, que tantas veces les havia repetido quando conversaba con ellos en la tierra. *Sperabamus.* Esta falsa confianza, Catholicos, que hace que los pecadores lo esperen todo de la gracia, sin cooperar ellos en cosa alguna por su parte, y que esperen la recompensa de los Santos aunque no trabajen para merecerla, esta falsa confianza que siempre cuenta con la bondad de Dios á quien ofende, que quiere ser coronada sin pelear, y que espera contra la misma esperanza, esta falsa confianza, que no quiere comprar el Cielo, y que con todo eso le espera, es el error mas universal, y mas comun entre los Christianos; y quando Jesu-Christo se manifieste segunda vez á la tierra, hallará muchos discipulos infieles que tendrán motivo para decirle: *Sperabamus.* Nosotros esperabamos.

Esto me obliga, Catholicos, á explicaros oy una materia de tanta importancia, pues estoy creyendo, que la falsa confianza es motivo de la condenacion de casi todos los pecadores, que los que temen perecer nunca perecen, y que no puedo acabar mi ministerio de otro modo mejor, que fijando en vuestros corazones unos saludables pensamientos de desconfianza, que son motivo para que os valgais de unas precauciones, y useis de unos remedios, que turbando la falsa paz del pecado, pongan en su lugar la paz de Jesu-Christo, que excede á quanto se puede pensar. Y asi para tratar una materia tan util con alguna extension,

la

la reduciré á dos proposiciones; á saber: no hay disposicion mas insensata que la del pecador, que presume sin trabajar en enmendarse; esta es la primera; ni tampoco la hay mas injuriosa á Dios; esta es la segunda: la locura de la falsa confianza, y el atentado de esta contra Dios serán los dos puntos de este discurso: Explicaré estas dos verdades despues de haver implorado, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

CONvengo desde luego con vosotros, Catholicos, en que las misericordias de Dios son siempre mas abundantes que nuestra malicia: y en que su bondad dá á todos los pecadores motivos legitimos de confianza. La doctrina que yo voy á explicar es por sí bastante terrible, y no hay necesidad de añadir nuevos terrores, ocultando algunas de aquellas verdades que pueden suavizarla, y si se necesita usar de alguna precaucion en esta materia, mas debe ser, pasando en silencio algunas cosas que pudieran turbar las conciencias, que callando las que pueden servirlas de consuelo.

Es verdad, Catholicos, que los libros santos en todas partes nos están dando unas magnificas, y benignas ideas de la bondad de nuestro Dios; unas veces nos le representan como un Señor afable, y sufrido, que espera á que el pecador haga penitencia, que disimula los pecados de los hombres para guiarlos al arrepentimiento, que calla, que se detiene, que no se dá priesa á castigar, que dilata el castigo para que nos anticipemos á alcanzar el perdon, y que amenaza, para que le quitemos las armas de las manos; otras veces como un fino amigo que no se cansa de llamar á la puerta del corazon, que nos solicita, nos insta, y nos suplica, y que para atraernos á sí, se vale de todos los medios que puede imaginar un amor ingenioso para ganar á un corazon rebelde; otras veces, fi-

finalmente, porque es imposible decirlo todo, como un Pastor infatigable, que busca por entre las mismas montañas las obejas descarreadas; y que haviendolas hallado, las pone sobre sus hombros, y se manifiesta tan contento, que quiere que hasta la harmonía de los Cielos celebre su felíz hallazgo: Verdaderamente, Catholicos, que nada se puede añadir al consuelo, y dulzura de estas imagenes, y que qualquiera pecador, que despues de esto desespera, ó se acobarda, es el mas necio de los hombres. Pero no haveis de inferir de aqui, que sea menos insensato el pecador, que confia temerariamente, ni que la misericordia del Señor pueda servir de legitimo fundamento á la confianza de aquellos, que siempre están deseando su conversion, y que sin trabajar por su parte en esta grande obra, lo esperan todo de una bondad, à quien está ultrajando su confianza. Para quedar convencidos antes que yá pase mas adelante en mi discurso, os suplico que advirtais que entre la inumerable multitud de pecadores de todas especies de que está lleno el Mundo, no hay ninguno que no espere convertirse, ninguno que se mire como hijo de ira destinado á perecer, ninguno que no se precie de que al fin el Señor le ha de mirar con ojos de misericordia; el deshonesto, el ambicioso, el mundano, el vengativo, el injusto, todos esperan, y ninguno se arrepiente; oy, pues, quiero manifestaros que esta disposicion de falsa confianza, es la mas funesta en que puede hallarse la criatura: oid las razones, que merecen toda vuestra atencion.

Aún quando no tuviera mas prueba que daros de la locura de la falsa confianza, que la incertidumbre de su salvacion, en que se halla el pecador que ha perdido la gracia santificante, no necesitaba de otra para justificar mi primera proposicion: Y bien conoceis, Catholicos, que quando digo la incertidumbre de su salvacion, no hablo de aquella incertidumbre comun á todos los fieles, que hace que ninguno pueda saber si es digno de amor, ó de

odio

odio, si perseverará hasta el fin, ó si caerá para nunca mas levantarse. ¡O qué motivo de temor tan terrible aún para los mas justos! Hablo de otra incertidumbre mas funesta, la que no supone en el pecador, de quien vamos hablando, un estado dudoso de justicia, y temor Christiano acerca de las caídas futuras, sino que se funda en un estado cierto de culpa, y un arrepentimiento que nadie puede asegurarle.

Digo, pues, que vivir con confianza en este estado, es la mayor de todas las locuras. Porque decidme, amados oyentes mios, ¿el pecador inveterado que vive encenagado tranquilamente en las pasiones injustas, aún en medio de las solemnidades de la Religion, y de todos los terrores de la divina palabra, fundado en la necia esperanza de que algun dia ha de salir de ese deplorable estado, no podeis negar, que por lo menos es dudoso si saldrá de él, ó si permanecerá hasta el fin en su pecado. Quiero concederos que esteis llenos de buenos deseos, pero no ignorais que los deseos á nadie convierten, y que muchas veces los mayores pecadores son los que mas desean su conversion. Pues aún quando la duda no fuera mas que igual, ¿sería razon vivir con tranquilidad en este estado? ¿Es posible que en la funesta incertidumbre de si morireis en vuestro desorden, ó si Dios os sacará de él, vacilando, por decirlo asi, entre el Cielo, y el Infierno, y titubeando entre estos destinos, haveis de permanecer tranquilos sin acabaros de determinar? La esperanza es el partido mas agradable, y lisongero; ¿y ha de bastar esto para que siempre esteis esperando? ¡Ah! amados oyentes mios, aún quando no huviera mas razon para temer que el esperar, sería imprudencia el vivir en esa profunda calma.

Pero aún no es ese, Catholicos el estado en que os hallais; en esta funesta duda que puede formarse á sí mismo el pecador, no son iguales las razones por ambas partes, porque si nos preguntais: ¿Moriré yo en mi pe-

ca-

cado, en el pecado en que actualmente vivo, despues de tanto tiempo, ó no moriré en él? La primera parte es infinitamente mas cierta; primeramente, porque no bastan vuestras propias fuerzas para recobrar la salud que haveis perdido; necesitais de un socorro estraño, sobrenatural, y celeste, el que nadie os puede asegurar; pero para permanecer en vuestro pecado no teneis necesidad mas que de vosotros mismos; en el caudal de vuestra naturaleza nada teneis que pueda resucitar la gracia perdida; no hay en ella principio alguno de salud, ni de vida espiritual; y en vuestro corazon teneis una funesta raíz de corrupcion, que siempre está produciendo nuevos frutos de muerte, y asi es mas cierto el que morireis en vuestro pecado, que el que os haveis de convertir: En segundo lugar; no solamente necesitais de un socorro estraño, y divino, sino tambien de un socorro singular, y raro, que se niega á casi todos los pecadores; necesitais de un milagro para convertiros, porque la conversion del pecador es uno de los mayores prodigios de la gracia, y vosotros mismos sabeis que son muy raros estos exemplos en el Mundo. De tiempo en tiempo suele haver alguna alma felíz á quien Dios saca del desorden; pero estos son unos golpes muy extraordinarios, y que salen fuera del orden comun; pero para morir en el estado en que os hallais, no hay mas que dejar á las cosas que sigan su orden regular; solamente con que Dios deje seguir el curso natural á sus leyes, pereccereis indefectiblemente. La posibilidad de vuestra salvacion se funda solamente en una accion extraordinaria de su poder, y de su misericordia, y la certidumbre de vuestra condenacion se funda en la regla mas comun de todas: En una palabra, el perecer es el destino regular de todos los pecadores que se parecen á vosotros; el que os hayais de convertir es un caso extraordinario del que hay poquisimos exemplos. En tercer lugar, para no salir jamàs del estado en que os hallais, no teneis que ha-

cer mas que seguir vuestras inclinaciones, condescender con vosotros mismos, y dejaros llevar de la corriente; para esto no teneis necesidad de esfuerzos, ni violencias. Pero para salir de este estado, ¡ah! es necesario romper las inclinaciones que se han fortificado con el tiempo; aborreceros, pelear contra vosotros mismos, privaros de los objetos que mas amais, romper los mas amorosos lazos, y hacer heroycos esfuerzos, siendo asi, que no podeis hacer los mas regulares. Ahora os pregunto en orden á las cosas futuras, y á los sucesos inciertos, ¿pronosticais en favor de aquellos que tienen mas obstaculos que vencer, y mas dificultades que combatir? ¿No os parecen siempre mas seguros los mas faciles? Suavizad quanto quisiereis esta verdad en vuestro espiritu, miradla á las mas favorables luces, esta proposicion acerca de vuestro eterno destino es la mas indubitable de la moral christiana: *Es mucho mas cierto sin comparacion que no me he de convertir, y que he de morir en mi pecado, que el que el Señor me ha de sacar de èl, y que ha de usar conmigo de misericordia.* Este es el estado en que os hallais, y si en él podeis vivir tranquilos, y confiados, me admira vuestra seguridad, amados oyentes mios.

Pero aún paso mas adelante, y os suplico que me esteis atentos: El pecador que espera su conversion sin procurar enmendarse, no solamente confia estando en una funesta incertidumbre, en la que todas las razones son contra él, sino que tambien confia contra la moral certidumbre que nos enseña la fé, que debe tener de su perdicion. Las pruebas son las siguientes: Primeramente; esperais á que Dios os convierta, ¿pero como lo esperais? oponiendo siempre nuevos obstaculos á su gracia, apretando mas vuestras cadenas, agravando vuestro yugo, multiplicando vuestros delitos, despreciando todas las ocasiones de eterna salud, que os ofrecen sus solemnidades, sus mysterios, y aún los terrores de su palabra, permaneciendo siempre en los mismos peligros, no mudan-

dando cosa alguna en vuestras costumbres, en vuestros placeres, en vuestras conexiones, ni en nada de quanto fomenta en vuestro corazon la pasion infame de que esperais que os liberte la gracia. ¿Pues es posible, que haviendo sido despreciadas las virgenes locas, solamente porque esperaban al Esposo sin fervor, sin vigilancia, y sin vivos deseos, ¿tu, alma infiel, que le esperas llenando la medida de tus delitos, podrás prometerte que te trate mas favorablemente?

En segundo lugar; la gracia solamente se concede á las lagrimas, á las instancias, y á los deseos, quiere ser deseada por mucho tiempo, ¿pero vosotros la pedis? ¿La solicitais? ¿Imitais la importunidad de la Viuda del Evangelio? ¿Trabajais para conseguir esta gracia con limosnas, y con obras yá christianas, como Cornelio el Gentil? ¿Decis todos los dias al Señor con el Profeta; Señor, convertidme; sacadme del cieno, para que no me sepulte en él para siempre? ¡Ah! lo que decis es: Señor, Vos me convertireis; por mas que yo me defienda contra Vos, Vos rompereis por ultimo mis cadenas, y mudareis mi corazon, por grande que sea su perversidad. ¡O insensatos! ¿Puede haver cosa mas propia para apartar de nosotros un beneficio, que pedirle temerariamente, y aspirar á él al mismo tiempo que nos estamos haciendo indignos de recibirle? Esta es otra nueva razon contra vosotros; la gracia está reservada para los humildes, para los que desconfian, para los que temen que no se les conceda lo que no les es debido. Estas son las almas sobre quienes descansa el espiritu de Dios, y en las que se agrada de obrar grandes maravillas; y al mismo tiempo desprecia á los pecadores vanos, y siempre los mira desde lejos: *A longe cognoscit.* (a)

(a) *Psalm.* 137. *v.* 6.

En tercer lugar; bien sabeis que la gracia de la conversion que esperais con tanta confianza, es el mayor de todos los dones, y tambien sabeis que apenas hay pecadores que sean mas indignos de ella que vosotros; sois indignos de ella por la qualidad de vuestros desordenes, cuya infamia, y gravedad solamente vosotros conoceis; sois indignos por las luces, é inspiraciones, de que tanto tiempo haveis abusado; por el desprecio que haveis hecho de la gracia de los mysterios; por el mal uso de aquellas inclinaciones naturales tan felices, y proporcionadas para la virtud, con que os dotó el Cielo, y que tan tristemente haveis hecho servir para la culpa; por las injustas burlas que haveis hecho de la virtud, y por aquellos deseos impios, é injuriosos á la verdad de Dios, que mil veces os han hecho desear que fuese fabula quanto se nos predica de la eternidad; finalmente, os haveis hecho indignos por aquella profunda seguridad en que vivis, la que en la presencia de Dios es el mayor de todos vuestros delitos; no os pido mas de que os valgais de la prudencia; decidme ¿si no huviera de ser excluido de la gracia de conversion que esperais mas que un solo pecador, no tendriais motivo para temer que esta exclusion recayese sobre vosotros, y que fueseis el unico hijo de maldicion, herido como anathema entre todos vuestros hermanos? Pues, Catholicos, si casi todos los pecadores están privados de este beneficio, ¿por qué le haveis de mirar como seguro para vosotros? ¿En qué os distinguis de los demás, sino en haver superabundado en vosotros la culpa? Si la esperanza del pecador presuntuoso perece regularmente con él, ¿por qué haveis de creer que os haveis de salvar por el mismo camino por donde todos los demás perecen? Bien sé que nunca debemos desesperar, pero no es lo mismo una humilde confianza, que la presuncion; la humilde confianza despues de haver tanteado todas las cosas, en ninguna halla seguridad, y vosotros todo lo teneis por seguro sin haver

ver intentado cosa alguna. La humilde confianza mira á la misericordia del Señor, como suplemento de los defectos de su penitencia, y vosotros la mirais como asilo de vueſtras culpas. La humilde confianza espera temblando el perdon, solamente de aquellas culpas que ha llorado, y vosotros esperais neciamente el que se os perdonen aquellas, de que ni aún os haveis arrepentido. Bien sé, buelvo á repetir, que nunca debemos desesperar, pero si pudiera haver alguna circunſtancia en que fuese legitima la desesperacion, sería quando esperamos temerariamente.

Pero el pecador se dice en su interior á sí mismo, que la edad mudará las pasiones, que las ocasiones que nos arraſtran, no serán siempre las mismas, que con el tiempo se proporcionarán otras circunſtancias mas favorables para la salvacion, y que lo que no podemos hacer ahora inmediatamente, se podrá hacer mas adelante, quando se hayan mudado mil cosas á que ahora tenemos apego. ¡Dios mio! de eſte modo, se divierte el alma desgraciada, y eſta es la torpe ilusion de que se vale el Demonio para engañar á casi todos los hombres, tanto á los sabios, como á los ignorantes, tanto á los instruidos, como á los credulos, tanto á los Grandes, como al Pueblo: Porque decidme, amados oyentes mios, quando esperais que algun dia ha de usar el Señor con vosotros de misericordia, sin duda os prometeis que ha de mudar vueſtro corazon, ¿pues por qué haveis de contar con eſta mudanza para el tiempo futuro, mas que para el presente? Primeramente; ¿serán entonces mas favorables vueſtras disposiciones para la penitencia? ¿Hallareis en vueſtro corazon mas facilidad para romper sus cadenas? ¿Os parece que unas inclinaciones, que con el tiempo, y los años havrán echado mas profundas raizes, serán mas faciles de arrancar? ¿Sería mas facil mudar á otra parte un rio, quando yà se ha formado un profundo camino, ó sería prudencia el intenten-

tentarlo? Ahora os parece tan dificil el reprimir vueſtras desordenadas pasiones, las que eſtando, como eſtán en sus principios, deben hallarse mas dociles, y con mas facilidad para ser disciplinadas; dilatais vueſtra conversion solamente porque os ha de coſtar mucho el venceros en ciertos puntos, y qué ¿os parece que mas adelante os costará menos? ¿Os parece que esa planta fatal, quando llegue á ser un arbol grande se ha de doblar con mas facilidad? ¿Que esa llaga, quando eſté mas envegecida, y corrompida se ha de hallar mas dispueſta para ser curada; y que pedirá entonces remedios menos dolorosos? ¿Esperais del tiempo los medios, y la facilidad para la penitencia, siendo asi que el mismo tiempo, Catholicos, es quien os quitará los que oy teneis para poderla practicar?

En segundo lugar; ¿os parece que en adelante los auxilios serán mas frequentes, ó mas poderosos? Y aún quando eſto fuera asi, oponiendo entonces mas obſtaculos vueſtra liviandad, los mismos auxilios, que oy triunfarian de vueſtro corazon, y que os mudarian en unos perfectos penitentes, no harán entonces mas que moveros levemente, y despertar en vosotros unos flacos, é inutiles deseos de penitencia; pero mucho menos debeis lisongearos con eſta esperanza, porque quanto mas irriteis la bondad de Dios, dilatando vueſtra conversion, mas se apartará de vosotros; cada dia, cada inſtante de dilacion minora sus favores, y su amor. Acordaos de que quando empezaſteis á serle infiel, no se pasaba dia alguno sin que obrase en vueſtro interior algun movimiento saludable, yá inquietudes, yá remordimientos, y yá deseos de penitencia; oy, si lo advertis, son mas raras eſtas inspiraciones; solamente alguna vez se despierta vueſtra conciencia, como es, quando teneis que prepararos para el tiempo de la Pasqua, y aún eſtas inquietudes se acaban con la solemnidad; estais yá casi familiarizados con los desordenes: ¡Ah! amados oyentes mios, el tiempo no hará mas que añadi nuevos grados á vueſtra insensibilidad; bien lo eſtais conociendo:

do: Dios se retirará mas, y mas de vosotros, y os entregará á la obstinacion, y á aquella funesta tranquilidad, que es la consumacion, y la mas terrible pena del pecado; ahora os pregunto; ¿no es locura señalar para vuestra conversion un tiempo en que nunca havreis tenido menos socorros que entonces por parte de la gracia, ni mayor dificultad por parte de vuestro corazon?

Pudiera tambien añadir, que quanto mas espereis contraeis mayores deudas, aumentais mas el thesoro de iniquidad, tendreis mas delitos que expiar, deberá ser mas rigurosa vuestra satisfaccion, y consiguientemente será mas dificil vuestra penitencia. Acaso oy para satisfacer á vuestro Juez, y aplacar su justicia, bastarian algunas leves mortificaciones, y algunas liberalidades christianas, pero despues que el numero de vuestros delitos haya subido por encima de vuestras cabezas, y que el tiempo y los años hayan confundido en vuestra memoria la multitud, y el horror de vuestras iniquidades. ¡Ah! entonces no havrá satisfaccion tan penosa, ayuno tan austero, abatimiento tan profundo que os alcanze, ni placer, por inocente que sea, que no se os deba prohibir, no havrá mitigacion que no sea pecaminosa, será preciso que useis de unos santos excesos de penitencia para compensar la duracion, y gravedad de vuestros delitos, os será preciso abandonarlo todo, privaros de todo, sacrificar la fortuna, los intereses, los cumplimientos del Mundo, y aún acaso condenaros á un perpetuo retiro. Los grandes pecadores solamente se convierten de este modo; pues si unos leves rigores, que oy serian suficientes, os parecen tan insufribles, y os impiden la mudanza de vida, tendrá mas atractivos para vosotros la penitencia, quando os presente mas trabajos, y unas acciones infinitamente mas amargas? ¡Dios mio! solamente en el negocio de la salvacion son capaces los hombres de semejantes engaños; ¿de qué sirve, Catholicos, el gran talento, la capa-

pacidad, la profunda penetracion, el juicio sólido para dirigir los negocios terrenos, y las vanas empresas, que acaso perecerán con nosotros, si somos niños para el negocio de la eternidad?

¿Quereis que ponga fin á esta primera parte de mi discurso, con una razon, que acabará de convenceros? Vosotros mirais la vana esperanza de una conversion futura como un movimiento de la gracia, en orden á vuestra salvacion, y como una señal de que el Señor os visita, y que no os ha entregado todavia á toda la obstinacion de la culpa: Pero, amados oyentes mios, el Señor solo puede visitaros en su misericordia, inspirandoos inquietudes, y temores saludables, acerca del estado de vuestra conciencia; por aqui empiezan todas las operaciones de la gracia: Luego mientras estais tranquilos, es evidente, que Dios os trata, segun todo el rigor de su justicia, y que executa en vosotros el mas terrible de sus castigos, quiero decir, su abandono, y la privacion de sus auxilios; la paz en el pecado, y la seguridad en que vivis, es la señal mas infalible, de que Dios no está en vosotros, y que su gracia, que siempre obra en el alma pecadora, la turbacion, la inquietud, el temor, y la desconfianza, está enteramente apagada en la vuestra; y asi, amados oyentes mios, fundais vuestra seguridad en lo mismo que os debiera ocasionar los mas justos temores; las mas deplorables señales de vuestra reprobacion, forman en vuestro espiritu el mas sólido fundamento de vuestra esperanza; la confianza en el pecado, es el mas terrible castigo, que Dios puede embiar al pecador, y á vosotros os parece una prenda de salvacion, y de penitencia: Temblad si aún hay en vosotros algunas reliquias de fé; esa calma no está lejos del naufragio; estais señalados con el caracter de los réprobos; no conteis con una misericordia, que os trata tanto mas rigurosamente, quanto os permite esperar, y contar con ella.

Lo

Lo que engaña á la mayor parte de los pecadores, Catholicos, es que piensan que la gracia de la conversion, es uno de aquellos milagros repentinos, que á un bolver de cabeza mudan el semblante de las cosas, que planta, arranca, destruye, y edifica al primer golpe, y que cria en un instante al hombre nuevo, del mismo modo que en el principio del Mundo sacó al hombre terrestre de la nada: Esto es un engaño, amados oyentes mios, la conversion, regularmente es un milagro lento, tardo, y fruto de los cuidados, de las inquietudes, de los temores, y de las amargas turbaciones.

Los dias que han de preceder á la entera destruccion de este Mundo visible, y á la venida del hijo del hombre, serán dias de confusion, y horror, dice Jesu-Christo. Los Pueblos se levantarán contra los Pueblos, y los Reyes contra los Reyes: Mucho tiempo antes de que el Rey de la gloria se manifieste, parecerán en los ayres unas señales horribles: Toda la naturaleza anunciará con su desorden su proxima destruccion, y la venida de su Dios. ¡Ah Catholicos! Esta misma es la imagen de la mudanza de vuestros corazones, de la destruccion de ese Mundo de pasiones que teneis dentro de vosotros mismos, y de la venida del hijo del hombre á vuestras almas. Mucho tiempo antes de esta venida, vereis preceder en vosotros guerras interiores, sentireis que vuestras pasiones se levantan unas contra otras, se manifestarán en vuestras personas unas felíces señales de eterna salud, todo temblará, todo se desconcertará, todo anunciará en vuestro interior la destruccion del hombre carnal, la llegada del hijo de Dios, el fin de vuestras iniquidades, la renovacion de vuestra alma, un Cielo nuevo, y una nueva tierra. ¡Ah! Quando veais que preceden todas estas felíces señales, levantad entonces la cabeza, y decid que está cerca vuestra libertad. *His autem fieri incipientibus, respicite, & levate capita vestra, quoniam appropinquat redemptio*

tio veſtra. (*a*) Confiad entonces, adorad los terribles, aunque consoladores preparativos de un Dios que vá á descender á vueſtro corazon; pero mientras todo eſté tranquilo en vueſtro interior, mientras no se manifieſte en vueſtra alma señal alguna de mudanza, mientras no os halleis llenos de temores, y mientras que vueſtras pasiones eſtén tranquilas, y sin mas turbacion, que la que las ocasiona la tardanza de los placeres. ¡Ah! Desconfiad de todos los que os digan, que el Señor vá á manifeſtarse, y que le hallareis en el Santuario, quiero decir, en la participacion de los Sacramentos, en eſtos solemnes dias. No creais á los que en esos lugares retirados, á donde acaso vais á aliviarle en las personas de sus miembros afligidos, os prometen siempre, que algun dia os ha de visitar. El mismo Jesu-Chriſto dice, que son falsos profetas: *Nolite credere.* (*b*) No ha precedido en vosotros señal alguna de su llegada; por mas que le espereis, no es ese el tiempo de que llegue; la inquietud, y el terror, caminan siempre delante de él; y el alma que eſtá tranquila, aunque confie, nunca será visitada.

Felíz el hombre, Catholicos, que siempre eſtá temeroso. *Beatus homo qui semper eſt pavidus.* (*c*) Felíz aquel, á quien sus mismas virtudes aseguran del todo, en orden á su eterno deſtino; que tiembla, el que las imperfecciones que mezcla con las obras mas laudables, no solamente deſtruyan en la presencia de Dios todo su merito, sino que sean causa de que sean colocadas entre aquellas acciones, que Dios ha de caſtigar en el dia de las venganzas: Pero acaso me dirá alguno, ¿que qué idea es la que eſtoy proponiendo, del Dios que adoramos? Respon-

(*a*) *Luc.* 21. *v.* 28. (*b*) *Matth.* 24. *v.* 22.
(*c*) *Prov.* 13. *v.* 14.

pondo, Señores, que es una idea digna del mismo Dios; y asi, voy á probar en la segunda parte de este discurso, que la falsa confianza es injuriosa á su Magestad, porque con esta se forma la idea de un Dios, que ni es verdadero, ni sabio, ni justo, ni aún misericordioso.

SEGUNDA PARTE.

CAusa admiracion, Catholicos, que la falsa confianza quiera hallar en la misma Religion motivos que la autoricen, y que tenga á la mas culpable de todas las disposiciones por un movimiento saludable, y fruto de la fé, y de la gracia: Y á la verdad, el pecador, que sin querer salir de sus desordenes se promete mudanza, alega para justificar su presuncion, primeramente, el poder de Dios, que tiene en sus manos los corazones de los hombres, que puede mudar la voluntad en un instante, y al que no le es mas dificil hacer que nazca el hijo prometido en una esteril ancianidad, que en la edad mas fecunda. En segundo lugar, su justicia; porque haviendo formado al hombre de barro, esto es, flaco, y con unas inclinaciones casi invencibles ázia el deleyte, debe atender á su flaqueza, y perdonarle con mas facilidad unas faltas que le son como inevitables. Finalmente, su misericordia, la que siempre está dispuesta á recibir al pecador, quando se convierte. Muy facil es, Catholicos, quitar á la falsa confianza unos pretextos tan indignos de la virtud, y manifestar, que la disposicion del pecador, que neciamente confia, ultraja á Dios en todas las perfecciones de que acabamos de hablar. Voy á exponer las razones, continuad con vuestra atencion.

En primer lugar: ¿Quando os figurais un Dios poderoso, dueño de los corazones, y que muda á su arbitrio las voluntades rebeldes de los hombres, no concebís al mismo tiempo un poder arreglado por la sabiduria, es-

to es, que nada hace, que no sea corforme al orden que tiene eſtablecido? Pues el pecador presuntuoso, atribuye á Dios un poder ciego, y que obra sin discrecion; porque aunque es verdad, que el Señor puede todo lo que quiere, con todo eso, como es infinitamente sabio, tiene eſtablecidos sus decretos con buen orden, no quiere solo por querer, sino que para todo quanto hace, tiene sus eternas razones en los secretos de su Divina Sabiduría. Y asi, es evidente, que eſta Divina Sabiduría, no quedaria suficientemente juſtificada para con los hombres, si se concediera la gracia de la conversion á la falsa confianza. Porque decidme, ¿qué disposicion puede ser para recibir la mayor de todas las gracias, el haverla despreciado mil veces? El juſto, que todos los dias caſtiga su carne, que continuamente eſtá gimiendo para alcanzar el dón precioso de la perseverancia, ¿no se havia de distinguir en nada del pecador, que siempre la eſtá esperando, sin ponerse jamás en eſtado de merecerla? ¿Havia de ser igual el servir al Señor, y caminar con rectitud en su presencia, y el seguir los desordenados caminos de las pasiones, pues, por ultimo, uno, y otro havia de tener igual suerte? Antes bien sería desgracia, locura, y trabajo perdido, el llevar su yugo desde la juventud, pues nada se arriesgaba en diferirle, y las maximas de el libertinage, acerca del amor de los placeres, en la primera eſtacion de la vida, y de retardar el arrepentimiento haſta la edad caduca, y debil, serían reglas de prudencia, y Religion; los prodigios de la gracia, solamente servirían de tentacion á la fidelidad de los juſtos, de autorizar la impenitencia de los pecadores, de aniquilar el fruto de los Sacramentos, y de aumentar los males de la Iglesia. ¿Puede ser eſte el Dios á quien adoramos? ¿Sería tan admirable en sus dónes, segun la expresion de el Profeta, si los repartiera con tan poco orden, y prudencia?

Verdaderamente, Catholicos, que si el Imperio que Dios tie-

tiene sobre los corazones pudiera servir de consuelo al pecador presumptuoso, fundados en este principio debieramos prometernos la conversion de todos los hombres, la de los infieles que no conocen al Señor, y la de aquellos Pueblos barbaros, que nunca han oído hablar de él. ¿No tiene Dios en sus manos los corazones de todos los hombres? ¿Quién ha podido resistir nunca á su voluntad? ¿No puede hacer que resplandezca su luz en las mas profundas tinieblas, mudar en corderos á los mas feroces leones, y hacer de sus enemigos los mas intrepidos Confesores de su nombre? ¿Es acaso mas dificil para el Señor la conquista de un corazon de un Indio, ó de un salvage, que la del corazon de un pecador presumptuoso? ¿No le es todo igualmente facil? Solamente con que hable quedan hechas todas las cosas. No obstante, ¿quisierais vosotros que vuestra eterna suerte corriese los mismos riesgos que la del salvage, que en lo interior de las selvas, casi inaccesibles á la predicacion del Evangelio adora unas Divinidades monstruosas? Dios puede suscitar en su favor Ministros Evangelicos, que con las luces de la fé los lleven la gracia, y la salvacion: Vosotros mismos confesais que se necesita de uno de aquellos golpes milagrosos de la omnipotencia para vencer todas las dificultades que se oponen á la conversion de estos infelices, pero que vosotros rodeados de los socorros de los Sacramentos, de las luces de la Doctrina, y de la instruccion, os hallais en unas circunstancias mas favorables para la salvacion, y que asi teneis mucho mas motivo que él para esperarla. ¡Ah! os engañais, amados oyentes mios; y yo os respondo, que la salvacion de aquel infiel, me parece menos desesperada que la vuestra; aquel nunca puede haver abusado de unas gracias que no ha recibido, y vosotros siempre haveis despreciado indignamente las que se os han presentado; aquel nunca ha resistido á la verdad, porque no la ha conocido, y vosotros la reteneis con injusticia; el primer auxilio triunfará de su corazon, y las

mas

mas fuertes impresiones de la gracia se deshacen contra la dureza del vuestro; un solo rayo de luz le manifestará los errores, y las verdades que hasta entonces no ha conocido, y ni todas las luces de la fé podrán turbar la tranquilidad de vuestras pasiones; él no opone á las misericordias del Señor mas que la desgracia de su nacimiento, unos pecados casi involuntarios, y que mas son desgracias, qué culpas, motivos todos muy á proposito para mover la clemencia de Dios, y vosotros no presentais mas que ingratitudes, y odiosas obstinaciones capaces de apartarla para siempre de vosotros. ¡Ah! Al Señor no le es dificil llevar sobre sus alas atravesando los mares á unos hombres Apostolicos; sus Angeles saben, quando el Señor se lo manda, transportar sus Profetas, desde la tierra en donde se le adora hasta Babylonia, para visitar á un Justo expuesto al furor de los Leones; pero si huviera alguna cosa dificil para su Magestad seria vencer á un corazon rebelde, ganar á una alma que nació en el Reyno de la luz rodeada de todos los socorros de la fé, penetrada de todos los sentimientos de la gracia, ayudada con todos los exemplos de la virtud, y con todo eso siempre constante en sus desordenes, y asi es ilusion buscar en la Divina Omnipotencia vanos motivos de seguridad: Bien podria Dios obrar otros muchos prodigios en favor de mil pecadores que le abandonan, aunque no son tan indignos de su gracia como vosotros; pero el juzgar de la voluntad de Dios por su poder, es una maxima peligrosa.

El segundo error que autoriza la falsa confianza, se funda en la injusta idea que nos formamos de la Divina Justicia. Nos persuadimos á que haviendo nacido el hombre con una violenta propension á los deleytes, nuestros desordenes son mas dignos de la piedad de el Señor, que de su indignacion, y que basta nuestra flaqueza para solicitar sus gracias, en vez de armar su indignacion contra nosotros.

Pero en primer lugar: pudiera deciros que la corrupcion

cion de vuestra naturaleza no proviene del Criador, que esta es obra del hombre, y pena de su pecado, que el Señor crió al hombre con rectitud, y que asi esa fatal propension de que os quejais es un desorden que castiga Dios quando os dejais arrastrar de ella: ¿Pues cómo quereis que os sirva de escusa? Esa misma propension es la causa de que seais hijos de ira, y vasos de contumelia; ¿pues cómo quereis hallar en ella las razones para disputar con vuestro Dios provocando su justicia? Finalmente, esa misma inclinacion es la que os hace indignos de todas las gracias; ¿pues cómo la haveis de alegar para solicitarlas?

Tambien pudiera responderos en segundo lugar; que sea la que fuere la flaqueza de nuestra voluntad, el hombre siempre es dueño de sus deseos, que está puesto en manos de su consejo, que sus pasiones no tienen sobre él mas imperio, que el que las quiere conceder, y que se nos presenta el fuego, y el agua, dejando á nuestra voluntad la libertad para escoger. ¡Ah! Tambien pudiera yo, amados oyentes mios, llamar en este punto por testigo á vuestra propia conciencia, y preguntaros, si no obstante vuestra flaqueza, quando haveis abandonado la Ley de Dios, ¿no haveis conocido que el permanecer fieles estaba en vuestra mano? ¿Si entonces no os manifestaron con claridad unas nuevas luces, el horror de vuestra transgresion? ¿Si no os apartaban de ella unos secretos remordimientos? ¿Si no estuvisteis por algun tiempo indecisos entre el deleyte, y la obligacion? ¿Si despues de mil deliberaciones interiores, y de aquellas ocultas inquietudes, en las que unas veces vencia la gracia, y otras el mal deseo, no llegasteis por ultimo á declararos á favor de la culpa, aunque temblando, y casi sin poder aseguraros contra vosotros mismos? Aún pudiera pasar mas adelante, y preguntaros, si atendiendo á esas buenas inclinaciones de pudor, y verguenza, á esas disposiciones con que Dios os favoreció al tiempo de criaros, ¿no os es mas natural, mas comoda, y mas facil la inocencia de la virtud, que los desordenes del vicio? Pudie-

diera preguntaros, ¿si no os ha costado mas el ser infiel á vuestro Dios, que lo que os huviera costado el ser justos? ¿Si no os ha costado mas trabajo el venceros, si no haveis tenido que violentar mas vuestro corazon, que sufrir mas amarguras, y abriros mas dificiles caminos? ¿Pues qué cosa puede hallar la justicia de Dios en vuestras disoluciones, que no la ofrezca contra vosotros nuevos motivos de severidad, é indignacion?

Pudiera añadir por ultimo, que si nacisteis flacos, la bondad de Dios ha cercado vuestras almas de mil socorros; que vuestra alma es aquella viña querida que ha sido siempre el objeto de sus mas amorosos cuidados, que la ha fortificado con un vasto foso, y defendido con una torre inaccesible; quiero decir, que vuestra alma desde su creacion ha estado siempre amparada con los socorros de los Sacramentos, con las luces de la doctrina, con la fuerza de los exemplos, con las inspiraciones de la gracia, y aún acaso tambien con los particulares socorros de una educacion santa, y christiana, los que el Señor se dignó proporcionaros, y que puede ser hayan faltado á otros muchos. ¡Ah ingratos! ¿Con qué podreis justificar vuestras flaquezas delante del Señor, ni mover su justicia á que use de benignidad con vosotros? ¿Qué otra cosa puede ver en vuestras transgresiones mas que el abuso de sus auxilios, y los medios de salvacion mudados por el desorden de vuestra voluntad en ocasiones de pecado?

Pero dejemos aparte todas estas razones, y decidme: esa flaqueza de que tanto os quejais, y á la que quereis que atienda Dios, ¿no es obra propia vuestra, y fruto de vuestros particulares desordenes? Acordaos de aquellos felices dias, quando todavia no havia naufragado vuestra inocencia; ¿hallabais entonces tanta dificultad para vencer vuestras pasiones? ¿Teniais entonces el pudor, la templanza, la fidelidad, y la justicia por virtudes tan impracticables? ¿Os parecia entonces tan imposible resistir á las ocasiones? ¿Eran entonces tan violentas las inclinaciones á

los

los deleytes que no fueseis dueños de ellas? ¡Ah! ¿Pue de qué proviene que os tiranicen vuestro corazon con tanto imperio? ¿No consiste en que haviendolas dejado prevalecer por un funesto descuido, las haveis puesto *casi fuera* de estado de poderlas vencer? ¿No os haveis formado vosotros mismos esas cadenas con vuestras propias manos? Mirad tantas almas justas que llevan el yugo desde su juventud, y ved como ni aún son tentadas en las mismas ocasiones en que vosotros pereceis indefectiblemente, ¿pues por qué os haveis de quejar de una flaqueza que os haveis fabricado vosotros mismos? ¿Por qué haveis de presumir que lo que debe irritar al Señor contra vosotros ha de ser capaz de aplacarle? ¿Qué es lo que vé en la fragilidad de vuestras inclinaciones? Vé el fruto de vuestras culpas, y los efectos de una vida llena de libertades, y placeres: ¿Es este el fundamento que teneis para apelar á su justicia, á aquella justicia, en cuya presencia piden los Santos no ser juzgados? ¡Dios mio! ¿En qué no confiará el pecador, pues halla motivos de confianza en la mas terrible de vuestras perfecciones?

La unica consequencia prudente, y legitima que podeis sacar de vuestra propia flaqueza, y de las inclinaciones que teneis al Mundo, y á los deleytes que os arrastran, no obstante vuestras resoluciones, es que teneis necesidad de velar, de gemir, y de orar mas que otros; que debeis evitar con mas cuidado los peligros, y los alhagos de los sentidos, y de la carne: pero quando os exortamos á que huyais de las conversaciones profanas, de los tratos sospechosos, de los placeres dudosos, de los espectaculos lascivos, y de las asambleas de pecado, entonces os teneis por invencibles, entonces os defendeis, diciendo, que nada padece vuestra inocencia; decis que esas precauciones son buenas para las almas flacas, que cada uno debe conocerse á sí mismo, y saber sus propias fuerzas, y que los que son tan fragiles que hallan en estas ocasiones motivos de ruina deben evitarlas. ¿Pues cómo que-

reis que Dios atienda á una flaqueza que tan poco temeis vosotros mismos? Sois flacos quando quereis escusar vuestros delitos en su presencia, y no lo sois quando para serle fiel es preciso valerse de algunos medios penosos.

Pero á lo menos me direis, aunque es cierto que debemos temer su justicia, tambien lo es, que es infinita su misericordia. Quando su bondad no hallára en nosotros cosa alguna que la moviese, ¿no hallaría en sí misma motivos bastante poderosos para esto? Esta es la tercera ilusion de la falsa confianza que yo debiera impugnar; pero además de que he hablado de ella en otra parte, yá es tiempo de acabar este discurso; y asi me contentaré, Catholicos, con haceros una pregunta: Quando decis que la bondad de Dios es infinita, ¿qué quereis decir con eso? ¿Quereis decir, que nunca castiga los delitos? Me parece que no os atreveriais á eso. ¿Que nunca abandona al pecador? Pues Saúl, Antiocho, Pharaón, y otros muchos os están dando pruebas de lo contrario: ¿Que ha de salvar á los impudicos, á los vengativos, y á los ambiciosos del mismo modo que á los justos? Bien sabeis que en el Cielo no ha de entrar cosa alguna manchada: ¿Que no crió al hombre para hacerle eternamente infelíz? ¿Pues para qué os parece que abrió el infierno debajo de sus pies? ¿Que ya os ha dado mil señales de su bondad? Eso mismo debiera confundir vuestra ingratitud por lo pasado, y haceros temer para en adelante: ¿Que no es tan terrible como le predicamos? Pues nosotros no os referimos de su justicia mas que lo que él mismo nos ha enseñado: ¿Que se vería precisado á condenar á todos los hombres, si fuera cierto todo lo que nosotros decimos? El mismo Evangelio os dice en terminos mas expresos, qué serán pocos los que se salven. ¿Que no castiga sino á mas no poder? Pues cada auxilio que despreciais, puede ser el termino de sus misericordias. ¿Que nada le cuesta el perdonar? ¿Pero no ha de mirar por los intereses de su gloria? ¿Que es menester poco para aplacarle? A lo menos es menester mu-

dar-

darse, y la mudanza del corazon es la mayor de sus obras. ¿Que esa viva confianza que teneis en su bondad, no puede menos de provenir de él? Pues sabed, que lo que no nos guia á Dios, guiandonos al arrepentimiento, no puede provenir de Dios: ¿Que mas quereis decir? ¿Que no despreciará el sacrificio de un corazon contrito, y humillado? Pues eso mismo es lo que yo os he predicado hasta ahora, amados oyentes mios; convertios al Señor, y entonces podeis confiar en él por grandes que sean vuestros delitos; el Señor siempre está lleno de misericordia, para recibir al pecador que se convierte; confiad en su bondad con lo durable de vuestra conversion, con vuestra perseverancia en su servicio, con la victoria de los obstáculos que continuamente estará oponiendo el enemigo de vuestra salvacion á vuestros santos deseos; la gracia que os hace inspirandoos pensamientos de sincera penitencia, es siempre felíz pronostico de que os prepara otras nuevas; nunca desconfieis de su misericordia; no hay cosa que no se pueda esperar del Señor quando el dolor de haverle ofendido es quien pide; nunca os dejeis sobrecojer con la memoria de vuestras pasadas iniquidades; todo lo que se puede llorar puede ser perdonado; encerrad en el seno de su misericordia toda la duracion de los dias que haveis empleado en ofenderle, y serán como si nunca hubieran sido; empezareis á nacer en su presencia, en el mismo dia en que empezeis á servirle; mil años no son mas que un dia á su vista, quando un sincero arrepentimiento ha puesto fin á las culpas; el Señor es el Dios de los pecadores, el bienhechor de los ingratos, el Padre de los hijos Prodigos, el Pastor de las ovejas descarreadas, el amigo de las Samaritanas, el reconciliador de las pecadoras; en una palabra, parece que todos los consuelos de la fé están reservados para el pecador que se convierte.

Pero si siempre vivis fiados en que yá llegará el tiempo de que penseis en vuestra eterna salud, sin pensar jamás en ella. ¡Ah! Acordaos, amados oyentes mios, que

de este modo han perecido hasta ahora todos los pecadores, y que este es el camino real que guia á la muerte en pecado; acordaos de que el pecador que siempre está deseando en vano, nunca se convierte; quanto mas frequentes sean en vosotros esos esteriles deseos de salvacion, mas seguramente debeis creer que se llena vuestra medida, y que cada auxilio que despreciais, os acerca un grado mas á la obstinacion; y asi no confieis en unos deseos que adelantan vuestra perdicion, y que siempre han sido muy propios de los reprobos, y decid continuamente al Señor con el Profeta: ¿hasta quando, ¡ó Dios mio! estaré yo divirtiendo las secretas inquietudes de mi alma con vanos proyectos de penitencia? *¿Quandiu ponam consilia in anima mea?* (a) ¿Hasta quando he de estár viendo pasar los dias rapidos de mi vida, prometiendo á mi corazon, para que viva sosegado en sus desordenes, un dolor, y un arrepentimiento que cada dia se aparta mas de mí? *¿Dolorem in corde meo per diem?* ¿Hasta quando el enemigo, aprovechandose de mi flaqueza, se ha de servir de un error tan grosero para engañarme? *¿Usquequo exaltabitur inimicus meus super me?* ¡Ah! Disipad, Señor, este vano prestigio que me engaña; mirad mis debiles deseos de salvacion como gritos de una conciencia que no puede ser felíz sin Vos; aceptad estos flacos principios de penitencia; oidlos oy, Dios mio, porque me parece, que oy los hace vuestra gracia mas vivos, y sinceros. *Respice, & exaudi me Dominus Deus*; y acabad con vuestra secreta operacion lo que falta todavia á la plenitud, y sinceridad de esta oferta; perfeccionad mis deseos recibiendolos, para que sean dignos de la recompensa que prometeis á la hambre, y á la sed de la justicia.

Es-

(a) *Psalm. 12. v. 2. & seqq.*

Escucha, dice el Señor por su Profeta al alma infiel, tú que vives en el regalo, y en los placeres, y con todo eso no dejas de esperar en mí. *Audi hæc delicata, quæ habitas confidenter.* (a) Sobre tí han de caer á un mismo tiempo estos dos males, es á saber, la esterelidad, y la viudez. *Venient tibi duo hæc; sterilitas, & viduitas*; la esterilidad, esto es, no serás á proposito para llevar frutos de Penitencia, por mas que se te cultive, y riegue; la fuerza de mi palabra, la virtud de mis Sacramentos, la gracia de mis mysterios, y todos los cuidados serán inutiles para tí, y asi serás un arbol esteril, destinado al fuego; la viudez, porque yo me retiraré de tí para siempre, te dejaré sola, te entregaré á tus inclinaciones, á la falsa paz de tu conciencia, no seré tu Dios, tu protector, ni tu Esposo, te abandonaré para siempre. *Audi hæc delicata, & habitans confidenter, venient tibi duo hæc, sterilitas, & viduitas.*

Pero yo debo acabar mi ministerio, Catholicos, con las mismas palabras de que se valió Jesu-Christo en otro tiempo, al acabar su Mision à un Pueblo ingrato: vosotros no haveis querido creer mis palabras, les decia pocos dias antes de su muerte; haveis cerrado los ojos á la luz, haveis tenido oídos pero no haveis querido oír; yo me voy, y vosotros morireis en vuestra ceguedad; si fuerais ciegos, y nunca huvierais conocido la verdad, tendria mas escusa vuestro pecado; pero teneis vista, y yo os he enseñado las verdades que he aprendido de mi Padre, y asi no tiene escusa vuestro pecado, y está consumada vuestra obstinacion; haveis despreciado la salud que no se os bolverá á presentar, y el delito de haver despreciado la verdad, durará hasta el fin sobre vuestras cabezas.

¡Gran

(a) *Isai. 47. v. 8. & seqq.*

¡Gran Dios! ¿Ha de ser este el premio de mis fatigas, y el fruto de mi ministerio? La indignidad del instrumento de que os haveis servido para anunciar vuestra palabra, ¿ha de aniquilar su virtud, y servir de obstaculo á los progresos del Evangelio? No, Catholicos, la virtud de la palabra de la Cruz, no está vinculada á la del Ministro que la anuncia; el lodo entre las manos del Señor puede dár vista á los ciegos; y los muros de Jericó caen quando es gusto de su Magestad, al fragil ruido de unas trompetas: Por lo que mira á vosotros, amados oyentes mios, espero en el Señor, que haviendo recibido su palabra con alegria, como decia en otro tiempo San Pablo á los fieles de Corintho, que haviendola recibido, no como palabra de un hombre flaco, pecador, y rodeado de miserias, propio solamente para destruir la obra del Evangelio, é indigno de un Ministerio tan grande, sino como palabra del mismo Dios fructificará en vosotros; y que el terrible dia de las venganzas, en que á mí se me ha de pedir cuenta de mi ministerio, y á vosotros del fruto que de él haveis sacado, yo seré vuestra defensa, y vuestra justificacion, y vosotros mi Gloria, y mi Corona; esto os deseo. Amen.

ANA-

ANALISIS
DE LOS SERMONES contenidos en este sexto Tomo.

DOMINGO DE PASION.

SOBRE LA EVIDENCIA DE LA Ley de Dios.

Division. *LOS hombres viven tranquilos acerca de mil abusos que autoriza el Mundo, ò porque como no les arguye su conciencia, permanecen en ellos de buena fè, ò por la obscuridad del Evangelio, el que cada uno interpreta á su modo. La Ley de Dios tiene dos caracteres de evidencia, que impugnan estos dos pretextos.* I. *Es evidente en la conciencia del pecador, y asi ha de juzgar de la falsa seguridad, ò de la fingida buena fè de las almas mundanas.* II. *Es evidente por la sencillez de sus reglas, y asi ha de juzgar las afectadas incertidumbres, y las falsas interpretaciones de los pecadores.*

I. Parte. *La Ley de Dios es evidente en la conciencia del pecador:* Por mas que el hombre quiera no conocer la Ley de Dios, su conciencia le dá dos testimonios de esta divina Ley. 1. Un testimonio de verdad á la equidad, y necesidad de sus maximas. 2. Un testimonio de severidad á la exactitud de sus reglas.

1. Un testimonio de verdad á la equidad, y necesidad de sus maximas: La ley de un Dios sabio, y bueno debe tener un caracter de equidad que arregle todas las obligaciones, y un caracter de bondad, que nos haga hallar en la tierra nuestro sosiego, y felicidad en practicarla. Y esto mismo es lo que nosotros estamos conociendo respecto de la ley de Dios, en lo intimo de nuestros corazones: Conocemos que sus reglas son justas, y razonables, que no manda virtud alguna, que no sea conforme á los verdaderos intereses del hombre, que las pasiones, que nos prohibe, son la unica raíz de nuestras desgracias, y que quanto mas nos apartamos de la regla, y de la ley, mas distantes estamos de la paz, y tranquilidad del corazon: Este es un testimonio que halla la ley de Dios en lo intimo de nuestros corazones. Las pasiones podrán hacernos sacudir el yugo de las reglas santas, pero no podrán hacer que nos justifiquemos á nosotros mismos nuestros propios desordenes: Siempre hallamos en nuestro interior la apología, y defensa de las reglas contra las pasiones, y por mas que hagamos, siempre sentimos una grande disonancia entre nuestras inclinaciones, y nuestro entendimiento: De modo, que la Ley si no nos hace fieles, nos hace desgraciados. ¿De qué puede provenir esto, sino de que todos los preceptos de la ley de Dios tienen una necesaria conexion con el corazon del hombre, de que son los remedios de nuestros mas ocultos males, y el socorro de nuestras mas justas inclinaciones, como lo conocieron los mismos Paganos?

Pero dicen algunos que nuestra primera ley es la naturaleza, y que las inclinaciones al deleyte que nacen con nosotros no pueden ser pecaminosas: Este es un sophisma de la impiedad; es una ostentacion de libertinage de que se precia la vanidad, pero la verdad le está interiormente desmintiendo; la prueba es, que aquellos pecadores famosos, y públicos, que barbaramente se preciaban de no creer en Dios, despues que salieron de sus

des-

desordenes, han confesado, que nunca havian podido conseguir el borrar la ley, y la verdad de lo intimo de su alma, y que su incredulidad aparente ocultaba los mas crueles remordimientos: La culpa, que siempre es cobarde, como dice el Espiritu Santo, á todas partes lleva consigo un teſtimonio de condenacion contra sí misma, y con la moleſtia, y triſteza que la acompaña, dá á conocer al pecador, que el buen orden, y la inocencia, son la unica felicidad que le eſtaba deſtinada en la tierra.

2. La conciencia dá un teſtimonio de severidad á la exactitud de las reglas de la ley de Dios. Nosotros nos damos eſte teſtimonio á nosotros mismos, y conocemos que nueſtra corrupcion se eſtiende tanto á las cosas mas pequeñas, como á las mas grandes. Que en todas las ocasiones nos hallamos flacos, y siempre sentimos en nosotros, oposicion al buen orden, y á la obligacion; y consiguientemente conocemos que la ley nunca debe ser favorable á nueſtras inclinaciones; que siempre debe parecernos severa, porque siempre es contraria á nosotros. Y asi siempre nos diſtinguimos á nosotros mismos de la ley, por un conocimiento secreto, é inseparable de nueſtro ser; diſtinguimos nueſtras inclinaciones, y placeres, de sus reglas, y obligaciones; y quando en las acciones dudosas nos determinamos en favor de nueſtras inclinaciones, conocemos claramente que nos apartamos de la ley de Dios, la que siempre es mas severa que nosotros mismos. Y asi por mas que digais, nunca eſtais tranquilos en esa vida llena de placeres, y de diſtracciones, ¿y asi en aquellos inſtantes, en que movidos mas vivamente de la gracia, os proponeis el pensar seriamente en la eternidad, en el plán que formais de una nueva vida, no contais con la privacion de casi todas eſtas cosas en que ahora nos eſtais continuamente, diciendo que no hallais mal alguno: ¿No eſtais siempre murmurando, y hablando mal de aquellas personas que con una publica profesion de virtud, quieren juntar esos abusos, y esas di-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA Y PROVINCIAL

versiones que ahora defendeis vosotros ? Luego conoceis que el Evangelio os pide á vosotros, y á esas personas algo mas de lo que haceis, y á pesar vuestro estais dando testimonio á su severidad : Además de que si en lugar de las maximas santas que os anunciamos desde los christianos pulpitos, os predicaramos las mismas maximas que vosotros esparcis todos los dias en el Mundo ; si os dixeramos que el Evangelio no es tan severo como se publica, que Dios es demasiado bueno para imputarnos á culpa mil cosas que ha introducido la costumbre, ¿qué pensariais entonces de nosotros ? O os reiriais de nuestra ignorancia, ó tendriais horror á la profanacion de nuestro ministerio: Y asi vosotros mismos confesais la verdad de las maximas que os anunciamos por mas severas que sean, y vuestra misma conciencia las está dando testimonio.

II. Parte. *La ley de Dios es evidente en la sencillez de sus reglas, y por razon de este segundo caracter ha de juzgar las incertidumbres fingidas, y falsas interpretaciones de los pecadores.* El Evangelio nos fue dado para arreglar nuestras obligaciones, y costumbres. ¿Cómo era posible que Jesu-Christo huviera querido dejarnos unas obscuridades, capaces de hacer que nos engañasemos, y de favorecer las pasiones que havia venido á combatir? Por otra parte ; el mismo Jesu-Christo, que es el Autor del Evangelio, previno con sus luces todas las dudas que el espiritu humano podia oponer á su ley : Dispuso esta de un modo tan divino, y tan inteligible, tan sublime, y sencillo, que tanto los mas ignorantes, como los mas doctos no pueden equivocarse acerca de su voluntad. Aunque en esta ley sean obscuros los mysterios, las reglas de las costumbres están en ellas claras, y patentes : No quiero decir que no puedan ocurrir dudas, y dificultades acerca de algunas obligaciones en particular, pero digo (y esto merece grande atencion) 1. Que si algunas veces está dudosa la ley acerca de algunas obligaciones en particular, el espiritu de ella nunca admi-

te

te duda; que siempre se conoce suficientemente á qué lado se inclina el Evangelio; que las mismas reglas se aclaran unas á otras; que hay algunas reglas principales que sirven para resolver todas las particulares dificultades; y finalmente, que si alguna vez puede parecernos equivoca la ley, la intencion del Legislador, que es por donde debe interpretarse, nunca deja lugar á la duda, ni al engaño.

2 Que el amor que tenemos á nuestras pasiones, y no la obscuridad de la ley, es quien forma todas nuestras dudas acerca de las obligaciones; y la prueba es, que las almas mundanas son las que hallan mas embarazos, y obscuridades en las reglas de las costumbres, quando al mismo tiempo las almas fieles, y fervorosas, casi nunca tienen que oponer á la ley de Dios. La luz de la ley, dice San Agustin, se parece á la del Sol, que por mas que brille, y resplandezca, no causa impresion en un ciego: Todo pecador es ciego; Purificad vuestro corazon, continua este Santo Padre, quitaos el fatal velo de vuestras pasiones, y entonces vereis con claridad la obligacion: por eso estamos viendo todos los dias, que á proporcion que las pasiones se disminuyen en una alma, se aumentan sus luces, y ella misma se admira de haver estado tanto tiempo ciega, en orden á unas obligaciones, que entonces la parecen tan evidentes, y ciertas. ¿Consiste esto acaso en que la ley de Dios adquiere mayor evidencia? No por cierto, sino en que el alma se desprende, y sale de sus tinieblas. Y lo que tambien prueba, que las pasiones solamente son las que obscurecen la ley de Dios á nuestra vista, y las que forman nuestras dudas, es que somos equitativos, y vemos con claridad aquellos puntos de la ley, en los que no nos ciega ninguna pasion, ni ningun particular interes.

3 Que solamente con que observeis, lo que es indubitable en el Evangelio, hareis mucho mas de lo que nosotros os pedimos.

4 Que el dudarse en el Mundo, aún de las obligaciones mas ciertas de la piedad christiana, consiste en que el Evangelio es un libro ignorado de la mayor parte de los fieles. Pasamos toda la vida en adquirir ciencias vanas, frivolas, inutiles al hombre, á su felicidad, y á su eternidad, y no leemos el libro de la ley en el que se encierra la ciencia de la salvacion.

5 Que aún quando se hallára alguna obscuridad en la ley de Dios, esta halla una clara evidencia, en la instruccion, y en el ministerio de la predicacion. Jamás ha tenido tantos socorros como ahora la devocion de los fieles; jamás ha tenido menos escusa la ignorancia, porque no ha havido hasta ahora siglo mas ilustrado que este, y aunque no se pueda negar que hay entre nosotros algunas guias ciegas, este lazo solamente es de temer para los que quieren caer en él; el que busca á Dios, presto halla una mano fiel que le ponga en el camino seguro.

DOMINGO DE PASION.

SERMON SEGUNDO.

SOBRE LA IMMUTABILIDAD de la ley de Dios.

Division. *El Mundo opone tres pretextos à la immutabilidad de la ley de Dios; el de los usos, y costumbres; el de la clase, y nacimiento; y el de las circunstancias, é inconvenientes: Esto supuesto:* I. *La ley de Dios es immutable en su duracion, luego los usos, y costumbres no pueden mudarla.* II. *La ley de Dios es immutable en su extension, luego la diferencia de clases,*

ses, y condiciones la deja siempre la misma. III. *La ley de Dios es immutable en todas sus circunstancias, luego los inconvenientes, ni las dudas no pueden justificar la transgresion mas leve.*

I. Parte. *El Evangelio, ó la Ley de Jesu-Christo es immutable en su duracion.* No se muda, porque las obligaciones que nos prescribe fundadas en las necesidades y naturaleza del hombre, son comunes á todos los tiempos, y á todos los lugares como ella. De este modo la recibieron los primeros fieles en el nacimiento de la fé, de este modo se conserva oy, de este modo pasará á nuestros descendientes, de este modo la amarán, y adorarán eternamente en el Cielo los Bienaventurados: El fervor, ó el desorden de los siglos, el zelo, ó la condescendencia de los hombres, nada quita, ni pone á su benignidad, ó á su severidad: Con todo eso, quando los Ministros nos representan algunas veces en las costumbres de los primeros fieles, el exacto cumplimiento de las obligaciones del Evangelio, para darnos á conocer la diferencia entre las primeras costumbres, y las nuestras, y lo distantes que estamos del Reyno de Dios, no solamente no nos asustamos al vernos tan distintos de ellos, que apenas puede creerse que seamos discipulos de un mismo Maestro, y que profesamos una misma ley, sino que nos molesta el que continuamente nos estén acordando aquellos tiempos de la primitiva Iglesia, como si fuera posible arreglar nuestras costumbres por aquellas, que yá oy son impracticables: Decimos que yá se han mudado los tiempos, que es necesario acomodarse al genio de los hombres, y que el quererlos reducir á la vida de los primeros fieles, sería darlos motivo para que desesperasen.

Pero 1. Los tiempos, y los años, que tanto han alterado la pureza del Christianismo, ¿han alterado acaso la del Evangelio? Jesu-Christo profetizó, que en los ultimos tiempos, casi no se hallaría fé en la tierra, pero no añade que entonces, para acomodarse á la corrupcion de

los

los ultimos tiempos, ha de aflojar en la severidad de su Evangelio; lo que sí dice es, que entonces havrá mas necesidad que nunca, de velar, ayunar, orar, y retirarse, para librarse de la general corrupcion.

2 ¿Os parece, que los rigurosos preceptos del Evangelio, fueron hechos solamente para la primera edad de la Fé quando los hombres eran castos, inocentes, caritativos, y fervorosos? ¿Y que havia de haver reservado Jesu-Christo para los hombres corrompidos de nuestros siglos toda su indulgencia? ¿Donde estaria entonces la equidad, y la prudencia, tan ponderadas de la Moral Christiana?

3 Las costumbres que oy reynan, no fueron conocidas de nuestros Padres, ni pasarán á nuestros descendientes; tampoco son comunes estas costumbres á todos los Pueblos, luego no pueden servirnos de regla, ni podrán mudarla. Además de que en este caso havria necesidad de un Evangelio para cada siglo, y para cada Pueblo, quando es indefectible, que la ley es para todos los tiempos, y para todos los Lugares. Luego las nuevas costumbres, no forman para nosotros nuevo Evangelio, y asi es preciso juzgar de los usos, y costumbres, por las obligaciones, y por las reglas, y no de estas por los usos, y costumbres.

No digamos, pues, que yá no son los mismos tiempos, porque la Ley de Dios siempre es la misma. No digamos que los Christianos de los primeros siglos, tenian mas valor, ó mas gracia que nosotros, lo que sí tenian era mas Fé, mas constancia, mas amor á Jesu-Christo, y mas desprecio del Mundo. En lo demás, nosotros tenemos las mismas fuentes de gracia que ellos, el mismo ministerio, el mismo Altar, y la misma victima. Si hay alguna diferencia entre los primeros Christianos, y nosotros, consiste en que ellos, no solamente tenian que privarse de algunos usos arbitrarios, ni solamente tenian que temer las burlas del Mundo, sino que tambien tenian

que

que exponerse á los mas crueles suplicios: Con todo eso, el Evangelio, que en otro tiempo podia hacer Martyres, apenas puede oy formar un fiel.

II. Parte. *La ley de Dios es immutable en su extension.* La ley de Moysés era para un pueblo solo, pero Jesu-Christo es Legislador universal; vino á hacer de todos los pueblos un solo pueblo, á formar de todos los estados, y de todas las condiciones un solo cuerpo animado de un mismo espiritu, y gobernado por unas mismas leyes: Con todo eso hay otra ilusion muy frequente contra la inmutabilidad de la ley de Dios, y es el persuadirse á que usa de condescendencias en favor de la clase, y del nacimiento, y que las costumbres que el uso ha vinculado á la grandeza, haciendo casi imposible su observancia, hacen mas inocente la transgresion.

Pero si el Evangelio es la ley de todos los hombres, los Grandes prometieron su observancia del mismo modo que el pueblo en la sagrada fuente del Bautismo; y quando la Iglesia los recibió en el numero de sus hijos, no los propuso otros votos que hacer, ni otras reglas que observar distintas de las del simple pueblo. Examinemos, pues, todas las obligaciones del Evangelio: Estas se reducen á dos puntos; las unas se ordenan á combatir, y debilitar aquella corrupcion que nace con nosotros; otras á perfeccionar aquella primera gracia del ser christiano que recibimos en el Bautismo: La violencia, la abnegacion, y la mortificacion son de la primera especie; la oracion, el retiro, la vigilancia, el desprecio del Mundo, y el deseo de los bienes invisibles son de la segunda; á esto se reduce todo el Evangelio: ¿Qué cosa puede haver en estas dos especies de obligaciones, en que se hallen dispensados los Grandes, por razon de su clase, ó nacimiento? Al contrario, quanto mas elevados se hallen, mas obligados están á practicar estas obligaciones, tanto por razon de los peligros á que les expone su estado, quanto porque son deudores á la justi-

cia

cia de Dios, de mas satisfacciones por causa de los delitos, y excesos casi inseparables de su grandeza. Y asi, no vemos que Jesu-Christo proponga en su Evangelio á los Principes del Pueblo, y á los Grandes de Jerusalén otras maximas distintas de las que propone á los Aldeanos de Judá, y á sus Discipulos, que todos eran de la infima clase del Pueblo: No muda sus maximas, atendiendo á la clase de los que las escuchan; y sus mismos enemigos no pudieron menos de confesar que enseñaba el camino de Dios con verdad, y que no guardaba respeto ni con la clase, ni con la calidad de las personas: ¿En qué consiste que despues de su muerte el Evangelio pareció una doctrina bajada del Cielo, sino en que anunciando á los Grandes, y poderosos unas maximas tristes, y de Cruz, incompatibles en la apariencia con su estado, no por eso dejaron de abrazar una ley, que en medio de su prosperidad, y abundancia no los permitia mas consuelos, ni placeres en la tierra, que á los pobres, y al simple Pueblo? Nada huviera de extraordinario, y divino en la conversion de los ricos, si la doctrina que abrazasen los distinguiera del Pueblo, usando con ellos de mayor benignidad, y si lo que es camino de perdicion para los pobres, lo fuera de salud eterna para los ricos.

Por otra parte; si el Evangelio huviera de hacer alguna distincion, y usar de alguna condescendencia, ¿sería acaso en favor de aquellos que nacen en la elevacion, y en la abundancia? ¿Havia de conservar todo su rigor para los pobres, é infelices, sin pedir mortificacion alguna á los que solamente cuentan sus dias por la diversidad de sus placeres?

III. Parte. *La ley de Dios es inmutable en todos los estados de la vida; y asi los inconvenientes, y dudas nunca pueden justificar la mas leve transgresion.* Con todo eso todo nos sirve de pretexto razonable, y necesario contra nuestras obligaciones, esto es, contra la ley de Dios

Dios. Las circunstancias menos peligrosas, y las ocasiones de menos inconvenientes, nos sirven de pretexto para quebrantarla con seguridad, y nos persuaden á que la ley de Dios sería injusta, y pediria demasiado á los hombres, si en tales circunstancias no usára de indulgencia con nosotros.

Pero á esto respondo: 1. Que el interés de la salvacion es el mayor de todos: Que la vida, la fortuna, la fama, y el Universo entero comparados con nuestra alma, en nada debe estimarse.

2. Que como la ley siempre tiene á su favor la seguridad contra el pretexto, preferir el pretexto á la ley, es dejar un camino seguro, y elegir otro, cuya seguridad es muy incierta.

3. Que no haviendosenos dado el Evangelio, mas que para desprendernos del Mundo, y de nosotros mismos, y para hacernos morir á todos nuestros terrenos afectos, es un engaño el mirar como inconvenientes ciertas consequencias de esta ley divina, funestas ó á nuestra fortuna, ó á nuestra fama, ó á nuestro sosiego. Jesu-Christo no quiso señalarnos obligaciones faciles, y comodas, sino al contrario, manifestarnos un camino aspero, y dificil; y asi lo que nosotros llamamos inconvenientes, y extremos inauditos, no son en la realidad mas que el espiritu de la ley, y el fin que se propuso Jesu-Christo, quando nos la intimó. Por otra parte, es indubitable, que el principal merito de nuestras obligaciones se infiere de los obstaculos que nunca dejan de hallarse en la practica, y la virtud se pareceria al vicio, si interior, y exteriormente no hallára mas que facilidades, y conveniencias: Jamás se han hallado los justos pacificos observadores de estas santas reglas.

Finalmente; confesemos que solamente nuestras pasiones son las que forman los inconvenientes que nos autorizan para que busquemos mitigaciones en la obligacion, y en la ley de Dios; y asi muramos al Mundo, y á no-

sotros mismos, y entonces todo nos parecerá posible; las dificultades se allanarán en un instante, y lo que llamamos inconvenientes, ó lo tendremos por nada, ó lo miraremos como prueba inseparable de la virtud, y no como escusa para el vicio.

LUNES DE PASION.

EL USO DEL TIEMPO.

Division. *Perdemos el tiempo, sin que esto nos dè cuidado, ó no le empleamos mas que en las cosas de la tierra.* I. *Conozcamos el valor del tiempo, y no le perderèmos, porque es corto.* II. *Conozcamos el uso que debemos hacer del tiempo, y no le gastarémos sino en trabajar para nuestra eterna salud, porque solamente se nos concede, para que nos salvemos.*

I. Parte. *Conozcamos el valor del tiempo, y no le perderemos.* Por tres motivos debe el hombre sabio mirar al tiempo como cosa preciosa, y digna de estimacion. 1. Porque es el precio de la eternidad. 2. Porque es precioso, y nunca podemos darnos bastante priesa á aprovecharnos de él. 3. Finalmente, porque es irreparable su pérdida, y el que una vez se pierde, no tiene remedio.

1. El tiempo es el precio de la eternidad. Desde el instante en que nacemos, estamos condenados á morir, por haver contraido la culpa de nuestro primer padre. Nosotros no debieramos haver recibido la vida sino para perderla en el mismo instante en que la recibimos: Aún mas; siempre que hemos quebrantado la ley del Autor de la vida, debiera él mismo havernosla quitado en aquel instante: Este decreto de nuestra condenacion, y de nuestra muerte, solamente se halla suspendido, porque Jesu-

Chris-

Christo murió por nosotros. Además de esto; ¿de quantas enfermedades, peligros, y accidentes nos ha librado hasta ahora la bondad de Dios? La vida, pues, de que gozamos es como un milagro continuo de la Divina Misericordia: Cada instante que respiramos es como un nuevo beneficio que recibimos de Dios, el que nos concede para darnos tiempo de reparar el mal uso que hemos hecho del que hasta ahora ha pasado: y asi pasar este tiempo, y estos instantes en inutilidades es ultrajar á la Divina bondad que nos le concede, despreciar una gracia inestimable que no nos es debida, y dejar al acaso el precio de nuestra eternidad: Nosotros mirariamos como á un insensato á un hombre que no se aprovechase de un inmenso thesoro de que fuese heredero, y que no le emplease, ó en establecer su fortuna, ó en elevarse á los honores: Pues qué mayor locura que la nuestra quando no nos aprovechamos del tiempo que es un thesoro mucho mas apreciable, y del que somos herederos, pues nos puede servir no para ensalzarnos á las frivolas dignidades de la tierra, sino para colocarnos en lo mas alto de los Cielos al lado de Jesu-Christo, en aquella sociedad inmortal de bienaventurados que todos serán Reyes, y esto para toda la eternidad. Con todo eso, este tiempo, en el que no hay hora, ni instante, que bien aprovechado no pueda merecernos el Cielo, cuya mas leve perdida debiera causarnos los mas vivos pesares; este tiempo nos cansa, es para nosotros el estorvo, la molestia, y la carga mas pesada de nuestra vida.

2 El tiempo es corto, y nunca podemos darnos bastante priesa á aprovecharnos de él: Si huvierais de vivir muchos siglos, á lo menos los dias, y los instantes perdidos, no formarian mas que un punto imperceptible en un tan grande espacio, y en el discurso de su larga duracion podriamos recobrar estas cortas perdidas: Pero nuestros dias, y nuestros años se hallan reducidos á tan estrechos limites, que apenas vemos lo que podemos perder:

Separad de este tiempo el que teneis precision de conceder á las necesidades del cuerpo, y al trato de los hombres, ¿qué queda para vosotros, para Dios, y para la eternidad? ¿Es posible que no hayamos de saber en qué emplear el poco tiempo que nos queda, y que hayamos de recurrir á mil artificios que nos ayuden á no sentir su duracion? ¡Qué dignos somos de lastima! ¿Por qué no haviamos de pensar, que en este poco tiempo que nos queda de vida tenemos inumerables culpas que expiar? Diez vidas como la nuestra apenas bastarian para expiar la menor parte de ellas, ¿pues cómo nos ha de quedar tiempo para los placeres, é inutilidades en una vida tan corta, y tan llena de delitos? Un reo condenado á muerte, á quien no se le concediera mas que un dia para alcanzar su perdon, ¿perdería algunas horas, ni algunos instantes de este dia? ¡Qué necios somos! Yá está pronunciado nuestro decreto, todavia se nos concede un dia, para que podamos hacer mudar el rigor de nuestra eterna sentencia; ¿y este unico dia nos ha de ser molesto, y le hemos de pasar en ocupaciones vanas, ociosas, y pueriles, y hemos de buscar medios para abreviarle? Llegamos á la noche, sin haver empleado el dia que se nos concedió, mas que en havernos hecho mas culpados. ¿Qué sabemos si el abuso que hacemos de esta gracia obligará á la Divina Justicia á que le abrevie? Las muertes repentinas, é improvisas eran en otro tiempo unos accidentes raros, y oy son unos sucesos muy frequentes; decidnos ahora que hay muchos instantes desocupados en el dia; que es necesario procurar divertirse, y pasar el tiempo en algo. ¿Es posible que siendo el tiempo tan corto, y tan infinitas vuestras obligaciones, hayais de poder hallar aún tantos ratos desocupados en el dia? Decis, que son felices los que saben divertirse inocentemente, y pasar el tiempo en algo. ¡Pues qué! El Christiano, el heredero del Cielo ¿no ha de vivir en la tierra mas que para divertirse? No quiero decir que en el tiempo de la vida no haya algu-

nos

nos alivios inocentes, pero estos alivios suponen haverlos precedido las penas, y trabajos, y toda vuestra vida no es mas que un continuo descanso, y si teneis alguna necesidad de descansar es de lo continuo de vuestros placeres, y de vuestro mismo descanso.

3 El tiempo es irreparable: 1. Porque sin duda, Dios ha vinculado á cada uno de los instantes de nuestra vida gracias, y socorros particulares para consumar la obra de nuestra santificacion; si estos dias, y estos instantes se pierden, tambien se pierden para nosotros las gracias que estaban vinculadas á ellos: 2. Es irreparable; porque en cada dia, y en cada instante debieramos adelantar para el Cielo; pero los dias, y los instantes perdidos nos dejan muy atrás; y asi, ó no acabaremos de andar el camino que nos falta, ó será preciso consumar en un corto intervalo de tiempo, lo que debiera ser obra trabajosa de toda una vida entera: 3. Es irreparable; porque para que el pecado se borre es necesario que sea perdonado, pero en cierta estacion de la vida yá no somos capaces de hacer obras de penitencia, y de satisfaccion; y entonces será en vano que digais, que Dios no pide imposibles, porque vosotros mismos os haveis puesto en ese estado de imposibilidad, y vuestras culpas no pueden minorar vuestras obligaciones.

II. Parte. *Conozcamos el uso que debemos hacer del tiempo, y no le emplearemos sino en trabajar para nuestra salvacion*: El buen uso del tiempo no consiste en ocupar todos los instantes, sino en ocuparlos segun el orden, y voluntad del Señor que nos los concede. ¿Pero en qué consiste este orden, que debe reglar la medida de nuestras ocupaciones, y santificar el uso del tiempo? Consiste: 1. En ceñirnos á las ocupaciones propias de nuestro estado; en no contar entre nuestras obligaciones los cuidados, y estorvos que nos forman la inquietud, ó nuestras pasiones solamente, y en no buscar los puestos, y las circunstancias en que se aumentan nuestros estorvos. La inquietud nos forma ocupaciones, nosotros queremos

huir

huir de nosotros mismos, porque si registramos nuestro interior no hallamos en él mas que un funesto vacío, unos remordimientos crueles, unos pensamientos melancolicos, y unas reflexiones tristes; y asi procuramos olvidarnos de nosotros mismos con la variedad de ocupaciones, y con unas distracciones continuas, pero nos engañamos; en todas aquellas cosas en que no se halle el buen orden, se ha de hallar necesariamente la molestia, y solamente las almas justas son las que no pierden el tiempo, porque en estas siempre tiene su determinado uso, y destino: Además de que la inquietud con sus agitaciones, é inconstancias, no puede hacernos hallar aquella paz, y aquella alegria que no se hallan sino en el buen orden de una vida uniforme, y ocupada; tampoco puede santificar el empleo de nuestro tiempo, pues una vida desordenada es enteramente opuesta á aquella vida de buen orden, y regularidad que Dios nos pide.

Las pasiones nos ponen tambien en un continuo movimiento, pero no por eso nos forman ocupaciones mas legitimas: Despues de haver pasado la juventud en la ociosidad, y en los deleytes, dedicamos la edad mas madura á la Patria, á la fortuna, y á nostros mismos: Nos parece que en esto empleamos bien el tiempo, pero tambien nos engañamos, porque nos entregamos á los negocios, y nos encargamos de los empleos, sin consultar, ni el orden de Dios, ni los fines de la Religion, ni los peligros de estos cargos demasiadamente llenos de inquietudes; y asi la mayor parte de los hombres se forma inconsideradamente una vida tumultuosa, é inquieta, la que Dios no les manda; y buscan con ansia unos cuidados, en que solamente pueden vivir seguros quando se los proporciona el orden de Dios.

2 El orden que debe arreglar, y santificar el buen uso de nuestro tiempo consiste en mirar como las mas esenciales, y mas privilegiadas de nuestras ocupaciones aquellas que debemos á nuestra salvacion: Este es el unico me-

medio de reparar en algun modo la distraccion de aquella parte de nuestra vida, que ocupa absolutamente el Mundo, y los cuidados de la tierra; pero tambien en este punto es deplorable nuestra ceguedad; todas nuestras ocupaciones nos parecen esenciales, no nos atreveriamos á faltar á la menor de ellas; y como la vida es demasiado corta, y los dias muy rapidos para que puedan alcanzar á todo, lo que hacemos es separar los cuidados de nuestra eterna salud, nunca tenemos tiempo para esto, y si dedicamos algunos instantes á Dios son aquellos que no sirven para el Mundo, y los que acaso nos son molestos á nosotros mismos; en esto emplean el tiempo, aún aquellas personas que son tenidas por virtuosas, particularmente en la Corte; toda su vida es una pecaminosa preferencia que dán al Mundo, á la fortuna, al trato de los hombres, á los placeres, y á los negocios, respecto del que mas les importa, que es su salvacion; parece que primeramente se nos concede el tiempo para el Mundo, para la ambicion, para nuestros cargos, y para los cuidados de la tierra, y que si lo que sobra despues de esto lo dedicamos á la salvacion, hacemos bastante; con todo eso, los cuidados de la tierra por mas especiosos que sean, siempre nos son estraños, y no merecen nuestra atencion; solamente los cuidados de la eternidad son dignos de la nobleza de nuestras esperanzas, y llenan toda la grandeza, y dignidad de nuestra suerte; porque antes somos deudores de nosotros mismos á Dios, que á nuestros Gefes, á nuestros inferiores, á nuestros amigos, y parientes; Dios tiene el primer derecho sobre nuestro corazon, y entendimiento, y asi primeramente los debemos emplear en servir á Dios; antes fuimos Christianos, que Principes, Vasallos, Hombres de republica, ó qualquiera otra cosa de la tierra.

Dirá alguno, que está persuadido á que cumpliendo con las penosas, é infinitas ocupaciones de su estado, sirve á Dios, y trabaja para la eternidad: Es verdad, pero es necesario cumplir con estas obligaciones segun los dá-

sig-

signios de Dios, por motivos de fé, y con un espíritu de religion, y piedad; porque Dios solamente aprecia lo que hacemos por su Mageſtad; eſto supueſto, ¡qué distintos son los juicios de Dios de los del Mundo! En el Mundo se tiene por vida arreglada á una vida llena de acciones famosas, pero si en eſtas hemos buscado nueſtra propia gloria, y no la de Dios, todas son perdidas en su presencia. ¿Sería acaso juſto, que en el terrible dia hiciese aprecio de todos los trabajos, de todos los cuidados, de todos los disguſtos que sufrimos por ensalzarnos en la tierra, y que pusiese en el numero de nueſtras obras santas las que no han tenido mas objeto que la ambicion, la sobervia, ó el propio interés? Todo lo que no se hace para el Cielo, es tiempo perdido para la eternidad.

MARTES DE PASION.

ACERCA DE LA SALVACION.

Division. I. *Debemos trabajar con ansia para la salvacion, para no desanimarnos.* II. *Debemos trabajar con prudencia, para no engañarnos.*

I. Parte. *Trabajar para la salvacion con ansia.* La salvacion es el negocio de mayor interés para nosotros, y asi no hay cosa de que mas debamos cuidar en eſta vida: Con todo eso, trabajamos en eſte gran negocio sin cuidado, sin guſto, y sin preferirle á los demás, y de eſto proviene la falta de aplicacion.

1 Sin cuidado. El Mundo, por un error, digno de ser llorado, ha hallado el secreto de ensalzar con honrosos titulos todos los cuidados que se ordenan á las cosas de la tierra: Solamente las acciones de la fé, que son las que

han

han de durar eternamente, se tienen por ocupaciones ociosas, y despreciables, y no se vé en ellas cosa alguna que las pueda ensalzar á la vista de los hombres; esta es la primera razon por que nosotros trabajamos sin aplicacion para el negocio de la eternidad, y de que no hagamos aprecio de esta santa obra; es necesario, pues, impugnar una ilusion tan indigna aún de la razon, porque si lo que puede hacer famosa una accion para el que la emprende, es la duracion, é inmortalidad que le promete en la memoria de los hombres; solamente las obras del justo serán inmortales, y han de sobrevivir á la ruína general del Universo: Si es la recompensa que se espera, la de estas obras es el mismo Dios: Si es la dignidad de las ocupaciones á que nos destina, en el negocio de la salvacion todo es grande, y en él solamente se trabaja para conseguir una corona inmortal: Y asi, no hay cosa mas gloriosa en la tierra, ni mas digna del hombre, que el cuidado de la eternidad. Con todo eso, si vemos que nuestros competidores son mas felíces, y se hallan mas ensalzados que nosotros en el Mundo, los tenemos envidia, y su elevacion aviva nuestra ansia; pero quando los complices de nuestros placeres rompen generosamente todos los infames lazos de las pasiones. ¡Ah! O censuramos su conducta, ó no pensamos mas, que en elevarnos á los puestos, que acaban de dejar vacantes, sin envidiar nunca su nuevo estado. ¿De qué proviene esto, sino de que no hacemos el debido aprecio de la santa empresa de la salvacion?

2 Trabajamos para la salvacion con pereza, porque nunca la preferimos á los demas cuidados; todas las cosas tienen su tiempo señalado en el discurso de nuestros dias, no solamente las obligaciones, sino tambien los cumplimientos, las inutilidades, y aún los placeres. ¿Pero qué tiempo tenemos destinado para el negocio de nuestra salvacion? ¿En qué clase le colocamos? ¿Si hacemos algo por la eternidad, no hacemos cien veces mas por el Mundo?

Los instantes son para Dios, y toda la vida para el Mundo, y para nosotros mismos. Bien lo conoceis, y no podeis menos de confesar, que las inquietudes del Mundo, de los negocios, y de los placeres, os tienen enteramente ocupados, y que os queda muy poco tiempo para pensar en la salvacion; decis para sosegaros, que algun dia, quando os halleis mas tranquilos, será vuestro principal negocio el de la eternidad; pero os engañais en mirar la salvacion como incompatible con las ocupaciones anexas al estado en que os ha puesto la providencia: Al contrario, podeis valeros de ellas, como de medios de santificacion, y practicar en él todas las virtudes christianas, á exemplo de Joseph, y de aquel Ministro de la Reyna de Ethyopia, que estaban encargados de todos los negocios de un gran Reyno; y de otros muchos, que en las mismas circunstancias en que vosotros os hallais, y en una vida tan inquieta como la vuestra, han vivido con christiandad, y pureza de intencion: El que para convertirse á Dios, espera á mudar de estado de vida, es prueba de que todavia no quiere mudar su corazon; y asi, quando os decimos que la salvacion debe ser vuestro unico negocio, no intentamos persuadiros, que renuncieis todos los demas, porque esto sería resistir á las ordenes de Dios; lo que solamente os queremos decir es, que los ordeneis todos á la salvacion, y que esta sea como el centro adonde se dirijan todos los demas. El esperar á hallaros mas tranquilos para ser justos, es 1. Una ilusion de que se vale el Demonio, para retardar vuestra penitencia. 2. Ultrajar á la Religion de Jesu-Christo, y justificar los argumentos, que contra ella hacian los Paganos, como si fuera incompatible con las obligaciones de Principe, de Cortesano, de hombre de Republica, y de Padre de familias. Desengañemonos, pues, nuestros escollos, estan en nuestras pasiones, y no en nuestros cargos: ¿Os parece, que quando esteis libres de esos estorvos, lo estareis de las pasiones? Al contrario, entonces estarán mas vi-

vivas, é indomitas; porque no hallando en que ocuparse en lo exterior, bolverán toda su violencia contra vosotros mismos.

3. Trabajamos para el negocio de la eternidad sin gusto, porque cumplimos con las obligaciones de la Religion como por fuerza: Quanto hacemos por el Cielo nos molesta, nos enfada, y fastidia. Pero 1. Es injusticia atribuir á la virtud, lo que nace de vuestra propia corrupcion: La piedad no es desagradable, sino que vuestro gusto es el que está enfermo: Restituid á vuestro corazon el gusto que le ha quitado el pecado, y entonces experimentareis lo suave que es el Señor: Mirad si los justos hallan el mismo desabrimiento que vosotros, en las obras de devocion. 2. El yugo del Señor, es para vosotros duro, y pesado, porque le llevais pocas veces: No dais tiempo á la gracia para que os aligere su peso: Para conocer los santos atractivos de la virtud, es necesario familiarizarse con ella. 3. Cumplis con las obligaciones de la piedad sin gusto, porque no las cumplis perfectamente, y el consuelo solamente se halla en la plenitud de la ley; quanto mas la cerceneis, mas pesada, y molesta se os hará: ¿Y de qué proviene esto? De que la imperfecta observancia de la ley nace de un corazon á quien todavia dividen las pasiones; y un corazon dividido, y que mantiene en sí dos distintos amores, no puede ser, como dice Jesu-Christo, sino un lugar de inquietud, y desolacion. Servid, pues, al Señor con todo vuestro corazon, y sin reserva, y entonces le servireis con alegria.

II. Parte. *Es necesario trabajar en el negocio de la salvacion con prudencia para no engañarse.* Esta es una empresa, en que son frequentes los peligros, y muy comunes los engaños; en la que entre los infinitos caminos que parecen seguros, no hay mas que uno que sea verdadero; y en la que las resultas deben decidir de nuestra eterna suerte. ¿Puede haver en ningun otro negocio, tanta necesidad de circunspeccion, y prudencia? ¿Y para

qué nos debe servir esta prudencia? Para dos cosas, que son las reglas comunes, que aún los mismos hijos del sigle observan en sus pretensiones.

1 Para no entregarse sin reflexion á los infinitos caminos que siguen los hombres, sino examinarlos todos sin atender á los usos, y costumbres, que los autorizan, y no seguir, ni la opinion, ni el mal exemplo, en el negocio de la eternidad: Esto es lo que se observa, siempre que se trata de negocios temporales, pero en el de la eternidad, se desprecia esta regla: Nadie examina, si son seguros los caminos, ni pedimos mas pruebas de su seguridad, que el ver á la multitud que camina delante de nosotros: Abrazamos sin reflexion las preocupaciones comunes, solamente porque las hallamos establecidas; ni aún nos dignamos de preguntarnos á nosotros mismos, si acaso nos engañamos; y en este asunto no nos aprovechamos de nuestro entendimiento.

2 Para que quando llegue el caso de determinarnos, nada arriesguemos á la incertidumbre de los sucesos, y para preferir siempre la seguridad al peligro. Esto es lo que dicta la prudencia en los negocios del Mundo: ¿Pero qué es lo que se practica en los negocios de la eternidad? Quando ocurren dudas, acerca de algunas particulares acciones, como el partido mas peligroso para la salvacion, tiene siempre á su favor al amor propio, siempre es preferido, aunque estemos viendo otros caminos mas seguros que los que escogemos; porque no puede haver duda alguna acerca de nuestras obligacionas, que nos exima de la obligacion precisa de la ley, en orden á cada accion en particular. Con todo eso, siempre resistimos á nuestras propias luces; siempre preferimos el peligro á la seguridad; en todas nuestras acciones fluctuamos, no entre lo mas, y menos perfecto, sino entre las culpas graves, y las faltas leves; todas nuestras dudas se reducen á preguntarnos, si el permitirnos tal accion es culpa grave, ó leve, y nuestra conciencia nunca puede darnos

nos testimonio, de que en semejantes ocasiones nos hemos determinado á favor del partido, en que no havia riesgo alguno.

MIERCOLES DE PASION.

SOBRE LOS DISGUSTOS QUE acompañan á la virtud en esta vida.

Division. I. *Los disgustos que acompañan á la virtud en esta vida, no deben servir de pretextos, ó para abandonar á Dios, quando yá hemos empezado à servirle, ó para no atrevernos à servirle, quando yá hemos empezado á conocerle.* I. *Porque en esta vida son inevitables los disgustos.* II. *Porque los disgustos de la virtud, no son tan amargos como nos los figuramos.* III. *Porque son menos amargos que los de el Mundo.* IV. *Porque aún quando lo fueran tanto, tienen otros consuelos, que no se hallan en los de el Mundo.*

I. Reflexion. *En esta vida, son inevitables los disgustos*; porque son efecto necesario de la inquietud de el corazon, que busca donde fijarse, y no puede hallarlo en todas las criaturas que le rodean; que disgustado de todas las cosas, se encamina á Dios, y no pudiendo poseerle en esta vida, segun toda su extension, siente siempre que le falta alguna cosa para ser felíz.

Y asi, es injusticia en nosotros el quejarnos de los disgustos, que acompañan á la virtud. Si el Mundo hiciera felices, tendriamos razon para sentir el no serlo quando servimos á Dios: Pero consultad uno por uno, á todos los partidarios de los diferentes placeres que ofrece el Mun-

Mundo, y hallareis, que ninguno es felíz en la tierra, que todos se quejan, y que la tierra es la Patria de los mal contentos; y así, los disgustos de la virtud, mas son efecto de la condicion de esta vida mortal, que defectos de la misma virtud.

Por otra parte: Quando Dios deja acá en la tierra á las almas mas justas en un estado en algun modo violento, y desagradable á la naturaleza, quiere disgustarnos de esta vida miserable, y hacernos suspirar por nuestra libertad, y por aquella inmortal Patria, en donde nada ha de faltar á nuestra dicha.

Además de que si la virtud estuviera siempre acompañada de consuelos sensibles, seria una recompensa temporal; y quando nos entregámos á Dios, no buscaríamos los bienes de la Fé, sino los consuelos del amor propio.

Los justos viven de la Fé, luego la Fé espera sin poseer aún: Todo es futuro para los Christianos, su Patria, sus riquezas, sus placeres, y su patrimonio: Lo presente no es para ellos; este es el tiempo de las tribulaciones, y amarguras; este es un destierro, y un Pais estraño, en el que por todas partes hallamos las imagenes de nuestras desgracias, y en donde todo nos presenta nuevos peligros. ¿Pues no es cosa injusta, buscar la felicidad, y los consuelos humanos en una mansion tan triste, y desagradable para los hijos de Dios? Esperémos con paciencia los dias de la paz, y de la alegria, que han de venir despues de esta vida, y mas atendiendo á que aún quando abandonaramos á Dios por el Mundo, no por eso seríamos mas felíces, ni hariamos mas que mudar de suplicio.

II. Reflexion. *Los disgustos de la virtud no son tan amargos como nos los figuramos.* Confieso que en la virtud hay que sufrir algunos disgustos, pero 1. En ella estamos libres, por lo menos, de los disgustos del Mundo, y de las pasiones; y aún quando no ganaramos mas con con-

convertirnos á Dios, que sacudir el yugo del Mundo, siempre sería envidiable la suerte de una alma justa, por grandes que sean las amarguras de la virtud.

2 Si la virtud no nos libra de estas aflicciones, y desgracias inevitables en la tierra, á lo menos las suaviza, sometiendo nuestro corazon á Dios, y descubriendonos en los golpes con que el Señor nos aflige, los remedios de nuestras pasiones, ó las justas penas de nuestros delitos.

3 Estas repugnancias, y estos disgustos, que tanto nos alteran contra la virtud, no consisten en la realidad, mas que en reprimir las pasiones, que nos hacen desgraciados, y que son la raíz de todas nuestras penas. Es verdad que estos remedios son algo dolorosos, pero sirven para curar unos males, que lo son mas infinitamente: y asi, las amarguras, y espinas de la virtud, tienen á lo menos una utilidad presente, que nos sirve de recompensa, y no son como los disgustos del Mundo, que nunca dejan mas que amargura.

4 Pudiera añadir, que la raíz de nuestros disgustos, mas está en nosotros mismos, que en la virtud; que las pasiones, son las que forman nuestras repugnancias; que si no estuviera depravado nuestro corazon con el amor á las criaturas, no hallariamos cosa de mas suavidad, y consuelo, que los placeres de la inocencia, porque nosotros hemos nacido para la justicia, y para la verdad; que acaso la particular constitucion de nuestro corazon, es la que derrama para nosotros tantas amarguras en los exercicios de la vida christiana, porque haviendo nacido con unas pasiones mas vivas, y un corazon mas sensible para el Mundo, y para los placeres, y haviendonos entregado á ellos por mucho tiempo, la seriedad de la devocion nos parece triste, é insufrible; de donde se infiere, la gran felicidad que es entregarse á la virtud con un corazon, que aún no está inficionado del Mundo, y que quanto mas dilatamos el convertirnos á Dios, mas invencible hacemos este disgusto, que nos aparta de su Ma-

ges-

geltad, porque quanto mas acoſtumbramos nueſtro corazon al Mundo, mas le inhabilitamos para la virtud.

Pero sobre todo: ¿Por qué haveis de reconvenir á Dios de que os es moleſto su servicio? Si nueſtros criados se atrevieran á decirnos, que nueſtro servicio les cansaba, por bien fundadas que fuesen sus quejas, los tendriamos por locos; nos pareceria que se hallaban muy honrados con servirnos, y que era para ellos felicidad el tener que sufrir nueſtro genio, y nueſtro humor, y diriamos, que para eso los pagabamos. Ahora bien, ¿No paga Dios suficientemente á los que le sirven? ¿Nó los llena de beneficios? ¿No ha de eſtrañar, que unos gusanos de la tierra, que nada tienen de grandes, mas que el honor de ser suyos, se atrevan á quejarse, de que no guſtan de su Mageſtad, y de que se cansan de servirle?

III. Reflexion. *Los disguſtos de la virtud, no son tan amargos como los del Mundo.* Pudiera llamar al mismo Mundo por teſtigo. ¿Qué otra cosa es la vida del Mundo, mas que una continua moleſtia, un perpetuo vacío, un circulo faſtidioso de obligaciones, cumplimientos, é inutilidades? Un flujo, y un reflujo de rencores, y deseos, de pesares, y de envidias, de esperanzas, &c. ¿Qué comparacion puede haver entre los furores de las pasiones, y las ligeras penas de la virtud, entre los terribles remordimientos de la conciencia, y la amable triſteza de la penitencia, que obra la salvacion? Por eso todos los dias eſtamos oyendo á los mismos amadores del Mundo, quejarse ellos mismos del Mundo á quien sirven: Pero ved si hallais algunas almas verdaderamente juſtas, que hagan invectivas contra la virtud; que deteſten la suerte de haverse determinado á seguir un camino tan lleno de pesares, y amarguras; y que envidien la suerte del Mundo: Muchas veces se ha viſto, que algunos pecadores disguſtados del Mundo, han abrazado el partido de la desesperacion; pero no hemos viſto haſta ahora juſto alguno, á quien los disguſtos de la virtud le ha-

hayan precipitado en tan terribles estremos: Es verdad, que algunas veces se quejan de sus trabajos, pero con todo eso, los aprecian mas que los placeres de las pasiones; Sienten lo que el Mundo llama pesadez del yugo de Jesu-Christo, pero quando se acuerdan del peso de iniquidad, bajo el qual han gemido en otro tiempo, tienen su suerte por felíz, y este paralelo los sosiega, y consuela.

Y á la verdad. 1. Las violencias de la virtud son voluntarias, y por esta razon infinitamente mas suaves; pero los disgustos del Mundo son unas cruces violentas. 2. Las repugnancias de la virtud solamente son amargas á los sentidos, pero los disgustos del Mundo mortifican todas las pasiones, y no hay cosa en nosotros que no sienta su tristeza, y amargura. 3. Los disgustos de la virtud no son sensibles sino en los primeros pasos, porque quanto mas reprimimos las pasiones, mas las domesticamos; pero los disgustos del Mundo, hallando siempre en nosotros las mismas pasiones, nos dejan siempre las mismas amarguras. 4. Los disgustos del Mundo son irremediables aún en los que sirven al Mundo con mas fidelidad, pero los de la virtud regularmente no tienen otro principio mas que nuestra relajacion, y nuestra pereza, y quanto mas se aumentan nuestras ansias por el Señor, mas se disminuyen nuestros disgustos.

IV. Reflexion. *Los disgustos de la virtud tienen unos consuelos que no tienen los del Mundo.* El Mundo hace heridas en el corazon, pero no dá los remedios para ellas; pero en la virtud no hay pena que no tenga su consuelo. 1. La paz del corazon, y el testimonio de la conciencia. 2. La seguridad de que no se han de perder nuestros trabajos. 3. La sumision á las ordenes de Dios, que en negarnos los consuelos sensibles de la virtud, atiende mas á nuestros verdaderos intereses, que á nuestras inclinaciones. 4. Los auxilios con que acompaña nuestros disgustos, y que sostienen nuestra fé al mismo tiempo que nuestras mortificaciones abaten al amor propio. 5.

Los socorros exteriores de la virtud, que son para nosotros otros nuevos consuelos en el abatimiento, y en la sequedad. 6. La tranquilidad de la vida, y la uniformidad de obligaciones que han sucedido al furor de las pasiones. 7. La fé, que nos acerca á la eternidad, y nos descubre en ella la nada de todas las cosas perecederas: ¿Qué consuelos estos para un corazon fiel! Y consiguientemente, ¡qué desproporcion no hay entre los trabajos de la virtud, y los de la culpa!

Pero sobre todo; nosotros nos quejamos de algunos leves disgustos que acompañan á la virtud: ¿Pero no debieramos avergonzarnos al acordarnos de aquellos primeros fieles que sacrificaban por Jesu-Christo sus bienes, su reputacion, su fortuna, y su vida, que no se quejaban de la amargura de su servicio, ni creían que con esto compraban cara la gloria de ser sus Discipulos, y el consuelo de aspirar á sus promesas?

Dejemos, pues, de quejarnos de Dios; sirvamosle del modo que quiere que le sirvamos; si nos aligera el yugo, alabemos su bondad que proporciona consuelos á nuestra flaqueza; si nos hace sentir todo su peso, tengamonos tambien por dichosos de que á este precio quiera aceptar nuestros corazones, y respetos.

JUEVES DE PASION.

LA PECADORA DEL EVANGELIO.

Division. *Dos preocupaciones impiden à los hombres, que se conviertan: Primeramente, se figuran la conversion del corazon que Dios nos pide, como si no fuera mas que cesar en los delitos, y no pasan mas adelante. En segundo lugar; se representan la penitencia chris-*

christiana como un estado funesto; y un estado sin suavidad, y sin consuelo, y acobardados con el horror de esta triste imagen, no les mueven los exemplos de conversion, porque estos los hallan siempre acobardados. Pero la conversion de nuestra Pecadora confunde estas dos preocupaciones. I. *Su penitencia no solamente pone fin à sus desordenes, sino que los expia, y repara* II. *Es verdad, que con su penitencia empiezan sus lagrimas, y su dolor, pero tambien empieza à experimentar nuevos placeres.*

I. Parte. *La penitencia de esta Pecadora no solamente pone fin à sus desordenes, sino que los expia, y repara*, y en esto consiste la verdadera conversion del corazon.

1. Ella havia usado mal de su corazon: Este siempre havia estado ocupado en las criaturas; y aunque solamente havia sido criado para amar á su Dios, el Señor era el unico objeto á quien nunca havia amado: Pero apenas conoció á su Salvador, *ut cognovit*, dice el Evangelio, quando avergonzandose de la indignidad de sus primeras pasiones, no halla otro objeto sino, el que sea digno de su corazon: Su amor es la primera satisfaccion de su penitencia, y asi quando os proponemos su exemplo para que le sigais, no teneis que decir que no os parece que haveis nacido para la virtud, y que teneis un corazon al que repugna todo lo que se llama devocion: Porque el amor es el que hace verdaderos penitentes, ¿os parece que no ha de haver sido hecho vuestro corazon para amar á su Dios? ¿Haviais de haver nacido para la vanidad, y la mentira?

2. Nuestra Pecadora havia hecho un infame abuso de los dones de la naturaleza, de los que se havia servido como de instrumentos de sus pasiones; y asi la segunda satisfaccion de su penitencia es la rigurosa separacion de todas aquellas cosas, de que havia abusado en el tiempo de sus desordenes: Porque la verdad del amor no se

prueba con los deseos, sino con los sacrificios: Estiende, pues, la pecadora estos sacrificios no solamente á aquellas cosas que eran manifiestamente pecaminosas, sino que separa tambien de sí las que podrian pasar por inocentes, porque estaba persuadida á que debia castigar el abuso que havia hecho de ellas, privandose de la libertad que podria tener de usarlas. Y á la verdad, como el pecador, abusando de las criaturas, pierde el derecho que á ellas tenia, lo que es permitido á una alma inocente, no lo es á la que ha tenido la desgracia de vivir desordenada: Por esta regla, Catholicos, haveis de graduar la verdad de vuestra penitencia; y asi aunque parezca que os absteneis de los desordenes manifiestos de las pasiones, si no podeis desprenderos de nada, si de nada os privais, aún quando las aficiones que todavia conservais, no sean culpas declaradas, vuestro corazon todavia no es penitente.

3. Hasta entonces havia hecho que todos sus sentidos sirviesen con una indigna sujecion á la sensualidad, y á la ignominia, y empieza á reparar sus pecaminosas sensualidades con el abatimiento, y disgusto de los mas humildes ministerios, postrandose á los pies de Jesu-Christo, bañandolos con un torrente de lagrimas, enjugandolos con sus cabellos, y besandolos: Tercera satisfaccion de su penitencia. No basta quitar á las pasiones el cebo que las atrae, es necesario tambien que los actos penosos de las virtudes que las son mas opuestas, las repriman insensiblemente, y las sujeten á la obligacion, y á la regla: Si os perdonais algo en este punto, sereis desgraciados, porque en la virtud es abreviar las penas el aumentar, y multiplicar los sacrificios, y qualquiera condescendencia de que usemos con nuestras pasiones, mas sirve de aumentar la pena, y el disgusto de nuestra penitencia, que de suavizarla.

4. Finalmente, el ultimo desorden que havia acompañado á su pecado, era un escandalo publico en el des-

or-

orden de su conducta: Un escandalo de la ley que se hallaba deshonrada para con los Gentiles que havia en Paleſtina, porque siendo teſtigos de los desordenes de nuestra Pecadora, tomaban de ellos ocasion para blasfemar el nombre del Señor, y despreciar la santidad de su ley. Escandalo de lugar; porque sus desordenes havian sido ruidosos en Jerusalén, Capital del País, desde donde se esparcia inmediatamente la noticia por toda la Judéa: Con su penitencia repara todos eſtos escandalos; el de la ley no contentandose con practicarla exteriormente despues de su conversion, y de un modo puramente exterior, y Pharisaico, sino yendo á confesar á Jesu-Chriſto, que era el fin, y el cumplimiento de ella; pero nosotros mucas veces nos hacemos superſticiosos, sin hacernos penitentes, y ponemos en lugar de los abusos del Mundo, los de la falsa devocion: El escandalo del lugar; aquella misma Ciudad, que havia sido el teatro de su confusion, y de sus delitos, lo es tambien de su penitencia: no teme el tener por teſtigos de su mudanza á los que lo havian sido de sus culpas; es tan intrepida en el bien, como lo havia sido en el mal; pero nosotros muchas veces, despues de haver despreciado en el desorden los discursos del Mundo, los tememos en la virtud, y tememos la viſta del publico en nueſtra penitencia, quando no haciamos caso de ella en nueſtros desordenes.

II. Parte. *Los consuelos, y los nuevos placeres que hallò la Pecadora en su penitencia*: Es feliz con Jesu-Chriſto por los mismos caminos que havian sido la causa de sus desgracias en la culpa.

1. Su principal delito, y la raíz de todas sus desgracias havia sido un amor injuſto, y el principal consuelo de su penitencia es un santo amor á Jesu-Chriſto, y la diferencia que halla en eſte amor nuevo, y divino de aquel amor, que haſta entonces havia ocupado su corazon. 1. Diferencia en el objeto: En el tiempo de sus desordenes havia amado á unos hombres corrompidos, in-

inconstantes, perfidos, &c. y su penitencia la une á Jesu-Christo, modelo de todas las virtudes, fuente de todas las gracias, y principio de todas las luces. 2. Diferencia en las acciones; los excesos de su pasion la havian obligado á mil acciones opuestas á su gusto, á su fama, y á su entendimiento; y esto por unos hombres, en quienes regularmente no hallaba mas que ingratitudes; pero en su penitencia todo se la agradece: Jesu-Christo advierte, alaba, y defiende hasta las mas leves acciones que hace por su Magestad; finalmente, la tercera diferencia consiste en la seguridad de la correspondencia: El amor que nuestra Pecadora havia tenido á las criaturas, siempre havia sido seguido de las mas crueles incertidumbres; pero apenas empezó á amar á Jesu-Christo, quando queda segura de su correspondencia.

2 El segundo consuelo de su penitencia consiste en el sacrificio de sus pasiones; pone á los pies de Jesu-Christo todos los afectos de su corazon, todos los deplorables instrumentos de sus vanidades, y delitos; y no os parezca que en esto sacrifica sus placeres, pues no sacrifica mas que sus inquietudes, y sus penas; por mas que nos digais, que los que viven entregados á las pasiones, hallan su felicidad en los cuidados que estas les ocasionan, este es un estilo de que se precia el Mundo, pero le desmiente la experiencia; y asi es evidente, que con sacrificar nuestra pecadora sus pasiones, y todo quanto á ellas sigue, pone á los pies de Jesu-Christo sus cadenas, sus inquietudes, su esclavitud, los instrumentos de sus aparentes placeres, y la verdadera causa de sus penas. ¿Pues aún quando la virtud no tuviera otro consuelo, no es bastante el quedar libre de las mas vivas inquietudes de las pasiones, y no hacer que dependa su felicidad de la inconstancia, de la perfidia, de la injusticia de las criaturas, &c. Tu fé te ha salvado, dice el Señor á la pecadora, *vé en paz*. Este es el tesoro que se la dá por las pasiones que sacrifica.

Fi-

3 Finalmente, su pecado la havia hecho despreciable á la vista de los hombres, porque el Mundo que autoriza todo lo que conduce al desorden, siempre cubre de ignominia al mismo desorden: Pero su penitencia la dá mas honor, y mas estimacion que la que la havian quitado sus delitos: Esta pecadora tan despreciada, y tan desacreditada en el Mundo, halla en Jesu-Christo un Apologista, y un admirador; alaba en ella aquellas prendas que son mas estimables segun el Mundo, la bondad del corazon, la generosidad de pensamientos, y la fidelidad de un santo amor; la ensalza mas que al Phariseo, &c. tal es el admirable poder de la virtud; nos hace un espectaculo digno de Dios, de los Angeles, y de los hombres; nos adquiere la reputacion perdida, borra las manchas que huviera hecho inmortales la malicia de los hombres, y finalmente, es mayor la gloria que nos adquiere, que la infamia, y verguenza que nosotros nos haviamos merecido con nuestras pasadas costumbres.

¿Pues en qué consiste, Catholicos, que no pongamos fin á nuestra infamia, y á nuestras inquietudes, con nuestros delitos? ¿Nos asustan acaso las satisfacciones de la Penitencia? Pues estas se aumentan mas quanto mas la retardamos: ¿Tememos no poder sufrir la santa tristeza de la Penitencia? Pues si hasta ahora hemos podido sufrir las secretas inquietudes, las amarguras, los disgustos, y las tristes agitaciones del desorden, no temamos las de la virtud, y mas quando la gracia suaviza, y hace amables los trabajos de la piedad, y los de la culpa no tienen mas consuelo que la amargura del mismo delito.

DO-

DOMINGO DE RAMOS.

SOBRE LA COMUNION.

Division. *Tres pruebas se necesitan para llegar à recibir dignamente á Jesu-Christo.* I. *Una prueba de mudanza.* II. *Una prueba de penitencia.* III. *Una prueba de fervor.* Probet autem se ipsum homo, & sic de pane illo edat.

I. Parte. *Una prueba de mudanza.* Y asi si no haveis recobrado por medio de un sincero arrepentimiento, la gracia de la santidad, y de la justicia que haviais perdido por vuestras culpas, os está prohibida la mesa de Jesu-Christo. Como este pan es pan de vida, es necesario estár vivos en la presencia de Dios, para sustentarse con él. ¿Llegais al Altar con un corazon verdaderamente penitente, y mudado? Examinemos las diligencias que haceis para esto; vais á confesar vuestras iniquidades á los pies del Sacerdote; pudiera preguntaros, si escogeis el mas habil, y el mas docto; si en el examen de vuestra conciencia sois unos Jueces rectos, y severos para con vosotros mismos, y si los cuidados que empleais en registrar los abysmos de vuestra conciencia corresponden á la duracion, á la confusion, y á la multitud de vuestras culpas: Pero os pregunto, ¿quando vais á poner vuestros pecados á los pies del Confesor, dejais alli tambien vuestras pasiones? ¿Vais al Tribunal de la Penitencia con un sincero deseo de reparar vuestras pasadas culpas? ¿Tomais de buena fé las medidas para empezar una nueva vida, y para retiraros sin dilacion de las ocasiones? ¿Arreglais yá de antemano en vuestro corazon, vuestras obligaciones, vues-

vuestras correspondencias; en una palabra, todas vuestras costumbres, &c. Estos son los cuidados, é inquietudes que ocupan á una alma movida al arrepentimiento, quando yá está para convertirse sinceramente, y solamente por estas señales podreis conocer si verdaderamente os haveis apartado de vuestros desordenes, y si sois nuevas criaturas; porque si entre vuestros desordenes, y vuestra confesion no poneis mas intervalo de tiempo que un corto examen; si al salir del Altar, y al acabarse la solemnidad santa, vivis del mismo modo que antes; si no se os vé usar de mas precauciones que antes en los peligros que yá haveis experimentado, quando llegais al Altar, vais á comer, y beber vuestra propia condenacion: ¿Es acaso creíble, que el corto espacio de tiempo que média entre vuestras culpas, y vuestra recaída, haya sido precisamente el instante de vuestra justificacion? No quiero decir que la Divina Eucharistía os haya de poner en un estado de justificacion de tal modo fijo, y permanente, que no podais decaer de él. ¿Quién ignora que la vida del hombre es una continua tentacion en la tierra? Pero á lo menos quisiera que una comunion no fuese negocio de un solo dia: El que come mi Carne, y bebe mi Sangre, dice Jesu-Christo, queda en mí, y yo quedo en él: No dice, se une á mí, sino queda en mí, y yo quedo en él: Luego, como dice San Agustin, el que se contenta con recibir á Jesu-Christo, y no le conserva, ha comido, y bebido su condenacion.

Y asi ¿quereis saber si vuestras comuniones son en estos solemnes dias profanaciones, ó gracias? Ved qual es el fruto, y qué mutacion producen en vosotros: Si al salir del Altar, os hallais inmediatamente los mismos, temed que acaso vuestras comuniones sean en la presencia de Dios vuestros mayores delitos.

II. Parte. *Una prueba de penitencia.* No quiero traer ahora á la memoria la antigua practica de la Iglesia; pero decidme, ¿es decente que con la misma boca con que acabais de referir los horrores de vuestras conciencias, lle-

gueis inmediatamente á recibir á Jesu-Christo? ¿No debierais á lo menos antes de consolaros con los Justos, derramar lagrimas por algun tiempo con los Penitentes? ¿Os ha de servir la comunion de penitencia al salir del Sagrado Tribunal, quando debe ser su recompensa, y consuelo, como dicen los Santos? Antiguamente, un pecador inveterado no llegaba al Altar hasta despues de muchos años de humillaciones, de ayunos, de mortificaciones, y oracion, y aunque esta costumbre se haya mudado por una prudente dispensacion, no por eso haveis de pensar que el haver confesado las culpas inveteradas es lo mismo que haverlas castigado. La costumbre nada ha mudado en la ley; la Iglesia ha aflojado en las publicas pruebas, pero en nada ha aflojado respecto de los pecadores de que hablamos, en las pruebas particulares, porque el Cuerpo de Jesu-Christo no pide oy menos pureza que antiguamente en los que llegan á recibirle. Por eso quiere la Iglesia que precedan estos quarenta dias de penitencia á la Comunion de la Pasqua, para enseñar á los fieles que debe haver algun intervalo entre los desordenes, y la mesa del Señor.

Bien sé que esta regla puede tener sus excepciones; que las leyes de la Iglesia están llenas de prudencia, de caridad, y de condescendencia; que siendo la salvacion de los pecadores el unico fin que en ella se propone, todo aquello que con mas seguridad se ordene á este fin, es mas conforme á su espiritu. Pero digo, que todavia es regla general, que la Comunion debe ser para un gran pecador, fruto, y premio de su penitencia, y no el primer paso de ella.

Pero acaso me direis, que la ley de la Iglesia insta, y no dá lugar á la tardanza, y á las largas pruebas: Pero ¿quién puede creer que la Iglesia mire una Comunion indigna como cumplimiento de la obligacion de la Pasqua, y que no haga diferencia entre los profanadores, y los rebeldes? Es verdad que aunque comulgueis indignamente precayeis sus censuras, porque la Iglesia no juzga de las co-

cosas ocultas, pero no evitais la maldicion de el Cielo, que juzga de las profanaciones secretas: ¿Os podeis persuadir, á que mandando la Iglesia la participacion del Cuerpo del Señor, havia de querer autorizar la temeridad, y profanacion de los pecadores? Os manda que participeis de los Sagrados Myſterios en eſtos solemnes dias, pero supone que haveis de llegar con una conciencia pura, y con unas disposiciones dignas de eſte adorable Sacramento; y al mismo tiempo os manda que lo dilateis, si no os hallais en eſtado de executarlo: Permite que sus Miniſtros os señalen otro tiempo diſtinto, para cumplir con las obligaciones de la Pasqua: Vuestra verdadera Pasqua, será en aquel dia, en que comulgueis dignamente: La Iglesia no conoce otra, y el fruto de eſte Sacramento, no eſtá vinculado á los dias, sino á la inocencia, y devocion de los que le reciben.

III. Parte. *Una prueba de fervor.* Eſte fervor tan necesario, suele faltar á la mayor parte de los pecadores de que hablo, y dá motivo para temer, que comen, y beben su condenacion: Y si no, pregunto: ¿Qual es el motivo que lleva à la mayor parte á la Sagrada Mesa en eſtos santos dias? ¿Es acaso un profundo conocimiento de su miseria, un sincero deseo de recurrir al socorro deſtinado para fortalecerlos, y una santa hambre de Jesu-Chriſto? ¡Ah! La mayor parte vé llegar eſta santa solemnidad con un secreto pesar: Eſte solo pensamiento, turba, y envenena un mes antes todos sus placeres; y por ultimo, el miedo á los rayos, y censuras de la Iglesia, es quien los lleva arraſtrando, y contra su voluntad al feſtin del Padre de familias: No conocen, que el eſtar privados de el cuerpo de Jesu Chriſto, es la mas terrible pena, con que acá en la tierra puede caſtigar la Iglesia á los fieles: Pues la Divina Euchariſtia, es el unico consuelo de nueſtro destierro, el remedio quotidiano de nueſtras flaquezas, y el universal alivio en todas nueſtras necesidades.

Pero dicen algunos, que los acobarda la perfeccion de

las disposiciones, que se necesitan para llegar á la Sagrada Mesa: Pero la misma frequencia de la Divina Eucharistia, perfeccionará estas disposiciones en nuestro corazon, si las halla yá delineadas en él, y una comunion debe servirnos de disposicion para otra: Quanto mas nos apartemos, mas se aumentará la tibieza, mas crecerán las pasiones, mas se disminuirá Jesu-Christo en nuestro corazon, mas se aumentará, y fortificará el hombre de pecado. Por eso las comuniones en este tiempo de Pasqua no son inutiles, ó por mejor decir perniciosas, sino para aquellas almas mundanas, que solamente se llegan al Altar en estos solemnes dias, y que esperan para determinarse á ello, à que obligue la ley de la Iglesia.

Antiguamente nuestros Padres abandonaban sus hijos, y su Patria; nuestros Reyes se privaban de las delicias de sus Cortes, y atravesaban los mares, para ir á aquella tierra consagrada con los Mysterios del Salvador, á adorar las huellas de sus pies: Luego que veian aquella felíz tierra, derramaban sobre ella lagrimas de amor, y devocion, y no se atrevian á retirarse de unos lugares, que les acordaban las acciones, los mysterios, y los prodigios del Soberano dueño. Pues, Catholicos, decia en otro tiempo San Juan Chrysostomo á su Pueblo, yá no hay necesidad de atravesar los mares, llegaos al Altar, ved que no son esos unos lugares, que haya consagrado en otro tiempo con su presencia, sino que el mismo Señor está en ellos: Todos los lugares que veis al rededor del Altar, están señalados con alguno de sus prodigios: Esta gran ventaja debiera inflamar nuestros deseos, y llevarnos con ansia á la Sagrada Mesa: Con todo eso, miramos la obligacion de la Pasqua, como una penosa esclavitud; la tenemos por una obligacion de puro cumplimiento; llegamos á ella como esclavos; y la mesa de Jesu-Christo, se vería abandonada en estos santos dias, si nos dejára en libertad la ley de la Iglesia. ¿Pues por qué nos hemos de admirar de que en la festividad de la Pasqua haya

ya mas profanadores, y mas Judas, que verdaderos discipulos? Y asi, si el Apostol, en un siglo, en que la Divina Eucharistia hacía Martyres, no busca otra causa de las publicas calamidades, mas que las comuniones indignas. ¿Qué señales de la Divina indignacion, no deben atraher sobre nosotros tantos pecadores, ó temerarios, ó hypocritas, que todos los dias llegan á presentarse delante del Altar, y á profanar en él la preciosa carne de Jesu-Christo? ¿No estamos yá experimentando estas señales de la Divina indignacion?

Pero no son las aflicciones temporales los mas terribles efectos de las comuniones indignas. *El que come, y bebe indignamente*, dice el Apostol, *come, y bebe su propia condenacion.* Es decir, que el pan de vida que recibe es un veneno, y una sentencia de muerte, que se incorpora con él mismo, y que se hace su propia substancia: Es decir, que los Sacramentos profanados, casi no dejan esperanza de conversion, porque casi siempre se sigue á ellos la impiedad, la incredulidad, y la obstinacion. Entre los verdugos del Calvario, se halló alguno, á quien la Sangre que acababa de derramar, mereció la gracia de la penitencia: pero el unico profanador de la Eucharistia, de quien se hace mencion en el Evangelio, muere como un monstruo, y como un desesperado; y aunque es mas secreto el castigo que executa el Señor con los que le imitan, no por eso es menos terrible, porque los señala de ante mano con un caracter de reprobacion; y por eso todos aquellos pecadores, que despues de unas costumbres desarregladas, llegan en estos santos dias á la Mesa del Señor, sin mas disposiciones, que una confesion precipitada, caen despues de esta solemnidad en unos desordenes, aún mas deplorables que los pasados, porque la comunion, esparce nuevas tinieblas sobre sus corazones: Los terribles Mysterios, calman en ellos todos los terrores de la Fé, y el Pan del Cielo, no hace mas que avivar en ellos el gusto del Mundo, y de la tierra.

VIER-

VIERNES SANTO.

LA PASION DE NUESTRO SEÑOR Jesu-Christo.

Division. *La muerte de Jesu-Christo, encierra en sì tres consumaciones, que sirven para explicarnos todo el Myſterio de la Cruz.* I. *Una consumacion de Juſticia, por parte de su Padre.* II. *Una consumacion de malicia, de parte de los hombres.* III. *Una consumacion de amor, por parte de Jesu-Christo.*

I. Parte. *Una consumacion de Juſticia, por parte de su Padre.* Dios es deudor á todas sus perfecciones del caſtigo del pecado; pero quando su juſticia caſtiga al pecador, nada halla en él que pueda satisfacerle; porque aunque el hombre puede ofender á Dios, no es capaz de reparar la ofensa; y asi, para que quedase satisfecha la Divina Juſticia, era preciso, que se subſtituyese en lugar del pecador, una victima, que fuese capaz de glorificar mas al Señor con sus abatimientos, de lo que le havia ultrajado el hombre con su desobediencia. Eſte fue el designio de la sabiduría, y bondad de Dios, en el gran sacrificio que le ofrece oy su hijo por los hombres; viene á reparar el ultraje, que el pecado havia hecho á Dios.

El pecado, pues, encierra en sí tres desordenes. 1. Un desorden en el entendimiento, por la falsa idea que atribuye el pecador á la accion prohibida. 2. Un desorden en el corazon, que se revela contra la ley, y no quiere sujetarse á su Dios. 3. Un desorden en los sentidos que salen de su uso natural, y arraſtran á la razon,

quan-

quando debieran seguirla. Oy el Salvador en su agonia, expia estos tres desordenes con unas penas proporcionadas. 1. La divina justicia se dedica á contristar el espiritu de Jesu-Christo, representandole los mas vivos horrores del pecado; y de este modo quedó expiado el desorden, que el pecado causó en el entendimiento. Lo que en los hombres minora regularmente el horror del pecado, es 1. un defecto de luz, porque nuestra alma sepultada toda en los sentidos, casi no percibe sino las cosas sensibles. Pero el alma santa del Salvador, llena de gracia, de verdad, y de luz; vé el pecado con todo su horror, vé su desorden, su injusticia, y todas sus deplorables consequencias; vé una tradicion continuada de delitos en la tierra, desde la sangre de Abél, hasta la ultima consumacion: Recorre la historia funesta del Universo, y nada se oculta al interior horror de su tristeza: Se le representa la historia de cada pecador en particular. Y estos son los horrores de que se halla cargada aquella santa alma, en la presencia de su Padre. 2. La falta de zelo es tambien una causa que minora en nosotros el horror de la culpa: Nos mueven poco los ultrajes que se hacen á Dios, porque amamos poco á su Magestad. Pero el alma Santa de Jesu-Christo que no busca sino la gloria de su Padre, y que le ama con un amor inmenso, y mas fervoroso que todos los Querubines, siente vivamente los ultrajes que se hacen á su suprema grandeza. 3. La ultima causa que minora en nosotros el horror del pecado, es la falta de santidad. Como hemos nacido pecadores, desde nuestro nacimiento nos familiarizamos con la idea de la culpa, y no nos parece tan horrible, porque nunca nos asusta mucho lo que se nos parece: Pero el Alma Santa del Salvador, nada halla que pueda asegurarla contra el horror del pecado; y con los ojos de la misma virtud se vé manchada con todos los vicios de los hombres; sería en vano que quisiera apartar su inocente vista de este funesto objeto, porque la justicia de su Padre la pre-

ci-

cisa á que piense en él, y la hace que le contemple como por fuerza.

2. Para reparar el segundo desorden del pecado, que es el desorden del corazon, la justicia del Eterno Padre cubre á su hijo con toda la infamia de la culpa. 1. Se vé abatido para con sus Discipulos, que son testigos de sus temores, y angustias: Su alma santa pierde en su presencia todo su valor, al ver tan cercana su muerte. 2. Se vé abatido con el socorro que recibe de un Angel, y de este modo queda inferior en alguna manera á aquellos Bienaventurados Espiritus, que antes no se acercaban á él sino para servirle, y adorarle. 3. Se vé abatido con el sueño, y fuga de sus Discipulos, á los que nada mueve el espectaculo de su agonía. Estos son los abatimientos que padece el Salvador en su agonía.

3. Para expiar el tercer desorden del pecado, que es el deleyte injusto, el dolor violento de su alma á vista del suplicio que le dispone su Padre, forma la tercera circunstancia de su agonía. La justicia del Eterno Padre presenta indistintamente, y á un mismo tiempo al alma del Salvador todo el aparato de la Cruz, la noche del Pretorio, las salivas, las bofetadas, los azotes, las burlas, y el fatal madero: Estas funestas imagenes le crucifican anticipadamente y un sudor de sangre que se vé correr hasta la tierra, es el triste fruto de los penosos esfuerzos que hace para sufrir el peso de sus males; á tanto llega la venganza de un Dios á quien tenemos por tan bueno, contra su propio Hijo, quando le vé cargado con nuestras culpas.

II. Parte. *Una consumacion de malicia por parte de los hombres.* La malicia de los hombres llega en este dia á su mas alto punto.

1. En la flaqueza, y perfidia de los Discipulos, que ó le entregan, ó le abandonan, ó le niegan.

2. En la mala fé de los Sacerdotes, y Doctores, que le juzgan, y le condenan, sin que les mueva el arrepentimiento de Judas, en medio de no haver havido hasta ahora tes-

testimonio menos sospechoso que el suyo, y sin que el sobrenatural silencio de Jesu-Christo, acerca de todas las acusaciones con que le cargan, les haga la menor impresion.

3. En la inconstancia del pueblo que pide su muerte: ¿A qué excesos no llega la inconstancia de aquel Pueblo? ¿Qué delitos no comete en un solo delito? 1. Comete una monstruosa injusticia, dando la preferencia á Barrabás, insigne malhechor, respecto del Salvador de los hombres. 2. Un ciego furor: Un Magistrado Gentil no se atreve á pasar adelante en la condenacion de Jesu-Christo, y aquel Pueblo furioso pide que su sangre caygá sobre él, y sobre toda su posteridad. 3. Una infame ingratitud: En otro tiempo movidos de los beneficios del Salvador, quisieron levantarle por su Rey, oy declaran publicamente que no tienen mas Rey que el Cesar, y desprecian al Hijo de David.

4. En la flaqueza de Pilatos, que á pesar de su conciencia, y de lo que estaba conociendo, no se atreve á declarar á Jesu-Christo por inocente: En la conducta de este corrompido Magistrado se ven todos los pasos de una infame cobardia: 1. Conoce que ni tiene la ciencia necesaria para poder juzgar á Jesu-Christo, pues ignora la ley en que se fundan las acusaciones; ni autoridad, porque Jesu-Christo no ha establecido á los Magistrados seculares por Jueces de la verdad, y de la doctrina: Con todo eso, por no desagradar á los principales Judios, se determina á juzgar á Jesu-Christo. 2. No le asusta el temor de cometer una injusticia, sino el de perder la gracia del Cesar. 3. Pregunta qual es el delito del Salvador á sus enemigos declarados. 4. Pregunta á Jesu-Christo admira su respuesta, y declara al Pueblo que aquel hombre no es culpado, y con todo eso no le pone en libertad. 5. Finalmente, atemorizado con los sueños de su muger, tomó el arbitrio de embiar á Jesu-Christo á Herodes, con pretexto de que siendo Jesu-Christo Galileo,

correspondia á aquel Principe juzgar su causa, aunque bien debiera preveer que tampoco havia de hallar defensores Jesu-Christo en aquel tribunal.

5. En la barbaridad de los Soldados, que despedazan la adorable carne del Salvador, y añaden los mas sangrientos insultos, á los mas crueles tratamientos.

III. Parte. *Una consumacion de amor por parte de Jesu Christo.* A la verdad; solamente en su corazon debemos buscar las razones, y los motivos de su suplicio; no le entregó á la muerte, ni la perfidia de Judas, ni la envidia de los Sacerdotes, ni la inconstancia del Pueblo, ni la cobardía de Pilatos, ni la barbaridad de los Verdugos, sino su amor; aquel amor divino que abras a su corazon, es el unico fuego que enciende la hoguera en que vá á sacrificarse.

Su amor es tan ingenioso, que halla el secreto de estarse continuamente sacrificando, aún despues de su muerte.

Es tan desinteresado que quiere padecer solo, y pide que perdonen á sus Discipulos; mas le mueven los males que amenazan á la infiel Jerusalen, y generalmente las calamidades que están preparadas para nosotros, y para todos aquellos, á quienes sus culpas hará inutil el precio de su sangre, que el funesto suplicio que le está preparado.

Es tan generoso, que, clavado en la Cruz, ruega por los mismos que le crucifican, y recoge las fuerzas, que aún le deja su barbaridad, para escusar su atentado en la presencia de su Padre.

Es tan victorioso, que estando para expirar, todavia se forma un Discipulo.

Es tan atento, y respetuoso hasta el ultimo suspiro, que confia su afligida Madre al amado Discipulo, y este á su Madre.

Finalmente, no teniendo yá que hacer por nosotros en

en la tierra este divino Salvador, expira declarando que todo está acabado, tanto por parte de la justicia de su Padre, como de la malicia de los hombres, y por parte de su amor.

DOMINGO DE PASQUA.

SOBRE LAS CAUSAS MAS frequentes de nuestras recaídas

Division. *Jesu-Christo resucitado, nunca mas muere: ¿Pues de què proviene que nuestra resureccion de la muerte del pecado, de la que es modelo la de Jesu-Christo, es tan poco durable, y constante? Yo hallo tres causas:* I. *El despreciar las precauciones despues de la conversion.* II. *El quebrantar las resoluciones.* III. *El omitir las satisfacciones.*

I. Parte. *El despreciar las precauciones.* La principal causa de nuestras recaídas consiste en despreciar las precauciones de necesidad, y las de pura seguridad.

1 Las precauciones de necesidad; llamo precauciones de necesidad el huir de ciertas ocasiones, que por sí mismas han sido siempre funestas á la inocencia, y en las que vemos que es inevitable nuestra caída. No huimos de ellas, y recaemos, porque nos prometemos que en adelante tendremos mas cuidado, y seremos mas fieles quando nos hallemos en ellas; nos formamos mil razones especiosas para no apartarnos de el peligro, en medio de que vemos á Jesu-Christo que despues de su resureccion aunque tenia se-

gura su vida gloriosa, con todo eso no la expone al furor de los Judíos; y asi digo: 1. Que es temeridad el presumir que Dios os ha de socorrer en aquellas mismas ocasiones de que os manda huir. 2. Que es delito el no evitar todo lo que hasta ahora ha sido pecado para vosotros, y que puede serlo en adelante. 3. Que vuestra propia experiencia debiera serviros de prueba en este asunto; pues aunque muchas veces os haveis visto disgustados de esa pasion, puestos en la ocasion, siempre haveis sido los mismos.

Decis que ahora será menor el peligro, porque os hallais con mas santas disposiciones; pues yo os digo de parte de Dios, que qualquiera disposicion que nos conduce al peligro es profana, y pecaminosa, porque la primera disposicion que pone en nosotros el Espiritu de Dios, es la desconfianza de nuestra flaqueza.

Decis que un repentino rompimiento, seria un ruido que daria motivo á unas sospechas de que haveis sabido libraros hasta ahora; pues yo os digo de parte de Dios, que solamente vosotros ignorais lo que piensa el público; que mas sospechas ocasiona vuestra frequencia, que las que ocasionaria vuestro retiro; y sobre todo que basta el conocer que vamos á perecer, para que debamos poner todos los medios que nos liberten.

Decis que esas conexiones son indispensables, y que se fundan en la buena correspondencia, y en la obligacion, y que el abandonarlas sería arruinar vuestra fortuna; pues yo os digo de parte de Dios, que vuestra principal obligacion es obedecer á su Mageſtad, y que el Señor quiere que lo perdais todo por salvar vuestras almas.

Decis que Dios solamente nos pide lo que está en nuestras manos; pues yo os digo de su parte, que siempre está en nuestra mano el hacer lo que nos pide, y que siempre nos hace posible lo que nos manda como necesario.

De-

Decis que quisierais inspirar los buenos deseos que Dios os comunica á aquellas personas que os engañaron en otro tiempo; y yo os digo de parte de Dios, ¿quién os ha constituido guia, y Pastor de vuestro hermano? ¿Aún no estais bien seguros, y yá pensais en alargar la mano á otros? Empezad llorando vuestras propias pasiones antes de corregir las agenas: Los unicos exercicios de un pecador son las lagrimas, el silencio, el retiro, y la oracion.

2 Aún mucho mas despreciamos las precauciones de pura seguridad, y este desprecio es un principio cierto de recaída: Una alma que se convierte á Dios despues del pecado, debe mirarse como un enfermo debilitado en todas sus facultades, en el corazon, en el entendimiento, en la imaginacion, &c. La gracia que ha curado sus heridas le ha dejado aún sus señales, y flaquezas, y en este nuevo estado de justificacion no se puede conservar la gracia sino con infinitas precauciones. Con todo eso, vosotros al acabar de recibir los Sacramentos, y estando aún en ese estado de flaqueza quereis vivir como los Justos que están firmes, y que no tienen que temer; huis de aquellas ocasiones que os han engañado, y no huis de las que todavia os pueden engañar; la culpa os asusta, pero nada os mueve el peligro; nada mudais en lo principal de vuestra vida; no quereis absteneros mas que del desorden; juzgais que el convertirse no es mas que no bolver á caer, y que la mudanza del corazon no es una entera renovacion del hombre, y una mudanza universal de vida.

Pero reparad en que Jesu-Christo despues de su resureccion nada conserva de su vida terrestre, y mortal; en él todo es nuevo, y todo está mudado; yá no es aquel hombre de dolores cargado con nuestras enfermedades, y miserias, sino un Rey glorioso: En una palabra; su resureccion es una vida absolutamente nueva, y este es el modelo de una vida resucitada. A la verdad, es ilusion

per-

persuadirse á que sin mudar casi nada en vuestras costumbres hayais de poder conservar la gracia. Porque 1. ¿Si nuestras mas santas resoluciones hallan escollos solamente en la inconstancia, y corrupcion de nuestros corazones, podremos estár seguros entre unos peligros que nos buscamos nosotros, quando no lo estamos ni con nosotros mismos?

2 Lo pasado debiera servirnos de prueba. La resolucion que acabais de formar de vivir mas christianamente, yá la haveis formado otras muchas veces en las mismas circunstancias; ¿pues en qué consiste que nunca han sido felices vuestras experiencias? Es verdad que huis de aquellos escollos manifiestos en que otras veces haveis perecido; ¿pues en qué consiste, que no obstante esas precauciones, que son las que unicamente os parecen esenciales, siempre bolveis á caer? Consiste, en que contentandoos con huir de la culpa, no haveis hecho caso de aquellas cosas que pueden conduciros á ella: Aún quando vuestras resoluciones fueran oy mas fervorosas que antes, y se hallára mas compungido vuestro corazon, las resultas siempre serían las mismas; porque lo que nos hace perseverar en la gracia, no es el fervor de los movimientos que nos llaman á ella, sino la fidelidad de las precauciones con que procuramos mantenernos; y asi no debemos juzgar de nosotros mismos por ciertos fervores que se experimentan quando nos resolvemos á mudar de vida; las primeras impresiones de la gracia, particularmente en ciertos corazones, siempre son vivas, y fervorosas; pero la vida christiana no consiste en estos movimientos pasageros, sino en una fidelidad constante, y durable.

Acaso me respondereis, que vuestro mismo estado os pone en unas ocasiones inevitables, y que no podeis formaros unas costumbres singulares.

A esto os respondo: 1. Que aquellos peligros en que nos coloca la providencia, ó las obligaciones de nuestro es-

estado, dejan de ser peligros para nosotros; que mas seguro estaba Pedro sobre las olas, que Jonás en el Navío y que si procedemos de buena fé, nosotros mismos confesaremos, que no son los peligros inseparables de nuestro estado los que nos engañan, sino los de nuestra propia eleccion. 2. Que si quereis cumplir con todas las obligaciones de vuestro estado, hallareis en ellas mas motivos de virtud, que de ruina.

Acaso tambien las personas que viven en el Mundo están confiadas en que estos peligros, estas familiaridades, y los públicos placeres que frequentan no hacen impresion alguna notable en sus corazones; y asi dicen ¿que por qué se han de privar de ellos?

A esto pudiera responder. 1. Que las impresiones del mal son tanto mas peligrosas quanto son menos sensibles. 2. Que muchas veces la insensibilidad que se halla en las ocasiones mas peligrosas, no es señal cierta de que salgamos de ellas inocentes, sino de que hemos entrado en ellas mas depravados: finalmente, la prueba de que no procedeis de buena fé, quando os preciais de que nada hace impresion en vuestros corazones, es que quando salis de vuestros desordenes, nos estais continuamente alegando vuestra flaqueza, y la fragilidad de vuestra constitucion, queriendo escusarlos con esto.

II. Parte. *El quebrantar nuestras resoluciones despues de la conversion.* Segunda causa de nuestras recaídas. Jesu-Christo resucitado de entre los muertos, no buelve á morir, porque su resureccion es el cumplimiento de todas sus promesas: Nosotros hemos hecho á Dios mil promesas, quando hemos llegado al Sagrado Tribunal de la Penitencia; ¿pero las cumplimos despues que hemos resucitado? ¡Ah! Estas resoluciones tan esenciales para nuestra eterna salud, casi no han existido sino en la imaginacion que las formó, y ni aún casi nos acordamos del plan que nos haviamos formado de una nueva vida.

Es-

Esta es la principal causa de nuestras recaídas despues de esta santa solemnidad.

1 Porque nuestras resoluciones incluían en sí los unicos medios de nuestra perseverancia, y es quimera el preciarnos de que hemos de perseverar, si despreciamos aquellos medios á que está vinculada nuestra perseverancia.

2 Quando Dios os inspiró esas resoluciones en los primeros instantes de vuestra conversion, os quiso dár á conocer, que esos eran los unicos caminos por donde cada uno de vosotros en particular podia conservar la gracia recibida; y asi quando los quebrantais salis de los caminos por donde queria guiaros la gracia.

3 Porque acostumbrandose la conciencia á quebrantar tranquilamente sus resoluciones, se acostumbra poco á poco á renovar sus delitos sin remordimiento.

4 Porque la infidelidad que quebranta las resoluciones que se toman en el principio de una nueva vida, es un desprecio formal de la gran misericordia de Dios, que havia producido en nosotros estos movimientos saludables: Parece que os molestan los favores de Dios; pues una alma que se cansa de los beneficios, tambien cansa muy presto á sus misericordias, y el Señor la vomita, la desprecia, y la abandona á sí misma.

III. Parte. *El omitir las satisfacciones despues de la conversion.* Ultima causa de nuestras recaídas: La resureccion de Jesu-Christo todo lo repara; pero nuestra ultima vida nunca repara perfectamente los desordenes de la primera: Omitimos:

1 Las satisfacciones de la Penitencia: Despues de una vida entregada toda á los sentidos, á la sensualidad, y á la embriaguez de los placeres, no nos dedicamos ni al retiro, ni á la austeridad, ni á los trabajos; queremos salir de la culpa, porque nos cansamos de ella, porque nuestra vida está llena de inquietudes, y sobresaltos que no nos acomodan, y porque la conciencia clama; pero no

nos

nos proponemos en la virtud mas que la excepcion de la culpa; aunque sacudimos el yugo del pecado, no nos imponemos el de Jesu-Christo.

2 Las satisfacciones de la justicia. No examinamos lo que debemos al proximo; nos contentamos con abstenernos de ciertos vicios, que nos eran molestos, pero no pensamos en examinar menudamente ciertos puntos, que nos empeñarian en algunas obligaciones, que nos serian desagradables, y de esto provienen tantas murmuraciones contra la virtud.

3 Las satisfacciones de escandalo: Digo del escandalo, que ocasiona la malicia de nuestras conversaciones, y nuestra continua murmuracion: No reparamos este escandalo, ó si le reparamos, es no haciendo al publico confidente de estos envenenados discursos, pero confiandolos al mismo tiempo á un corto numero de personas, en cuya presencia nos desquitamos con nuestro libre modo de hablar, de la reserva que observamos con el publico.

¿Quereis no bolver á caer, y perseverar en el servicio de Dios? pues no desprecieis aquellas precauciones, en que consiste toda la seguridad de vuestra penitencia: No quebranteis las resoluciones, que son el unico apoyo de vuestra flaqueza, y no omitais las satisfacciones, que incluyen en sí el unico remedio de vuestras culpas.

LUNES DE PASQUA.

SOBRE LA FALSA CONFIANZA.

Division. I. *No hay disposicion mas necia que la del pecador que confia, sin procurar enmendarse, ó lo que es lo mismo, la falsa confianza.* II. *No hay disposicion mas injuriosa à Dios que el delito de la falsa confianza.*

I. Parte. *La locura de la falsa confianza.* Todo pecador vive incierto de su salvacion, no en aquella incertidumbre comun á todos los Fieles, sino en una incertidumbre mucho mas funesta, pues no supone al pecador en un estado dudoso de justificacion, sino que se funda en un estado cierto de pecado, y en un arrepentimiento, de que nadie puede asegurarle. Digo, pues, que el confiar en este estado, sin trabajar para enmendarse, es la mayor locura; porque el pecador no puede negar, que por lo menos, es dudoso, si se convertirá, ó si permanecerá hasta el fin en su pecado; y no debe fiarse, en que está lleno de buenos deseos; porque ¿quien ignora, que los mayores pecadores, son los que algunas veces desean mas su conversion? Aún quando fuera igual la duda por ambas partes, ¿sería razon permanecer tranquilos en este estado? Pero no es este el caso en que se halla el pecador, porque no son iguales las razones por ambas partes: En esta funesta duda, que puede formarse el pecador, ¿moriré, ó no, en mi pecado? La primera parte es infinitamente mas cierta: Porque 1. No

bas-

baſtan vueſtras propias fuerzas para recobrar la santidad que haveis perdido: Necesitais de un socorro estraño, sobrenatural, y Divino, el que nadie puede aseguraros. 2. Necesitais de un socorro singular, y raro, que se niega á casi todos los pecadores: En una palabra, necesitais de un milagro para convertiros. 3. Para no salir jamás del estado en que ahora os hallais, de nada mas necesitais, que de vueſtras propias inclinaciones.

Además, de que el pecador que se promete su conversion, sin trabajar para enmendarse, no solamente confia, hallandose en una funeſta duda, en la que todas las razones, parece que estan contra él, sino que tambien confia contra la moral certeza en que debe hallarse de su perdicion, atendiendo á lo que nos enseña la Fé. Porque 1. Vosotros esperais á que Dios os convierta, ¿pero cómo lo esperais? Poniendo todos los dias nuevos obſtaculos á su gracia. 2. La gracia no se concede sino á las lagrimas, á las instancias, y á los deseos: ¿Pero vosotros la pedis? ¿La solicitais por lo menos? ¿Imitais la importunidad de la viuda del Evangelio? ¿Trabajais para conseguir esta gracia, con la limosna, y otras buenas obras? 3. La gracia de conversion, que esperais con tanta confianza, es el mayor de todos los dones, como sabeis vosotros mismos: Con todo eso, no hay pecadores, que sean mas indignos de ella, que vosotros, por las circunſtancias de vueſtros desordenes, por los abusos que haveis hecho de los auxilios de Dios, &c. bien lo sabeis.

Pero dice el pecador, que la edad madurará las pasiones, que las ocasiones que le detienen, las conexiones que le arraſtran, y las demas circunſtancias, no serán siempre las mismas, y presume que entonces se ha de convertir. ¡Qué ilusion! Porque decidme:

Quando os figurais que Dios ha de usar algun dia con vosotros de misericordia, sin duda os prometeis que ha de mudar vuestro corazon. ¿Pues por qué os prometeis para lo sucesivo, y no para oy, esa mudanza de vuestro corazon, tan necesaria para vuestra eterna salud? 1. ¿Serán entonces mas favorables vuestras disposiciones para la penitencia? 2. ¿Serán mas adelante mas frequentes, ó mas eficaces los auxilios? 3. A esto se añade, que quanto mas esperais, contraheis nuevas dudas, y quantos mas delitos tengais que expiar, mas rigurosa deberá ser vuestra satisfaccion, y por consiguiente, será mas dificil vuestra penitencia. 4. Atended á la ultima razon que debe convenceros: Vosotros teneis esa vana esperanza de una conversion futura, por un movimiento de la gracia, y un deseo de vuestra eterna salud, y os parece que el Señor no os ha entregado todavia á toda la obstinacion del pecado: Pero si el Señor os visitara en su misericordia, os inspiraria inquietudes, y temores saludables, acerca del mal estado de vuestras conciencias, porque por aqui es por donde empiezan todas las operaciones de su gracia: Luego mientras esteis tranquilos, es evidente, que Dios está exerciendo sobre vosotros el mas terrible de sus castigos, quiero decir, su abandono, y el retiro de sus gracias, y asi, poneis vuestra confianza en aquello mismo que debiera ocasionaros los mas justos temores. Lo que engaña á la mayor parte de los pecadores es, que siendo la conversion regularmente un milagro lento, y tardo, fruto de muchos cuidados, inquietudes, y temores, la miran como uno de aquellos milagros repentinos, que á un bolver de cabeza mudan el semblante de las cosas, y que cria en un instante al hombre nuevo.

II. Parte. *La falsa confianza ultraja à Dios.* El pecador, que sin querer salir de los desordenes, se pro-

promete una mudanza de vida, alega para justificar su presuncion. 1. El poder de Dios, que en un instante puede mudar la voluntad. 2. Su justicia, que haviendo formado al hombre flaco, debe atender á su flaqueza. 3. Su misericordia dispuesta siempre á recibir al pecador que la implora. Digo, pues, que basta demostrar, que el pecador que confia neciamente, ultraja á Dios en estas perfecciones, de que acabo de hablar.

1 En su poder. Porque quando os imaginais un Dios poderoso, y dueño de los corazones, concebis al mismo tiempo un poder arreglado por su sabiduría, pero el pecador, que confia neciamente, atribuye á Dios un poder ciego. Porque ¿cómo pudiera justificarse su Divina Sabiduría para con los hombres, si al fin concediera la gracia de la conversion á la falsa confianza? De esto se seguiria, que para merecer el mayor de todos los dones, bastaría el haverle mil veces despreciado; y el justo, que siempre está mortificando su carne, que continuamente gime por alcanzar el precioso don de la perseverancia, en nada se aventajaría al pecador, que siempre se le está prometiendo, sin cuidar nunca de merecerle: Añadese á esto, que si el Imperio que Dios tiene sobre los corazones, pudiera servir de recurso á un pecador presuntuoso, bajo este principio, debieramos prometernos la conversion de todos los hombres, de los infieles, y de aquellos Pueblos barbaros, que nunca han oído hablar de él: Con todo eso, ¿quisierais que vuestra suerte corriese en este asunto el mismo riesgo que la de un infiel?

2 La falsa confianza ultraja á Dios en su justicia: El pecador se persuade, que haviendo nacido con unas inclinaciones violentas ázia los placeres, son sus desordenes mas acreedores á la piedad del Señor, que á su indignacion.

Pe-

Pero 1. Pudiera deciros que la corrupcion de vuestra naturaleza, no proviene del Criador: Que siendo esta corrupcion obra del hombre, y pena de su pecado, Dios debe castigarla quando os rendis á ella. 2. Que sea la que fuere la flaqueza de nuestra voluntad, el hombre siempre es dueño de sus deseos. 3. Que si nacisteis flacos, la bondad de Dios ha rodeado vuestras almas, con mil socorros de Sacramentos, de instrucciones, de continuas inspiraciones de la gracia, y aún acaso tambien con los particulares socorros de una educacion santa, y christiana.

Pero dejando aparte estas razones: ¿Esa flaqueza de que os quejais, y á la que esperais que ha de atender Dios, no es obra propia vuestra, y fruto de vuestros particulares desordenes? ¿Pues por qué haveis de presumir, que lo que debe irritar á Dios contra vosotros, ha de ser capaz de aplacarle? La unica conclusion prudente, y legitima, que debeis sacar de vuestra propia flaqueza es, que necesitais velar, gemir, y orar mas que otros.

3 La falsa confianza ultraja á Dios en su misericordia; aunque es verdad, dice el pecador, que todo lo debemos temer de la Divina Justicia, tambien lo es, que son infinitas las misericordias de Dios, ¿aún quando su bondad no hallára en nosotros cosa alguna que le moviese, no halla en sí mismo bastantes motivos para esto? Pero os pregunto: ¿Quando decis que la bondad de Dios es infinita, qué quereis decir con eso? ¿Quereis decir, que nunca castiga las culpas, que jamás abandona al pecador, que no crió al hombre para hacerle eternamente infelíz, y que se veria obligado á condenar á todos los hombres, si fuera cierto lo que nosotros decimos? No hay cosa mas ridicula que esta, Catholicos. ¿El pensar de este modo, no es ultrajar á Dios en su misericordia? ¿Pues

qués

qué quereis decir? ¿Que no despreciará el sacrificio de un corazon contrito, y humillado? Pues eso mismo es lo que yo he predicado hasta ahora. Convertios al Señor, y entonces podeis confiar en el Señor. Por grandes que sean vuestros delitos, el Señor siempre es misericordioso, para recibir al pecador, que se convierte á su Magestad.

FIN DE LOS ANALISIS, y del sexto Tomo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA